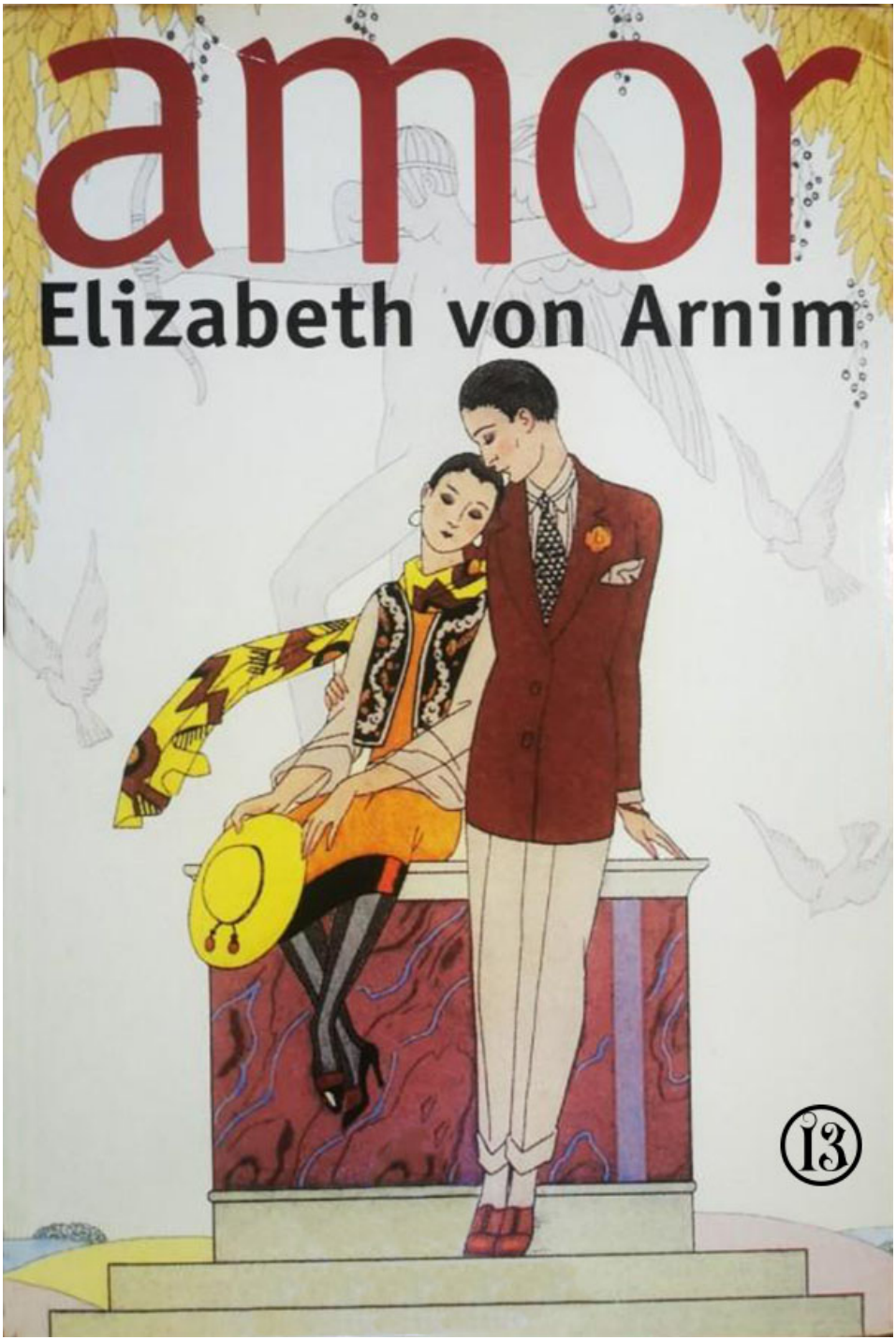
amor

Elizabeth von Arnim



13

El amor no tiene edad… pero ¿y si una viuda (Catherine) y un joven mucho menor que ella (Christopher) comienzan una intensa relación? Entonces es cuando el entorno social despliega sus mecanismos para tratar de encauzar a quienes han escapado de lo previsible. Entonces es cuando la pasión debe demostrar su fortaleza.

Ya en 1925, fecha de la primera publicación de *Amor*, Elizabeth von Arnim, inspirándose en su propia experiencia, puso sobre el papel las trabas que una historia así, sincera pero poco convencional, encontraba en el seno de la aristocracia inglesa. Hoy nos sorprende la vigencia de algunas de las emociones que refleja.

Deliciosos toques de humor terminan de perfilar esta novela sobre mujeres y hombres, alegrías y conflictos familiares, normas y rebeldía sentimental y, sobre todo, *Amor*.

Elizabeth von Arnim

Amor

Título original: *Love*
Elizabeth von Arnim, 1925
Traducción: Lucía Vázquez de Castro, 2000

-

Revisión: 1.0

18/03/2024

PRIMERA PARTE

I

La primera vez que se vieron, aunque no lo sabían porque no eran conscientes de la presencia del otro, fue en *La hora inmortal*, que se representaba entonces con escasísimo público allá en King's *Cross*; pero ambos iban tan a menudo y la audiencia era en aquella época tan visible por lo poco numerosa, y había tanto espacio para que se acomodasen, que muy pronto la gente que iba con frecuencia empezó a conocerse de vista, y se sentían amables e inclinados a saludarse con la cabeza y sonreír, y esto también les ocurría a Christopher y Catherine.

Ella fue consciente de su presencia por primera vez durante la noche de su quinta visita, cuando oyó hablar a dos personas detrás de ella justo antes de levantarse el telón, y una de ellas decía con orgullo: «Es la undécima vez que vengo», y la otra le respondió, sin darle importancia: «Yo, es la trigésima segunda». Ante lo cual, la primera exclamó: «¡Ah, ya veo!», con algo que se parecía mucho al sonido de un balón pinchado que gime al deshincharse, y no pudo resistir la tentación de volverse a mirar, con el rostro iluminado por el interés y la diversión. Así vio a Christopher conscientemente por primera vez, y él la vio.

A partir de entonces notaron su mutua presencia durante tres representaciones más y luego, cuando erala novena de ella y la trigésima sexta de él —porque los entusiastas de *La hora inmortal* llevaban celosamente la cuenta de sus visitas— y se encontraban sentados en la misma fila con sólo doce asientos vacíos entre ellos, él se aproximó seis hacia ella cuando cayó el telón entre las dos escenas del primer acto y, al final de éste, tras aquella escena de amor que invariablemente elevaba al pequeño grupo de fieles a una especie de místico frenesí de deleite, se aproximó los otros seis y se sentó con audacia junto a ella.

Ella le sonrió de un modo amable y acogedor.

—Es muy hermoso —dijo en tono de disculpa, como si eso explicase el

que se hubiera acercado a ella.

—Perfectamente hermoso —dijo ella, y añadió—: Es la novena vez que vengo.

Y él dijo:

—Yo, es la trigésima sexta.

Y ella dijo:

—Ya lo sé.

Y él preguntó:

—¿Cómo lo sabe?

Y ella respondió:

—Porque en una ocasión le oí decirle a alguien que era la trigésima segunda, y llevo la cuenta desde entonces.

Así entablaron amistad, y Christopher pensó que nunca había visto a alguien que sonriera de una manera tan dulce, ni había oído nunca una voz que semejase tan curiosamente un arrullo.

En conjunto, resultaba menuda: una criatura menuda, con un pequeño sombrero que nunca tenía que quitarse porque rara vez había alguien sentado detrás de ella y, de todos modos, aun con un sombrero grande, no resultaba éste de un tamaño que estorbase la visión. Siempre el mismo sombrero; nunca llevaba uno distinto, ni ropas diferentes. Aunque éstas eran bonitas, muy bonitas, a él le parecía que no debía de ser muy rica, quizá porque nunca variaba; y le pareció también que era mayor que él, sólo un poco mayor, algo sin importancia; y al poco tiempo empezó a parecerle también que estaba casada.

La noche en que se le ocurrió esta idea se sorprendió de lo mucho que le disgustaba. ¿Qué le pasaba? ¿Se estaría enamorando? Y ni siquiera sabía cómo se llamaba. Fue la noche de la representación decimocuarta de ella y cuadragésima octava de él —porque desde que se habían hecho amigos iba con más frecuencia que nunca con la esperanza de verla, y hasta las jóvenes que actuaban le miraban como si le conocieran de toda la vida— cuando este frío sentimiento se filtró por vez primera en su cálido y cómodo corazón y le robó el bienestar; y no era que hubiese visto una alianza, porque nunca se quitaba sus absurdos y pequeños guantes. Había en ella algo indefinible que hacía que no pareciera una muchacha soltera.

Trató de representárselo en palabras, pero no podía; seguía siendo algo indefinible, y por sus muertos que era incapaz de decir si tenía que ver con las líneas de su figura, que eran más redondeadas que las de la mayoría de las chicas en aquellos tiempos de mujeres planas, o con las cosas que decía.

Tal vez fuera su compostura, su aire de seguridad bien establecida, de ser capaz de entablar amistad con cualquier cantidad de jóvenes desconocidos y de tomarlos y dejarlos exactamente cuando y como lo desease.

Aunque tal vez no fuese cierto. Siempre estaba sola. Si había maridos, tarde o temprano aparecían. Ningún marido que tuviera una esposa tan dulce la dejaría salir así, sola por la noche, pensaba. Sí, probablemente estaba confundido. No sabía mucho de mujeres. Hasta el momento sólo había mantenido con ellas unas relaciones realmente poco satisfactorias, toscas y desordenadas, y no podía establecer comparaciones. Y, aunque por entonces ya se habían sentado juntos varias veces, habían hablado exclusivamente de *La hora inmortal*, que a los dos les entusiasmaba, de su música, de sus cantantes y de las leyendas celtas en general, y al final ella siempre dibujaba aquella sonrisa que le embelesaba, hacía una inclinación de cabeza y se escabullía, de modo que en realidad no habían intimado nada con relación a la primera noche.

—Escuche —le dijo, o más bien le espetó en cuanto volvió a encontrársela allí (ahora había tomado por costumbre ir a sentarse junto a ella)—. Podría decirme su nombre. El mío es Monckton. Christopher Monckton.

—Claro que sí. El mío es Cumfrit.

¿Cumfrit? Le pareció un nombrecito divertido pero que, en cierto modo, le iba bien.

—¿Sólo Cumfrit? —preguntó, conteniendo la respiración.

Ella se echó a reír.

—¡Oh!, también Catherine.

—Me gusta. Es bonito. Resultan dulces y bonitos dichos juntos. Son extraordinariamente propios de usted.

Ella volvió a reírse.

—Pero si no son míos los dos —dijo—. La parte Cumfrit se la debo a George.

—¿A George? —tartamudeó.

—El puso el Cumfrit. Lo único que puse yo fue lo de Catherine.

—Entonces… ¿está usted casada?

—Como todo el mundo.

—¡No, por Dios! —exclamó él—. Resulta repugnante. Odioso. Ridículo. Atarse a alguien para siempre. ¡Todo el mundo! Yo diría que no. Yo no lo estoy.

—¡Oh, pero es que usted es demasiado joven! —dijo ella divertida.

—¿Demasiado joven? ¿Y usted, qué?

Ella le miró rápidamente, con una expresión de duda; pero la duda se convirtió en auténtica sorpresa cuando vio que lo había dicho totalmente en serio. Tenía un rostro de tres picos, como un pensamiento, como una gatita, pensaba él. Deseaba acariciarla. Estaba seguro de que era exquisitamente suave y delicada. Y ahora aparecía George.

—¿No le gusta… no le gusta a su marido la música? —preguntó, diciendo lo primero que se le había pasado por la cabeza, sin tener en realidad el menor interés por saber lo que al condenado George le gustaba o dejaba de gustarle.

Ella dudó.

—Pues… no lo sé. Creo que no.

—Pero ¿no viene nunca?

—¿Cómo va a venir…? —Se detuvo, y añadió dulcemente—. El pobrecito mío ha muerto.

El corazón le dio un vuelco. Era viuda. Entonces, la brutal Guerra había hecho algo bueno: había eliminado a George.

—Créame, lo siento muchísimo —exclamó con inmensa seriedad y tratando de parecer solemne.

—¡Oh!, fue hace mucho —dijo ella, inclinando un poco la cabeza al recordar.

—No puede haber sido hace tanto.

—¿Por qué no?

—Porque no ha tenido usted tiempo.

Ella volvió a mirarle rápidamente y volvió a ver sólo sinceridad. Luego se quedó en silencio un momento. Estaba pensando: «Esto es muy agradable», y el fantasma de una sonrisita melancólica atravesó su cara. ¿Qué edad tendría él? Veinticinco o veintiséis; no más, estaba segura. Qué cosa tan encantadora era la juventud, tan arrojada, tan generosa y tan cordial en sus admiraciones y creencias. Era un joven alto, de complexión ágil, con pelo color fuego y pecas, y muñecas huesudas y rojizas que le sobresalían mucho de las mangas cuando se sujetaba la cabeza durante la escena de amor. Tenía ojos profundos y una frente ancha y de hermosa forma, una boca amplia y amable; irradiaba juventud, y los descontentos y los bruscos enfados y los aún más bruscos aprecios que le son propios.

Contuvo un pequeño suspiro, y le dijo riendo:

—Sólo me ha visto usted de noche. Espere a verme a plena luz del día.

—¿Voy a poder hacerlo alguna vez? —preguntó ansiosamente.

—¿No viene nunca a las matinés?

Sabía que no lo hacía.

—¡Oh!, matinés. No, por supuesto que no puedo venir a las matinés. Tengo que arrimar el hombro toda la semana en mi horrible oficina, y los sábados voy a jugar al golf con un tío que se supone que va a dejarme todo su dinero.

—Debe usted atenderle.

—Ya lo hago. Y hasta ahora no me ha importado. Pero resulta una atadura infernal en cuanto uno quiere hacer cualquier otra cosa.

La miró con amargura. Entonces, su rostro se iluminó.

—Los domingos —dijo ansiosamente—. Los domingos estoy libre. Es muy religioso y no quiere jugar los domingos. ¿No podría…?

—Los domingos no hay matiné.

—No, pero ¿no podría ir a vería? ¿Ir a visitarla?

—Silencio —dijo ella levantando la mano, porque estaba empezando la música del segundo acto.

Y también en aquella ocasión, al final, antes de que pudiera articular palabra, mientras aún estaba luchando con su abrigo, ella se escabulló como de costumbre, tras desearle buenas noches con una inclinación de cabeza.

En la siguiente ocasión, sin embargo, estaba más decidido y empezó enseguida. Le parecía que había estado pensando en ella sin parar y que era absurdo no saber nada en absoluto de una persona en la que se pensaba tanto, excepto su nombre y que su marido estaba muerto. Por supuesto, significaba un gran paso, comparado con no saber absolutamente nada. Y que su marido estuviera muerto resultaba tal alivio para él que no podía evitar pensar que debía de estar enamorándose. Consideraba que todos los maridos deberían estar muertos: eran molestos y liantes. ¿Qué habría pasado si George hubiera estado vivo? Sencillamente la habría perdido, habría tenido que desistir enseguida, casi antes de empezar. Y estaba tan solo, y ella… bueno, ¿qué le faltaba a ella? Era tan semejante a lo que había soñado durante años: una bolita de dulzura, calor y comodidad, seguridad y amor. En la siguiente ocasión en la que ella acudió, entonces, se acercó a donde estaba sentada en el mismo momento en que apareció y empezó a hablar. Iba a preguntarle directamente si podía ir a verla, acordarlo, conseguir su dirección. Pero resultó que ella llegó tarde aquella noche, y apenas había abierto la boca cuando las luces se apagaron y ella levantó la mano y dijo:

—Silencio.

No servía de nada intentar decir lo que quería en un susurro, porque los fíeles, aunque pocos, eran fieros y no toleraban nada que no fuera un silencio total. También le daba mucho miedo que incluso ella prefiriese la música a cualquier cosa que él pudiera tener que decir.

Se sentó de brazos cruzados y esperó. Tuvo que esperar hasta el final del acto porque, aunque lo intentó otra vez al bajar el telón entre las dos escenas y sólo estaba tocando la orquesta, los enfurecidos fieles le mandaron callar enseguida.

Ella dijo también, levantando la mano:

—Por favor, silencio.

Empezaba a sentirse ligeramente distante de *La hora inmortal*. Pero al fin concluyó el acto y las luces volvieron a encenderse. Ella volvió hacia él su rostro ruborizado, con la música brillando aún en sus ojos. Al final de la escena de amor siempre estaba ruborizada y siempre le brillaban los ojos; él tampoco podía ver nunca aquel encantador y precipitado abrazo de los enamorados sin sentirse extraordinariamente conmovido. Señor, que le abrazaran a uno así… Estaba hambriento de amor.

—Es maravilloso —dijo sin aliento.

—¿Me va usted a permitir alguna vez que vaya a verla? —preguntó sin perder un segundo más.

Ella le miró un momento ordenando sus pensamientos, algo sorprendida.

—Por supuesto —dijo después—. Hágalo, aunque… —Se detuvo.

—Continúe.

—Iba a preguntarle si no me ve usted así.

—¿Pero qué es así?

—Bueno, son dos o tres veces por semana.

—Sí, pero ¿qué es esto? Simplemente encontrarnos por casualidad. Usted viene —resulta que viene— y después desaparece. En cualquier momento puede que resulte que no venga, y entonces…

—Bueno, pues entonces —concluyó ella, cuando él hizo una pausa— tendría usted toda esta preciosa obra para usted solo. Creo que nunca habían interpretado el último fragmento tan maravillosamente, ¿verdad? — Y así continuó otra vez, canturreando como de costumbre sobre *La hora inmortal* y no tuvo oportunidad de decir ni una palabra más antes de que la maldita música empezara de nuevo y los fieles gritaran «Chist, chist» a coro.

Christopher pensó que el entusiasmo debería tener ciertos límites. Olvidaba que, en principio, su entusiasmo había superado con mucho al de

ella. Volvió a cruzarse de brazos, lo que en él era señal de paciencia firme y decidida, y cuando la obra terminó y ella le deseó buenas noches con su habitual sonrisa y salió corriendo sin decir más, no perdió tiempo molestándose en ponerse el abrigo: se limitó a cogerlo y la siguió.

Era difícil no perderla de vista. Se escurría por huecos por los que él no podía pasar y estuvo a punto de perderla al bajar las escaleras. Pero la alcanzó en los escalones de la salida, cuando estaba a punto de lanzarse bajo la lluvia y posó una mano en su brazo.

Se volvió sorprendida. Al resplandor de esa luz especialmente penetrante que los teatros proyectan sobre su clientela al entrar y al salir, le llamó la atención lo fatigado de su rostro. La música era demasiado para ella. Parecía agotada.

—Escuche, no salga corriendo así. Está diluviando. Espere aquí a que le consiga un taxi.

—Pero si siempre voy en metro —dijo ella, agarrándose a él un momento porque un grupo de gente que pasaba la empujó.

—Con esta lluvia no puede ir en metro esta noche. Y parece usted terriblemente cansada.

Ella le miró de un modo extraño y se rió un poco.

—¿Sí? Pues no lo estoy. No estoy nada cansada, y puedo ir muy bien en metro. Está bastante cerca.

—No puede hacer nada de eso. Quédese aquí resguardada de la lluvia mientras yo busco un taxi —dijo él, echando a correr.

Por un momento, ella estuvo en un tris de echar a correr también para irse al metro como de costumbre y llegar a casa del modo habitual, porque no había razón para que la obligasen a ir en un caro taxi. Luego pensó: «No; eso sería una bajeza por mi parte, sencillamente una bajeza. Debo tratar de comportarme con corrección». Y esperó.

—¿Adónde le digo que vaya? —preguntó Christopher, una vez que consiguió el taxi y la hizo subir, sin tener el valor de declarar que era su deber encargarse de que llegara a salvo a casa.

Ella le dio la dirección —Hertford Street, 90 A—, y él se preguntó durante unos segundos por qué, viviendo en semejante calle, al lado mismo de Park Lane, que quedaba a la vuelta de la esquina, no sólo no tenía coche, sino que quería ir en metro.

—¿Quiere que le lleve? —preguntó ella, asomándose en el último momento.

Subió al taxi en un instante.

—Estaba deseando que me lo ofreciera —dijo, cerrando la portezuela con tanto vigor que una ráfaga de gotas de lluvia cayó de la parte superior de la ventanilla sobre el vestido de ella.

Christopher tuvo que secarlas, cosa que hizo con inmenso cuidado y con un pañuelo que, lamentablemente, no era de los nuevos. Ella permaneció pasiva mientras lo hacía, rememorando la función de aquella noche, señalando, describiendo, recordando, y él, mientras la secaba, se dijo que decididamente ya estaba harto de *La hora inmortal*. Tenía que parar, tenía que parar. Tenía que hablar con ella, averiguar más cosas sobre ella. Ardía en deseos de saber más sobre ella antes de que aquel taxi infernalmente rápido llegase a su casa. Y, mientras saltaban baches furiosamente, ella no hacía más que citar y extasiarse.

Cuando la palabra extasiarse pasó por su cabeza, pensó que era un buen término. Y tanto le gustó que la pronunció en voz alta.

—Me gustaría que no se extasiara. Ahora no. Durante los próximos minutos, no.

—¿Extasiarme? —repitió ella con asombro.

—¿No tiene los zapatos mojados? Ha cruzado ese pavimento empapado. Seguro que deben estar mojados.

Se agachó y empezó a secarle también la suela de los zapatos con su pañuelo.

Ella le observaba un poco sorprendida, pero seguía pasiva. Aquello era lo que significaba ser joven. Echar a perder un bonito pañuelo limpio en los zapatos sucios de una mujer sin pensárselo dos veces. Observó el espesor de su pelo mientras él se inclinaba sobre sus zapatos. Había olvidado lo espeso que podía ser el cabello de los jóvenes, porque llevaba ya mucho tiempo contemplando sólo cabezas de edad avanzada.

A él, en la semioscuridad del taxi, ella le parecía de verdad exactamente igual que el sueño, el sueño cálido, redondo, cómodo y delicioso que los pobres diablos solitarios como él estaban soñando siempre, abrazados con desamparo a sus almohadas. Y en cuanto a sus pies… dejó bruscamente de secarlos. Intuyó que lo siguiente que haría sería arrodillarse y besarlos, y temió que a ella pudiera no gustarle, se enfadara con él y no le permitiera volver a verla nunca.

—Ha estropeado su pañuelo —observó ella cuando le vio guardárselo en su bolsillo lleno de barro.

—Yo no lo considero así —respondió él, mirando fijamente hacia los cristales delanteros, sentado muy tieso y arrimado a su rincón porque no se

fiaba de sí mismo y tenía un miedo mortal a no comportarse adecuadamente.

A Christopher le resultaba ahora bastante evidente que estaba enamorado, profundamente enamorado, lo que le hacía sentirse muy feliz porque por primera vez estaba «correctamente enamorado», según su propia expresión. Todas las otras veces había resultado odioso y le había dejado muy mal sabor de boca. Y había deseado y deseado estar enamorado, *correctamente*, de alguien inteligente y educado además de adorable. Ella tenía estas tres cosas, pero la más importante de las tres era ser adorable.

Le echó una mirada a hurtadillas con el rabillo del ojo. Ya no parecía cansada. Aquellos taxis oscuros resultaban ideales, si la otra persona estaba enamorada también. ¿Lo estaría alguna vez? ¿Volvería a enamorarse o todo eso había quedado enterrado con el canalla de George? Le había tenido cariño a George; le había llamado «pobrecito mío» pero, por otra parte, uno llama a los muertos «pobrecitos míos» con facilidad y les va tomando más cariño conforme va pasando el tiempo desde que dejaron de estar vivos y de ser molestos.

—¿Dónde quiere que le deje? —preguntó ella.

—Ya lo hemos pasado. Al menos, no ha ido por ningún sitio que me quedase cerca. Vivo en Wyndham Place. La acompañaré hasta su casa y luego continuaré.

—Es usted muy amable, pero tendrá que dejarme pagar mi parte.

—Por cierto —continuó él rápidamente, agitando la mano con impaciencia para impedir que siguiera buscando en su bolso, porque entonces ya estaban atravesando Berkeley Square a toda velocidad y sabía que quedaba poco tiempo—, que no me ha dicho si puedo ir a verla. Me gustaría muchísimo ir a verla. Hay muchas cosas que le quiero decir o, más bien, oírle decir a usted. Y no hacemos más que hablar de esa infernal *Hora inmortal*.

—¿Cómo? Pero si pensé que le encantaba.

—Por supuesto que me encanta, pero no lo es todo en el mundo. Y me parece a mí que le hemos prestado bastante atención. Por favor, déjeme ir a verla. Melba a decir «Me moriré si no me deja», pero tuvo miedo de asustarla; pero que le ahorcasen, se dijo, si aquello no se aproximaba mucho a la verdad, así que lo sustituyó rápidamente por: «Me quedaré en Londres todo el domingo próximo».

Estaban al final de Hertford Street. La recorrían a toda velocidad. Cuando aún no había terminado de hablar, llegaron al 90 A. El taxi se

detuvo con un chirrido de frenos: era un taxi violento, el más violento que había visto; y no hubiera sido difícil tener la suerte de coger uno de aquellos taxis lentos, prudentes, antiguos, conducidos por patriarcas barbudos, que siempre encontraba cuando tenía que tomar un tren o llegaba tarde a una cena, que siempre retrocedían en todos los cruces con anticuada cortesía y que animaban a pasar delante incluso el tráfico a caballo.

—¿Puedo pasarme al domingo que viene? —preguntó, viéndose obligado a inclinarse sobre ella para abrirle la portezuela, porque ella estaba a punto de abrirla, al ver que él no se movía y se limitaba a seguir allí sentado—. No, no se baje —dijo con rapidez, porque ella daba muestras de ir a hacerlo—. No tiene sentido que nos quedemos ahí mojándonos. Espere aquí y yo iré a llamar.

—Pero escuche, tengo llave, y además el portero de noche está ahí.

En efecto, estaba el portero de noche y, como había oído llegar un taxi, abrió la puerta en ese momento.

—¿Y lo del domingo? —preguntó Christopher con desesperada persistencia, mientras la ayudaba a bajarse.

—Sí. Venga a verme —respondió ella, dirigiéndole su amistosa y agradable sonrisa, y el ánimo de él se levantó hasta el cielo—. Pero no este domingo —añadió. Y el ánimo de él cayó por el suelo con estrépito.

—¿Por qué no este domingo? Estaré libre todo el día.

—Sí, pero yo no —dijo riéndose porque le resultaba divertido—. Al menos, estoy segura de que hay algo…

Frunció el entrecejo tratando de acordarse.

—¡Ah, sí! Stephen. Le he prometido salir con él.

—¿Stephen?

Se le paró el corazón. Lo de George estaba aclarado, completa y felizmente, y ahora aparecía Stephen.

Entonces, cuando la puerta iba a cerrarse tras ella, dejándole solo allí fuera, una cálida y reconfortante luz iluminó su entendimiento: Stephen era su hijo, su hijito, su hijito único. Aunque resultaba odioso pensar —realmente el matrimonio era algo de lo más horrible— que George se había perpetuado y que aquella personita tan delicada, aquella pequeña y suave criatura exquisita había sido el vehículo para el estúpido deseo de que su estúpido apellido continuase existiendo.

—Supongo que le llevará usted al zoo —dijo, parándola, aún con el sombrero en la mano y la lluvia cayéndole en la cabeza descubierta y con el portero sujetando la puerta y observándole.

No se le ocurría lugar más adecuado que el zoo para llevar a Stephen el domingo, y él también iría al zoo y volvería a echar un vistazo a aquellos alegres monitos.

—¿Al zoo? —repitió ella desconcertada.

Entonces se echó a reír.

—Me pregunto —continuó con la cara estallándole de risa— por qué piensa que Stephen quiere que le lleven al zoo. Pobrecito mío —otro pobrecito mío, y esta vez vivo—. Pero si tiene mi misma edad.

Su misma edad, Stephen.

Ella agitó la mano.

—Venga otro domingo —gritó, mientras la puerta se cerraba.

Él se quedó un momento contemplando la puerta fijamente. Luego se volvió despacio, poniéndose el sombrero mientras bajaba las escaleras y, ya se alejaba a pie bajo la lluvia, perdido en los más dolorosos pensamientos, dirigiéndose mecánicamente hacia su casa, cuando el taxista, al darse cuenta con asombrosa indignación de lo que estaba haciendo su pasajero, le devolvió bruscamente a sus obligaciones gritando vigorosa y groseramente:

—¡Oiga!

II

Tendría que esperar diez días hasta el domingo de la semana siguiente. Sólo era viernes por la noche. Entretanto la vería, por supuesto en *La hora inmortal*, y quizá pudiera conseguir acompañarla a casa de nuevo. Pero ¿sería capaz, en aquellos retazos de tiempo, en aquellos ratitos, en aquellos comienzos interrumpidos por el telón que se levantaba o por las luces que se apagaban, sería capaz de averiguar quién y qué era Stephen? Resultaba intolerable haberse acercado por fin a ella para darse instantáneamente de narices con Stephen.

Era presa de negras conjeturas mientras el taxi, que hacía poco resultaba tan agradable con la presencia de ella, le llevaba a casa entre sacudidas. Stephen no podía ser su hermano, porque nadie establece citas anticipadas con un hermano, ni las cumple tan escrupulosamente; y no podía ser su tío ni su sobrino, que eran los únicos dos parentescos satisfactorios que quedaban, porque había dicho que era de su misma edad. Entonces, ¿quién y qué era Stephen?

Una débil esperanza brilló por un instante en la oscuridad de su mente: a veces los tíos eran jóvenes; a veces los sobrinos eran mayores. Pero aquella llama era demasiado débil para calentarle y se apagó casi inmediatamente. Pensó que deberían lapidar a todos los Stephens. Eso se había hecho con el primero del que había oído hablar; lástima que aquella costumbre no se hubiera mantenido. Qué feliz se sentiría ahora si no fuera por Stephen. Qué feliz yendo a verla el domingo de la semana siguiente, yendo a visitarla de verdad y sentarse solo ante ella en una habitación tranquila, y mirarla de frente y no únicamente de lado, y que ella estuviese sin el sombrero que la oscurecía tanto. Pensó que incluso podría, pasado un rato, cuando empezaran a actuar de un modo realmente natural el uno con la otra —y él presentía que podría comportarse de una forma más natural con ella, sentirse más feliz que con cualquier otra persona que hubiera conocido—,

podría sentarse en el suelo a sus pies, lo más cerca posible de sus zapatitos, y entonces le habría hablado de todo. ¡Señor, cómo deseaba hablarle de todo a alguien, a alguien que le entendiera! No había nadie que pudiera ser tan comprensivo como una mujer. Para comprender no era necesario el cerebro; no era necesario aprender, ni tener mucha educación, ni lógica e imparcialidad científicas, y demás cosas que tenía el dichoso sabiondo de Lewes, que compartía piso con él. Esas cosas estaban bien como partes de un todo, y estaba dispuesto a admitir que eran más importantes que las demás si uno las tenía todas; pero un hombre se moría de frío si no tenía otra cosa… sencillamente se moría. La vida sin una mujer, sin una mujer propia, era intolerable.

Cuando abrió la puerta con su llave, tenía el rostro sombrío. Lewes estaría sentado allí dentro. Lewes con su cerebro, cerebro, cerebro…

Christopher no tenía madre ni hermanas y, desde que podía recordar, parecía haber estado siempre sólo con varones —tíos que le criaron, clérigos que le prepararon para la escuela, y otra vez tíos con los que jugaba al golf y pasaba las fiestas señaladas del año: Navidades, Pascua y Semana de Pentecostés. Y aquí, en sus habitaciones, Lewes le estaba esperando, siempre Lewes, haciendo profundos y estúpidos comentarios acerca de todo y queriendo quedarse levantado hasta altas horas para razonar, ¡razonar! Estaba harto de razonamientos. Necesitaba a alguien con quien pudiera ser romántico y sentimental y poético y… sí, religioso si le apetecía, sin tener que sentirse avergonzado. Y deseaba extraordinariamente tocar, tocar deliciosas superficies suaves, sentir, sentirse cálido y próximo. Ya había tenido bastante de aquella vida estéril. Tres años habían sido, desde que salió de Balliol, tres años de regresar por las tardes y encontrarse a Lewes, que casi nunca salía de noche, profundamente hundido en su sillón, fumando en la misma posición inmóvil, con los pies apoyados en el delantero de la chimenea, enjuto, seco, horriblemente inteligente. Y charlaban y charlaban, se cuestionaban y se cuestionaban y, cuando hablaban de amor y de mujeres —por supuesto, a veces hablaban de amor y de mujeres—, Lewes exponía puntos de vista que Christopher —que solía compartirlos, sólo que lo había olvidado— consideraba, ahora que había conocido a Catherine, como tremendos —la palabra era suya— disparates.

Cerró la puerta lo más silenciosamente que pudo con la intención de irse derecho a la cama y evitar a Lewes al menos aquella noche. La primera vez que se sentó junto a Catherine y entabló amistad con ella, había sido lo bastante imprudente como para contárselo a Lewes cuando volvió,

narrándolo todo, con lo que rápidamente se dio cuenta de que era un entusiasmo innecesario; y, naturalmente, desde entonces Lewes le preguntaba de vez en cuando cómo marchaban las cosas. A Christopher dejó de gustarle aquello casi inmediatamente y le iba gustando menos cuanto más le gustaba Catherine; y, entre otras muchas cosas que luego lamentó haberle dicho a Lewes con la emoción de aquel primer descubrimiento, estaba que ella era la mujer con la que uno sueña.

—Ninguna mujer es jamás la mujer con la que uno sueña —dijo Lewes, que tenía treinta años y sabía de esas cosas.

—Espera a haberla visto, chico —dijo Christopher irritado, aunque era exactamente lo mismo que él había pensado espontáneamente hasta el día antes.

—Pero hombre… ¿verla? ¿Yo?

Lewes hizo un ademán de fatiga con la pipa.

—Creí que te habías dado cuenta hace mucho tiempo de que no me importan las mujeres.

—Eso es porque no conoces a ninguna —dijo Christopher, a quien le estaba resultando antipático Lewes en aquel momento.

Lewes le contempló levemente sorprendido.

—¿Que no conozco a ninguna? —repitió.

—Íntimamente, no. No conoces a mujeres decentes íntimamente.

Lewes seguía contemplándole.

—Creí que sabías que tengo madre y hermanas —replicó de inmediato, con paciente suavidad.

—Las madres y las hermanas no son mujeres, son sólo parientes —dijo Christopher. Y desde entonces los interrogatorios de Lewes fueron menos frecuentes y más cautelosos, aderezados con ansiedad. Le tenía cariño a su amigo. Le disgustaba la idea de poder perderle. Le parecía que llevaba camino de enamorarse seriamente y había observado que el amor era un gran destructor de amistades.

Le oyó llegar el viernes por la noche, le oyó entrar de forma tan poco usual en su habitación, tras cerrar tan cuidadosamente la puerta de entrada, y se preguntó qué le estaría haciendo aquella mujer a su amigo. ¿Ya le estaba haciendo desgraciado? Ya le había hecho más cauto y más silencioso; ya había caído entre los dos como una cortina ensombrecedora.

Lewes se agitó levemente en su sillón y continuó con Donne, a quien estaba leyendo en aquellos momentos con inteligente valoración teñida de sorpresa ante lo duradero de su pasión por su esposa. Pero encontró que no

podía prestar atención a Donne tan de lleno como solía, porque estaba atento a cualquier sonido que proviniera de la habitación vecina y sus pensamientos, aun cuando sus ojos continuaban leyendo hasta el final de la página, daban vueltas y más vueltas trazando un círculo que venía a decir: «Pobre Chris. Una viuda. Le tiene entre sus garras. Y vaya nombrecito: Cumfrit. Dios mío. Pobre Chris»…

En la habitación de al lado se oía a alguien pasear —cuidadosos recorridos por la habitación, como de alguien que no desease llamar la atención pero se sintiera impelido a moverse— y los pensamientos de Lewes giraban en su círculo más rápidos y enfáticos que nunca: «Pobre Chris. Una viuda. Cumfrit. Dios mío…».

Lo peor de esto era, pensó, cerrando de golpe a Donne y tirándolo sobre la mesa, que en estas ocasiones los amigos tenían que limitarse a observar. No se podía hacer nada de nada, excepto vigilar con la misma desesperanza que ante un lecho de muerte. Y, se dijo, sin tener siquiera la esperanza que a veces sostiene a estos veladores de una segura y gloriosa resurrección. Su amigo tenía que llevar aquello a su término y desaparecer de su vida, de la vida de Lewes, porque había observado que nunca ninguno resultaba ser exactamente el mismo amigo de antes, ya fueran felices o desdichados los resultados de la aventura. «Pobre Chris. Una viuda. Garras…».

El ruido de pasos terminó enseguida. A Lewes le habría gustado poder echar un vistazo y comprobar por sí mismo que su infortunado y probablemente desahuciado amigo se encontraba a salvo, durmiendo, pero no podía hacerlo, conque encendió de nuevo la pipa, recogió a Donne y volvió a él, capaz de concentrarse mejor ahora que los pasos se habían desvanecido, pero conservando aún los oídos levemente alerta.

Cuál no sería su sorpresa cuando fue a desayunar a la mañana siguiente y vio a Christopher con aspecto de felicidad y comiendo huevos con beicon con su habitual y sencilla fruición.

—Hola —no pudo por menos que decirle—, pareces bastante satisfecho de la vida.

—Lo estoy. Llueve.

—Pues sí —dijo Lewes, echando un vistazo a la ventana. Y se terminó el café en silencio, porque era incapaz de encontrar relación alguna.

—Puedo evitarme el asqueroso golf —explicó Christopher al cabo de un momento, con la boca llena.

—Ya —dijo Lewes, perfectamente consciente de que hasta entonces

Christopher había esperado aquellos sábados con una impaciencia casi infantil.

—Ya he salido a mandarle un telegrama a mi tío.

—Pero yo creía que en estas ocasiones, cuando el tiempo impedía el golf, ibas de todas maneras a jugar con él al ajedrez.

—Maldito ajedrez.

Y una vez más, en la cabeza de Lewes empezó a dar vueltas aquello de: «Pobre Chris. Cumfrit. Garras…».

III

Christopher había tenido una inspiración —repentina, como todas las inspiraciones— la noche anterior, después de recorrer su habitación durante cerca de una hora: abandonaría a su tío y el golf al día siguiente y dedicaría la tarde a visitar a Catherine, con lo que estaría seguro de adelantarse a Stephen. Qué sencillo. Ya podía su tío ofenderse y disgustarse cuanto quisiera y dejarle sus miles de libras al limpiabotas, que a él le traía sin cuidado. Iría a ver a Catherine y volvería a ir a verla una y otra vez durante toda la tarde si era necesario, si estaba ausente al primer intento. Entonces, al tomar esta decisión se sintió en paz, se fue a la cama y durmió como un bebé satisfecho.

Inició su visita a Hertford Street a las tres.

No estaba. El portero le dijo que no estaba cuando preguntó en qué piso vivía.

—¿Cuándo estará? —preguntó.

El portero respondió que no sabía decirle y a Christopher le cayó antipático.

Se marchó y deambuló por el parque, pisando la tierra húmeda y recibiendo goterones de lluvia que le caían a ráfagas desde los árboles.

A las cuatro y media volvió. La hora del té. Ella estaría a la hora del té, a no ser que lo tomara en casa de alguien, en cuyo caso repetiría su visita cuando ella hubiera tenido tiempo de regresar.

Seguía fuera.

—Subiré yo mismo a preguntar —dijo Christopher, que detestaba al portero más que nunca; entretanto, también Christopher empezó a caerle mal al portero.

—No hay más que esta entrada —dijo, con modales aún más secos, el portero.

La habría visto.

—¿Qué piso? —preguntó Christopher escuetamente.

—Primero —el portero fue aún más escueto.

Un piso en la primera planta de un edificio en Hertford Street parecía exento de la necesidad de viajar en metro, pensó Christopher mientras se dirigía hacia allá pisando una alfombra muy gruesa e ignorando el ascensor, que de todas formas no le había sugerido el portero. Pero ella había dicho que siempre iba a ver *La hora inmortal* en metro.

¿Era posible que existiera gente que disfrutase en el metro? Pensó que no era posible. Y emerger de la tranquila dignidad color caoba del portal de aquellos pisos y proceder a dirigirse a pie al metro más cercano, en lugar de introducirse al menos en un taxi, era algo que llenaba su mente de asombro. Un Rolls-Royce no habría quedado fuera de lugar pero, por lo menos, tendría que haber un taxi.

¿Por qué hacía esas cosas y se agotaba y se mojaba sus encantadores piececitos? Deseaba cuidarla, protegerla en todo cuanto hiciera, colocar su cuerpo grande y fuerte entre ella y todo lo que pudiera causarle el más mínimo daño. Esperaba que George hubiera actuado así. Estaba seguro de que debió hacerlo. Cualquier hombre lo hubiera hecho.

Cualquier hombre: estas palabras le devolvieron a la memoria a Stephen, que era un pretendiente, estaba convencido, aunque a ella se le olvidase su nombre. Quizá lo olvidase porque fuera uno de tantos. Era lo más probable. Uno de tantos…

De pronto, volvió a sentirse incómodo y se apresuró a llamar a la puerta del piso, como si entrando rápidamente pudiese anticiparse a los acontecimientos y cambiarlos.

La puerta la abrió *Mrs*. Mitcham, a quien más tarde conocería tan ampliamente. Ignorantes de su futuro, se contemplaron por primera vez: él vio a una persona mayor muy respetable, que no era una sirvienta porque no llevaba cofia, ni la doncella personal de la señora, juzgó por alguna razón —aunque sabía poco de doncellas personales de señoras—, sino alguien más cercano a la idea que tenía —a menudo había deseado secretamente tener una— de lo que es una niñera; y ella vio a un joven bien parecido, de piernas largas, con unos ojos como los de los niños cuando llegan a una fiesta de cumpleaños.

—¿Llegará pronto *Mrs*. Cumfrit? —preguntó, y la forma en que lo preguntaba hacía juego con la expresión de sus ojos—. Ya sé que está fuera, pero ¿cuándo llegará?

—No sé decirle, señor —dijo *Mrs*. Mitcham contemplando al joven

caballero de ojos impacientes.

—Bueno, mire, ¿podría entrar a esperarla?

Naturalmente, *Mrs*. Mitcham dudó.

—Bien, entonces no me quedará más remedio que esperar abajo, y no puedo soportar a ese portero.

Resultaba que *Mrs*. Mitcham tampoco podía soportar al portero, de modo que su rostro se relajó un poco.

—¿Le espera *Mrs*. Cumfrit, señor? —preguntó.

—Sí —replicó Christopher con audacia, porque de hecho le esperaba el domingo de la semana siguiente.

—Suele decírmelo… —empezó a decir *Mrs*. Mitcham dudando, pero se apartó un poco, dejando un pequeño hueco por donde él se apresuró a pasar. Y mientras le entregaba el sombrero y el abrigo, ella esperaba haber hecho bien, porque creía conocer al dedillo a todas las amistades y personas conocidas de su señora y, desde luego, el joven caballero nunca había estado allí antes.

Le condujo al cuarto de estar.

—¿A quién debo anunciar, señor, cuando llegue *Mrs*. Cumfrit? —preguntó, dirigiéndose hacia él ante la puerta.

—*Mr*. Christopher Monckton —replicó distraídamente, porque iba a ver el cuarto de estar de Catherine, la habitación donde probablemente pasaba la mayor parte de su tiempo, su santuario.

Entretanto, *Mrs*. Mitcham estaba dudando un poco porque, ¿y si había hecho mal dejando entrar a un extraño, estando la mesa del té dispuesta con las cucharillas y el azucarero de plata del pobre *Mr*. Cumfrit? ¿No habría sido mejor pedirle al joven caballero que esperara en el recibidor? *Mrs*. Mitcham, con el corazón lleno de dudas, abrió la puerta y le dejó pasar, observándole mientras entraba.

No, no parecía en absoluto de ese tipo de personas, se decía, reprochándose sus dudas y dándose ánimos. Reconocía a un caballero a simple vista. De todos modos, dejó la puerta un poquitín abierta para poder oírle si… También juzgó conveniente atravesar el recibidor con paso sigiloso y echar un vistazo para comprobar su abrigo.

Era el abrigo de un caballero: un abrigo áspero al tacto, un abrigo gastado pero inconfundible, y se volvió a la cocina sin hacer ruido, dejando la puerta abierta de par en par y, mientras cortaba pan y mantequilla lo más silenciosamente posible, estaba atenta para oír llegar a su señora y más atenta aún por si acaso oía salir a alguien.

Sin embargo, la última cosa en el mundo que deseaba hacer el joven que acababa de entrar en el cuarto de estar era volver a salir. Quería quedarse donde estaba para siempre. Era maravilloso disponer de ese corto espacio de tiempo solo entre sus cosas antes de que ella apareciera en persona. Era como leer el encantador prefacio de un libro maravilloso. Próximo a estar con ella, ésta era la más feliz de las situaciones. Porque sus cosas le hablarían de ella tanto como las ropas que llevaba; se la describirían, le mostrarían al menos una parte, una parte genuina de su personalidad.

En ese momento, al mirar por primera vez a su alrededor, se dio cuenta de que aquél no era ni mucho menos su cuarto de estar, sino el de un hombre. El cuarto de George. George continuaba allí. Y continuaba de manera flagrante —y desvergonzada—, en sus grandes sillas y mesas de roble, sus inmensos óleos, sus bustos, bustos de mármol, blancos objetos cadavéricos colocados en los rincones sobre sus negros pedestales. Entonces, ¿nadie moría nunca realmente?, se preguntaba indignado. ¿No tenía fin la insistencia de la gente en sobrevivir de alguna forma? Endurecida en roble, recogida en bustos y enmarcada en cuadros, la esencia de George aún cohabitaba sólidamente con su viuda. ¿Cómo podría ella dejar de recordarle en semejante mausoleo? Estaba claro que no quería, o de lo contrario habría tirado todo eso hacía tiempo y tendría cosas alegres, color, flores, cosas suaves y sedosas, cosas como ella a su alrededor. No quería. Había canonizado a George, de esa forma extraña en que la gente canonizaba a personas bastante molestas y desagradables una vez que estaban muertas y bien muertas.

Permaneció de pie mirando en torno suyo y diciéndose que sabía cómo había ocurrido. ¡Oh, sí!, lo veía todo, como en el momento de la muerte de George: Catherine, anegada de pena, de dolor, tal vez de amor ahora que ya no estaba obligada a amar, se había aferrado a cuanto él había dispuesto sin poder soportar que se tocara, cambiara o alterara nada, patéticamente deseosa de mantenerlo todo exactamente como él lo tenía, de mantenerle vivo aún, al menos en sus muebles. Había oído hablar de otras viudas que habían hecho lo mismo. Y algunos viudos —aunque menos— lo habían hecho también. Le era fácil imaginarlo si uno amaba mucho a alguien o sentía terriblemente no haberle amado. Pero ¿era posible seguir amando así año tras año? Aunque, una vez que uno ha empezado, ¿cómo detenerse? Sólo había una manera feliz y natural de hacerlo, que era casarse de nuevo.

Entonces, mientras seguía observando, tenía la nariz levantada en un gesto de burla impaciente ante la persistencia *post mortem* de George y

esperaba ver *whisky* y cigarros, ya polvorientos, sobre alguna mesa en un rincón. ¿Por qué no? Simplemente harían juego con lo demás. Percibió un pequeño objeto blanco sobre el macizo sofá colocado en ángulo recto con una chimenea en la que titilaba débilmente el más diminuto de los fuegos recién encendidos. Un poquito de ella. Al menos una huella suya.

Lo cogió y lo acercó a su rostro. Qué semejante a ella, qué semejante a ella. Estaba absorto en la piel, enterrado en ella, aspirando su olor suave y delicado. Y Catherine, al entrar silenciosamente con su llave, le vio así, junto al sofá de espaldas a la puerta.

Se detuvo en el umbral, observándole con divertida sorpresa, porque realmente resultaba muy divertido que ocurriera algo así con la boa de una a esta edad. Vaya joven excéntrico. Quizá el tener todo aquel pelo rojo le hiciera a uno…

Pero él, aunque no había oído sonido alguno, percibió su presencia. Se volvió rápidamente, notó su mirada divertida y se puso rojo como un tomate.

Volvió a colocar cuidadosamente la piel encima del sofá y se acercó a ella.

—Bueno, ¿por qué no habría de hacerlo? —dijo desafiante, echando atrás la cabeza.

Ella se echó a reír, le estrechó la mano y dijo que se alegraba mucho de que hubiera venido. Era tan natural, tan natural, tomándose las cosas como lo más normal del mundo, cosas que eran tan poco normales que le hacían temblar —cosas como secarle los zapatos la noche antes en el taxi o acercarse a la cara la suave piel blanca—. Si fuera tímida, si fuera retraída, sólo por un instante, pensaba que sería más dueño de sí mismo y también de ella. Pero no lo era. Ni rastro de timidez. Sólo cordialidad, como si todo lo que él hacía y decía fuese habitual, fuese inevitable, fuese lo que ella se esperaba o bien no le diese importancia. Ni siquiera le sorprendía verle. Aunque le había asegurado que nunca podía escaparse los sábados.

—No pude resistir la tentación de venir —dijo, con el rostro aún ruborizado—. ¿De verdad no creería que iba a esperar hasta el domingo de la semana próxima, no?

—Me alegro de que no esperara —dijo ella, tocando la campanilla para pedir el té, sentándose a la mesa y empezando a quitarse los guantes.

Se le pegaban porque estaban húmedos de haber estado bajo la lluvia.

—Déjeme hacer eso —dijo ansiosamente, observando todos sus movimientos. Ella le ofreció las manos enseguida.

—Ha estado caminando bajo la lluvia —dijo con reproche, mientras tiraba de los guantes empapados. Entonces, al contemplar su rostro, al que la dura luz gris de la tarde de marzo daba de lleno desde los altos ventanales, vio que estaba cansada, realmente rendida, y preguntó, alarmado:

—¿Qué ha estado usted haciendo?

—¿Haciendo? —repitió, sonriendo ante su forma de mirarla fijamente —. Pues he venido a casa lo más rápidamente que he podido para resguardarme de la lluvia.

—Pero ¿por qué parece tan cansada?

—¿Qué parezco cansada? —dijo riendo—. Pues no lo estoy en absoluto.

—Entonces, ¿por qué parece que hubiera caminado cientos de kilómetros y llevase semanas sin dormir?

—Ya le dije que tendría que verme a la luz del día —replicó, dirigiendo una mirada divertida a su expresión preocupada—. Sólo me había visto de noche, con luz artificial o en la oscuridad. Tenía exactamente el mismo aspecto entonces, sólo que usted no me veía bien. Cualquiera puede no parecer cansado si hay suficiente oscuridad.

—Eso son tonterías. Ha estado andando por ahí y yendo en metro. Verá, me gustaría que me dijera una cosa.

—Le diré lo que quiera.

Qué ojos tan dulces tenía, qué ojos tan increíblemente dulces, si no estuvieran tan cansados…

—Pero tendrá que sentarse. Es usted tan enorme que me duele el cuello de tener que levantar la cabeza para mirarle.

Se arrojó en la silla que estaba junto a ella.

—Lo que quiero saber es… —empezó, inclinándose hacia ella.

Se interrumpió al abrirse la puerta y entrar *Mrs*. Mitcham con el té.

—Continúe —le animó Catherine— a no ser que se trate de algo horriblemente indiscreto.

—Bueno, sólo iba a preguntarle si… si le gusta el metro.

Ella se echó a reír. Siempre se estaba riendo.

—No —replicó, mientras servía el té.

La tetera era impresionante. Todo el servicio del té era impresionante, excepto la parte comestible. Una mano severamente ahorrativa había caído sobre esta última, aminorando la mantequilla sobre el pan y retirando las pasas del pastel. Y no es que Christopher viera nada de esto, porque sólo veía a Catherine: pero después, al repasar mentalmente la visita, se dio

cuenta de que había un curioso contraste entre el té y los marcos.

—Entonces, ¿por qué va en él? —preguntó, cuando *Mrs*. Mitcham se fue y cerró la puerta.

—Porque es barato.

Ante aquella respuesta, él recorrió la habitación con la vista y, mentalmente, recorrió también Hertford Street con Park Lane tan cerca, el lujo exclusivo del portal y aquel portero tan bien uniformado, aunque personalmente cuestionable.

Ella siguió su mirada.

—El metro y todo esto. Sí, ya lo sé. No encajan, ¿verdad? Quizá no sea necesario que tenga tantísimo cuidado. Pero, de momento, estoy bastante asustada. Lo sabré mejor después del primer año…

—¿Qué primer año? —preguntó, cuando ella hizo una pausa. Pero, realmente, no estaba escuchando porque ella había levantado las manos para quitarse el sombrero y la veía por primera vez sin que estuviera medio eclipsada.

La miró fijamente. Seguía hablando. Él no la oía. Tenía el pelo oscuro, peinado hacia atrás, con pequeñas hebras de plata. Las vio. Como había intuido, como de alguna manera ya sabía, era mayor que él, pero sólo un poco, nada de importancia; sólo lo justo para que resultase adecuado que la adorase, que su lugar estuviese a sus pies. Contempló su frente, tan cándida, con algo de paloma, con algo extraordinariamente bueno, tranquilizador e infinitamente amable, pero cruzada por leves líneas como si estuviera preocupada. Y sus ojos grises, bellamente separados, de un gris muy claro con largas pestañas oscuras, tenían la mirada patética de quien ha estado llorando. No lo había notado antes. En el teatro le brillaban. Esperaba que no hubiese llorado, que no estuviese preocupada y que su risa de ahora no la estuviese poniendo para él, para la visita.

Ella dejó de hablar de repente, al notar que no la escuchaba y que la miraba con extremada seriedad. Adoptó una expresión divertida.

—¿Por qué me mira con tanta solemnidad?

—Porque tengo mucho miedo de que haya usted llorado.

—¿Que haya llorado? ¿Por qué iba a haber llorado?

—No lo sé. ¿Cómo voy a saberlo? Yo no sé nada.

Se inclinó y le tocó tímidamente una manga. Tenía que hacerlo. No podía evitarlo. Esperaba que ella se hubiera dado cuenta.

—Cuénteme cosas.

—Se las estaba contando y no me ha escuchado.

—Porque la estaba mirando. Es que nunca en mi vida la había visto sin sombrero.

—Nunca en su vida —repitió sonriendo—. Como si llevase viéndome desde que nació.

—La conozco desde siempre —dijo solemnemente, ante lo cual ella le ofreció con bastante rapidez un trozo de pastel, que él ignoró.

—En mis sueños —continuó, mirándola fijamente con unos ojos que eran, se temió ella, un poco… en fin, que no eran los de un visitante normal.

—¡Ah!, sueños. Pero mi querido *Mr*. Monckton, por favor, tome un poco más de té —dijo, apartando con un gesto lo intangible.

—Tiene que llamarme Chris.

—Pero ¿por qué?

—Porque nos conocemos desde siempre. Porque nos vamos a conocer para siempre. Porque yo… porque yo…

—Bueno, pero usted sabe que no es así —le interrumpió, porque, ¿quién sabía lo que su impetuoso nuevo amigo podría estar a punto de decirle?—. Realmente, no. Ni fuera de la ficción, ni más allá de *La hora inmortal*. ¿Ve usted los cigarrillos por alguna parte? ¡Ah, sí! Ahí están, en aquella mesa. ¿Quiere traerlos?

Se levantó y los trajo.

—No tiene ni idea de lo solo que estoy —le dijo, acercándoselos.

—¿Sí? Lo siento mucho. Pero ¿es cierto eso? Imaginaba que tendría montones y montones de amigos. Es usted tan… tan… —dudó— tan afectuoso —concluyó, y no pudo evitar sonreír al decirlo, porque desde luego parecía ser muy afectuoso. Su afecto parecía tan incandescente como su pelo.

—Montones y montones de amigos no hacen que uno se sienta menos solo si no se tiene… Bueno, a esa persona. No, no quiero fumar. ¿Quién es Stephen?

Qué abrupto. Ella no podía cambiar de tema a esa velocidad.

—¿Stephen? —repitió, algo desconcertada. Entonces se acordó y volvió a mostrar una expresión divertida.

—¡Ah, sí! Creía usted que iba a llevarle al zoo mañana. ¡Al zoo! Pues mañana por la tarde predica en St. Paul. Haría usted bien en ir a escucharle.

Él le cogió las manos.

—Tiene que decirme una cosa. Tiene que decírmela.

—Ya le dije antes que le diré lo que quiera —replicó ella, retirando las

manos.

—¿Stephen es…? ¿Va usted…? ¿No irá usted a casarse con Stephen?

Por un momento, ella se quedó mirando con profundo asombro. Luego se echó a reír y siguió riéndose sin parar hasta que se le saltaron las lágrimas.

—¡Oh, querido muchacho! ¡Oh, mi querido, mi queridísimo muchacho! —dijo riéndose y secándose los ojos mientras él seguía sentado observándola.

Y en aquel momento, *Mrs*. Mitcham apareció en la puerta y anunció a dos señoras —su miserable apellido sonaba a algo así como Fanshawe[1]— y dos señoras, que bien podían ser las Fanshawe, irrumpieron inmediatamente en la habitación y envolvieron a Catherine en unos brazos que le parecieron enormemente largos, besándola efusivamente —cuánto las odiaba— y exclamando entre trinos incoherentes que habían venido a recogerla, que el coche estaba abajo, que no aceptarían una negativa, que Ned las estaba esperando…

¡Dios mío, qué brujas!

Se marchó enseguida. De nada servía quedarse para ver cómo se la llevaban en sus garras las Fanshawe a ver a Ned, que las esperaba. ¿Y quién demonios era Ned? Sí, allí estaba, esperando tranquilamente, cómodamente sentado en un Daimler que parecía muy nuevo y muy caro, mientras el portero, que parecía otro, revoloteaba solícito a su alrededor. Ned necesitaba hasta la última brizna del Daimler nuevo, de la manta de piel y del chófer espantosamente elegante para compensar la forma de su estúpida nariz, pensó Christopher, mientras se alejaba por la calle a grandes zancadas burlonas.

IV

Tuvo una semana inquieta hasta el viernes siguiente. Era maravilloso estar enamorado, haberla encontrado, pero habría sido aún más maravilloso si hubiera sabido un poco más de ella. Necesitaba poder pensar en ella y seguirla en cada instante del día —representársela, verla mentalmente haciendo esto y aquello, yendo de acá para allá— y no tenía más que un espacio en blanco.

Sólo eran extraños. Por supuesto, únicamente en el nivel más bajo de los acontecimientos cotidianos. En el nivel más alto, en el nivel sideral del amor espléndido e irracional, la conocía desde siempre, como le había dicho. Pero conocerla a ese nivel y no a ningún otro le resultaba molesto. Le paralizaba totalmente. No se le ocurría qué hacer.

Una vez, antes de conocerla, en aquellos días oscuros en los que aún era tonto y razonaba, le había hecho ver a Lewes que consideraba que era lamentable, que era algo que podía llevar a la desilusión, el que el amor comenzase, como aparentemente comenzaba, de repente, en el colmo de la emoción. Le dijo que debería darse un desarrollo gradual del conocimiento mutuo, un despliegue continuo del conocimiento del otro, un *crescendo* preparatorio y, por supuesto, extremadamente agradable que condujese a la angustia de la pasión propiamente dicha.

Del modo en que solía ocurrir, ignorándolo en realidad todo acerca de la mujer en cuestión, excepto su aspecto y su voz, pues así ocurría, era malo, concluía Christopher, considerar aisladamente las defectuosas disposiciones de la Naturaleza y comenzar con apasionamiento porque después no se podía hacer otra cosa que enfriarse.

Ahora, al acordarse de esto una noche que no podía dormir, se reía de sí mismo, considerándose un fatuo y un idiota. Eso era lo que uno sabía del asunto cuando estaba enamorado. El amor daba un sexto sentido, que percibía las cosas instantáneamente. El símbolo de la dulce apariencia

externa de la amada estaba ante los ojos; por él se era consciente de su gracia interior y espiritual. La amada tenía tal o cual aspecto y, por lo tanto, era de tal o cual manera. El amor lo sabía. Pero, a un nivel más bajo, al nivel de la mera conveniencia, admitía que sería mejor haber mantenido un cierto trato preliminar. Adoraba a Catherine y eran extraños. Le resultaba molesto. Le paralizaba.

No sabía qué hacer.

«Debo verla», escribió después de ver solo *La hora inmortal* durante tres noches. «¿Cuándo puedo?».

Y envió la nota con unas rosas, aquellas delicadas rosas pálidas aún en capullo que se abren tan exquisitamente en una atmósfera cálida. Le recordaban a ella. Además eran símbolos, se dijo, símbolos de lo que también le ocurriría a ella si le permitiera ser su atmósfera, su calor; y aunque estas rosas eran muy caras —muchísimo por cada capullo— le envió tres docenas, un verdadero ramo, gozando de la extravagancia de hacer por ella algo que realmente no podía permitirse.

Ella le escribió en respuesta: «Pero si viene a tomar el té el domingo. ¿No quedamos en eso? Sus rosas son muy bonitas. Gracias, muchísimas gracias».

Y cuando vio la carta, su primera carta, la primera muestra de su escritura, junto a su plato a la hora del desayuno, se apoderó de ella tan rápidamente y se puso tan colorado que para Lewes quedó dolorosamente claro quién la había escrito. «Pobre Chris. Cumfrit. Garras».

Conque no iba a verla hasta el próximo domingo. Pues bien, no se podía consentir que continuase este estado de cosas. Sencillamente, resultaba rematadamente ridículo. Tenía que avanzar más deprisa la próxima vez, conseguir explicarse de algún modo, poner las cosas en su sitio. Aunque estaba demasiado perturbado para considerar cuáles eran las cosas y cuál su sitio.

Por supuesto, había ido a St. Paul el domingo siguiente a su visita, pero no la había visto. Habría sido lo mismo esperar encontrar la más pequeña de las agujas en el más grande de los pajares que a Catherine en aquel servicio vespertino, con las luces dándole en los ojos e hileras e hileras de figuras oscuras, todas exactamente iguales en apariencia, difuminándose en el espacio.

A Stephen sí le había visto y también le había oído, y enseguida le había desterrado de su mente considerándole alguien de quien no tenía por qué preocuparse. No le extrañaba que ella se hubiera reído cuando preguntó si

se iba a casar con él. ¡Casarse con Stephen! ¡Por Dios! ¡Desde luego, no tenía la misma edad que ella! Pero si podía ser su padre. De pie en el púlpito parecía un halcón, un halcón enjuto. Christopher no sabía lo que pudo decir después de la primera frase, debido a lo muy activamente que seguía buscando a Catherine, pero sí que vio su nombre en la hoja que un acólito le puso en la mano: era Colquhoun, el reverendo Stephen Colquhoun, párroco de Chickover con Barton St. Mary, que no tenía ni idea de dónde estaba y que, según pudo colegir Christopher por el texto y por la primera frase que dijo, predicaba en alabanza del amor.

¿Qué podría saber él del asunto?, pensó Christopher, estremeciéndose con el glorioso tema; ¿qué podría saber aquel halcón encaramado allí, aquella raspa de mediana edad? Era lo mismo que poner a alguna solterona congelada para que explicase ante una congregación de madres las emociones de la maternidad.

Y dejó de pensar en Stephen. Ya no quería que le lapidasen. Sería malgastar las piedras.

En Ned sí que pensó algunas veces, porque se trataba manifiestamente de un gusano; también era manifiestamente un gusano rico y, como tal, quizá se atreviera a importunar a Catherine con sus atenciones resplandecientes. Pero tenía demasiada confianza en la hermosa naturaleza de ella para que Ned le asustase. Catherine, que amaba la belleza, que se sentía tan conmovida por ella —había sido testigo de su expresión emocionada en *La hora inmortal*—, nunca escucharía lisonjas que vinieran de alguien con una nariz como la de Ned. Además, Ned era muy mayor: a pesar de la manta de piel que le tapaba hasta la barbilla, Christopher lo había visto muy bien. Era un hombre mayor y engreído. ¡Ancianidad y amor!, se dijo haciendo una mueca. Si los viejos pudieran verse…

El lunes, el martes y el miércoles fue a ver *La hora inmortal* y languideció porque ella no estaba allí. El jueves por la mañana le envió las rosas. El viernes por la mañana recibió su carta y, cuando debía haber estado trabajando, se pasó varias horas repitiéndose que aquello no podía continuar, el estar separados, el tener que esperar dos días y medio más, y luego quizá ir de visita sólo para encontrarse con que unas osificaciones como las Fanshawe la visitaban también, y ampulosidades como Ned, y aquel callo de Stephen.

El viernes a la hora de comer la llamó por teléfono y contuvo la respiración mientras esperaba, por miedo a que no estuviera en casa.

No, aquélla era su voz, su pequeño arrullo celestial. Estuvo en un tris de

exclamar por el aparato un: «¡Oh, querida mía!», de lo aliviado que se sintió. Sólo a duras penas consiguió no hacerlo y, mientras tardaba un momento en recobrar la voz, ella repitió en tono amable —qué voz tan perfecta para el teléfono:

—Sí, ¿quién es?

—Soy yo, Chris. Escuche.

—¿Quién?

—Chris. ¡Oh, ya sabe! Dijo que me llamaría Chris. Pues Christopher, si no. Monckton. Escuche, me gustaría que viniera a cenar conmigo, ¿quiere? ¿Esta noche? Conozco un restaurantito delicioso… ¿Cómo? ¿Que no puede? Pero es que tiene usted que venir. ¿Por qué no puede? ¿Qué? Si se ríe no la entiendo. ¿No irá a ver eso otra vez? Vaya tontería. Se está convirtiendo en una obsesión. Iremos mañana por la noche. ¿Por qué no fue usted anoche? ¿Y anteanoche? No, necesito charlar. No, allí no podemos charlar. No, es que *tenemos* que charlar. No, no lo es, no es lo mismo en absoluto. Iré a recogerla a las siete y media. Sí, pero es que *tiene* usted que venir. Creo que será mejor que pase por su casa a las siete. Estará preparada, ¿verdad? Sí, ya lo sé, pero eso puede esperar hasta mañana por la noche. Muy bien, entonces a las siete. De verdad, resulta sencillamente ador… muy amable por su parte. Oiga, oiga, ¿sigue usted ahí? Han intentado cortarnos. Escuche, será mejor que la recoja un poco antes de las siete, como a menos cuarto, porque puede que el sitio esté lleno. Y, mire, escuche… oiga, oiga, no nos corte. ¡Oh, maldita sea!

Estas últimas palabras se las dirigió a la nada. Colgó el auricular y, tras coger rápidamente el sombrero, se fue al restaurante, un restaurante alegre, que se especializaba en platos españoles, pues pensó que tal vez debía ir, para elegir y reservar la mesa. Luego salió a comprar unas cuantas rosas más de las que ella había dicho que eran muy bonitas, se las llevó al *maître*, que era todo inteligencia, y le indicó que las mantuviese reservadas en agua hasta las siete menos cuarto, hora en que debía ponerlas en su mesa. Luego fue a Wyndham Place a ver si Lewes, que trabajaba en economía y se pasaba la mayor parte del día metido en casa escribiendo, quería salir a jugar al *squash* con él, porque no podía volver a la oficina como si fuera un día corriente y necesitaba hacer ejercicio, ejercicio violento, porque le parecía que, si no, iba a estallar.

Lewes fue con él. Suspiró para sus adentros mientras apartaba los libros, considerando aquella interrupción de su trabajo de la tarde como una nueva prolongación de las garras Cumfrit. «Pobre Chris». Ahora se encontraba en

la fase de la bienaventuranza, cosa que quedaba clara echando un simple vistazo a su expresión; pero Lewes, aparte de ser un economista político muy emprendedor, también era muy aficionado a la poesía:

Muy pronto su alma sufriría su carga terrenal,
Y las viudas le oprimirían con un peso
Penoso como escarcha…

¡Ay, ay! ¿Cómo pudo cometer tal sacrilegio? Lewes se aborreció. La mujer, por supuesto, pinchándole —*Mrs*. Cumfrit—. Y sus sentimientos hacia una mujer que podía hacerle rebajarse a parodiar un hermoso poema se volvieron tan gélidamente hostiles como hubieran debido ser los de Adán hacia Eva cuando le hizo rebajarse a comer la mitad de la manzana, ya que aquel hombre inexperto fue débil y se dejó engatusar para hacer aquello que posteriormente les había engendrado a él, a Chris y a *Mrs*. Cumfrit.

Adán y Chris, reflexionaba Lewes, dirigiéndose tristemente al club donde jugaban, sin hablar una palabra en todo el camino, eran semejantes en cuanto a que ninguno de los dos podía pasarse sin una mujer. Y siempre, en cuanto había una mujer, empezaban los problemas: antes o después empezaban los problemas. O, si no los problemas reales, aquella estupidez mortal y desintegradora.

Lewes sabía por la cara de su amigo, por su manera de andar, por su tono de voz y, en aquellos momentos, por la triunfante rapidez y precisión con que le ganó al *squash*, que algo que consideraba maravilloso le había sucedido aquel día. ¿En qué habría consentido la viuda? Ninguno de los dos la mencionaba jamás últimamente; y si él, Lewes, decía lo más mínimo sobre las mujeres o el amor, estando tan metido en Donne y deseando comentarlo, le resultaba difícil no mencionar a estos dos perturbadores de la paz del hombre. Si alguna vez decía lo más mínimo acerca de ellos, su pobre amigo empezaba enseguida a hablar, muy alto y de un modo nada natural, de temas tales como el estado del pavimento en Wyndham Place, o del número creciente de autobuses color chocolate que había en las calles. Cosas así, cosas estúpidas, a las que él contestaba con estupideces mayores. Y antes era tan inteligente, tan despierto. Aquello era calamitoso.

—¿Quieres que vayamos juntos a cenar a algún sitio esta noche, muchacho? —No pudo resistir la tentación de sugerir, mientras Christopher volvía a casa con él, más refulgente que nunca después de la satisfacción de su partido triunfal, charlando alegremente de temas que a

ninguno de los dos les importaban un pimiento. Lewes se lo preguntó sólo por ver lo que le contestaba.

—Esta noche no puedo —dijo Christopher, que se había vuelto muy escueto de repente.

—Supongo que irás a ver *La hora inmortal* de nuevo —aventuró Lewes tras una pausa, intentando parecer despreocupado.

—No —replicó bruscamente Christopher—, voy a salir a cenar.

Y Lewes, enmudecido, resignado y melancólico, se dio por vencido.

V

Cuando Christopher llegó a Hertford Street, Catherine no estaba lista porque llegó más pronto de lo que había dicho, pero *Mrs*. Mitcham abrió la puerta, esta vez sin reservas, de un modo acogedor, se alegró de verle y le condujo enseguida a la sala, diciendo que su señora no tardaría.

Habían dejado apagar el fuego y en la habitación hacía tanto frío que sus rosas estaban aún casi tan cerradas como cuando las envió. Vio que había habido gente allí esa tarde: las sillas estaban descolocadas y había colillas. Bueno, ninguna de esas personas iba a llevarla a cenar. Podían haber venido de visita, pero era él quien la llevaba a cenar.

Al entrar ella, se dio cuenta inmediatamente de que llevaba un sombrero distinto. Era un sombrero muy bonito, mucho más bonito que el otro. ¿Sería posible que se lo hubiera puesto para él? Aunque, ¿para qué otra persona iba a ser? Absorto en la fascinación que le produjo la idea, tuvo una enorme dificultad para saludarla de un modo adecuado. Se la quedó mirando muy tieso, le estrechó la mano con mucha fuerza y, por un momento, no le dijo nada. Por los hombros llevaba la pequeña prenda de zorro que se había acercado a la cara el otro día, y sus zapatitos… Bueno, mejor sería que no los mirase.

—Es muy divertido —dijo ella, mientras él le estrujaba la mano, consiguiendo con éxito disimular el dolor que le producía que le aplastasen de aquel modo los dedos contra los anillos.

—Es maravilloso —dijo Christopher.

—No, no, tampoco es para tanto… simplemente es divertido —respondió, frotándose furtivamente la mano que él acababa de soltar y tomando nota mentalmente de que no debía llevar anillos la próxima vez que hubiera posibilidad de que su joven y fuerte amigo le estrechase la mano.

El dolor había hecho que la sangre se le subiera a las mejillas.

Christopher se la quedó mirando. ¡Pero si se estaba ruborizando! ¡Eso era que ya no se sentía tan serena ni tan segura! ¿Sería posible que estuviera empezando a sentirse tímida? Sintió una extraordinaria alegría al pensarlo y ella, al verle con un rostro tan alegre, no pudo dejar de recoger y reflejar al menos una parte de su luz.

Se echó a reír. Era realmente divertido salir a corretear por ahí con un muchachote que estaba tan encantado, la hacía sentirse muy joven. Era un muchacho muy interesante, poco corriente, repleto de violento entusiasmo. Le gustaría que nunca tuviera que hacerse mayor. Resultaba encantador ser así de joven y absurdo, pensó, mientras contemplaba riendo a aquella criatura. Nunca se daba uno cuenta de lo deliciosa que es la juventud hasta que la propia ha terminado. Bueno, ella iba a ser joven aunque sólo fuera por una noche. Él la trataba como si no fuera mayor. ¿Realmente la creería joven? Era difícil de creer, aunque aún resultaba más difícil no creerlo al contemplar su expresión mientras decía lo que le decía. Qué divertido, qué divertido. Llevaba tanto tiempo siendo solemne, tantos años enclaustrada en sus obligaciones y, de repente, se encontraba con alguien que se comportaba como si ahora tuviera veinte años. Todo aquello hacía que de verdad se sintiera con veinte años, que se sintiera con la misma edad que él. Qué divertido. Por una noche…

Se rió alegremente. (No, pensó él, no era tímida, estaba tan serena como siempre, tan segura como siempre de aquella amada personita suya. Aquel rubor debió de haberlo soñado).

—¿Adónde vamos? —preguntó ella—. Hace siglos que no voy a un restaurante. Aunque dudo de que no hubiéramos estado mejor viendo *La hora inmortal*.

—Yo sí. Estoy completamente seguro. ¿No sabe que tenemos cosas maravillosas que decirnos?

—No lo sabía, pero es posible que se me vengan algunas a la cabeza mientras vamos para allá. ¿Nos marchamos? Ayúdeme a ponerme el abrigo.

—Qué cosa más preciosa —dijo, mientras la envolvía en él con un cuidado jubiloso. No sabía nada de ropa femenina, pero sí que notó que aquel abrigo era maravilloso: tan suave, tan ligero, aunque completamente hecho de pieles.

—Es una reliquia del pasado esplendor. Yo era rica hasta hace muy poco y todavía conservo cosas como ésta.

—Quiero saberlo todo de todo.

—Le contaré todo lo que quiera —replicó ella—, pero debe

prometerme que le gustará —añadió sonriente.

—¿Por qué? ¿Por qué no iba a gustarme? —preguntó él rápidamente, con el rostro demudado—. ¿No irá usted…? ¿No irá usted a casarse?

—¡Oh, no sea bobo! Venga, ya estoy lista. ¿Bajamos?

—Supongo que insiste usted en bajar andando.

—Podemos bajar en el ascensor si quiere —dijo ella, deteniéndose sorprendida—, pero sólo es un piso.

—Quiero llevarla en brazos.

—¡Oh, no sea bobo! —dijo ella de nuevo, esta vez con ligera impaciencia. La velada no resultaría nada divertida sí él se iba a poner realmente tonto. Y, si empezaba ya, ¿no podría empeorar? Recordaba que George era muy diferente antes y después de la cena. Aunque siempre era amable, después de la cena se tornaba más que amable. Pero era su marido y se lo aguantaba. No tenía ningunas ganas de recibir algo más que amabilidad de cualquier otra persona. Además, pese a lo que se pudiera fingir por un momento, una *no tenía* veinte años y, naturalmente, una no quería hacer el ridículo.

Salió pensativa del piso. Tal vez fuera mejor cortar más secamente y de raíz su efusividad cada vez que ésta surgiera. Ya la había cortado, pero era evidente que no con la suficiente energía. Quizá la manera más sencilla —y así, desde luego, todas sus raíces quedarían cortadas de una vez por todas— fuera hablarle de Virginia durante la cena. Si verla a plena luz del día, como ya había hecho, no le había sacado de su error, sí que le sacaría el que le hablase de Virginia. Sólo que… no hubiera deseado hacerlo aún. Sólo por esta noche, le habría gustado disfrutar de la extraña sensación de ser joven otra vez, o de que la creyeran joven, lo que realmente, si una se sentía tan joven como se sentía con mucha frecuencia, resultaba ser lo mismo.

—¿No estará enfadada conmigo? —preguntó él, al tiempo que la alcanzaba, porque le había entretenido *Mrs*. Mitcham, que le había seguido hasta las escaleras para darle el abrigo que se había dejado olvidado.

—No, por supuesto que no —sonrió ella y, por un momento, olvidó los conceptos erróneos de él y le dio unas palmaditas tranquilizadoras en el brazo, porque parecía muy angustiado—. Me está dando usted un trato encantador. Vamos a pasar una velada estupenda.

—¿Y qué me va a dar usted a mí? —Qué adorable había sido que le diera aquellas palmaditas; y sin embargo, sin embargo, de haber sido tímida no lo habría hecho—. ¿No va a darme la velada más feliz de toda mi vida?

—¡Oh! —dijo ella agitando la cabeza—, no debemos hablar a niveles

distintos. Cuando digo algo corriente no debe usted contestar con una aclamación —añadió riendo—. Si lo hace, la conversación resultará fatigosa.

—Pero ¿cómo voy a evitar lo que usted llama aclamaciones cuando por fin estoy con usted, después de haberlo deseado tanto, tanto?

—¡Oh! —le interrumpió ella rápidamente, tapándose los oídos—, ¿verdad que no le gustaría que me quedara sorda?

Debía ir más despacio. Sabía que tenía que hacerlo. Pero ¿cómo iba a ir más despacio? Debería ejercer sobre sí un férreo control. Pero ¿cómo?, ¿cómo? Y dentro de un minuto estarían encerrados juntos y solos en uno de aquellos taxis infernales… Tal vez sería mejor ir en metro, pero parecía una manera muy pobre de llevar a cenar a una mujer. No, no podía hacer eso. Sería mejor arriesgarse al taxi y practicar el autocontrol.

—Escuche —dijo ella, cuando subieron al taxi, que afortunadamente era de los rápidos y haría que llegaran pronto—, hace sólo unos días que se sentaba usted a ver *La hora inmortal* tranquilo y modosito y se limitaba a decir cosas inteligentes sobre los celtas. Ahora ya ni menciona a los celtas y no parece nada inteligente. ¿Qué le ha ocurrido?

—Usted.

—Eso no puede ser verdad —trató de razonar ella— porque lleva sin verme casi una semana.

—Por eso. Pero mire, no quiero decir cosas que le hagan taparse los oídos otra vez, y estoy seguro de que lo haré si no hablamos de algo más… neutro.

—Bueno, de acuerdo. ¿Qué podría ser lo bastante neutro? —sonrió ella.

—No creo que haya nada —respondió él tras pensarlo un momento—. No hay nada que no me haga volver instantáneamente a usted. No hay nada en el mundo entero que no me haga pensar en usted. Por ejemplo, los adoquines, usted los ha pisado. Los escaparates, Catherine los ha mirado. Simplemente las calles, ella ha pasado por aquí. Y por favor, por favor no se tape los oídos, por favor, no lo haga. Escúcheme. Ya lo ve, llena usted el mundo. Por favor, no se lleve las manos a los oídos.

—No iba a hacerlo. Sólo estaba pensando que creo que me va a dar una jaqueca.

—¿Una jaqueca?

—Una de mis jaquecas.

—¡Oh, no!, ¿no será verdad?

Estaba horrorizado.

—Se encontrará mejor en cuanto haya comido algo. ¿Son fuertes? ¿Le dan dolores muy fuertes?

—Quizá si estamos un ratito sin hablar… —murmuró ella, cerrando los ojos.

Se quedó callado como un muerto. Su noche… Sería demasiado espantoso que se estropeara, que ella tuviera que irse a casa…

Ella iba sentada en su asiento con los párpados fuertemente apretados.

Él iba muy rígido en el *suyo, como* si el menor movimiento pudiera agitar el taxi y hacer que empeorara, echándole de vez en cuando miradas furtivas de ansiedad.

Ninguno de los dos volvió a hablar.

Así llegaron al restaurante y, mientras la ayudaba a bajarse y contemplaba su rostro con ojos alarmados, ella le sonrió levemente y dijo que pensaba que todo iba a ir bien. Y se dijo para sus adentros: «Durante la cena le hablaré de Virginia».

VI

Pero fue débil: era muy divertido. No podía estropearlo, al menos aquella noche.

Estaban las rosas, hermanas de las de su cuarto de estar, que convertían la mesa en algo aparte y cuidado entre la multitud de mesas cínicamente decoradas con algún triste narciso o algún tulipán mustio sujetos en ramitas de boj y abeto, y el *maître*, solícito, supervisaba personalmente el adecuado servicio de unos platos que siempre parecían ser los que a ella más le gustaban. Christopher estaba frente a ella desbordante de felicidad y la adoraba de un modo tan evidente que los otros comensales lo notaban y dirigían al rincón donde se encontraban discretas miradas llenas de un interés comprensivo, y nadie parecía considerar que la actitud de él no fuera natural, porque no pudo evitar ver que las miradas, tras posarse benévolas en él, se posaban con igual benevolencia en ella. Resultaba demasiado divertido. No habría sido humano que a ella no le gustara; y aunque todo aquello se basase en un error y por mucho que tuviera que acabarse, mientras durase, resultaba… bueno, divertido.

En la pared que estaba a su izquierda había una larga franja de espejo, en el que se vio. No, no parecía vieja, no parecía inadecuadamente vieja, incluso para Christopher; en realidad, no parecía nada vieja. La verdad es que resultaba bastante sorprendente. ¿Cuándo se empezaba a parecerlo? Cierto que las luces rosadas eran muy suaves en aquel restaurante y, además, estaba divirtiéndose y pasándolo bien, y la diversión y el pasarlo bien disimulan temporalmente muchas cosas de la cara, reflexionó. ¿Qué diría Stephen si la viera en aquel momento?

Miró rápidamente a Christopher, con aquella ocurrencia riéndole en los ojos, pero al ver los de él fijos en su rostro, llenos de adoración, la ocurrencia se convirtió en: ¿qué diría Stephen si viera a Christopher?, y su risa se volvió un poco incómoda. Bueno, no podía preocuparse de eso esta

noche; aprovecharía las cosas buenas que le daban los dioses. Siempre existiría el mañana, y pasado y el otro para encontrarse polvorienta y mortecina. Durante las dos horas siguientes sería Cenicienta en el baile y después, aunque volverían los harapos, todos los harapos de todos sus años, sabría que había estado en el baile.

—¿De qué se ríe? —preguntó Christopher, todo él una gran carcajada de alegría.

—Me preguntaba lo que diría Stephen, su amigo Stephen, si nos viera ahora.

—Pobre monigote sorpresa —dijo Christopher con espontánea irreverencia—. Supongo que nos consideraría mundanos.

Ella se inclinó hacia él.

—¿Qué? —preguntó con el rostro contraído en una mezcla de risa y consternación—. ¿Qué le ha llamado?

—He dicho pobre monigote sorpresa. Es lo que es. Le vi en su cajita el domingo en St. Paul. Fui, por supuesto. Iría a cualquier sitio para tener oportunidad de verla. Y allí estaba esa vieja reliquia disparatando sobre el amor. Qué demonios creerá que sabe él…

—Quizá —dudó ella—. Quizá sepa mucho. Tiene… —dudó otra vez— tiene una esposa muy joven.

—¿De verdad? Entonces tendría que darle vergüenza. Viejo pedrusco.

—¿Viejo qué? —preguntó ella, mirándole fijamente.

—Pedrusco. No se puede sacar amor de un pedrusco.

—Pero… pero si la quiere mucho.

—Pues entonces es un viejo perverso.

—¡Oh, Christopher! —dijo ella, con desesperación.

Era la primera vez que le llamaba así, y fue una exclamación, medio de reproche, medio de espanto jocoso; pero independientemente de cómo lo pronunciara, para los encantados oídos de él lo grandioso fue que lo hubiera hecho, porque de ahí al Chris no había más que un paso.

—Bueno, es lo que es. No debería serlo a su edad. Debería dedicarse rezar.

—¡Oh, Christopher! —exclamó Catherine de nuevo—. Pero si ella también le quiere.

—Entonces es una indecente —dijo Christopher con toda su firmeza; y, tras quedársele mirando un momento, a ella le dio un ataque de risa, y se rió de aquel modo celestial en que ya la había visto hacerlo en otra ocasión, sí, y también había sido por Stephen. Sí, también; Stephen parecía ser un tema

con el éxito asegurado. Rió sin parar hasta que tuvo que sacar el pañuelo para limpiarse los ojos.

—No me importa que llores con esa clase de lágrimas —dijo bondadosamente—, pero no las consentiré de ningún otro tipo.

—¡Oh! —dijo Catherine, tratando de recobrarse, limpiándose los ojos con diligencia—. ¡Oh, eres tan divertido…! No tienes idea de lo divertido que eres.

—Puedo ser aún más divertido —dijo orgullosamente, encantado de poder hacerla reír.

—¡Oh! No lo seas, no lo seas, no podría soportarlo. No me reía así desde… no recuerdo cuándo pero, desde luego, desde hacía años.

—¿Era George como sus muebles?

—¿Sus muebles?

—Bueno, no me irás a convencer de que no fue cosa de George todo ese mobiliario solemne de la casa. ¿Él era así? Lo digo porque, en ese caso, naturalmente, no te reirías mucho.

—¡Oh, pobrecito mío! —dijo Catherine rápidamente, dejando de reírse.

No había tenido tacto. Había sido brutal. Querría echarse a sus pies. Era el champán, por supuesto, porque en realidad tenía una opinión inmejorable de George, que no sólo estaba admirablemente muerto, sino que evidentemente había cuidado muy bien de Catherine cuando no lo estaba.

—Créeme que lo siento muchísimo —murmuró, profundamente contrito. ¿Qué locura le habría entrado para traer a George a su pequeña fiesta?—. A mí me cae estupendamente George. Estoy seguro de que era un tipo de lo más formal. Él no puede evitar haberse quedado un poco cristalizado, en sus muebles, quiero decir, y andar aún un poco entre ellos…

Su voz se desvaneció. Lo estaba empeorando. La cara de Catherine, inclinada sobre el plato, tenía una expresión solemne.

Christopher hubiera deseado cortarse la lengua. Le asombraba su propia estupidez. Se preguntaba aturdido si algún otro hombre habría sacado a relucir al marido muerto en una ocasión semejante. Ningún marido de ninguna clase podía mencionarse con buenos resultados en una pequeña reunión de esta naturaleza, pero un marido muerto resultaba totalmente fatal. Christopher había hecho desvanecerse de golpe toda la alegría. Aunque no hubiera querido a George, ella estaría obligada por decoro a ponerse solemne en cuanto se le mencionase, pero le quería, estaba seguro de que le quería, y su estupidez al desenterrarle en semejante momento le

resultaba sencillamente fantástica. Sólo podía suponer que debía haber sido el champán. Rechazó con un gesto impaciente al camarero que trataba de servirle más y miró a Catherine, preguntándose qué podría decir para hacerla sonreír de nuevo.

Miraba pensativa su plato, pensando en George, por supuesto, lo que era una absoluta pérdida de su muy precioso tiempo, pero toda la culpa la tenía su idiotez.

—No —murmuró suplicante.

Ella alzó los ojos y, cuando vio su expresión, no pudo evitar sonreír un poco, tan intensa y concentrada era la súplica.

—¿No, qué? —murmuró.

—No pienses —le suplicó—. Ahora no, aquí no. Piensa sólo en nosotros.

—Pero si eso era exactamente lo que estaba haciendo hasta que…

—Ya lo sé. Soy un estúpido. No puedo evitar soltarte tonterías. Pero me gustaría que supieras la cantidad de cosas que he conseguido no soltarte de milagro. Como si no supiera que éste no es sitio para George.

Otra vez. Ya lo había hecho otra vez. Cerró la boca de golpe, apretando mucho los labios, sin poder hacer otra cosa que mirarla.

—Quizá —dijo Catherine sonriente, porque la verdad era que él tenía la expresión dolorosa de un perro suplicante— fuera mejor que hablásemos de George y zanjásemos el tema. Me disgustaría pensar que él fuera algo que no se puede mencionar.

—Bueno, pero entonces no hables mucho de él porque, después de todo —arguyó Christopher—, no le he invitado a él a cenar —y tras haber dicho aquello volvió a sentirse confuso, porque no podía sino reconocer que de nuevo le había faltado tacto.

En apariencia —qué agradecido se sentía— ella no lo había notado, porque su cara se volvió pensativa y evocadora (¡imagínate, pensó, imagínate haberle traído a George a la memoria cuando las cosas estaban yendo tan bien!) y, rompiendo la tostada en pequeños trocitos y con el aspecto, pensó él, de un querubín que contemplase al sol del otoño un pasado respetable y no desdichado, ¿cómo se le había venido a la cabeza aquella comparación con el sol de otoño?, dijo, con los ojos fijos en el plato:

—George era muy bueno conmigo.

—Estoy seguro de que lo era —dijo Christopher—. Cualquier hombre…

—Se preocupaba inmensamente por mí.

—Estoy seguro. Cualquier hombre…

—Mientras vivió.

—Sí, por supuesto, mientras vivió —asintió Christopher, y observó que no le sería fácil hacerlo no estando vivo.

—Pero es que eso fue exactamente lo que trató de hacer. Eso es exactamente lo que él piensa. ¡Oh!, pobrecito mío, no sé si podrá pensar ahora, pero es lo que cree que había hecho.

—¿Qué pensaba que había hecho?

—Que había arreglado mi futuro con tanto cuidado como acostumbraba a arreglar mi presente. Verás, me tenía mucho afecto…

—Cualquier hombre…

—Y le obsesionaba el temor de que alguien pudiera desear —su expresión, para tranquilidad de él, volvió a ser divertida—, pudiera desear casarse conmigo.

—Cualquier hombre —volvió a empezar Christopher con la mayor seriedad.

—¡Oh!, por favor, escúchame —dijo ella, haciendo una pequeña mueca —. Escúchame. Él nunca pensó que fuera a morirse, al menos no en mucho tiempo. Eso no se piensa. Conque naturalmente supuso que para cuando él muriese yo ya sería demasiado vieja para que nadie quisiera casarse conmigo por —sus ojos sonreían— lo que podríamos llamar mi persona. Verás, es que George era rico.

—Sí, yo me lo imaginaba rico.

—Por eso pensó que haciéndome pobre me conservaría felizmente a salvo de ser presa de hombres malvados que sólo buscaran mi dinero.

—Comprendo. Sinceramente preocupado por tu bien.

—Lo estaba, lo estaba. Me amaba devotamente.

—¿Y eres pobre?

—Mucho.

—Entonces, ¿por qué vives en Hertford Street?

—Porque ese piso lo tenía para cuando venía a la ciudad por negocios, y pensó que sería lo bastante grande para mí. En realidad, vivíamos en el campo. Aquello era muy bonito, la casa y todo lo demás. En su testamento, se lo dejó todo a… a otro pariente y, por supuesto, casi todo su dinero, para poder mantener adecuadamente la propiedad, además de protegerme a mí, y me dejó el piso, tal como está, de por vida, con el alquiler pagado de su patrimonio, el uso de los muebles y algo de dinero, lo que consideró suficiente para mí sola con una sirvienta, pero no lo bastante como para

convertirme en lo que él llamaba la presa de algún granuja cazador de fortunas en mi ancianidad.

Sonrió al utilizar las palabras de George; se acordaba muy bien de que decía aquello, y otras cosas parecidas.

—Qué prudente era, qué precavido —observó Christopher, cuya opinión de George no era exactamente ésa.

—Me quería mucho —dijo Catherine con sencillez.

—Sí, y el Señor castiga a los que ama.

—Pero es que cuando George hizo testamento, quinientas libras al año sin tener que pagar alquiler y pudiendo utilizar todos los muebles no resultaba ningún castigo para una mujer sola.

—¿Quinientas? ¡Pero si yo tengo casi el doble y me considero más pobre que una rata! —exclamó Christopher.

—Sí, pero cuando George hizo testamento, eso era mucho más dinero.

—¿Sí? Pues ¿cuándo hizo testamento?

Y Catherine, dándose cuenta de repente de que a este paso sería inevitable que desembocase de un momento a otro en Virginia, se detuvo un instante y dijo:

—Antes de morir, por supuesto —y se negó a decir una palabra más del asunto.

VII

Aunque Christopher tampoco quería que lo hiciera; se alegraba muchísimo de que no continuase. Ahora consideraba a George como un hombre mezquino, de cabeza cuadrada y con un estrecho labio superior. Pero ella había hecho bien sacándole a escena y aireándole mediante la conversación, ya que su increíble idiotez le había colocado entre los dos y parecía que todo aquello había tranquilizado un poco al bueno de George, porque no volvió a asomarse por la lengua de Christopher. Su fantasma se había apaciguado. La cena continuó sin él; y la habían empezado tan temprano que, incluso llevada al límite máximo de innumerables cigarrillos, el café lentísimamente consumido y la degustación de licores que no les apetecían, no se pudo conseguir prolongarla hasta más allá de las nueve. «¿Qué puedes esperar si te empeñas en empezar antes de las siete?», pensó el *maître*, observando los desesperados esfuerzos que hacía el caballero por continuar donde estaba. Imposible acompañarla a casa y separarse de ella antes de las diez. Ya sería bastante terrible tener que hacerlo a las once, pero el horror descarnado que le producían las diez fue causa de una rápida inspiración en la mente de Christopher; irían a ver *La hora inmortal*, aunque ya estuviese empezada.

Fueron a verla, y llegaron a tiempo para la escena de amor y para el último acto entero.

Christopher se sentía ahora absolutamente feliz, porque estaba sentado junto a Catherine en aquel bendito teatro donde se habían conocido, y comparaba el pasado con el presente. Sólo una semana antes estaban allí mismo. Juntos, sí, pero encontrándose como de costumbre, sin que estuviera seguro de que se iban a encontrar, y sin saber tan siquiera dónde vivía ella. Eran extraños, que cambiaban impresiones sobre las leyendas celtas como pueden hacerlo dos extraños en circunstancias similares; y George, Stephen, el cuarto de estar de Hertford Street, incluso Ned en su

coche y las agitadas Fanshawe, que ahora eran presencias tan vividas en su mente, dormían aún, en lo que a él respectaba, en el seno del tiempo. Sólo una semana antes no la había tocado aún, nunca se habían estrechado la mano, nunca le había dicho nada que pudiera considerarse… digamos personal. Ahora ya le había dicho muchas cosas de ese tipo; y aunque algunas la habían impacientado y aunque sabía que debía proceder con toda la prudencia de que fuera capaz, se dijo que con la ayuda de Dios le habría dicho muchas más antes de que hubiera transcurrido otra semana.

Estaban sentados allí los dos, después de haber cenado juntos y, ante sus ojos, en escena, estaban dando una lección de cómo se puede manifestar amor de la manera más hermosa. Se preguntaba si se aplicaría la lección, aunque fuera vagamente. ¿Pensaría, aunque fuera débilmente: «¡Qué maravilloso sería hacer lo mismo!»? Bueno, continuaría trayéndola aquí, sin volver a confiarlo al azar, sino yendo a buscarla y trayéndola con las entradas reservadas de antemano, la traería hasta que fuese consciente de que aquello no era sólo algo exquisito cuando se veía hacerlo a otros, sino que valía la pena irse a casa y hacerlo uno mismo. ¿Cuánto tardaría en llevarla a aquel estado? Tan ardiente sentía su voluntad, tan irresistible su determinación, que no dudaba ni por un momento de que ella lo alcanzaría. Pero tal vez tardase bastante, pensó, mirando de reojo a la pequeña criatura intocable e inalcanzable, que estaba sentada tan cerca de él y, sin embargo, tan completamente apartada. Si alguna vez le amase, si alguna vez pudiese hacer que empezase a amarle, entonces estaba seguro de que le amaría de un modo maravilloso, con divina extravagancia… Haría que le amase. Podía hacerlo. No se resistiría a una llama de amor tan grande como la suya.

Cuando la obra terminó, ella dijo que quería irse a casa andando.

—No puedes ir andando, está demasiado lejos —dijo él, haciendo una seña a un taxi.

Ella hizo caso omiso del taxi y dijo que andarían parte del camino y después tomarían un autobús.

—Pero estás cansada, estás cansada, no puedes —imploró él; ¡pues vaya final para la velada, pasearse por los barrios bajos y sufrir después las sacudidas de un transporte público! ¡Si por lo menos lloviera, si por lo menos no hiciera una noche tan odiosamente seca y hermosa!

—No estoy cansada —dijo ella, mientras las despiadadas luces de la puerta del teatro hacían que pareciera lívida de puro cansancio— y quiero pasear por las viejas plazas de Bloomsbury. Luego podemos tomar un

autobús en Tottenham Court Road. Ya ves —concluyó, mirándole sonriente— lo bien que me sé los trucos de los pobres.

—Lo que veo es cuánto necesitas de alguien que te cuide —respondió él, viéndose obligado a hacer lo que ella quería, caminando cabizbajo junto a ella, que parecía andar muy rápido porque daba dos pasos por cada uno de los suyos.

—*Mrs*. Mitcham me cuida con el mayor esmero.

—¡Oh!… *Mrs*. Mitcham. Me refiero a alguien con autoridad. Con la autoridad del amor.

Se produjo una pausa. Luego Catherine dijo suavemente:

—He pasado una velada muy agradable, una velada encantadora, y detestaría que acabase con una de mis jaquecas.

—¿Cómo? ¿Cómo? —preguntó él, inquietándose de inmediato—. ¿Te encuentras así otra vez?

—Más bien sí.

—Entonces, desde luego, irás a casa en taxi —dijo él, buscando uno.

—¡Oh no! Un taxi sería fatal —dijo rápidamente, sujetándole el brazo que estaba alzando para hacer señas a una parada distante—. Me marean mucho. Me encontraré bien si vamos andando, tranquilamente, sin hablar demasiado.

—Pobrecita mía —dijo mirándola inundado de ternura y pasando la mano de ella por su brazo.

—De pobrecita, nada —sonrió ella—. He sido muy feliz esta noche y no quiero acabarla mal. Así que, por favor, no hables; limítate a seguir caminando en silencio.

—Insisto en que me cojas del brazo entonces.

—Lo haré para cruzar —dijo Catherine, que había retirado la mano en cuanto él la había puesto en su brazo.

Al principio, caminaron por las calles silenciosas y después, cuando ella estuvo realmente cansada, subieron a un autobús. Más tarde, siguieron a pie hasta que llegaron a Hertford Street, donde se despidieron en presencia del portero de noche.

«Vaya un anticlímax», pensó Christopher, mientras volvía a su casa contrariado y con la más amarga decepción al haberse visto privado de su paseo en taxi al final.

«La próxima vez que le vea —pensó Catherine, frotándose la mano que él acababa de estrechar—, tendré que hablarle de Virginia. No es justo…».

La próxima vez que le vio fue al día siguiente —un hermoso sábado en

que, por segunda vez consecutiva, él no fue a ver a su tío, que le esperaba en Surrey—. Lo que hizo, después de telegrafiarle, fue presentarse en Hertford Street en un taxi descubierto cuidadosamente elegido, inmediatamente después de comer, momento en que ella estaría en casa con toda seguridad, a no ser que estuviera comiendo en algún sitio, y recogerla, llevándosela antes de que tuviera tiempo de ponerle pegas, a Hampton Court a ver los crocos y a tomar el té en el Mitre.

Fue divertido. El sol brillaba, el aire era suave, la primavera estaba en todas las esquinas vistosamente apilada en cestos, todo el mundo parecía joven y alegre, todo el mundo parecía haber salido en parejas, riendo despreocupados, divirtiéndose simplemente. ¿Por qué no iba ella a divertirse simplemente también, aunque fuera sólo por esta vez? Las otras mujeres —casi habría dicho las otras chicas, pero se contuvo asustada— que pasaban con aire festivo, cada una con su acompañante, rozaban con la mirada su rostro y el de Christopher con una especie de alegre reconocimiento de su hermandad, porque todos habían salido a pasar una tarde feliz y, cuando el taxi se detuvo en un atasco de tráfico en Kensington High Street, una florista acercó unas violetas y dijo:

—¿Dulces violetas, señorita?

¡Oh! Era divertido. Christopher había sacado una manta de viaje y la había arropado con un cuidado inmenso, y parecía tan feliz, tan absurdamente feliz, que ella se sintió incapaz de estropeárselo.

No se lo estropearía. La próxima vez que le viera tendría tiempo de sobra de hablarle de Virginia; y sería en un día húmedo y no en una hermosa tarde de primavera como ésta. Un día húmedo y a cubierto; ése era el lugar y el sitio para decírselo. Por supuesto, si se ponía muy tonto, se lo diría al instante. Pero si no lo hacía —¿y cómo podría hacerlo en un taxi descubierto?—, mientras se limitase a ser feliz con ella, a sacarla a pasear entre los crocos, a invitarla a tomar el té y llevarla de nuevo a casa tan cuidadosamente arropada como si fuese un frágil tesoro de extraordinario valor, ¿por qué iba a impedírselo? Era muy divertido ser un tesoro, sí, y muy agradable. Debía ser honesta consigo misma: era agradable. Llevaba mucho tiempo sin ser un tesoro, un tesoro auténtico, de ésos por los que los hombres enamorados hacen cualquier cosa; la verdad era que no lo había sido nunca, porque George se había comportado como un marido desde el principio, incluso antes de serlo.

Era mucho mayor que ella y, aunque su devoción era estable y duradera, en ningún momento estuvo locamente enamorado. Desde luego, ella había

sido un tesoro, pero de la otra clase, de la clase que hace cosas para otras personas. *Mrs*. Mitcham, a una escala menos alabada, era un tesoro de ese tipo. Ella, Catherine, a una escala más alabada, había sido muy semejante a *Mrs*. Mitcham toda la vida, pensó, haciendo que otras personas se sintieran cómodas y felices, y siendo recompensada con su afecto y dependencia.

Ella también se había sentido cómoda y feliz sin que la perturbasen los deseos ni la desazonasen los anhelos. Había sido una vida plácida y resguardada; sus caminos fueron caminos de satisfacción y sus sendas, de paz. Los años habían transcurrido serenamente en su hermosa casa de campo, años que no se distinguían, sin que en ninguno de ellos hubiese algo que lo hiciese destacable después en su memoria. En ellos, todas las penas eran penas pequeñas, todas las preocupaciones, pequeñas preocupaciones. Cordialidad, afecto, fidelidad: estas cosas habían acompañado sus pasos, porque ella misma era cordial, afectuosa y fiel. El amor, excepto en estas apacibles formas menores, ni siquiera se había asomado a sus muros cubiertos de rosas. En cuanto a la pasión, cuando de pronto saltaba hacia ella desde un libro o cuando se precipitaba en su interior oculta en la música, se conmovía un momento, se estremecía un momento, y luego, inmediatamente, se calmaba de nuevo. En algún lugar del mundo la gente sentía estas cosas, hacía estas cosas, se hundía o se elevaba para siempre por su causa; pero ¡qué malestar, qué confusión, qué incomodidad! Era mucho mejor irse tranquilamente a la cama cada noche con George, a quien estaba tan acostumbrada, y despertarse a la mañana siguiente, tras un plácido sueño, fortalecida y fresca para…

A veces, aunque con muy poca frecuencia, se detenía aquí y se preguntaba: «¿Para qué?». A veces, aunque con muy poca frecuencia, le parecía que se había pasado toda la vida fortaleciéndose y descansando para un esfuerzo que nunca tuvo que hacer, para una aventura que nunca ocurrió. Todas aquellas comidas —¿con qué fin se la alimentaba tan cuidadosamente, cuatro veces al día?—. «Hay que alimentar la máquina o no funcionará», solía decir George, obligándola a comer, porque creía en la comida abundante. Más preparativos para esfuerzos que no se hicieron nunca. Sólo preparativos…

A veces, aunque con muy poca frecuencia, pensaba así; luego el pensamiento se calmaba y dormía de nuevo, aquietado por las suaves olas de afecto, fidelidad y dependencia que la rodeaban. Hacía feliz a la gente y ellos a su vez la hacían feliz. Era excesivamente sencillo, excesivamente fácil. Realmente parecía que no se necesitaba nada más que benevolencia.

No sentirse contrariado: ¿era ése el secreto? Como no sabía lo que era sentirse contrariada, verse impulsada a comportarse de un modo desagradable ni querer criticar a nadie, todo era muy fácil. Donde quiera que estuviese, parecía formarse a su alrededor una atmósfera muy confortable de calma soleada. A veces, aunque con muy poca frecuencia, pensaba que de ese modo prosperan las verduras en los huertos bien abonados.

Durante toda su vida, George la llamaba su «pequeña delicia». Nunca tuvo problemas con ella. Su gratitud aumentó a medida que iba estando más ocupado y haciéndose más rico y tenía que ausentarse más de casa. Pensar en su Catherine, segura y satisfecha, que esperaba con afecto su regreso allá en el campo, deseosa de verle, pensando en él, dependiendo de él para todas sus comodidades, igual que él dependía de ella para todas sus alegrías, le llenaba de una satisfacción que nunca se secó. Su único temor era que pudiera casarse desastrosamente cuando él muriera. Era mucho mayor. Era malo ser mucho mayor y tener que morir y dejarla con toda probabilidad. Hizo lo que pudo para salvarla mediante un testamento muy cuidadosamente meditado; y, cuando llegó el momento espantoso y se vio obligado a partir, sabía, al menos, que en cierto modo sus alas seguirían extendiéndose protectoras sobre su cabecita, que la había puesto a salvo de los voraces cazafortunas haciéndola pobre. Lo último que hizo, lo último, fue bendecirla y darle las gracias solemnemente y después, con enorme desgana, porque era una desgracia tener que hacerlo, George murió.

Pero no pensó mucho en él aquella tarde en Hampton Court. Ahora pertenecía a un pasado muy lejano —hacía doce años que había muerto—, y Christopher tuvo cuidado esta vez de no decir nada que pudiera sumergirla en ensueños de viuda. Aquí no había nada que le recordase a George. Nunca habían estado allí juntos. Nunca en su vida la había llevado así, a hacer una excursión imprevista, en un taxi, a tomar el té en una posada. Por supuesto que no lo había hecho, era su marido. Los maridos no hacían eso. ¿Por qué iban a hacerlo? Cuando ella y George habían querido tomar el aire, habían salido en su coche, cuando habían querido tomar el té, lo habían tomado en su cuarto de estar, cuando habían querido crocos, si se había dado el caso, los habían admirado desde la ventana o desde la seca seguridad de un camino de grava.

¡Entonces era mucho más vieja que ahora! Miró riendo a Christopher, que la llevaba muy deprisa cogiéndola del codo por caminos húmedos que brillaban al sol, donde la tierra y la hierba olían tan bien, comparados con

Londres, caminando por céspedes espolvoreados con su capita encantadora de primavera, su capa bordada de azul, oro y púrpura; y él se rió también, sin preguntarle por qué se reía, y sin que ella supiese por qué reía él, excepto que aquello era la gloria.

Eran incontables las veces en que Christopher, en esta ocasión, consiguió no estrecharla en sus brazos y decirle lo frenéticamente que la quería. Empezó a contarlas pero tuvo que dejarlo, de tantas como eran. Su autocontrol le asombraba. Cierto era que le aterraba ofenderla, pero su terror no era nada comparado con su amor. El aire que le había dado en el coche al venir había insuflado color en su cara, y aunque sus ojos, sus queridos y hermosos ojos grises, moradas de amabilidad y confianza, seguían teniendo aquel patético cansancio, nunca la había visto con un aspecto tan alegre y tan fresco. Se reía, hablaba, estaba encantada con todo lo que veía, evidentemente era feliz —feliz con él, feliz pasando una tarde a solas con él—. Tomaron el té de lo más animados ante una ventana del Mitre y, comparadas con ellos, las otras personas de las otras mesas resultaban solemnes y aburridas. No es que vieran a las otras personas; al menos, Christopher no las veía, porque no veía más que a Catherine, y comía berros, mermelada, rábanos y galletas de fruta de manera inconsciente, absorbiendo cada palabra que ella decía, riendo, aplaudiendo, absolutamente maravillado por lo que le parecían las pruebas de una inteligencia preclara y muy poco común. Hubo un momento en que pensó en Lewes, que a esas horas estaría sin duda con su larga nariz metida en sus libros, y en cómo solía perorar durante horas, insistiendo en la carencia de interés y de importancia de la mente femenina. Tonto, tonto ignorante. Tendría que oír a Catherine. Incluso cuando hablaba de cosas bastante corrientes, cosas que en otras personas resultarían totalmente corrientes, el modo en que las decía, la suave modulación de su voz al final de las frases, el dulce efecto como de arrullo de palomas que había notado el primer día, las hacían sonar infinitamente más importantes e impresionantes que cualquier cosa que pudiera decir nunca aquel idiota de Lewes, devanándose los sesos a mansalva. «Hombre y mujer los creó», pensó Christopher, contemplándola extasiado por la satisfacción, el bienestar, la sensación de estar completo que la presencia de ella le daba. Admirable medida de la sapientísima Providencia esta de crear a la gente en parejas. Haber encontrado su otra mitad, estar con ella después de la estéril soledad con Lewes y de la aridez de sus superficiales y totalmente odiosas aventuras previas en algo mal llamado amor, era como volver a casa.

—Eres una pequeña *delicia* —dijo, inclinándose de pronto sobre la mesa y poniendo su mano sobre la de ella.

Al oír aquello, ella se le quedó mirando con tales ojos de susto y se puso tan colorada que él no sólo retiró la mano instantáneamente, sino que le pidió perdón.

—Lo siento —dijo él, poniéndose colorado a su vez—. Lo he hecho sin querer.

No debía ni siquiera tocarle la mano. ¿Cómo iba a conseguirlo? No lo conseguiría. No podía. La amaba demasiado. Tenía que resolver las cosas partiendo de una base satisfactoria. Tenía que declararse.

Se declaró aquella tarde.

No fue en el taxi porque era descubierto, traqueteaba y pasaban tranvías. Además, ella había vuelto a ponerse cabizbaja y le asustaba ver con qué facilidad cogía miedo. Si su alegría se había esfumado sólo por aquel breve contacto de su mano durante el té, ¿qué no podría ocurrir si se declaraba? ¿Y si le echaba y no quería volver a verle más? Entonces se moriría; sabía que se moriría. No podía arriesgarse a semejante condena. Esperaría; lo conseguiría; continuaría ejerciendo su maravilloso autocontrol.

Pero al final no pudo hacerlo.

Cuando llegaron a Hertford Street, le recordó que había dicho que iría con él aquella noche a ver *La hora inmortal*, y Catherine, que había recuperado la cordura al oírse llamar de nuevo con el apelativo cariñoso de George, como si desde su tumba estuviese utilizando a este joven como trompeta con la que avisarla de los peligros de su comportamiento, le dio las gracias con voz sumisa y bastante contrita y dijo que estaba demasiado cansada para volver a salir.

A Christopher se le puso una cara que resultaba grotesca de puro larga.

—¡Pero si contaba con ello! —exclamó—. Y dijiste…

—Bueno, pero a cambio hemos pasado juntos la tarde y ha resultado realmente encantadora. Creo que, para variar, ha sido aún más encantadora que *La hora inmortal*. Aquellos crocos entre los que se filtraba el sol…

—Deja en paz los crocos —interrumpió Christopher—. ¿Quieres decir que no voy a volver a verte esta noche?

—¡Oh, no seas crío! —dijo ella, incapaz de no reírse ante aquella cara de desesperación.

Subía las escaleras de su casa junto a ella, con su abrigo al brazo. Se había negado a dárselo porque creía que, mientras se agarrara a él, no podría echarle.

—No te rías de mí. No es nada divertido verme separado de ti.

La cara de ella volvió a tornarse grave instantáneamente.

—No podría ir a ningún sitio esta noche —dijo, sacando su llave— porque me está empezando a dar una de mis jaquecas.

—Y yo estoy empezando a pensar —dijo él rápidamente— que esas jaquecas son cosas que te dan en cuanto digo algo un poco… algo que se acerque lo más mínimo a lo que siento. Espera, yo lo haré —prosiguió, cogiéndole la llave y abriendo la puerta—. ¿No es cierto lo que digo de las jaquecas?

Se estaba volviendo inmanejable. Tendría que recurrir a la severidad. Le tendió la mano con la puerta abierta y se despidió.

—Muchísimas gracias —dijo con inmensa cortesía—. Ha sido delicioso. Ha sido una ocurrencia amabilísima por tu parte. Gracias mil veces.

—¡Pero qué manera más absurda de hablar! —exclamó Christopher, rechazando todo aquello con un gesto de impaciencia burlona—. ¡Ni que fuésemos extraños! ¡Ni que fuésemos simples conocidos en plan afectado!

—Yo tengo en alto concepto la cortesía —dijo Catherine, poniéndose muy digna.

—Pues yo no. Es algo que te pones como te lo estás poniendo ahora para mantenerme a distancia, para helarme. ¡Cómo si pudiera helarme cuando estoy cerca de ti!

—Adiós —dijo Catherine en un tono de lo más frío.

—No. No me eches. Es muy temprano. Aún no son las siete. Piensa en todas las horas que faltan hasta que vuelva a verte.

—Lo que pienso —dijo Catherine gélidamente, porque era grotesca su resistencia a marcharse— es que dices más tonterías en menos tiempo que nadie con quien me haya tropezado nunca.

—Eso es porque nunca te has tropezado con nadie que te quiera como yo te quiero. Ahí está. Ya lo he dicho. ¿Qué vas a hacer ahora?

Se cruzó de brazos y esperó con los ojos echando chispas a que la puerta se cerrara en sus narices.

Ella se quedó mirándole un momento, con un rubor en la cara que se le iba y se le venía.

—¡Oh! —suspiró luego débilmente—, *vaya tontería*…

Porque ahora tenía que enfrentarse a aquello. Su pequeño y divertido sueño de juventud resucitada había terminado. Tenía que enfrentarse con Virginia.

—Bueno, ¿qué vas a hacer? —preguntó Christopher, que permanecía en el umbral desafiante, esperando su castigo. Sabía que iba a haber castigo, lo veía en su cara. Pero, fuera lo que fuera, si no le mataba lo soportaría, y luego, cuando hubiese acabado, él volvería a empezar.

Ella se apartó y señaló la puerta de la sala.

—Voy a pedirte que entres —dijo.

VIII

Christopher la miró con asombro.

—¿Debo… pasar? —balbució, desconcertado.

—Por favor.

—¡Oh, cariño mío! —exclamó, tirando al suelo el abrigo de ella y apresurándose a entrar.

Pero ella alzó la mano, exactamente como si él fuera el tráfico de Piccadilly, y replicó, con tal frialdad que le dejó desconcertado una vez más:

—De eso, nada.

—¿De eso, nada? —Sólo pudo repetir estúpidamente.

—Por favor, pasa al cuarto de estar —dijo Catherine, entrando—. Quiero decirte una cosa.

—Nada que puedas decirme podrá…

—Sí que podrá.

Mrs. Mitcham apareció y les siguió a la sala.

—¿Quiere que encienda el fuego, señora? No parecía que hiciera frío, y *Mr*. Colquhoun pensó…

—¿Estuvo aquí *Mr*. Colquhoun?

—Sí, señora. Sólo hace unos minutos que se ha ido.

—¡Qué lástima! —dijo Catherine.

—¡Qué alegría! —dijo Christopher.

—Me hubiera gustado presentártelo. No, gracias, no quiero que encienda el fuego —añadió, dirigiéndose a *Mrs*. Mitcham, que salió y cerró la puerta.

—¿Por qué? ¿Por qué demonios quieres presentarme a Stephen?

—Habría subrayado adecuadamente la moraleja de lo que voy a decirte —le dijo sonriente, porque se sentía segura de nuevo, sabiendo que Virginia le devolvería el sentido común de una vez por todas.

—Catherine, si me sonríes así… —empezó él, dando un paso hacia ella.

—Christopher, tengo la seguridad de que estás loco —dijo ella, dando un paso atrás—. Nunca en mi vida había sabido de ningún joven que se comportara así.

—Mataría a cualquier otro joven que lo hiciera. Y, además, sea lo que fuere lo que quieres decirme, permite que te aclare que puedes decir lo que te parezca, contarme lo que quieras y echarme cuando lo creas oportuno, que no me hará ningún efecto. Te quiero demasiado. Siempre volveré, una y otra vez, todas las veces que me eches, hasta que acabes tan cansada que te cases conmigo.

—¡Qué me case contigo!

—Sí, Catherine, es lo que se hace. Cuando la gente se quiere con frenesí.

Ella le miró, horrorizada de sus expresiones.

—Pero ¿quién quiere con frenesí?

—Yo. De momento, yo solo. Pero tú también lo harás pronto. No podrás evitarlo. Es la cosa más absolutamente contagiosa…

—Pero, mi querido muchacho —interrumpió ella, asustada ante semejante retrato de sí misma—, no hables así. Es realmente horrible. Yo en mi vida he hecho nada con frenesí.

—Yo te obligaré.

—¡Oh! ¡Oh!…

Estaba escandalizada.

—Hace siglos que debería haberte hablado de Virginia —dijo rápidamente—, la primera vez que te pusiste a decir tonterías.

—Me importa un rábano Virginia, sea quien sea.

—Es mi hija.

—Y a mí, ¿qué?

—Es mayor.

—Pues ha debido de crecer muy deprisa.

—Por favor, no seas tonto. No sólo es mayor, está casada. Así que ahora, tal vez entenderás…

—¿Entonces George estuvo casado antes?

—No, es mi hija. Realmente mía. Así que ahora entenderás…

—Que eres mayor que yo. Ya lo sabía. Me había dado cuenta.

«Qué extraños somos», pensó Catherine, porque al oír esto último notó una pequeña punzada de pena.

—¿Pero te das cuenta ahora de lo mucho mayor que soy?

—¡Mucho! ¡Poco! Qué palabras. No sé lo que significan. Tú eres tú. Y

tú también eres yo. Como si me importara Virginia, casada cincuenta veces. Sólo tú eres asunto mío y yo soy asunto tuyo.

—Yo no tengo ningún asunto contigo.

—Aléjala, olvídala.

—¿Que aleje a Virginia?

—Sé tú misma. Sé yo mismo.

—Estás completamente loco.

—Catherine, ¿no irás a dejar que nos separe el hecho de que nacieras antes que yo?

Se le quedó mirando llena de asombro y desánimo. Virginia había fallado como cura. Aquello resultaba a un tiempo tremendamente reconfortante para su vanidad y curiosamente humillante para su sentido de la decencia. Los últimos doce años de su vida, desde la muerte de George, como madre viuda de una hija que durante ese tiempo creció, salió, se comprometió y se casó, la habían hecho acostumbrarse tanto a su posición como telón de fondo —necesario, incluso importante, pero sólo telón de fondo para la joven criatura que iba a recibir todo el dinero en cuanto se casara con el consentimiento de su madre o llegase a la mayoría de edad— que el que la sacasen a rastras de esta oscuridad tan útil, tan adecuada para su edad, como ella la había considerado durante mucho tiempo —y sus amigos y parientes también la habían considerado así—, que la llevasen obligada, con verdadera violencia le resultaba un cambio demasiado brusco; hasta el mismo centro del escenario, obligada a ser la *prima donna* de la obra, a la que se le exigía con repentina pasión que cantase, la ofendía y humillaba. Aunque, a pesar de todo, por encima de este sentimiento de decencia herida flotaba una sensación extraña y cálida de vanidad gratificada. Entonces, si se la veía a ella sola, separada de Virginia, que hasta tres meses antes había estado siempre a su lado, aún resultaba atractiva; aún aparentaba ser tan joven, tan visiblemente joven, que estaba claro que Christopher no conseguía en absoluto representarse a Virginia. Desde luego, eso resultaba muy halagador para cualquier mujer. Pero se sintió abrumada al recordar que aquel joven tenía una edad adecuada para Virginia, y se apartó de él bruscamente ruborizada de vergüenza.

—Tengo mi orgullo —observó.

—¡Orgullo! ¿Qué tiene que ver el orgullo con el amor?

—Lo tiene que ver todo con la única clase de amor que yo conozco: el amor familiar, el cariño de mi hija y espero que, más adelante, el de sus hijos.

—¡Oh, Catherine, no me digas esas majaderías, majaderías sacrificadas de cuaderno! —exclamó, acercándose a ella.

—Fíjate en los muchos años que te llevo, aunque te empeñes en alegar lo contrario. Pero si ni siquiera hablamos el mismo idioma. Cuando te digo lo que considero sensato, tú lo llamas majaderías de cuaderno. Y cuando tú me dices lo que yo considero tonterías, tú estás seguro de que es lo más correcto y adecuado.

—Y lo es, porque es lo natural. Lo tuyo es puro convencionalismo, las ideas de otras personas y lo que te han dicho, y no lo que tú personalmente has pensado, y nada tiene que ver con seguir simplemente tus instintos naturales.

—¡Mis instintos naturales!

Le horrorizaba que él supusiera que tenía semejante cosa. A su edad: la madre de Virginia.

—¿No te irás a atrever a decirme que no has sido feliz conmigo, que no te ha gustado salir conmigo?

—Sí, me ha gustado. Ha sido una locura. No debí hacerlo.

—Eso es porque era algo natural. Te comportabas de un modo natural, sin pensar. Es natural que se te ame…

—Pero no tú —interrumpió ella—. Eso es de lo menos natural. Hay que respetar las generaciones. Tendrías que tener veinte años más para que esto empezara siquiera a resultar decente.

—El amor no es decente. El amor es glorioso y desvergonzado.

Ella volvió a levantar la mano rechazando sus palabras.

—Christopher, adiós —dijo, muy firmemente—. No puedo escuchar más tonterías. Mientras no sabías lo de Virginia podía perdonártelas pero, ahora que lo sabes, sencillamente no las puedo soportar. Me pones en ridículo. Lo siento. Debía habértelo dicho desde el principio, pero no podía creer que no fueras a darte cuenta tú solo.

—¿De qué hay que darse cuenta excepto de que eres lo que siempre he soñado?

—¡Oh! *Por favor*. Adiós. De verdad que lo siento mucho, pero te reirás de esto dentro de un año, quizá nos riamos juntos.

—Sí, cuando seas mi mujer y te recuerde cómo te atormentabas.

La respuesta de ella fue ir hacia la chimenea para tocar la campanilla y que *Mrs*. Mitcham le acompañara a la puerta. No había nada que hacer con Christopher. Estaba loco.

Pero él llegó a la chimenea primero.

—No —dijo, poniéndose delante de la campanilla—. Por favor, escúchame. Un momento más. No puedo irme así. Por favor, Catherine, amor mío, amor mío, no eches al *amor*.

—*Mr*. Colquhoun, señora —dijo *Mrs*. Mitcham, abriendo la puerta; y Stephen entró.

—Pero Stephen —exclamó Catherine, casi corriendo hacia él, de lo contenta que estaba de verle, mucho más contenta que en toda su vida—. ¡Estoy encantada!

—Estuve aquí esta tarde más temprano —empezó a decir Stephen, y se detuvo al ver al flamante joven que estaba en un rincón junto a la chimenea.

—¡Oh!, sí… *Mr*. Monckton —dijo Catherine aceleradamente. Y a Christopher le dijo—: *Mr*. Colquhoun —añadiendo con extremada claridad—: Mi yerno.

IX

La forma en que se marchó Christopher no resultó honrosa. Catherine pensó que no hubiera debido comportarse así, fueran cuales fueran sus sentimientos. Fingió no ver la mano extendida de Stephen, le miró con mala cara en silencio e inmediatamente se despidió de ella; y mientras le estrujaba los dedos —no tuvo tiempo de quitarse los anillos—, dijo en voz alta:

—Como verás, después de todo, las generaciones no hacen lo que deben.

—No tengo ni idea de lo que quieres decir —dijo ella fríamente.

—Hace un momento estableciste como principio que se deben respetar las generaciones —miró de reojo a Stephen.

Stephen y Virginia. Sí; pero qué absurdo por su parte comparar…

—Eso es diferente —replicó ella rápida y desafiante.

—¿Sí? —dijo él, marchándose, y el crepúsculo pareció haber entrado de pronto en la habitación.

—Qué joven tan extraño —observó su yerno, tras una pausa, durante la que ambos se quedaron contemplando la puerta cerrada como si fuera a abrirse de golpe otra vez y a dejar pasar de nuevo algún efluvio de materia derretida—. ¿Qué quería decir con eso de las generaciones?

—No creo que lo sepa ni él.

—Tal vez no, tal vez no —dijo Stephen, con aquella actitud meditativa que nunca le abandonaba—. A su edad es frecuente que no lo sepan.

Ella tembló ligeramente y tocó la campanilla para que *Mrs*. Mitcham encendiera el fuego. Stephen parecía muy viejo y seco, como si necesitara calor, y a ella también le parecía que la tarde se había enfriado.

Pero resultaba muy agradable sentarse tranquilamente con Stephen, el virtuoso, el sosegado. Muy agradable. Era a lo que ella estaba acostumbrada. No le había sabido apreciar. Era como un estanque

tranquilo, con el cielo reflejado en su excelente interior. Le gustaba sentarse junto a él después del encrespado oleaje de Christopher; era apacible y seguro. Qué gran cosa era la paz y la compañía de una persona de su misma edad. Pero sí que parecía muy viejo, pensó. Se estaba agotando con todas las mejoras de sus propiedades en las que Virginia y él estaban trabajando, aparte de predicar una serie de sermones de Cuaresma en diferentes iglesias de Londres, lo que le obligaba a venir los fines de semana, dejando a Virginia, que ahora no podía viajar, en Chickover Manor, con el vicario para oficiar los domingos.

—Estás cansado, Stephen —dijo Catherine suavemente.

—No —dijo pensativo—. No.

Qué apacibles eran aquellos monosílabos; qué calmantes, después de la turbulenta charla de aquel joven demente.

—¿Está bien Virginia?

—Muy bien. Es decir, todo lo bien que se puede esperar.

—Debe cuidarse.

—Ya lo hace. Iba a decirte que te manda su cariño.

—Querida Virginia. Espero que te quedes a cenar conmigo esta noche.

—Gracias; me gustaría, si es posible. ¿Has dicho que el apellido de ese joven era Monckton?

—Sí.

—¿Le conozco? O tal vez debería decir: ¿sé algo de él?

—Creo que no.

Stephen continuó sentado, meditabundo, mirando el fuego.

—Es un poco prepotente, ¿no? —dijo luego.

—Es joven.

—¡Ah!

Se detuvo de nuevo, reflexionando, con la delgada mejilla apoyada en la mano, sobre que ser joven no significaba necesariamente ser prepotente. Virginia, la más joven entre los jóvenes —¡qué inagotable y orgullosa felicidad le proporcionaba su juventud!—, no era prepotente en absoluto.

Pero en realidad Christopher no le interesaba. El mundo estaba lleno de jóvenes, todos muy semejantes para Stephen, todos con unas energías que necesitaban desfogar. Los jóvenes de Chickover, sus feligreses, desfogaban las suyas los sábados por la tarde en el fútbol o el crícket según la época del año, y el resto de la semana era de suponer que el trabajo les tranquilizaba. Independientemente de su condición, a Stephen le parecían ruidosos e inquietos, y el que acababa de ver le recordaba a una antorcha encendida

que lanzase desagradables llamaradas entre los sobrios negros y grises del mobiliario del difunto *Mr*. Cumfrit.

Pero en realidad no le interesaba.

—Predico mañana en St. Clement —observó tras un silencio.

—¿Sobre el mismo tema?

—Sólo hay un tema. Comprende todos los demás.

—Sí, el Amor —dijo ella y su voz se hizo muy suave al pronunciar aquella palabra.

—Sí, el Amor —repitió él, que aún contemplaba el fuego pensativo, con la mejilla apoyada en la mano.

Su tema para aquellos domingos de Cuaresma era el Amor. Después de no predicar especialmente bien sobre otros temas, desde su matrimonio había empezado a hacerlo notablemente bien sobre éste. Sabía de lo que hablaba. Amaba a Virginia, sólo llevaba tres meses casado con ella y su cálido conocimiento del amor en particular ardía en una auténtica elocuencia sobre el Amor en general. El matrimonio sobre el que Catherine había sentido recelos, porque le consideraba tal vez demasiado rígido —qué errores se cometen— para una chica tan joven, había resultado todo un éxito. Se adoraban de la forma tranquila y adecuada en que un clérigo y su esposa se adoran, cuando se adoran. Es decir, de un modo nada alocado en público, sino con prudencia, en el temor de Dios. Y ambos estaban decididos a utilizar el dinero de Virginia sólo para fines que fueran nobles y buenos.

Virginia era como su padre: estaba hecha para la felicidad tranquila y doméstica. Además, nunca había sido muy guapa, lo que también resultaba adecuado. Stephen sabía que a la Iglesia no le resultaba útil la belleza. Una mujer hermosa casada con un clérigo produce complicaciones fácilmente porque no somos sino débiles criaturas, y nuestros pasos, hasta los de un obispo, se tuercen a veces. Pero era bastante agraciada, con unos ojos encantadores y arrebatadoramente joven, además de ser una muchacha muy buena, y rica.

Stephen, que primero fue vicario y más tarde rector de Chickover, cargo para el que le presentó su protectora, Georgia Cumfrit, que sentía simpatía por él, había puesto sus pensativos ojos en Virginia desde el principio. Cuando llegó, ella tenía cinco años y él treinta y cuatro.

Niña querida; jugaba con ella. Después, tuvo quince años y él cuarenta y cuatro. Dulce jovencita; la preparó para la confirmación. Más tarde, tuvo dieciocho y él cuarenta y siete. Tierno brote de feminidad; se le declaró.

Catherine dudó, porque Virginia era muy joven, mientras que Stephen, comparado con ella, era muy viejo; y Stephen le explicó que la edad, la diferencia de edad, no tenía nada que ver con el amor.

Stephen señaló que el amor amaba, y se acabó. A la vista de tan gran verdad, no cabía objeción alguna, según dijo. Viendo que Virginia correspondía a su amor, seguramente cuáles fueran sus respectivas edades no le importaba a nadie más que a ellos mismos. Si *Mrs*. Cumfrit consideraba adecuado negar su consentimiento, simplemente estaría privando a su hija de tres años de felicidad, porque podía estar segura de que se casarían en cuanto Virginia fuera mayor de edad.

Así, antes de que los jóvenes hubieran tenido tiempo de darse cuenta de que existía Virginia, Stephen se la había llevado. Aún no había cumplido diecinueve años cuando se casó con ella. La quería con ese amor excesivo de los hombres de mediana edad por las chicas muy jóvenes aunque, por supuesto, se comportaba decorosamente en público. Ella, a quien él había preparado a tal efecto desde la infancia, pensaba que no había en el mundo nadie como él. Para ella era extraordinariamente grande, extraordinariamente brillante, extraordinariamente bueno. Le adoraba. No hubo chica tan orgullosa y feliz como ella cuando se casó con Stephen. Sin embargo, su mutuo amor era privado. No se ofendía a nadie con demostraciones. Su suegra, que era de su edad, o incluso algo más joven —un año más joven, para ser exactos—, no se vio obligada a sentirse incómoda. Desde luego, tenía una opinión demasiado elevada de su suegra como para no desear complacerla en todo. Se había comportado admirablemente. Con todas las rentas de la fortuna de George Cumfrit a su disposición hasta que Virginia cumpliera veintiún años o se casara con su consentimiento antes de esa edad, y con la posibilidad, simplemente negando su consentimiento, de continuar disfrutándolas durante tres años más, había renunciado a todo con perfecta elegancia en cuanto la había convencido de que era para la felicidad de su hija. Stephen no podía por menos que considerarse el más afortunado de los hombres. Simplemente resistiendo el deseo de casarse —y era un hombre inclinado al matrimonio por naturaleza— hasta que Virginia se hiciera mayor, se había asegurado una esposa joven y deliciosa, con el dinero suficiente para hacer realidad sus más ardientes sueños de bondad, y una suegra realmente extraordinaria. Desde luego, su suegra era exactamente como debía ser la suegra de un clérigo: una dama cristiana, modesta, sin pretensiones, nada entrometida, amable, resignada. El bajón de los miles de libras de Cumfrit y la propiedad

de Chickover a quinientas libras anuales y un piso pequeño en Londres eran lo bastante importantes para inquietar a la mayoría de las mujeres. Su suegra dio el bajón sin un murmullo. No estaba inquieta en absoluto. Seguía tan amable como siempre. No planteó exigencia alguna, ni a Virginia ni a él. Iba cuando la invitaban, pero nada más. Cuando venía a verla, le recibía con la misma cordialidad de siempre. Una mujer amable y tranquila, a la que no le importaba ser pobre. A San Pablo le habría agradado.

Después, los dos tomaron la frugal comida a la que ella había llamado cena en el comedor del pequeño *pied-à-terre* de George Cumfrit —el pobre George Cumfrit, el más excelente de los hombres, rebosante de previsión y sabiduría— y Stephen invocó la bendición de Dios sobre dos tazas no del todo llenas de caldo y unos huevos revueltos.

Catherine manejaba con delicadeza las palabras ante Stephen, y en su presencia le llamaba cena a lo que ante *Mrs*. Mitcham llamaba tentempié o, aún más sencillamente, algo de comer, para que Stephen, que ahora estaba tan espléndidamente establecido en lo que había sido de ella, no se viera obligado en modo alguno a notar la diferencia que su matrimonio había supuesto para las circunstancias de su suegra. Mientras, Stephen, por su parte, siempre hacía todo lo posible por alabar la calidad y abundancia de cualquier comida que ella le ofreciera, no fuera a ser que notara que ahora no comía lo que se dice mucho. Era suficiente, por supuesto; suficiente y sanísimo —las comidas pesadas por la noche eran un error—. Y una vez en la que se había presentado cuando sólo había arroz con leche, se había comportado ante él de un modo tan ceremonioso y reverente como si se hubiera tratado de pato con guisantes, que le gustaba especialmente; lo había bendecido y, por así decirlo, lo había trinchado —a ella le gustaba que presidiera la mesa con todo el aspecto de satisfacción anticipada de un hombre que se frota las manos ante un banquete—. A Catherine le había preocupado mucho que hubiera dado la casualidad de que se presentase en una noche de arroz con leche, y él había explicado, cosa que era cierta, que últimamente no se encontraba bien y que el arroz era a modo de precaución sanitaria; además, Stephen le había asegurado que un buen arroz con leche, bien preparado, era uno de los mejores dones del Señor.

Estaban allí, la noche de su excursión a Hampton Court, comiéndose sin prisa los huevos revueltos y hablando de cosas tranquilas. A ella le resultaba extraño recordar que muy pocas horas antes había sido una mujer ostensiblemente joven que había salido a pasar la tarde con su adorador, que

se movía velozmente, que charlaba con alegría, mimada, querida, de una importancia infinita. «Qué fuera de lugar, qué fuera de lugar», pensó Catherine, poniéndose muy colorada.

—¿Sí, Stephen? ¿La anciana *Mrs*. Dymock?

—Ha muerto por fin.

—Pobrecita.

—Ya es libre, bendita sea.

Por supuesto, todo había sido una equivocación. Una mera ilusión.

Existían unas simples realidades en la vida: era aquí donde ella debía estar.

—¿El joven Andrews, has dicho? ¿Su pierna?

—Rota jugando al fútbol.

—Pobre chico. Lo siento mucho.

—Es culpa suya. Un feligrés bruto, un feligrés de lo más bruto.

Ahora había vuelto a entrar en su oscuro reino, donde reinaba negativamente como suegra de Stephen. Sabía que estaba bien dispuesto hacia ella, como ella hacia él; pero también sabía que no eran interesantes el uno para el otro, excepto en su calidad de yerno satisfactorio y suegra satisfactoria. Para Stephen, ella no era una mujer; para ella, Stephen no era un hombre.

—Pero ¿conozco yo a Daisy? Me parece que no.

—Es la doncella que tiene mi madre en la rectoría. Se casa con el vaquero de la granja Tovey.

—Tu madre la echará de menos.

—Eso me temo.

Cuando se prometió, Virginia le aseguró que él tenía una mente preclara; ella lo había comprobado porque había empezado de forma inesperada a predicar elocuentemente sobre el amor; también le había dicho que tenía un corazón tierno y comprensivo, pero ninguna de estas dos cosas salían a la superficie para animar su conversación cuando estaba con ella. Extraña deshumanización de un ser humano, producida por el tipo de relación que mantenían…

—¿Has dicho cuartos de baño?

—En todas las casas. Y las casas nuevas van a tener lavabos en todos los dormitorios.

—Pero eso es realmente espléndido.

—Es mi idea, y también la de Virginia, de la verdadera religión: Amor y Limpieza. Van de la mano. Dales a los pobres la oportunidad de lavarse —

de lavarse fácilmente, no debe haber dificultad alguna para hacerlo o no lo harán— y empezarán a respetarse. Y de un respeto por uno mismo decente a cortejar decentemente a una chica decente no hay más que un paso.

Sin embargo, a ella le parecía que el testamento de George estaba calculado para hacer que cualquier yerno se sintiera algo cohibido e incómodo en su presencia y lo sentía mucho por Stephen. Por supuesto que se acostumbraría pronto, pero hasta ahora sólo llevaba tres meses en Chickover Manor, tremendamente asociado ante sus ojos —puesto que había vivido allí al lado durante catorce años— con que ella fuera la señora, de modo que trataba por todos los medios de hacerle entender con la mayor cordialidad que estaba perfectamente conforme. En realidad, ya estaba conforme, y en cuanto hubiera tenido tiempo de centrarse y estuviera realmente establecida en su nueva vida y supiera exactamente lo que podía y no podía hacer con su renta, intuía que iba a ser más feliz que nunca. Porque, por primera vez, era libre; y simplemente poder hacer cosas como ir a ver *La hora inmortal* cuando quisiera —a George no le gustaba la música — y ver a los amigos que quisiera —George estaba mucho más satisfecho cuando la tenía para él solo— y leer todo lo que le apeteciera —a George le encantaba que le escuchase, y nadie puede leer y escuchar a la vez— ya era de lo más agradable, y lo seguiría siendo cada vez más conforme fuera transcurriendo su vida. Sólo que, por supuesto, no debía comportarse como una tonta. Se temía que se había comportado así al permitir que Christopher intimase tanto con ella y que, si se había atribuido tantas familiaridades, había sido por su culpa. Aunque, ¿cómo iba a haberlo soñado, cómo iba a haberlo imaginado siquiera…? Sin embargo, había ocurrido.

Volvió a ponerse muy colorada, preguntándose qué diría Stephen, que se estaba comiendo los huevos tranquilamente, si lo supiera.

Pero, aunque la hubiera estado mirando, su suegra se podía haber puesto del más vivo color carmesí que él no lo habría visto, porque eso no es lo que uno espera de una suegra. No son mujeres, con emociones semejantes a las de uno, son instituciones. Y si para él ella era institución, para ella, él se parecía curiosamente a un edificio público. Un museo, un templo, un lugar grande y fresco por cuya vaciedad resonante se podía pasear. Un gran alivio en un día caluroso. Estos últimos días habían sido calurosos para Catherine, calurosos y perturbadores; y encontraba refrescante sentarse así, entre las sombras de Stephen. Sus pensamientos no tardaban en difuminarse y aquietarse. La imagen de Christopher se

difuminaba y se aquietaba. En la atmósfera acostumbrada —la atmósfera de George había sido tranquila—, ella no tardaba en palidecer hasta que quedaba en consonancia. Al final de la comida era como un ratón, como un ratón gris, del mismo color de su entorno, modestamente sentada masticando su comida.

«Por ésta y todas tus bendiciones», dijo Stephen, alzándose alto y delgado sobre el plato de huevos vacío, con los ojos cerrados y las manos juntas, y una voz que sonaba como si saliera de algún agujero.

«Amén», murmuró Catherine, con formalidad.

Sí, era sedante; era lo que resultaba conocido. Y la velada en el cuarto de estar también fue sedante. Él se sentó en el que había sido el sillón de George, a un lado del pequeño fuego, y ella se sentó en el gran sofá, frente a él. Así se sentaban George y ella cuando venía de Chickover para asistir con él a alguna celebración inevitable. Si George podía, evitaba las celebraciones; y ella, que había nacido con aquel espíritu de adaptabilidad que hacía que vivir con ella resultase tan agradable, que había nacido con aquella afortunada y útil disposición que extraía su felicidad de la conformidad, de lo que tenía, más que esperar a ser feliz cuando hubiera conseguido algo distinto, había compartido de buen grado su deseo de evitarlas. Pero si no eran evitables, venía alegremente a Londres y le acompañaba; y después, cuando terminaba su asistencia al lugar que fuese, ¡con qué suspiro de satisfacción se hundía George en su sillón antes de irse a dormir y reposaba sus ojos en Catherine, que se sentaba frente a él! Ni siquiera le gustaba que cogiera el periódico de la tarde para echar un vistazo a los titulares, tanto le gustaba tener toda su atención. No había nadie que escuchara tan dulcemente como su Catherine. La mejor conversación que podía tener, consideraba George, era una charla con su Catherine, que le escuchaba tan dulcemente. Ahora estaba sentada frente a Stephen, y Stephen contemplaba el fuego y apenas hablaba, de modo que incluso su talento para escuchar podía tomar descanso. Paz, paz perfecta, pensó, con la cabeza hundida en los cojines y los ojos con tendencia a cerrarse.

A las nueve en punto Stephen miró su reloj. Se había dispuesto a sacarlo, mirarlo, exclamar que el tiempo había volado, levantarse y marcharse. Pero el tiempo no había volado. Ambos habían supuesto que debían ser las diez, por lo menos las diez, probablemente mucho más tarde; y, cuando vio que eran las nueve, se quedó desconcertado y atónito. No sabía muy bien qué hacer. Le parecía que marcharse tan temprano no sería respetuoso con su excelente suegra, y resistió por descortés el impulso de

acercarse el reloj al oído para asegurarse de que no se había parado —*tenía* que haberse parado—. Pero quería irse. Dijera lo que dijera su reloj, a él le parecía que ya hacía rato que era hora de acostarse.

—¿Te gustaría —sugirió, agitándose un poco en su asiento— que dijera unas oraciones para ti y tu servidumbre antes de irme?

—Mucho —dijo Catherine, cortésmente, mientras despertaba; era la última persona en el mundo en frustrar a un clérigo que quisiera rezar—. Sólo que no hay…

Dudó, deseosa de no dar la impresión de que se quejaba. Iba a haber dicho que no había servidumbre, pero se limitó a preguntar si llamaba a *Mrs*. Mitcham.

—Por favor, hazlo —dijo Stephen.

Mrs. Mitcham vino.

Entonces resultó que no había devocionario. Los devocionarios, tanto el suyo como el de *Mrs*. Mitcham —era algo de lo más desafortunado—, se habían quedado en Chickover.

Stephen se plantó pensativo en la alfombrilla de la chimenea. *Mrs*. Mitcham, con la expresión de quien ya está en la iglesia, esperaba con las manos decorosamente unidas toda la unción que fuera a descender sobre ella. Catherine se decía que no se había dejado las pieles en Chickover, ni las joyas, y se preguntaba si tal vez Stephen se estaría diciendo lo mismo y sacando sus conclusiones.

Pero Stephen no lo estaba haciendo. Simplemente le estaba dando vueltas a la cabeza, pensando qué les podría decir a aquellas dos mujeres como bendición de despedida ya que se veía privado de la ayuda del devocionario, para poder salir airoso y marcharse a su alojamiento, a la cama.

Al pensar en aquella cama, tan solitaria y fría, recordó a Virginia, y con ella su gran descubrimiento del Amor. Levantó de pronto las manos sobre su suegra y la sirvienta —ellas inclinaron instintivamente la cabeza— y, con total sencillez y buena fe, les pidió que se amaran.

«Hijas mías, amaos», dijo simplemente Stephen.

Le parecía que era lo mejor que podía hacer por ellas: era lo mejor que se podía hacer por cualquier persona del mundo. Luego, abruptamente, le dio las buenas noches a Catherine.

—¿Vendrás a St. Clement mañana por la tarde?

—Por supuesto que iré —replicó ella.

Mrs. Mitcham le ayudó con reverencia a ponerse el abrigo. Le gustaba

que pronunciasen oraciones para ella, le producía una sensación peculiar y agradable en el pecho. No podía imaginarse cómo había llegado a olvidar el devocionario y no haberse dado ni cuenta de que no lo tenía. Debía de haber sido por toda la confusión con la boda de *Miss* Virginia, de mudarse a Londres y de instalarse allí. Aquella misma noche escribió al ama de llaves de Chickover, rogándole que se lo enviara enseguida, y también el de su señora.

X

Para entonces eran las nueve y cuarto; bastante temprano y, sin embargo, qué tarde parecía. Catherine volvió al sofá y, apagando la luz de la mesa que estaba a su lado —porque estaba teniendo mucho cuidado durante este primer año de renta reducida e intentando no malgastar nada —, puso los pies en alto y se quedó echada a la luz de la chimenea, sintiéndose un poco cansada.

Stephen, como refugio fresco contra los calores de Christopher, había sido descansado, pero sólo hasta cierto punto. Le había proporcionado el tipo de alivio que el aire fresco de una bodega da a los que entran en ella medio cegados para escapar del calor del sol y, lo mismo que una bodega, cansaba enseguida. Hacía tiempo que había descubierto, y lo había hecho muy a pesar suyo, que le resultaba difícil mantener los ojos abiertos después de pasar un corto espacio de tiempo a solas con Stephen. Pensaba que tenía que ser debido a su conversación. No había nada a qué agarrarse en ella. Era huesuda. Te resbalabas. Además, hablaba con ella como si no fuese sino otro hueso. Los huesos con los huesos: qué lúgubre, qué poco agradable resulta que se comporten contigo como si fueras un hueso. Aunque él ahora conocía el amor, y nadie podía oírle predicar sin sentirse conmovido por lo mucho que lo valoraba. En sus sermones, lo valoraba en todas sus vertientes. Actualmente, en su vida sólo había una vertiente realmente viva, y ésa era el amor conyugal. Todos aquellos otros amores que alababa —el amor fraterno, para el que imploraba que pudiese continuar; el amor de los amigos, del que aseguraba que aventajaba en belleza y dignidad al amor de los sexos; aquel gran amor de la humanidad, que necesita brotar de todo corazón pensante— eran teorías para él. Bueno, tal vez hablando exhaustivamente de ellos desde el púlpito a congregaciones impresionadas se harían reales poco a poco. Uno se persuadía, de una forma muy curiosa, de adoptar actitudes mentales que transforman todo el comportamiento

personal. O a veces le persuadía otra persona, lo cual era menos excelente —en realidad era algo de lo que había que guardarse.

Cerró los ojos. Estaba cansada.

«Hijas mías, amaos»… Lo sabía decir de un modo hermoso —y era muy hermoso—, pero él no lo practicaba. Excepto Virginia, el resto del mundo estaba excluido hoy por hoy del amor de Stephen. La exhortación había sido para ella y *Mrs*. Mitcham, que llevaban mucho tiempo amándose en forma de afecto y cortesías mutuas diariamente.

«Hijas mías, amaos»…

Estaba cansada. Llevaba siglos sin andar tanto ni tan deprisa como lo había hecho aquella tarde en Hampton Court. Y el aire primaveral era relajante. Y Christopher tenía unas piernas muy largas y recorría fácilmente a zancadas una cantidad de terreno que a ella le costaba innumerables pasitos recorrer. Y como además estaba claramente loco, no había fatigado sólo sus pies, sino también su espíritu. Stephen, tan pasivo e indiferente; Christopher, tan activo y no lo bastante indiferente; y ella entre los dos, siendo agradable y agradable y siempre agradable. ¿Por qué siempre trataban las mujeres de ser agradables, por estéril que resultara, como con Stephen, o peligroso, como con Christopher? Se temía que, en el fondo, era vanidad. De todos modos, era algo muy estúpido, cuando resultaba tan cansado, tan cansado…

«Hijas mías, amaos»…

Se adormiló. Más que adormilarse, se quedó dormida. Y no llevaba durmiendo ni cinco minutos cuando Christopher volvió.

Allí estaba el abrigo de Catherine. No le había dado el abrigo y se lo encontró al salir donde lo había dejado caer, en la alfombra a la puerta de su casa. De todos modos, había pensado esperar en la calle hasta que aquel increíble yerno viejo —¡mira que atreverse a tratar de deshacerse de él con palabrerías sobre las generaciones!— se hubiese ido, y entonces volver a verla a no ser que fuera muy tarde. Pero el abrigo hacía que fuese su deber verla de nuevo; y cuando, desde la acera de enfrente, vio salir y alejarse a Stephen a las nueve y cuarto, dio unos cuantos paseos durante otros diez minutos por si al viejo cuervo se le había olvidado algo y volvía, y después, con el abrigo al brazo, entró y subió las escaleras con toda la dignidad y sosiego que otorga una ocupación legítima.

Pero no estaba realmente sosegado; no interiormente. Cuando *Mrs*. Mitcham abrió la puerta al llamar él y, aún bajo la influencia de la exhortación de Stephen sobre el amor mutuo, le dirigió una sonrisa

resplandeciente, él apenas pudo tartamudear que tenía una cosa de *Mrs*. Cumfrit: su abrigo.

—¡Oh! Gracias, señor. Yo lo guardaré.

—Bueno, pero quiero ver un minuto a *Mrs*. Cumfrit; no es tarde; es bastante temprano. Entraré sólo un minuto.

Y, poniéndole el abrigo en las manos, se dirigió al cuarto de estar.

Mrs. Mitcham le vio cerrar la puerta tras de sí y esperó que no importara que no le hubiera anunciado. Después de todo, se había marchado hacía poco, no era como si viniera por primera vez en el día. Por el contrario, era la tercera vez que entraba desde la hora de comer.

Se quedó dudando un momento en el vestíbulo, dispuesta a abrirle la puerta de nuevo si efectivamente sólo se quedaba un minuto. Luego, como no reapareció, se volvió a la cocina.

Por su parte, Christopher quizá se hubiera comportado de un modo muy diferente si se hubiera encontrado a Catherine bien despierta en una silla, con buena iluminación y leyendo o cosiendo. Al volver, sólo pretendía razonar con ella. No le podía echar, cortarle en medio de una frase y expulsarle como había ocurrido al aparecer Stephen, y era imposible no volver a verla por lo menos para acabar lo que tenía que decir. Si no quería escucharle ahora, quizá podrían por lo menos quedar a alguna hora del día siguiente, cuando ella quisiera. No podía irse a casa a hundirse en la desesperación. No podía. Era un ser humano. Hay cosas que los seres humanos sencillamente no pueden hacer. Volvería a verla aquella noche, aunque sólo fuera para saber cuándo le dejaría ir a charlar tranquilamente. Sin duda se lo debía. En realidad, no había hecho nada que pudiera ofenderla, excepto decirle que la quería. ¿Es que eso era una ofensa? No; era de lo más natural, inevitable y correcto, se dijo para tranquilizar a su corazón encogido. Porque tenía el corazón encogido; estaba muy atemorizado, porque sabía que cuando le viera se enfadaría. Apenas pudo conseguir que le salieran las palabras ante *Mrs*. Mitcham en la puerta, tan falto de aliento estaba a causa de su corazón. Se estaba comportando como si hubiese subido precipitadamente seis tramos de escaleras, en vez de subir despacio uno sólo.

Entonces, dentro de la habitación, en lugar de ver luz y a Catherine, levantando la cabeza de lo que estuviera haciendo para mirarle con sorpresa y reproche, encontró primero oscuridad y después, mientras permanecía inmóvil dudando y sus ojos se acostumbraron más a ella, vio el contorno de Catherine al leve resplandor del fuego, quieta en el sofá. No sabía si estaba

dormida. No dijo nada ni se movió. Debía de estar dormida. Y en ese preciso momento saltó una llama de entre los carbones y vio que estaba dormida.

El más extraordinario sentimiento inundó su corazón. Todas las madres de su linaje cobraron vida en su interior. Parecía muy pequeña, indefensa y vulnerable. Parecía muy cansada, sin nada de color en la cara. Por nada del mundo habría estorbado Christopher aquel sueño. Se iría de puntillas, sin ruido, y se limitaría a soportar la incertidumbre de cuándo iba a verla otra vez. Nunca en su vida había sentido una ternura tan inmensa. Ahora sabía que la quería mucho más allá de todas las cosas y mucho más allá de sí mismo.

Se dio media vuelta para irse, conteniendo la respiración, buscando a tientas el picaporte de la puerta, cuando tropezó con el pie en una pata del gran sillón de George.

Catherine se despertó.

—*Mrs*. Mitcham… —empezó a decir, somnolienta. Y como nadie contestaba, porque aunque él lo intentó no pudo hacerlo, alargó la mano y encendió la luz.

Se miraron parpadeando.

El asombro, seguido por la indignación, se extendió por el rostro de Catherine. No podía creer lo que veían sus ojos. Christopher. Otra vez allí. Había entrado en su piso como un ladrón, penetrando furtivamente en la oscuridad…

Se incorporó, apoyándose en las manos.

—¡Tú! —Fue cuanto pudo decir.

—Sí, tenía que venir. Tenía que devolverte tu…

Iba a parapetarse con lo del abrigo, y se avergonzó de semejante chiquillada.

Ella hizo un movimiento para levantarse, pero el sofá era muy bajo y volvió a caer en él, bastante ridículamente; y antes de que pudiera hacer otra intentona, él había acudido presuroso a ayudarla.

—No, no —dijo Catherine, cuya indignación era la más grande que había sentido en su vida, apartando las manos extendidas de él.

En vista de lo cual la levantó a peso, indiferente a cualquier otra cosa en el mundo; y una vez que la puso en pie siguió estrechándola así, fuerte en sus brazos, sin importarle si tenía que morir por ello.

Hubo un instante de total silencio. Catherine estaba tan asombrada que por un momento se quedó completamente inmóvil.

Luego emitió un sonido apagado, a causa del abrigo de él, contra el que estaba apretada su cara.

—¡Oh! —jadeó, con voz débil y apagada, tratando de apartarle.

Fue lo mismo que si hubiera tratado de apartar una roca.

—¡Oh! —volvió a jadear, mientras Christopher, a quien seguía sin importarle tener que morir por aquello, empezó a besarla. Besaba lo que podía, el pelo, la punta de una oreja— y ella, espantada, horrorizada, enterraba más y más la cara en el abrigo de él, en sus esfuerzos por protegerse.

¡Qué atropello!… Nunca en su vida… ¿Cómo se atrevía? ¿Cómo se atrevía?… Porque estaba sola y no tenía a nadie que la defendiera…

De todo esto no se oyó ni una palabra; quedó totalmente apagado en el abrigo. Espantada y horrorizada, Catherine continuó recibiendo besos en la coronilla, y su espanto y horror se volvieron abrumadores cuando se dio cuenta de que ella —no, no era posible, no podía ser que ella…—, que esto… que de alguna manera, aparte de estar horrorizada, se sintiera extrañamente atravesada por una sensación que no resultaba desagradable. Imposible. Imposible.

—Suéltame —jadeó en el abrigo—, suéltame.

Por toda respuesta, él le cogió la cabeza entre las manos, se la echó hacia atrás y la besó de verdad, en la misma boca, como nadie la había besado antes en toda su vida.

Imposible, imposible…

Se quedó inmóvil, con los brazos flácidos y el cuerpo tembloroso. No parecía capaz de moverse. Parecía como si a cada instante se fuera sintiendo más atraída, más absorta en lo que estaba ocurriendo —tan profundamente absorta como él, igual de apartada de las realidades—. La habitación desapareció, desaparecieron los vestigios de George, desapareció el mundo y cuanto le recordaba los hechos de su vida. La juventud había descendido precipitadamente de los cielos y la había alzado en sus brazos, llevándola a un extraño y cálido olvido. Él y ella ya no eran Christopher y Catherine —aquella Catherine atrapada en una maraña de parentescos, de obligaciones, de recuerdos que iban en aumento; ni Christopher era un joven impetuoso que necesitaba enormemente que se le mantuviera en su sitio—: ella era simplemente la Persona Amada, y él era el Amor.

—Te adoro —murmuró Christopher.

Aquel murmullo se abrió paso en su ensueño y la devolvió a la realidad.

Abrió los ojos y le miró.

Estaba contemplándola —hermoso, todo luz—. Ella se le quedó mirando un instante, aún en sus brazos, ordenando sus pensamientos.

¿Qué había hecho? ¿Qué estaba haciendo? ¿Qué era aquello? Pero si era vergonzoso, vergonzoso…

Hizo un esfuerzo inmenso y le apartó de un empujón con las dos manos y, antes de que él pudiera detenerla, porque también para él era un sueño, se había precipitado por el pasillo hacia su cuarto y se había encerrado allí.

Luego tocó violentamente la campanilla para llamar a *Mrs*. Mitcham y le dijo a través de la puerta cerrada que despidiera a *Mr*. Monckton, que ella se iba a la cama enseguida, que tenía una jaqueca horrible… Y se sentó en la cama y lloró amargamente.

XI

Virginia, que volvía a casa el domingo tras darse un corto paseo después del almuerzo por el jardín, donde los narcisos estaban organizando un gran espectáculo y los mirlos un gran ruido, con la intención de poner los pies en alto para descansar tranquilamente en su gabinete, se sorprendió al ver a su madre de pie en la terraza.

En lo primero que pensó fue en Stephen. Su madre nunca había venido hasta entonces sin que se la invitara ni se la esperara. ¿Le pasaría algo malo a él?

Apresuró sus pasos.

—¿Pasa algo malo? —gritó con ansiedad.

Su madre negó con la cabeza de un modo tranquilizador y bajó a reunirse con ella.

Se besaron.

—Tenía muchas ganas de verte —dijo Catherine, en respuesta a la expresión interrogante de Virginia; y, pegándose un poco a ella, añadió—: Sentía que necesitaba estar cerca de ti, muy cerca.

Cogió a Virginia del brazo y echaron a andar lentamente hacia la casa.

—Es un detalle muy cariñoso, madre —dijo Virginia, que era más alta que su madre, porque había salido a George en la altura y en los rasgos; pero seguía extrañada.

Se extrañó aún más al ver después el equipaje de su madre. Sugería una visita más larga que cuantas había hecho hasta entonces. Pero incluso mientras paseaba hacia la casa, se sentía un poco inquieta. Su madre había resultado muy satisfactoria hasta entonces, había tenido mucho cuidado en no estorbar, en no echar a perder la felicidad de sus primeros meses de casados. Stephen había alabado con entusiasmo su tendencia admirable a estar ausente más que presente, y Virginia se había sentido muy orgullosa de haberle dotado de una suegra de la que él admitía que no podía ser

mejor. Le encantaba poner a los pies de Stephen todas las cosas buenas que poseía y le había alegrado que su madre fuera otra de ellas. ¿Iba a ser diferente ahora?

Sin embargo no dijo nada, excepto que era una pena no haber sabido que venía para haber podido tenerle preparada la habitación.

—¿Y cómo te las has arreglado en la estación, madre, sin que hubiera nadie para recogerte?

—Cogí la calesa en el Dragón. Tuve que esperar, claro, pero no mucho. El viejo *Mr*. Pierce fue muy amable y me trajo personalmente. Te habría avisado, pero no tuve tiempo. De… de repente sentí que *debía* estar contigo. Tenía un gran deseo de estar aquí, en paz. No te molestará, ¿verdad, cariño?

—Pues claro que no, madre. Sólo que te has perdido oír predicar a Stephen esta noche.

—Sí. Lo siento. Pero le vi ayer. Cenó conmigo.

—¡Ah!, ¿sí? —dijo Virginia, con repentina vehemencia—. ¿Cómo estaba? ¿Qué tal aspecto tenía? ¿Había hecho buen viaje? ¿Dijo algo de los sándwiches? Tengo cocinera nueva, y no sé si los sánd…

—¿Se ha ido *Mrs*. Benson?

—Sí. Decidimos que era demasiado cara. Verás, nuestra idea es reducir gastos innecesarios en casa para tener más con que llevar a cabo nuestros planes, y ésta es la primera vez que la nueva ha tenido que preparar los sándwiches. ¿Dijo Stephen algo de ellos?

—No, conque me imagino que estarían bien.

—Espero que sí. Ya sabes que odia los coches restaurante y no quiere ir a tomar un almuerzo como es debido, y es importante…

—Por supuesto. Y tú, ¿cómo estás, cariño?

—Muy bien. Es maravilloso lo bien que me encuentro. ¿Qué tal aspecto le encontraste a Stephen?

—Muy bueno.

—¿No estaba cansado? El viaje todas las semanas es muy agotador. Te aseguro que me alegraré de que termine la Cuaresma. ¿No es maravilloso, madre, cómo trabaja, cómo entrega su vida?

—Y lo estupendamente que está predicando. Tú le has hecho predicar así.

—¿Yo?

—Sí. Sólo con quererle.

Virginia se sonrojó.

—Pero ¿quién podía evitarlo? —preguntó.

—Y creyendo en él.

—Yo pienso que todo el mundo debe creer en Stephen.

Su madre le oprimió el brazo.

—Querida mía —dijo dulcemente, y pensó qué cosa tan extraña era el amor, qué extraño que Virginia, simplemente aceptando a aquel solterón, a aquel hombre adusto de mediana edad, y simplemente amándole con todo su corazón joven y sencillo y creyendo en él por completo, le hubiera hecho, a él, que antes era tan absolutamente vulgar en todas sus manifestaciones, cantar de repente, al menos en el púlpito. ¿Sería una experiencia penetrante y personal lo que necesitaba? ¿Sólo se clamaría la verdad de un modo realmente conmovedor cuando se estaba sometido a algún tipo de azote, fuera de dolor o de éxtasis?

Subieron por los anchos escalones hasta la terraza familiar. Los pavos reales de George —George había sido de la opinión de que en las fincas tiene que haber pavos reales— se estaban comportando como deben comportarse los pavos reales. En las grandes jardineras a cada lado de la hilera de largas ventanas —George había visto dibujos de terrazas y todas tenían jardineras— los primeros tulipanes mostraban sus capullos.

Habían empezado a sonar las campanas para llamar al servicio religioso de la tarde y su sonido flotaba por las tranquilas copas de los árboles como había flotado todos los domingos de todos los años que Catherine había pasado en aquel lugar. Aquellos años dignos y sin culpa, cuyos rincones estaban todos abiertos a la luz. Años de obligaciones claras, de afectos claros —años de familia—. Y allí estaba su joven hija, tan seria, continuando con la tradición. Y allí estaba ella también, que había vuelto, pero lo había hecho con vergüenza, para esconderse. ¡Ella escondiéndose! Se estremeció y se agarró más fuerte al brazo de Virginia. ¿Qué diría Virginia si lo supiera? A Catherine le pareció que hasta su alma se sonrojaba sólo de pensarlo.

Entraron en el gabinete, que tan recientemente había sido el suyo.

—Me disponía a descansar un poco —dijo Virginia.

—Sí, debes tener mucho cuidado de no estar demasiado tiempo de pie —dijo Catherine arropándola en el sofá, igual que la había arropado tan a menudo en la cuna, y se quedaron hablando mientras aquellos olores húmedos y dulces de los que los jardines están tan repletos al principio de la primavera entraban por la ventana abierta y llenaban la habitación de delicadas promesas.

Durante toda la tarde Virginia habló y Catherine escuchó. Así había sido siempre en aquella familia: Catherine escuchaba. Qué agradecida estaba ahora de escuchar, de que no le hicieran preguntas, de que no notasen que estaba pálida y tenía los ojos adormecidos, reclinada en su viejo sillón, con la cabeza, que le dolía, sobre un cojín que recordaba haber forrado ella misma. Su cabeza humillada; la cabeza que Christopher había estrechado en sus manos sólo unas horas antes y… No, no pensaría, no podía pensar en ello.

Virginia tenía mucho que decir de todo lo que ella y Stephen estaban haciendo, planeando, esperando y proyectando. Se estaban realizando cambios drásticos: se habían acabado para siempre los días tranquilos en la finca. No lo expresó tan claramente porque tal vez podría haber resultado poco delicado, porque las viejas costumbres tranquilas eran las de su madre. Pero era evidente que una llama pura de reforma, de decisión de abolir las viejas disposiciones y sustituirlas por disposiciones que mejorasen, ayudasen y finalmente santificasen, estaba recorriendo a toda prisa Chickover. El dinero de su padre, que durante tanto tiempo se había utilizado únicamente en el poco imaginativo bienestar material de un pequeño círculo doméstico —no lo expresó exactamente así, pero así penetró en la mente de Catherine — iba a ser extendido como una rica crema —tampoco dijo exactamente esto, pero Catherine tuvo una visión de una especie de abono sagrado, con Stephen, investido de rectitud, cavando diligentemente para extenderlo— por el amplio campo de toda la parroquia, y la cosecha que brotase sería una cosecha de viviendas completamente higiénicas. Nadie, decía Virginia —y a Catherine le parecía que escuchaba la voz de Stephen—, podía vivir en una vivienda completamente higiénica sin adquirir gradualmente un cuerpo completamente higiénico, y de un cuerpo higiénico a un alma higiénica no había más que un paso.

—Stephen dijo algo de eso ayer —dijo Catherine, a quien los párpados se le cerraban en cuanto reclinaba la cabeza en el sillón.

—Lo expresa maravillosamente. Yo no sé explicar las cosas como él, pero me gustaría que te hicieras una idea, madre.

—Me encantaría oírte —dijo Catherine, con una voz que sonaba muy pequeña y muy cansada.

En la mesa que estaba junto al sofá de Virginia había presupuestos y planos apilados. Se los explicó todos a su madre, uno detrás de otro, y los más retorcidos conjuntos de cañerías, expuestos en diagramas que a Catherine le parecían exactamente iguales que algunos dibujos de intestinos

humanos que había visto, no tenían la menor dificultad para Virginia. Se los sabía de memoria, los entendía claramente; podía perfectamente decirle a su madre cosas sobre desagües que Catherine nunca hubiera soñado comprender ella misma. Le describía con lucidez los diferentes sistemas de desagüe disponibles y sus respectivas ventajas e inconvenientes. Ningún detalle de la instalación de cañerías resultaba demasiado pequeño para que lo explorase. Durante media hora habló de grifos; durante otra media le explicó las estufas para calentar baños; y en cuanto a los disparadores de cisterna, Catherine no tenía idea de todo lo que un disparador de cisterna podía hacer por ti y por tu salud y felicidad si no te aproximabas a él en primera instancia con miedo y prevención.

Escuchaba reclinada en el sillón. Era como oír correr el agua manando de uno de los novísimos tipos de grifo de Virginia. Aquello continuaba sin parar y sólo se le pedía alguna palabra ocasional, o incluso una simple señal de asentimiento. Fuera, el sol de la tarde iluminaba las hermosas hayas sin hojas y, cuando las campanas dejaron de sonar, se oyó de nuevo a los mirlos. Bendita, bendita tranquilidad. Se sentía como las personas convalecientes, con la única necesidad de descansar y estar tranquila.

Y sabía que aquí estaba totalmente a salvo de las preguntas. Virginia nunca le hacía preguntas acerca de ella ni de lo que hacía. George también había sido así, descargándolo todo en ella, pero sin exigirle que ella descargase a su vez. En realidad, aquélla era una preciosa cualidad, aunque recordaba que a veces la había hecho sentirse sola. Pero qué valiosa resultaba ahora. No había interrogatorios solícitos que la turbasen. Era consciente de que estaba pálida y con los ojos hinchados, pero Virginia no se daría cuenta. No podría haber soportado la joven mirada inquisitiva de su hija. ¡Oh!, se habría sentido avergonzada, avergonzada…

Le dolía mucho la cabeza. No había desayunado, en su enloquecido deseo de huir, de escapar de Hertford Street, antes de que pudiera ocurrirle algo más, y el lento tren dominical no le había ofrecido ocasión de almorzar. Pero no tenía nada de hambre; sólo quería quedarse allí sentada cómodamente y sentirse a salvo. Virginia, absorta en todo lo que tenía que contar, no había pensado en la posibilidad de que su madre no hubiera almorzado. Su llegada a una hora tan poco habitual la había sorprendido, haciéndole olvidar su habitual solicitud y hospitalidad, porque se tomaba muy en serio sus obligaciones como anfitriona de la casa y no deseaba desatender ninguna de ellas por nada del mundo. También Catherine se había olvidado del almuerzo. Lo único que deseaba en aquellos momentos

era llegar, sentarse tranquilamente, encontrarse a salvo.

Mientras estaban tomando el té, *Mrs*. Colquhoun, la mayor, la madre de Stephen, vino a ver a su nuera.

Ahora vivía sola en la rectoría que su hijo había abandonado, y cruzaba a diario el parque para enterarse de cómo estaba Virginia. Se quedó inmensamente sorprendida al ver a Catherine, que hasta entonces nunca había llegado sin que se la invitase y sin que tuviese todo preparado de antemano, pero de todas formas la recibió bien, porque también ella la tenía en la más alta estima.

Nadie pudo haber causado menos problemas que *Mrs*. Cumfrit, ni haber sido más prudente en el asunto del matrimonio. Además, ni el menor soplo de crítica o cotilleo la había rozado durante todo el largo periodo entre la muerte de su marido y el matrimonio de su hija, cosa que bien podía haber ocurrido si hubiera sido persona de decencia menos completa y de menor tranquilidad en su comportamiento. Porque, después de todo, sólo tenía algo más de treinta años cuando el pobre *Mr*. Cumfrit —aquel hombre de corazón de oro, pero que se había hecho a sí mismo, sin haberse educado en Oxford, ni Cambridge, ni siquiera en un internado, hecho que había sido una pena para Stephen que, de otro modo, tal vez hubiera encontrado más interesante su conversación— murió y, tratándose de una criatura muy bonita que tenía algo verdaderamente atractivo en su forma de hablar y de mirar a la gente, no habría resultado sorprendente que su nombre se hubiera asociado de vez en cuando al de algún hombre. Esto nunca había ocurrido. Si hubo pretendientes, la rectoría nunca oyó hablar de ellos. Venía gente invitada a la finca, pero todos eran parientes —los del pobre *Mr*. Cumfrit, que eran bastante raros, o los mucho más deseables de *Mrs*. Cumfrit, cuya madre era hija del primer Lord Bognor—. *Mrs*. Cumfrit era una mujer tranquila, decente, bien educada, satisfecha de dedicarse a su casa, a su hija y a la realización de buenas obras en la parroquia; una suegra excelente, plena de tacto y que no estorbaba; buena vecina y amiga fiel. Lo único en ella que tal vez *Mrs*. Colquhoun habría deseado que fuera diferente era su aspecto personal: seguía pareciendo más joven de lo que debería para ser la madre de una hija casada —aunque, para ser justos, no parecía deberse en absoluto a que ella lo procurase—. Bueno, sin duda más tarde, cuando todas las ropas caras que le quedaban de sus días extravagantes hubieran tenido tiempo de estropearse y vistiera de un modo más corriente, con cosas sensatas como sargas lisas y *tweeds*, esto se remediaría y, por supuesto, a partir de ahora cada año supondría una gran

diferencia. Debería parecer mayor por el bien de Stephen. *Mrs*. Colquhoun sabía que a la gente le hacía sonreír aquello de que fuera su suegra. A ella le parecía una lástima. Estaba un poco molesta, y más porque había habido una época en la que había esperado secretamente que Stephen se casara con *Mrs*. Cumfrit —por supuesto, antes de empezar a comprender el espléndido plan de su hijo, cuando Virginia aún llevaba calcetines—. Pero Stephen, que era un chico prudente, sabía lo que se hacía, y esperó pacientemente a la pequeña Virginia, a la que siempre había tenido tanto cariño.

Las dos suegras se saludaron adecuadamente. Se besaron y expresaron su satisfacción.

—Desde luego, ha sido una sorpresa —dijo *Mrs*. Colquhoun, mirando a Virginia, pero con una sonrisa de bienvenida para Catherine. Se parecía mucho a su hijo, alta y delgada, y con perfil avícola. Su altura destacaba sobre la de la menuda y redonda Catherine.

—Sí —dijo Virginia, recogiendo cuidadosamente sus papeles; a Stephen le disgustaba mucho el desorden, y dos madres a la vez podrían ocasionarlo enseguida.

—¿Qué la ha traído hasta aquí en domingo, querida *Mrs*. Cumfrit? —preguntó *Mrs*. Colquhoun, sentándose en el extremo del sofá, dándole palmaditas a Virginia en los pies para indicarle tranquilizadora que no le estorbaban y expresando su aprobación porque los tenía en alto, que era como le decía a diario a su nuera que tenían que estar.

Catherine quería decir «Un tren», cosa que descartó porque le parecía infantil. En sus conversaciones con *Mrs*. Colquhoun se sentía constantemente impulsada a decir la simple verdad, y constantemente la descartaba porque le parecía inadecuada.

La verdad era que no sabía qué razón darle. Miró a su consuegra con desamparo.

A *Mrs*. Colquhoun le chocó el aspecto desmoronado que tenía. «La edad», comentó para sus adentros.

—Tenía muchas ganas de ver a Virginia —dijo por fin Catherine; y pareció un motivo muy pobre, a pesar de que era cierto.

Mrs. Colquhoun esperó que aquélla no fuera la primera de una serie de ganas por el estilo, porque en su opinión era esencial que a una pareja joven no la molestasen los parientes y, especialmente, no se debía permitir que tuvieran la impresión de que podían caerles encima en cualquier momento. Eso les hacía asustadizos; ¿y qué podía ser peor para una joven casada que el

verse convertida en un ser asustadizo? Durante tres meses, la madre de Virginia la había dejado muy adecuadamente sola, acercándose sólo de modo ocasional a pasar una noche y nunca sin que se lo pidieran. ¿Iría ahora a inaugurar una era de visitas sorpresa? A Stephen no le gustaría nada, y *Mrs*. Colquhoun no podía evitar, igual que le había pasado a Virginia, sentirse un poco incómoda. Si hubiera visto el equipaje se habría sentido más incómoda aún porque no era, como Virginia ya había notado, el equipaje de un simple fin de semana.

—Muy natural —dijo *Mrs*. Colquhoun— y estoy segura de que nuestra querida Virginia se habrá sentido encantada.

—Sí —dijo Virginia, apartando su pila de papeles del alcance de la mermelada de la que su madre parecía estar sirviéndose un poco descuidadamente; a Stephen le disgustaban mucho las cosas pegajosas.

—Pero confío en que no estuviera preocupada por ella —continuó *Mrs*. Colquhoun—, ya sabe que aquí está en muy buenas manos y puede estar segura de que cuando su marido está fuera yo cuido de ella, ¿verdad, Virginia?

—Sí —dijo Virginia, vigilando angustiada a su madre, que parecía estar a punto de volcar su taza sobre la pila de papeles. Se levantó y puso tranquilamente la mesa en lugar seguro, retirándola; a Stephen le disgustaban mucho los manchones.

—Claro que lo sé —dijo Catherine cortésmente.

Ella y *Mrs*. Colquhoun siempre habían sido la mutua cortesía personificada. Trató de sonreír mientras hablaba. Debía sonreír. Siempre sonreía cuando se dirigía a *Mrs*. Colquhoun. Y no pudo. Una horrible visión de cómo cambiaría la expresión de *Mrs*. Colquhoun si la hubiera visto la noche anterior hizo que se le helara la boca.

«Parece enferma», pensó *Mrs*. Colquhoun; y esperó fervientemente que no fuera a ponerse enferma allí.

Virginia les ofreció pan con mantequilla. *Mrs*. Colquhoun no quería comer; se tomaría sólo una taza de té y se marcharía. Virginia no debía pensar que sólo iba allí por lo que le pudieran dar.

Virginia sonrió, porque éste era uno de los pequeños chistes de su suegra; pero tenía un tipo de semblante tan circunspecto que incluso cuando sonreía conseguía de alguna manera seguir pareciendo seria. Virginia tenía unas cejas oscuras fuertemente marcadas y llevaba el pelo retirado de la frente y cuidadosamente peinado hacia atrás, dejándole al descubierto las orejas. Parecía muy joven —casi como una colegiala de

último curso—, vestida con la sencillez que Stephen y ella misma preferían. No era guapa, era simplemente joven; pero ¡qué gracia, qué encanto había sólo en eso!

Su suegra observaba cómo hacía los honores ante el servicio de té de plata maciza —George había deseado que el servicio de té de Catherine fuera elegante— con orgullosa y tierna posesividad. Virginia llamaba *madre* a las dos suegras —¿de qué otra forma las iba a llamar? Imposible dirigirse a *Mrs*. Colquhoun con un híbrido como *mamá* o, aún más imposible y grotesco, como *mami*— y esto inducía a confusión. Porque, a no ser que tuvieran los ojos fijos en su cara, no podían saber a cuál de las dos estaba hablando. La conversación se veía constantemente entorpecida y retardada por este motivo cuando estaban las tres juntas, y Virginia, que estaba deseosa de ser una buena anfitriona, aparte de quererlas a las dos respetuosamente, a veces consideraba que aquello era un esfuerzo y deseaba poder tratarlas por separado. Y no es que, debido a lo infrecuente y corto de las visitas de su madre, le hubiera ocurrido a menudo tener a las dos al mismo tiempo, porque en esas ocasiones su suegra, informada de que venía, se abstenía, según su expresión, de entrometerse. Esto había resultado fácil cuando la visita sólo duraba de sábado a lunes; pero si la presente iba a durar más —¿y todo aquel equipaje?—, no era de esperar ni de desear que la madre de Stephen no se pasara por allí como de costumbre.

Lo que ella y la madre de Stephen más deseaban saber en aquel momento era cuánto tiempo pensaba quedarse la madre de Virginia. Pero nadie puede preguntar lo que más se desea saber. Lo que más se desea saber excede invariablemente el campo de la cortesía, pensó Virginia, frunciendo ligeramente el ceño ante las complicaciones de la vida social, mientras comía pan con mantequilla, agradecida de que ella y Stephen vivieran en el campo, donde eran menos numerosas.

Y Catherine, reclinada en su sillón —*Mrs*. Colquhoun nunca se reclinaba en su sillón, a no ser que se sintiera definitivamente indispuesta y estuviera en bata—, no ayudaba lo más mínimo. No decía nada de sus intenciones y casi nada de cualquier otra cosa; se limitaba a estar allí sentada con aspecto desmoronado. Evidentemente, pensó *Mrs*. Colquhoun, observándola, parecía agotada. Pero ¿por qué? Un viaje en tren de Londres a Chickover, aunque fuera en un lento tren dominical, no debería hacer que una mujer normal estuviera amarilla. *Mrs*. Cumfrit estaba excesivamente amarilla. ¿Por qué?

—Toma un poco de este pastel, madre —dijo Virginia. Y como la

mirada de Catherine estaba fija en la ventana abierta y la de *Mrs*. Colquhoun estaba fija en Catherine, las dos contestaron a coro que no querían, gracias; y entonces, como siempre que esto ocurría, se produjo un breve cataclismo de explicaciones.

—¿Y cómo está la excelente *Mrs*. Mitcham? —preguntó *Mrs*. Colquhoun agradablemente—. ¿Qué tal le sienta su traslado a Londres desde una tranquila parroquia campestre? ¿Echa raíces en Mayfair?

Catherine dijo que era tan amable como siempre y que le hacía sentirse muy cómoda.

—Estábamos seguras de que sería así. ¿Verdad, Virginia? Querida *Mrs*. Cumfrit, me alegra mucho saber que está usted en la gloria con esa devota criatura que la cuida. Y Virginia también se alegra, ¿verdad, Virginia?

Virginia dijo que sí, y Catherine dijo que sí.

—Pero ¿qué le parece a esa alma bondadosa que la deje sola y venga para acá? —preguntó *Mrs*. Colquhoun—. ¡Oh!, bueno, claro que nunca la deja sola mucho tiempo, ¿no? Un día o dos, a lo sumo un día o dos, o me imagino que empezará a angustiarse por lo mucho que la aprecia.

—Stephen podía haberse quedado en el piso —dijo Virginia— puesto que tú no estás allí este fin de semana, madre. Pobre Stephen, le cansan mucho los hoteles. Ojalá lo hubiéramos sabido.

—¡Oh! —exclamó Catherine, alarmada ante el cuadro que su imaginación le presentó instantáneamente de Stephen suelto por su dormitorio (sólo había dos dormitorios en el piso, el suyo y el de *Mrs*. Mitcham), durmiendo en su cama, campando a sus anchas entre sus cachivaches excesivamente bonitos, entre todas aquellas pequeñas cosas encantadoras que se reúnen en el tocador de la esposa adorada de un hombre rico y que, naturalmente, no se deterioran tan deprisa como él. Pero se contuvo y, tras una pequeña pausa, terminó hábilmente lo que había empezado tan poco adecuadamente con un: «¡Qué lástima!».

—Tal vez se pueda arreglar para otra ocasión —sugirió *Mrs*. Colquhoun, esperando que ante esto Catherine les informaría de si el próximo domingo se encontraría aún en casa de la pobre Virginia. Seguramente no; seguro, seguro que después de haber tenido tanto tacto no podía haberse quedado de pronto sin ninguno.

Pero Catherine sólo dijo con su vocecita, tan educadamente como siempre:

—Claro que se podría —y se preguntó cuántos domingos más quedarían de la Cuaresma. Pensó que no muchos; la Pascua debía de estar

ya muy cerca. Los fines de semana que Stephen había pasado en Londres le parecían innumerables y ella sabía que la Cuaresma sólo comprendía seis. Aunque, con que sólo quedara uno más, la imagen de Stephen en su casa…

Mrs. Colquhoun veía ahora que sólo con una pregunta directa le sacaría a Catherine lo que quería saber y, levantándose con su acostumbrada vivacidad —se acercaba a los setenta, pero seguía siendo vivaz—, observó que no tenía más remedio que irse; y tras inclinarse sobre Virginia y besarla, dijo:

—No, no, no se te ocurra moverte, querida niña —se aproximó a Catherine, que se había levantado del sillón, y le tendió la mano preguntándole:

—¿La volveré a ver, querida *Mrs*. Cumfrit?

Y Catherine, en vez de decir, como *Mrs*. Colquhoun había confiado en que haría: «Me temo que no; me voy a casa mañana temprano», sólo dijo afectuosamente:

—Pues claro, espero que sí.

Lo que dejó a *Mrs*. Colquhoun como estaba.

XII

Mr. Lambton vino a cenar. Era el vicario y, durante estos domingos de Cuaresma de la ausencia de Stephen, cenaba en la finca tras el servicio vespertino.

Estaba claro que en estas ocasiones *Mrs*. Colquhoun también se quedaba a cenar. De otra forma, señaló Virginia, *Mr*. Lambton no podría haber ido a cenar, porque eran necesarias dos mujeres para que fuera decorosa la presencia de un hombre. No lo expresó exactamente así, pero así llegó a la mente de Catherine. Esta noche *Mrs*. Colquhoun no cenaba allí porque la presencia de Catherine hacía la suya innecesaria; y, ausentándose cuando no hubiera tenido necesidad de hacerlo, permitiendo así que Catherine disfrutara libremente de la compañía de su hija, le dio a su colega en el oficio de suegra una lección de tacto que esperaba que no se perdería, pensó, mientras se tomaba una comida solitaria que no le gustó, porque no esperaban que volviera a cenar y no había nada que realmente valiera la pena tomar.

Mr. Lambton era joven, amable y lleno de reverencias. Reverenciaba a su rector y a la esposa de su rector, y a la madre de su rector y a la suegra de su rector; estaba dispuesto a reverenciar a sus sirvientes y a sus sirvientas y a todo cuanto fuera suyo. No hacía mucho que había salido de Cambridge y aquél era su primer vicariato.

Apenas causó alguna pequeña ola extra en la tranquila superficie de la velada. Era atento con las dos damas, ofreciéndoles ensalada de remolacha y trayéndoles reposapiés y, después, en el salón, les trajo más reposapiés. A Catherine se le olvidaba que estaba allí; y *Mr*. Lambton, tras haber acomodado a la madre de la esposa del rector en un sillón resguardado de las corrientes y haberle preguntado si no deseaba un chal —habiendo cumplido, en resumen, sus obligaciones para con la generación que declinaba—, olvidó a su vez que ella estaba allí y se dedicó a discutir con

Virginia las mejoras proyectadas, recorriendo con sosegada fruición todos los papeles que le habían hecho examinar a Catherine aquella tarde.

Catherine se quedó dormitando en el sillón. Se sentía tan vieja como ellos la hacían ser. Recordaba con asombro somnoliento lo que ocurrió ayer a esas mismas horas, y la tarde en Hampton Court, cuando había ido a la carrera —sí, realmente a la carrera— por los jardines, impulsada por la firme mano de Christopher en su codo, al paso de sus enormes zancadas, riéndose, charlando, con la sangre corriéndole por las venas, el perfume de la primavera en las aletas nasales, las alegres palabras amorosas de aquel extraño joven en los oídos. Pensó que *Mr*. Lambton debía ser más o menos de la edad de Christopher. Pero para *Mr*. Lambton ella era solamente alguien; tal vez, para ser más exactos, algo, que había que colocar cuidadosamente en un sillón apartado de las corrientes, abandonándolo allí. ¿Cuál de los dos tenía razón? Era de lo más inquietante. ¿Era la misma persona que anoche? ¿Era dos personas? Si era solamente una, ¿cuál era? ¿O era simplemente un vaso receptivo, un vaso transparente en el que otras personas vertían la opinión que tenían de ella y que reflejaba instantáneamente el color exacto de sus opiniones?

A Catherine no le gustaba aquella idea de sí misma, en cierto modo la hacía perderse, y se removía incómoda en su sillón. Pero últimamente no le gustaba nada de sí misma: se sentía horriblemente sorprendida, desazonada y confusa. Después de todo, no podía escapar del hecho de que hacía tiempo que había cumplido los cuarenta y, suponiendo que hubiera gente en el mundo que pareciera capaz de enamorarse de ella —personas tontas, por supuesto; personas tontas y violentas—, seguramente incluso entonces no sentiría personalmente más que una indiferencia suave y honrosa. Por otra parte, no se creía lo bastante vieja como para que la plantaran entre cojines a salvo de las corrientes y la olvidaran. Resultaba muy desconcertante y fatigoso. Aquí se sentía casi reumática de vejez. Anoche…

El mero hecho de pensar en la noche pasada la despertó tan completamente y la hizo enfadarse tanto que empujó el reposapiés impacientemente con el pie y lo hizo patinar por el suelo de roble pulido.

Mr. Lambton levantó la vista de los papeles que Virginia y él escudriñaban y contempló suavemente la figura que estaba junto al fuego durante un momento, ordenando sus pensamientos. Parecía acabar de hacer algo bastante vigoroso. Se había oído un ruido y, desde luego, el reposapiés se encontraba a bastante distancia.

Se levantó, recorrió la habitación y lo volvió a colocar bajo los pies de

Catherine.

—¿Está usted segura de que se encuentra cómoda, *Mrs*. Cumfrit? —preguntó, con una voz muy semejante a la que utilizaba para dirigirse a los ancianos pobres cuando visitaba a las gentes de la parroquia, una voz jovial, animosa, de tono bastante alto—. ¿No le gustaría que le trajera otro almohadón, eh?

Catherine le dio las gracias y, sólo por complacerle y hacerle creer que la estaba complaciendo, dijo que pensaba que, desde luego, otro almohadón estaría muy bien, y le permitió colocárselo con cuidado en lo que él describió, evidentemente debido a su conocimiento del lugar donde más solía dolerles a sus feligreses más ancianos, como la parte más estrecha de la espalda.

La parte más estrecha de la espalda. Le entraron ganas de reírse. Todos aquellos lugares ancianos parecían encontrarse en ella —unos pies que necesitaban apoyarse en reposapiés, hombros que necesitaban cobijarse en chales, espaldas que necesitaban sostenerse sobre cojines…—. Pero no se rió; se quedó tranquilamente sentada, tras darle las gracias amablemente a *Mr*. Lambton, y lo cierto era que, en conjunto, sí que se sentía muy cómoda así, llena de cojines y reposapiés, sin que nadie le planteara exigencias de ninguna clase. A todas luces, aquello era la paz.

Allí aún seguía siendo simplemente la madre de alguien, y era una condición descansada. Excepto durante los últimos tres meses, se había pasado la vida siendo sólo algo de alguien. Había empezado por ser la hija de alguien: una niña muy buena; recordaba claramente haber sido una niña muy buena que no causaba problemas y jugaba sola felizmente durante horas enteras. De aquello pasó directamente a ser la esposa de alguien; otro gran éxito, haciendo de nuevo todo lo que se esperaba de ella y nada que no se esperase. Luego, al acabar esa etapa, durante doce años se convirtió exclusivamente en madre de alguien; pero cuando aquello también terminó, ¿cómo no iba a extender los brazos hacia el sol, exclamando para sus adentros: «¡Ahora voy a ser yo misma!?».

Llevaba tres meses así, tres meses de libertad en Londres; y las amistades parecían haber brotado a sus pies como margaritas. *Mrs*. Mitcham siempre estaba preparando el té y siempre había que estar vaciando las colillas de los ceniceros, y unos primos que tenía en Londres, que habían aparecido en cuanto llegó, trajeron a sus amigos, que se hicieron amigos suyos instantáneamente, y fueron una fiesta, los tres meses, una pequeña fiesta muy alegre, lo más diferentes posible de cualquier cosa que

hubiera conocido antes; cuantos conocía eran cordiales y festivos, y nadie limitaba sus movimientos en ningún sentido y, cuando quería estar sola y asistir en solitario a algún entretenimiento como la música, que le gustaba mucho más si iba sola, o las visitas a Kew para ver si la primavera ya empezaba a asomarse por allí, podía estar sola e ir, y cuando quería ver gente y charlar podía verles y charlar con ellos, sin tener que tropezarse por ninguna parte con los gustos y deseos opuestos de otra persona.

Una vida agradable. Una vida pequeña, divertida, independiente y digna, abriéndose ante ella con aquella otra vida de deberes y expectativas fielmente cumplidos como una almohada a su espalda en la que reposar su conciencia. No había tenido tiempo de organizar nada todavía pero, desde luego, tenía intención de hacer el bien además de ser feliz, de encontrar alguna forma de actividad caritativa y lanzarse a ella.

No iba a estar ociosa, a terminar siendo una de esas muchas exesposas y madres, desdichadas especialistas sin empleo que vagabundean por los años que les quedan parloteando improductivamente.

Todo aquello parecía haberse abierto ante ella como un suave paisaje de atardecer y, ¿qué había hecho? Portarse tan estúpidamente que se había visto obligada a huir, y no sólo a huir sino a no saber en modo alguno cuándo podría regresar de nuevo.

Era de lo más desafortunado que hubiera dado la casualidad de que hubiera conocido y hecho amistad con el único joven entre, suponía ella, diez millones que podía estar lo bastante loco como para enamorarse de ella y que, por añadidura, era de una disposición indisciplinada. Porque podía haber sido un joven muy dócil —uno de esos que adoran en secreto, que reverencian a distancia, a los que se puede controlar levantando un dedo o moviendo una pestaña. Pero nada controlaba a Christopher. Era una fuerza elemental y la arrastraba con él— desde luego, se había visto arrastrada a un sitio desacostumbrado durante aquel breve momento en que se encontró tan quieta en sus brazos. ¡En sus brazos! Vergonzoso. Era irritante. Era corrosivo. Lo único que se podía hacer con semejante recuerdo mortificándola era poner pies en polvorosa. Pero mira que tener que recurrir a algo semejante a su edad. Era una indignidad tan grande…

El reposapiés patinó una vez más por el brillante suelo.

Las cabezas que se inclinaban sobre la mesa se volvieron interrogantes hacia ella.

—¿Te dan calambres, madre? —preguntó Virginia gravemente.

—Creo que me voy a dormir —dijo Catherine, emergiendo de entre los

cojines.

Mr. Lambton acudió presuroso a ayudarla. Un extraño deseo de abofetear a *Mr*. Lambton se apoderó de ella. Se sonrojó por desear semejante cosa.

—¿Pero no antes de las oraciones…? —preguntó Virginia, sorprendida.

—¡Oh, sí…! Olvidaba las oraciones —dijo Catherine, ligeramente avergonzada.

Virginia, sin embargo, se sentía más avergonzada. Le parecía desafortunado que su madre hubiera dicho eso delante de *Mr*. Lambton. Malo era olvidarlo, pero peor era decirlo.

Se levantó y tocó la campanilla.

—Rezaremos ahora, ya que estás cansada —dijo.

No solía haber oraciones en tiempos de Catherine, porque cuando George vivía no le gustaban, y ella había mantenido las cosas exactamente como él acostumbraba, así que era natural que olvidara los nuevos hábitos, aparte de resultarle difícil recordar que ahora la finca era en realidad una rectoría, un lugar en que las oraciones familiares como última actividad de la noche y primera de la mañana eran inevitables.

Entraron los criados, encabezados por la doncella, llevando una bandeja con limonada y agua de soda, y a Catherine, al buscar las caras de sus viejos amigos, le pareció que habían disminuido mucho. Entraban como un goteo cuando en los viejos tiempos, de haber habido oraciones, habrían entrado a borbotones. Estaba claro que los estaban cambiando rápidamente por casitas de campo. Apenas quedaba alguno que le sonriera furtivamente antes de colocarse con las manos unidas y el rostro respetuoso e inexpresivo para escuchar a *Mr*. Lambton.

Él oficiaba en ausencia de Stephen. Lo hacía en un claro tono de tenor. La habitación gruñía con respuestas apagadas. La voz de Virginia dirigía los gruñidos con firmeza. Todos estaban arrodillados con las cabezas hacia la pared y las suelas de los zapatos hacia *Mr*. Lambton. A Catherine le entró preocupación por sus zapatos, consciente de que los tacones altos no eran propios de las personas absolutamente puras de corazón. En su mente flotó una imagen que había visto en una ocasión de un par de botas alemanas que habían pertenecido a una alemana que fue malvada pero, en la época en que las llevaba, era buena.

Eran todo lo contrario de los zapatos que ella llevaba en aquel momento y, bajo la imagen, habían escrito:

O wie lieblich sind die Schuche
Demuthsvolle Seelensruhe[2]…

Se preguntó lo que *Mr*. Lambton pensaría de ellos como signo externo de gracia interior y, si sus pensamientos eran elevados, ¿qué pensaría de sus zapatos? Avergonzada, ordenó sus pensamientos errantes, porque las palabras que *Mr*. Lambton repetía eran tan hermosas que lo santificaban todo —a sí mismo, a ella y a toda la asamblea de suelas de zapatos boca arriba—. De repente se sintió muy pequeña y muy tonta, como si fuera un insecto de lo más vulgar, que saltase irreverentemente a los pies de algún ángel sereno. Apoyó la mejilla sobre sus brazos cruzados y escuchó atentamente las encantadoras palabras que pronunciaba *Mr*. Lambton: «Ilumina nuestra oscuridad, te lo imploramos…». Qué a menudo las había oído; con qué poca frecuencia les había prestado atención.

Eran más hermosas que la música, eran más nobles…

Virginia vio —era responsabilidad suya vigilar cómo se comportaban los criados, y de un modo natural su mirada también se detuvo en Catherine— la actitud de su madre y esperó que *Mr*. Lambton no la viera. La única forma decente de rezar en un salón era arrodillarse muy derecho, con las manos juntas y los ojos cerrados o mirando al asiento de la silla. Su madre estaba agachada, casi sentada en el suelo, con los brazos descansando en la silla y la cabeza apoyada de lado en ellos. Las madres no debían hacer eso. Quizá lo hiciera un niño que estuviera muy cansado pero, desde luego, se le regañaría después. Afortunadamente, los criados no la veían porque estaban de espaldas, pero si *Mr*. Lambton levantaba los ojos no podría evitar verla. Esperaba que no lo hiciera. ¡Cómo sentía todo lo que la propia madre hiciera o dejase de hacer! Era extraño lo sensible que se volvía una respecto a ella cuando se era adulta y lo responsable hasta cierto punto, lo que resultaba bastante incómodo.

Las oraciones terminaron al cabo de diez minutos, los criados salieron en fila y *Mr*. Lambton, después de beber un poco de agua de soda y decir las cosas adecuadas sobre la velada, se marchó, y Virginia, que se resistía a subir a su fría soledad, se acercó al fuego a calentarse las manos para posponer un poco más el melancólico momento y habló de Stephen.

—Le echo mucho de menos estos fines de semana —dijo, ahogando un suspiro.

Catherine le acarició comprensiva un brazo.

—Entiendo muy bien lo mucho que se echa de menos a alguien a quien

se quiere como tú quieres a Stephen.

«Madre es muy amable, a pesar de sus modales extravagantes», pensó Virginia.

—No tienes idea —dijo en voz alta, con los ojos brillantes de orgullo— de lo maravilloso que es.

«Quién podría haberlo imaginado del muy solemne de Stephen», pensó Catherine.

—Me alegro mucho —dijo en voz alta, rodeando a Virginia con el brazo—. Ya sabes que estaba preocupada… no estaba segura… de que quizá la diferencia de edad…

—¡La edad!

Virginia miró a su madre con lástima.

—Me gustaría que entendieras, madre —dijo gravemente—, lo poco que tiene que ver la edad cuando dos personas se quieren. Pero ¿qué puede importar? Nunca pensamos en ello. Sencillamente ni se plantea. Stephen es Stephen, sea cual sea su edad. Nunca, nunca podría ser diferente.

—No —asintió Catherine bastante tristemente, porque si Stephen pudiera ser diferente tal vez le resultase más fácil hablar con él.

Sin embargo, la cuestión no era ésa. No era el marido de Virginia para poder charlar agradablemente con su suegra. Lo grande era que había logrado ofrecerle una completa felicidad a su esposa. ¡Qué razón había tenido la niña en insistir en casarse con él! ¡Qué certero era su instinto! ¡Qué poco le habían importado los razonamientos de los parientes, los consejos que tan abundantemente le habían dado, no sólo la propia Catherine, sino diversos tíos y primos, tanto paternos como maternos! Y en cuanto a la sugerencia de que resultaría ridícula yendo por ahí con un marido lo bastante viejo como para ser su padre, se había limitado a sonreír gravemente, sin siquiera dignarse a contestar.

—Me pregunto —dijo Catherine, contemplando pensativa el fuego, con la mejilla apoyada en la manga de Virginia— cuánta felicidad se habrá perdido por culpa del miedo.

—¿Del miedo a qué?

—A la gente, y especialmente a los parientes. A su opinión.

—Estoy segura —dijo Virginia, sonrojándose un poco, porque no acostumbraba a hablar de estos temas nada más que con Stephen— de que se debe abandonar todo para seguir al amor.

—Pero ¿a qué amor?

Virginia volvió a sonrojarse.

—¡Oh, madre! Por supuesto, sólo al amor correcto.

—¿Te refieres a los maridos?

—Pues claro que sí, madre.

Virginia se sonrojó por tercera vez. ¿En qué se imaginaría su madre que estaba pensando?

Continuó con timidez solemne:

—Al amor, al amor correcto, no debe importarle nada de lo que pueda decir nadie en el mundo.

—Supongo que no —dijo Catherine— y, sin embargo…

—No existen «sin embargos» en el amor, madre. En el amor de verdad, no.

—Te refieres a los maridos —repitió Catherine.

—Pues claro que sí, madre —dijo Virginia, esta vez con impaciencia.

—Ya me imagino que no —dijo Catherine pensativa— pero, no obstante…

—No existen «no obstantes» tampoco.

Ante tan espléndida inexperiencia, tan magnífica inconsciencia, Catherine sólo podía callar; y enseguida le ofreció la cara para que se la besara y murmuró que pensaba que era hora de irse a la cama.

Virginia se inquietó. No parecía querer apartarse del fuego. Removió las ascuas para apagarlas durante bastante tiempo, y luego volvió a colocar los sillones en su sitio y mulló los cojines.

—Detesto irme a la cama —dijo de pronto.

Catherine, que la había estado observando adormilada, volvió a despertarse con la sorpresa, tan natural había resultado Virginia.

—¿Sí, cariño? ¿Por qué?

Virginia miró un momento a su madre y luego recogió los quinqués de la mesa donde se los habían dejado preparados, porque ahora se cortaba la luz eléctrica todas las noches a las diez y media por deseo de Stephen.

Le tendió a Catherine su quinqué.

—¿Tú no…? —empezó.

—Yo no, ¿qué?

—¿Detestabas irte a la cama cuando mi padre estaba ausente?

—¡Ah! Ya comprendo. Pues no. A mí… a mí me gustaba estar sola.

Se quedaron mirándose con los quinqués iluminándoles las caras. La de Catherine estaba sorprendida, la de Virginia inmensamente seria.

—Yo creo que eso es muy raro, madre —dijo, y añadió tras un silencio —: ¿Entiendes de verdad que en todo lo que he estado diciendo sobre…

sobre el amor, sólo —se sonrojó por cuarta vez— me refería al amor *decente*?

—¡Oh! Perfectamente, cariño —se apresuró a asegurarle Catherine—. A los maridos.

Y Catherine, que no estaba acostumbrada a los quinqués, torció el suyo y derramó un poco de aceite en la alfombra, y Virginia ahogó una exclamación con tremenda dificultad. A Stephen le molestaba mucho que cayera aceite en las alfombras.

XIII

Stephen volvió a la mañana siguiente en el primer tren, conteniendo su emoción al bajar del coche y ver a Virginia en el umbral, esperándole allí, como de costumbre, para darle la bienvenida a casa, con su sencillo vestido de mañana y su fresca limpieza. Exteriormente parecía un clérigo sobrio, de mediana edad, que le daba a su esposa un beso ligero mientras los sirvientes entraban sus cosas; interiormente tenía treinta años cuando la veía y veinte cuando la tocaba. Ella, conteniendo a su vez todo signo de alegría, recibió su saludo con una sonrisa solemne. Ambos se metieron enseguida en el estudio y, cerrando la puerta, cayeron el uno en brazos del otro.

—Mi querida esposa —susurró Stephen.

—Mi querido esposo —susurró Virginia.

Era su saludo invariable en este feliz momento de reunión del lunes por la mañana. Nadie que le hubiera visto a solas con Virginia podría haber reconocido a Stephen; nadie que la hubiera visto a solas con Stephen podría haber reconocido a Virginia. Así son las transformaciones del amor. Catherine se mantuvo al margen; se fue discretamente a dar un paseo. Estuvieron a solas hasta la hora del almuerzo y pudieron contarse todo lo que los dos habían pensado, sentido, dicho y hecho desde que se separaron tantísimo tiempo atrás, el sábado.

Desafortunadamente, esta vez Virginia tenía que contar algo que no iba a proporcionar placer a Stephen. Lo pospuso todo lo que pudo, pero él, a quien el amor había vuelto rápido, no tardó en sentir que tras la conversación de ella se escondía algo y, poniéndole suavemente un dedo en la frente, que normalmente estaba llena de serena y pura alegría, dijo:

—Una arruguita. Veo una diminuta arruguita. ¿Qué ocurre, Virginia, amor mío?

—Madre —dijo Virginia.

—¿Madre? ¿Mi madre?

Stephen no podía creerlo. ¿Su madre causando arruguitas?

—No. La mía. Ha venido.

—¿Ha venido aquí?

Stephen se quedó muy sorprendido. Y el sábado por la noche ni una palabra, ni una pista de sus intenciones.

—¿Se lo habías pedido?

—¡Oh, Stephen! ¡Sabes que no lo haría sin tu consentimiento!

—No. Claro que no, cariño. ¿Pero cuándo…?

—Ayer.

—¿En domingo?

—Sí. Y me temo… ¡Oh, Stephen! Creo que no tiene intención de irse muy pronto, porque se ha traído dos baúles.

Stephen se quedó muy afectado con la noticia. Miró a su esposa con auténtico desaliento. Pensaba que aún estaban en su luna de miel. ¿Qué eran tres meses?

Nada. Para unas personas que se amaban tanto como Virginia y él no eran absolutamente nada, y que les viniera a interrumpir un pariente cercano, y especialmente una madre a quien le había pertenecido todo aquello hasta fecha tan reciente… Desafortunado, desafortunado; desafortunado en extremo.

—¡Qué extraño! —dijo Stephen, que hasta entonces había considerado a su suegra como un monumento al tacto; y añadiendo, tras una pausa—: ¿Has dicho dos baúles? Me imagino que los contarías. Dos baúles. Desde luego son un gran número. Y tu madre no me dijo nada de esto cuando cené con ella el sábado…

—Espero, cariño —le interrumpió Virginia ansiosamente—, que te darían bastante de comer.

—De sobra, de sobra —dijo Stephen, apartando con un gesto el recuerdo de los huevos revueltos—. No me dijo ni una palabra, Virginia. Al contrario, me dijo que iría a St. Clement a oírme predicar anoche.

—¡Oh, Stephen! Sencillamente no puedo comprender cómo pudo soportar perdérselo.

—¿Tienes idea, amor mío, de lo que pudo hacerla venir sin advertirlo? —preguntó Stephen, con la alegría de su vuelta a casa completamente empañada.

—No, cariño. No se me ocurre nada. Estoy realmente intrigada.

—¿No tienes ninguna teoría?

—Ninguna.

—¿Ni la menor idea del tiempo que se propone quedarse?

—Sólo la idea de los dos baúles. Madre no ha dicho una palabra y no me parece bien preguntárselo.

—No —dijo Stephen pensativamente—. No —y añadió—: Es muy desagradable.

Lo era; porque veía claramente la situación tan peliaguda que podía crearse con el monarca que había abdicado paseándose por el reino todo lo que excediera un día o dos, y, además, puesto que no parecía haberla traído nada en especial, debía haber venido ociosamente, en un impulso, porque no tenía cosa mejor que hacer. Y estar ocioso, andar vagando por ahí, le parecía algo realmente lamentable en cualquier ser humano. Conducía inevitablemente a la maldad. No podía sino pensar que una actividad fructífera era de la mayor importancia para todo el mundo, y especialmente para la madre de la propia esposa. Pero debía desarrollarse en otro sitio. Eso era esencial: debía desarrollarse en otro sitio.

—Bueno, tal vez —dijo, acariciándole el pelo a Virginia, esforzándose en dar y conseguir consuelo—, a pesar de los baúles, sea sólo para un día o dos. Las señoras llevan consigo grandes cantidades de equipaje.

Virginia sacudió la cabeza.

—Mi madre no lo hace. Las otras veces sólo se trajo una bolsa.

Se quedaron callados. Él dejó de acariciarle el pelo.

Luego Stephen se recobró.

—Bueno, bueno. Vamos, vamos. Nos pase lo que nos pase, querida Virginia, debemos esforzarnos en sobrellevarlo, ¿verdad?

—¡Oh! Por supuesto que sí, querido Stephen. Ya sabes que yo haré lo mismo que tú hagas.

Apoyó la cabeza en su pecho y se entregaron a esas felices caricias legítimas que son a un tiempo la alegría y el deber de los casados. Una disposición exquisita, consideraba Stephen, que se había visto privado de caricias hasta la madurez, y ahora que se le permitía campar legítimamente a sus anchas entre ellas las encontraba más deliciosas de lo que había osado imaginar en los sueños que más le habían hecho arrepentirse. Exquisita disposición, según la cual cuanto más amas, más grande es tu virtud.

—Después de todo, cariño —susurró—, nos tenemos el uno al otro.

—Claro está que sí —susurró Virginia, agarrándose a él.

—Mi querida esposa —murmuró Stephen, abrazándola fuerte.

—Mi querido esposo —murmuró Virginia, acurrucándose feliz en sus brazos.

Entretanto, Catherine volvía corriendo a través de campos embarrados y portillos numerosos para no llegar tarde a almorzar. Deseosa de dejar a sus hijos —según la ley, ¿acaso no era ahora Stephen también su hijo? Qué fantástica ocurrencia— solos el mayor tiempo posible, más bien se había excedido, caminando más de lo debido para el tiempo que tenía, de modo que el final de su paseo casi se había convertido en una carrera. Estaba segura de que Stephen era un hombre puntual. Además, a nadie le gusta que le hagan esperar a la hora de comer. Esperaba que no la aguardaran. Corrió y se sofocó. Llevaba los zapatos cubiertos de barro y su pelo no estaba ordenado, porque soplaba el viento de marzo.

Esperaba poder colarse sin ser vista y arreglarse decentemente antes de enfrentarse con Stephen, pero cuando llegó a las cercanías de la casa, los dos, que estaban junto a la ventana desde que había sonado el gong, salieron a recibirla.

—¡Oh! No debisteis hacerlo —gritó, en cuanto estuvieron lo bastante cerca para oírla—. No debisteis esperarme. Lo siento enormemente. ¿Llego muy tarde?

—Sólo un cuarto de hora —dijo Stephen cortésmente (qué maravilloso era, pensó Virginia)—. No hay motivo alguno de qué preocuparse. ¿Cómo estás? Es un placer inesperado.

—Espero que no te importará —dijo Catherine, sonriéndole mientras se estrechaban la mano—. He sido muy impulsiva. Me invadió una repentina oleada de deseos de estar con Virginia. Tendrás que enseñarme autocontrol, Stephen.

—Todos lo necesitamos —dijo Stephen.

Escondía sus sentimientos. Se esforzaba en sonreír; era maravilloso, pensó Virginia.

—Y el primer día llego tarde a almorzar —dijo Catherine—. ¡Ojalá no me hubierais esperado!

La expresión «el primer día» les pareció siniestra a Stephen y a Virginia; nadie hablaba de un primer día a no ser que fuera a haber un segundo, un tercero, un cuarto, una hilera completa de días. Por lo tanto, se produjo una pequeña pausa. Luego Stephen dijo, tan cortésmente como si fuera un hombre que no tuviera hambre y no hubiera desayunado muchísimo antes que de costumbre:

—No importa lo más mínimo.

Y Catherine sintió, como ya le había ocurrido tan a menudo, que resultaba difícil hablar con él, y Virginia, que sabía que le molestaba muy

especialmente que le hicieran esperar a las horas de comer, incluso cuando no tenía hambre, le quiso más que nunca.

Desde luego, sus modales con su madre eran perfectos, pensó, tan paciente, tan… la absurda palabra lo describía perfectamente: tan caballeroso. Y siguió siendo paciente y caballeroso incluso cuando Catherine, en su deseo de ser rápida, sólo restregó brevísimamente sus zapatos embarrados en la alfombrilla, de modo que dejó pisadas en la alfombra del *hall*, y Stephen, que era un hombre muy limpio al que no le gustaba que sus alfombras tuviesen pisadas, se limitó a decir:

—Kate traerá un cepillo.

El almuerzo se desarrolló muy bien teniendo en cuenta todo aquello, pensó Virginia. Fue gracias a Stephen, por supuesto. Era adorable. Le contó a su madre las novedades de la parroquia, sin olvidar nada que pensara que podía interesarle sobre la gente que conocía, como el joven Andrews, que se había roto una pierna jugando al fútbol, y la boba de Daisy Logan, que había dejado un empleo tan bueno para casarse con un vaquero y empezar a tener problemas antes de lo necesario; y después, en el salón, donde tomaron el café —cuando Stephen y Virginia estaban solos lo tomaban cómodamente en el estudio, el querido estudio, escenario de tantas horas felices de intimidad—, mandó a Kate a por los planos y los presupuestos, y los examinó con su madre muy paciente y cuidadosamente, explicándoselos de un modo infinitamente mejor y más claro de lo que ella fue capaz de hacerlo el día antes, y siempre con unas frases admirablemente breves, utilizando cinco palabras para lo que ella, con su mente inexperta, había usado cincuenta, y haciéndole sentir a su madre que les gustaba que supiera lo que estaban haciendo y que querían que compartiera sus intereses. Su madre no iba a sentirse excluida. Querido Stephen. Virginia resplandecía de amor por él. ¿Quién sino Stephen podría, en los momentos en que se encontraba disgustado, pensar y actuar con tan absoluta dulzura?

El tiempo volaba. Era su hora de poner los pies en alto, pero no conseguía separarse de Stephen ni de los planos. Seguía sentada contemplando su fino rostro —cuánto amaba su delgadez, sus rasgos definidos y bien marcados— inclinado sobre la mesa, mientras con el dedo trazaba las líneas de lo que le estaba explicando a su madre. Parecía somnolienta. Virginia lo encontró extraño a una hora tan temprana del día. La noche anterior estaba soñolienta, pero era natural después del viaje y de haberse levantado tan temprano. Tal vez hubiese dado un paseo demasiado largo y se hubiera cansado. Después de todo, ya no era una joven.

—Ya ves lo sencillamente que puede manejarse —decía Stephen—. Simplemente se gira este grifo *a* y el agua corre a través de *b* y *c*, y por la curva hasta *f*, llevándose todo el *e* en su recorrido.

Su madre murmuró algo. Virginia pensó que decía «Me gustaría ser *e*», y si eso era realmente lo que había dicho, era evidente que no sólo parecía adormilada, sino que estaba casi dormida del todo. En tal caso todos los esfuerzos de Stephen se estaban malgastando y bien podía dejar de hacerlos.

—No sólo —decía Stephen— es éste el dispositivo más sencillo de cuantos hemos examinado y, hasta donde podemos opinar humanamente, es del todo infalible sino que, como suele ocurrir a menudo con lo mejor, es también el más barato.

Hubo una larga pausa. Su madre no dijo nada. Virginia la miró y le pareció que de verdad se había quedado dormida.

—Madre —dijo Virginia suavemente. No podía soportar que Stephen se estuviera tomando tantas molestias en interesar e informar a alguien que no estaba despierto.

Su madre se sobresaltó, pegó una pequeña sacudida y dijo bastante apresuradamente:

—Ya comprendo —y luego, para salvar lo que consideraba una situación delicada y desviar la atención de Stephen de su persona (la estaba mirando pensativo por encima de las gafas), señaló a una parte especialmente intrincada de los planos, donde las cañerías parecían estar frenéticamente retorcidas, y le preguntó qué ocurría allí, en aquel nudo. Se inclinó sobre el plano—, sí, en *k*.

Stephen, hombre cándido, se lo dijo enseguida con la mayor cortesía y claridad, y antes de que le hubiera dado ni la mitad de la explicación, Virginia notó —resultaba verdaderamente muy extraño— que los párpados de su madre se estaban cerrando de nuevo.

Esta vez se levantó algo bruscamente; no podía permitir que la amabilidad y el tiempo de Stephen se malgastasen de manera semejante.

—Es mi hora de descansar —dijo, deteniéndose gravemente junto a la mesa con una mano, una mano juvenil y rojiza con una delgada alianza, colocada en el hombro de su marido—, supongo que debo ir a echarme.

En aquel momento, su madre volvió de nuevo a la vida.

—¿Quieres que vaya a arroparte? —preguntó, haciendo un movimiento como si se dispusiera a acompañarla.

—Eres muy amable, madre, pero si a Stephen no le importa me gustaría descansar en el sofá de su estudio hoy. Es muy cómodo.

—Desde luego —dijo Stephen.

Se abstuvo de llamarla «amor mío»; los dos se abstenían de cualquier tipo de comportamiento cariñoso en público, en principio porque resultaba indecoroso en la familia de un clérigo, y también porque temían que si empezaban tal vez no pudieran parar, tan excesivo era su mutuo placer por el galanteo en aquella primera etapa y tan novatos eran ambos en aquel delicioso juego. Y, aparte de esto, eran tímidos e incapaces ambos en el fondo de sus corazones de escapar de un extraño sentimiento de culpa, a pesar de que tanto la ley como la Iglesia habían derramado sus impresionantes sonrisas y bendiciones sobre todo lo que se les pudiera ocurrir hacer.

—¡Oh! No profanaré el estudio de Stephen —dijo su madre, sonriéndole—. Sólo iré a arroparte y luego te dejaré dormir. Muchas gracias, Stephen —añadió, dirigiéndose a él—. Ha sido muy bondadoso por tu parte. Creo que tus ideas son maravillosas.

Pero ¿de cuántas se habría enterado su madre?, se preguntaba Virginia mientras, tras una presión en el hombro de su marido que significaba: «Date prisa en venir al estudio para que podamos estar solos hasta la hora del té», y un breve toque de respuesta de su mano por parte de la de él que significaba que la seguiría al cabo de cinco minutos, ella y Catherine caminaron juntas por la hermosa, larga y antigua habitación, mientras Stephen colocaba cuidadosamente sus papeles en la bandeja de mimbre que tenía a tal objeto. Desde luego, aunque su madre había mostrado muy poco interés, ahora hablaba con entusiasmo. Aquello debilitaba ligeramente su creencia en una madre que claramente había estado dormida la mayor parte del tiempo mientras le estaban exponiendo unas ideas, que declaraba que eran maravillosas al despertarse, con aquel exceso de énfasis mundano que Virginia llevaba tres meses sin oír, aquella agradable simulación de entusiasmo del que Virginia siempre había sospechado, desde que había empezado a pensar, que no podía ser completamente real.

«Pero no debo ser injusta», pensó Virginia, mientras entraban del brazo en el estudio —había sido Catherine quien había cogido del brazo a Virginia—. «Después de todo, le expliqué las cosas ayer, de modo que madre ya sabía algo de nuestras ideas, aunque no las haya escuchado hoy. Pero ¿por qué estaría tan cansada?».

—¿No dormiste bien anoche, madre? —preguntó, mientras Catherine le disponía cómodamente los almohadones.

—No muy bien —dijo Catherine, poniéndose un poco colorada y con

un extraño aspecto de niña a la que hubieran pillado portándose mal, pensó Virginia.

Qué extraña era la forma en que se volvían las tornas de la vida y de qué modo tan imperceptible pero rápido se cambiaban los papeles. Su madre tenía exactamente el mismo aspecto que, estaba segura, había tenido ella cuando la pillaban haciendo travesuras con la fruta o con la mermelada. Pero ¿por qué? A Virginia no se le ocurría por qué podía tener aquel aspecto.

—Dormiré mejor cuando me acostumbre más a la cama —dijo Catherine, a quien le enervaba el saber que la conversación de Stephen la predisponía inevitablemente a la modorra y que Virginia estaba a punto de darse cuenta.

Cuando se acostumbrase a la cama. Virginia le daba vueltas en la cabeza a esta expresión con sus serios ojos fijos en su madre, que le estaba alisando la falda sobre los tobillos.

Acostumbrarse a la cama. Aquello le sugería algo infinito a Virginia. Uno no podía acostumbrarse a una cama sin pasar muchas noches en ella; no podía uno acostumbrarse a lo que fuera sin muchas repeticiones. ¡Cuánto le gustaría poder ser franca con su madre y preguntarle sin rodeos cuánto tiempo tenía intención de quedarse! Pero ¿se puede ser franco alguna vez con una madre o con un huésped? ¿Y cuando se combinaban ambas cosas? Como hija, era incapaz de decir nada y, como anfitriona, era incapaz de decir nada, y como hija y anfitriona fundidas en una sola, su mordaza era total.

Virginia contemplaba con gravedad a su madre, que se afanaba en ponerla cómoda. Era a ella a quien le correspondía darle alguna idea de sus intenciones, y no había dicho una palabra.

—¿Estás bastante cómoda, cariño? —preguntó Catherine, besando el joven rostro solemne antes de irse.

—Mucho, gracias. Eres muy amable, madre —dijo Virginia, cerrando los ojos.

Por alguna razón le entraron unas ganas repentinas de llorar. Las cosas eran muy contradictorias; resultaba muy duro que Stephen y ella no pudieran quedarse solos; pero su madre era muy amable y le resultaba odioso herirla. Pero un marido y su felicidad… ¿no eran lo primero?

Su madre se fue, cerrando despacio la puerta. Virginia siguió echada esperando oír los pasos de Stephen.

Su frente volvía a tener una arruguita.

Acostumbrarse a la cama…

XIV

Catherine estaba a salvo en Chickover. En ese aspecto, se sentía agradecida. Pero, dejando aparte la seguridad, ¡qué lugar tan diferente y tan extraño le parecía ahora!

A lo largo de toda aquella semana, al desnudarse cada noche, tenía una nueva serie de reflexiones en que ocupar su mente. Fue una semana extraña. Tenía una atmósfera propia. En aquella humedad creciente —porque al menos así se le antojaba a su imaginación— le parecía como si sus alas, suponiendo que las tuviera, le colgaran de los costados, cada vez más rígidas. Al irse sucediendo con dificultad y pesadez aquellos días solemnes, uno tras otro, tuvo una curiosa sensación de vitalidad menguante. La vida se le escapaba. Las nieblas se cerraban en torno suyo. La casa estaba tan silenciosa que le hacía sentirse sorda. Después de oscurecer había tan pocas luces que le hacían sentirse ciega. ¡Oh sí! Estaba a salvo, a salvo de aquel joven loco; pero había otras cosas allí —cosas extrañas e incómodas—. Estaba aquella sensación deprimente de una niebla húmeda, lenta, rastrera y asfixiante que la iba envolviendo gradualmente.

Al desnudarse el lunes por la noche aún no pensaba así, no había llegado a ese punto. Lo único que hizo el lunes por la noche fue repasar los acontecimientos del día con ligero asombro. Había rezado gran cantidad de oraciones aquel día, porque no sólo se habían pronunciado oraciones familiares antes del desayuno y como última actividad por la noche, sino que Stephen le había preguntado después del té si no le gustaría ir con él al servicio vespertino.

Las sugerencias de un anfitrión son órdenes. Cuando invita, no hay más remedio que aceptar. Desde luego, había aceptado con la adecuada presteza, habitual en los huéspedes cuando los anfitriones invitan, consciente de que se estaba esforzando por entretenerla con los medios a su alcance, y estaba deseosa de mostrarse agradecida. Mientras otros anfitriones llevan a sus

huéspedes a ver ruinas u otras cosas por el estilo dignas de verse, Stephen llevaba a la suya a la iglesia.

—¡Oh… delicioso! —había exclamado cuando se lo propuso; y sólo después se le ocurrió que tal vez no fuera aquélla la palabra más adecuada.

Virginia no fue con ellos porque tanto arrodillarse y levantarse podía no irle bien, y Stephen y Catherine salieron solos después del té, al viento del atardecer, llevando él la linterna que encenderían para su vuelta a casa en la oscuridad. Por lo tanto, Catherine mantuvo dos charlas *tête-à-tête* con Stephen aquel día, pero como durante ellas estaba andando bastante rápido y por añadidura soplaba un fuerte viento que le hacía circular la sangre, no había tenido dificultad en mantenerse despierta. También había albergado la esperanza de relajarse al final tranquilamente en la iglesia, sin necesidad de hacer esfuerzo alguno durante un rato, para darle fuerzas.

Pero allí, en el banco que antes era el suyo, muy bien acomodada y dándose importancia, estaba la madre de Stephen; y la madre de Stephen era de esas que se hacen notar en la iglesia, a las que les gusta dar ejemplo de claridad en la oración y la alabanza y se vuelven a mirar a la gente que se limita a recitarlas entre dientes. Catherine, que era de los que recitan entre dientes, había tenido que hablar y cantar en voz alta. No había forma de evitarlo. Una de las miradas de *Mrs*. Colquhoun bastó para que se encontrara haciéndolo dócilmente, como se había encontrado tan a menudo en la vida, haciendo dócilmente lo que se esperaba de ella.

Después, ella y *Mrs*. Colquhoun habían esperado juntas en el atrio a que Stephen saliera de la sacristía, intercambiando entretanto una agradable conversación, y luego habían asistido los tres juntos a una reunión en la escuela —Catherine no sabía que iba a celebrarse una reunión además del servicio— en la que Stephen iba a dar una plática.

—¿Te apetecería venirte a la escuela? —le había preguntado al reunirse con sus dos madres en el atrio, abotonándose el abrigo mientras hablaba, porque el viento se lo estaba agitando con fuerza—. Voy a dar una charla.

En aquel momento, Catherine se había sentido un poco abrumada por tanta hospitalidad; pero, incapaz de negarse, había aceptado de nuevo.

Dio una charla informativa. Catherine no sabía, hasta que le oyó decirlo, que estaban al principio de la semana que precede a la que termina con la Pascua, la quincena más activa del año eclesiástico, y se enteró entonces de que se iban a celebrar servicios diarios matutinos y vespertinos, varios sermones y reuniones numerosas entre aquel día y el domingo siguiente.

¿Tendría que asistir a todo? —se preguntó mientras se sentaba con *Mrs*. Colquhoun, después de que sus viejos amigos de la parroquia, personas que conocía desde hacía años, la hicieran detenerse varias veces cuando se dirigía a su asiento—. ¿Y siempre el paseo *tête-à-tête* con Stephen a la ida y a la vuelta, y siempre bajo la supervisión de *Mrs*. Colquhoun en el banco de la iglesia?

En el estrado, ante una enorme pizarra, se encontraba Stephen dando su charla. Les dijo a sus feligreses que estaban entrando en la época más solemne de todo el año y que se les iban a ofrecer excepcionales oportunidades de santificarla. Leyó una lista de las oportunidades y terminó exhortando a los presentes a que se amasen y a que, durante esta santa temporada, vigilasen y rezasen sin cesar. Sí, tendría que asistir a todo. Un huésped es una criatura indefensa; una suegra huésped es una criatura muy indefensa; una suegra huésped a la que no se ha invitado es un ser atado de pies y manos.

Cuando acabó la reunión, salió serenamente del aula sofocante con olor a pizarra a la hermosa limpieza de la noche barrida por el viento. Eran casi las siete y media, por lo que Stephen y ella no pudieron aceptar la invitación de *Mrs*. Colquhoun de pasar por la rectoría a descansar un poco. Sin embargo, había tenido que prometer que iría de visita dos días después.

—Es decir, mi querida *Mrs*. Cumfrit —había dicho *Mrs*. Colquhoun, sugiriéndole que fuera al cabo de dos días como prueba para averiguar la duración de su visita—, si todavía se encuentra usted aquí. ¿Sí? Estupendo.

Mientras se desnudaba el lunes por la noche y pensaba en el día que había tenido, si bien su contenido a partir de la llegada de Stephen la sorprendía, seguía experimentando una sensación de agradecimiento por estar allí. Era hermoso estar con Virginia, hermoso y natural poder refugiarse en los momentos de agobio en su antiguo hogar, en el hogar de su Virginia. Y Stephen, aunque se tomaba demasiado en serio sus deberes de anfitrión, era un hombre muy bueno; y era evidente que Virginia, a su manera poco demostrativa, se sentía enormemente feliz. Si pudiera conseguir mantenerse más despierta cuando hablaba Stephen… ¿Qué había en él, a quien tanto respetaba, que le hacía quedarse dormida? Pero, desde luego, después de la necedad de sus recientes experiencias en Londres, venir a este lugar tan puro era como sumergirse en un baño, un baño grande, fresco, limpio y apacible.

Así pensaba Catherine el lunes por la noche en su dormitorio; y, mientras tanto, Stephen le decía a Virginia:

—Mi amor, ¿por qué está tu madre tan amodorrada? En la sobremesa, y después por la noche…

—¿No se amodorra la gente cuando envejece? —preguntó a su vez Virginia.

—¡Ah! —dijo Stephen, pensativo—. Sí. Imagino que sí —luego, recordando que Catherine era un año más joven que él, añadió—: Las mujeres, por supuesto, envejecen más rápido que los hombres. Un hombre de la edad de tu madre todavía sería…

—Un muchacho —le interrumpió Virginia, apoyando la cara contra la suya.

—Bueno, no exactamente —replicó Stephen sonriente—, pero, desde luego, estaría en la flor de la vida.

—Por supuesto —dijo Virginia, frotando suavemente su mejilla contra la de él—, un muchacho en la flor de la vida.

—Sí. Si hubiera tenido la dicha de casarse contigo.

—Cariño.

—Mi niña adorada.

El martes por la noche, cuando estaba de nuevo en su habitación disponiéndose a acostarse, con el transcurso de otro día sobre el que reflexionar, sus pensamientos eran diferentes o, más bien, estaban madurando. Seguía pensando que el hogar de Virginia era su refugio natural y aún se decía que se alegraba de estar allí, pero había empezado a notar dificultades. Pequeñas. Quizá inseparables de la situación.

Si Christopher la hubiera forzado a venir a Chickover al cabo de un año en vez de entonces, esas dificultades probablemente no se habrían dado. Pero los criados de dentro y fuera de la casa no habían tenido tiempo de olvidarla y mostraban un halagador pero embarazoso placer ante su reaparición. No tenía ni idea de que la tuviesen tantísima simpatía. No podía imaginar por qué se la tenían. Resultaba embarazoso, porque con su actitud daban a entender de la manera más desafortunada que la consideraban su verdadera señora. Aquello era muy tonto y fatigoso por su parte. Debía meterse en su caparazón. Pero, naturalmente, al encontrarse un rostro familiar se había sentido complacida, y lo había saludado amigablemente, porque conocía la historia completa de los que seguían allí y durante años habían cuidado de ella, y ella de ellos. Lógicamente, al verlos les había preguntado por asuntos familiares. Pero sus respuestas habían sido demasiado calurosas. Suponía una crítica al nuevo régimen.

En el jardín, por ejemplo, parecía que los jardineros iban siempre a

ocuparse de la parte en la que ella estuviese paseando. Y, por supuesto, entonces —qué natural resultaba todo aquello— había charlado con ellos de los bulbos del otoño pasado, que se habían plantado siguiendo sus instrucciones, y se había dado una vuelta con ellos contemplando los resultados, los crocos en todo su esplendor, los narcisos con su belleza incipiente y los tulipanes que aún estaban cuidadosamente encerrados en sus capullos. Y se habían sumido en la conversación como les pasa a las personas que se interesan por esos temas.

Stephen, que pasaba de camino a alguna tarea parroquial, se la había encontrado así, escudriñando un arriate, en amena charla con el jardinero mayor, y no le había parecido bien. Había notado por su expresión que no le había parecido bien. Se había limitado a saludarla quitándose el sombrero y había pasado de largo sin decir una palabra. Tenía que ser más distante con los jardineros. Pero, como si eso importara, como si eso importara. «Hijas mías, amaos…». Suspiró al pensar en lo feliz que podía ser el mundo si de verdad todos se amasen.

Luego estaba Ellen, la segunda doncella, ahora ascendida a primera, y una de las pocas personas que quedaban del cuerpo de casa. En los viejos tiempos era un modelo de reserva, y ahora reventaba literalmente de ganas de hablar. Siempre estaba revoloteando a su alrededor, siempre trayéndole agua caliente y toallas limpias, y más flores —esperando a que subiera, deseando saber qué más podía hacer—. Aquella mañana, cuando volvió de la iglesia, Ellen estaba allí, en su habitación, atizando bien el fuego, y había insistido en que debía de tener las medias húmedas de andar por el barro, y se había arrodillado para quitárselas.

Catherine, divertida al ver cómo la cuidaba, le había dicho:

—Ellen, creo que te caigo bastante bien.

Y Ellen, poniéndose colorada, había exclamado:

—¡Oh, señora!

La excesiva devoción que había en su voz era otra crítica al régimen existente. Suponía una advertencia para Catherine de que no debía alentar aquello. Los criados eran como niños: el pasado siempre era de color de rosa para ellos y lo que habían tenido siempre era mucho mejor de lo que tenían en aquel momento. Tenía que agudizar su tacto y navegar con un poco más de cuidado entre aquellos bajíos inesperados. Suspiró débilmente. Tener tacto resultaba muy cansado. Pero se dijo que, de todos modos, se sentía agradecida de estar allí.

Y mientras lo pensaba, Stephen le estaba diciendo a Virginia:

—Debemos hacer concesiones.

Acababa de describirle lo que había visto en el jardín.

—Nadie —había concluido pensativo—, nadie habría supuesto, por su aspecto en general y por sus expresiones, que tu madre no fuera la señora y Burroughs su sirviente. Desde luego, a Burroughs se le podía haber confundido fácilmente con un sirviente especialmente fiel. Lo sentí por ti, querida. Confieso que me sentí celoso en nombre de mi Virginia.

—Y también está lo de Ellen —dijo Virginia, con el ceño fruncido—. Siempre está en la habitación de mi madre.

Stephen guardó silencio ante este nuevo ejemplo de imprudencia. No podía evitar pensar que un perfecto tacto habría evitado, especialmente dadas las peculiares y delicadas circunstancias, unas conversaciones tan largas y frecuentes con los criados de otra persona. No se lo dijo así a Virginia porque él mismo, frecuentemente y con sinceridad, había alabado precisamente eso de su suegra, su perfecto tacto. Al parecer, después de todo no lo poseía en la cantidad que él había creído, pero ése no era motivo para herir los sentimientos de su Virginia haciéndoselo notar. Virginia quería a su madre, y tal vez se tratara de un lapsus temporal.

—Debemos hacer concesiones —repitió enseguida.

—Sí —dijo Virginia, que habría dado mucho por no haberse visto colocada por su madre en una posición en la que fuera necesario hacer concesiones. Después de haberse sentido tan orgullosa y feliz sabiendo que Stephen consideraba a su madre impecable como suegra, resultaba muy duro.

El miércoles por la noche, cuando Catherine se fue a la cama, sus pensamientos eran definitivamente más oscuros. Aquél fue el día en que había ido de visita a la rectoría después del almuerzo, invitada por *Mrs*. Colquhoun, llevando un mensaje de Virginia, en el sentido de que esperaba que su suegra volviera con su madre para tomar el té.

Mrs. Colquhoun se había negado.

—No, no, querida *Mrs*. Cumfrit —había dicho—. Debemos cuidar de nuestra niña. No debe cansarse en exceso. Demasiada gente a quien atender no resulta nada bueno para ella en estos momentos.

—Pero sólo estaríamos nosotras. Y Virginia dice que lleva mucho tiempo sin verla.

—Sí. Desde el día en que usted llegó. A mí también me parece mucho tiempo, pero créame que no sería justo para la niña que estuviéramos allí todos a la vez.

Luego le había hablado animadamente de otros asuntos, entreteniendo a su visitante con historias de su vida sencilla pero ocupada, explicándole que, debido a que no estaba ociosa ni un momento, no sabía lo que significaba la soledad, y que no podía comprender por qué había mujeres que pudieran desear estar en algún sitio que no fuera su propia casa.

—A nuestra edad, lo único que una quiere es la casa de una, ¿verdad, querida *Mrs*. Cumfrit? Por pequeña y modesta que sea, es *nuestro hogar*. ¿No piensa usted también que, al ir envejeciendo, nuestra pequeña rutina diaria, nuestras pequeñas tareas corrientes, vividas con alegría, realizadas a conciencia, se hacen cada vez más satisfactorias y hermosas?

Catherine dijo que sí.

Mrs. Colquhoun le rogó que tomara algún refresco después de su paseo, declarando que a partir de cierta edad una tenía la obligación de no sobrecargar el cuerpo.

—Nosotras las abuelas… —dijo, sonriente.

Catherine se esforzó por responder a la jovialidad de *Mrs*. Colquhoun en un tono más acorde con su estilo.

—¡Oh! Pero no debemos contar nuestros nietos antes de que salgan del cascarón —había dicho devolviéndole la sonrisa.

Mrs. Colquhoun había parecido ofenderse un poco al oír aquello. Lo de salir del cascarón, tal vez… aplicado al hijo de Stephen.

—Mi querida *Mrs*. Cumfrit… —había murmurado, en el tono de quien pasa por alto un lapsus.

Pero no fue su visita a *Mrs*. Colquhoun lo que le hizo desnudarse tan pensativa el miércoles por la noche, sino el hecho, que le resultaba muy desagradable admitir, de que estaba cansada de Stephen. Desde el comienzo de sus paseos *tête-à-tête*, había temido que tal vez no tardara en cansarse un poco de él y ahora, tras el décimo paseo, lo que temía había ocurrido.

Esto la descorazonaba, porque tenía el más sincero deseo de no cansarse de Stephen. Era el amado marido de su Virginia, era su anfitrión, y no deseaba sentir por él sino el más cálido y afectuoso interés. Si le viera menos, sería más fácil, reflexionó mientras se preparaba para meterse en la cama, lentamente y con movimientos de fatiga. La prudencia le dictaba evitar un poco a Stephen; pero ¿cómo se podía evitar a un anfitrión tan persistente en el cumplimiento del deber?

Era difícil. Era muy, muy difícil.

Se quedó un largo rato meditabunda junto al fuego, preguntándose

cómo iba a ser capaz de soportar más paseos de aquéllos, de ida y vuelta a la iglesia. Bien está tener un refugio, pero a veces el precio…

Y, mientras pensaba aquello, Stephen le decía a Virginia en su dormitorio:

—Echo de menos a nuestra madre.

—¿A cuál? —preguntó Virginia, sin entenderle muy bien al principio.

—A la nuestra —dijo Stephen—, no ha estado aquí desde que llegó la tuya. ¿No lo has notado, cariño?

—Claro que sí. Y yo también la echo mucho de menos. Le pedí que viniera a tomar el té esta tarde, pero no vino. El mensaje que me trajo mi madre no resultaba muy claro.

Se produjo una pausa. Luego Stephen dijo:

—Tiene mucho tacto.

—¿Cuál de ellas? —preguntó Virginia de nuevo, dándose cuenta, con enorme tristeza, de que ya no podía decirlo por su madre, pero trató de esperar que fuera así.

—La nuestra —dijo Stephen, acariciándole el pelo a Virginia. Y añadió enseguida—: Debemos hacer concesiones.

Virginia suspiró.

El jueves por la noche, cuando Catherine se fue de nuevo a la cama, se sentó un largo rato a contemplar el fuego, sin desnudarse. Estaba demasiado cansada para hacerlo. Su mente estaba igual de cansada que su cuerpo. Estaba desanimada. Porque, mientras la noche anterior se había enfrentado al hecho de que estaba cansada de Stephen, esta noche se enfrentaba a otro hecho mucho peor: él estaba cansado de ella.

Le había sido imposible no darse cuenta. Le había saltado a la vista en su duodécimo paseo y había aumentado enormemente sus luchas interiores.

Porque, ¿qué se le puede decir a alguien de quien uno se da perfecta cuenta de que está cansado de nosotros? La conversación resulta muy difícil en una situación así. Ya era bastante difícil antes, pero aquel día, cuando llegó a aquel convencimiento, se había convertido en algo prácticamente imposible. Aunque existían unas normas de educación y era absurdo que dos adultos fueran caminando juntos sin hablar, sencillamente no les quedaba más remedio que hacerlo. Y como Catherine tenía más práctica que Stephen en charlas intrascendentes, había sido ella quien, luchando, había tenido que llevar la mayor parte de la charla hasta que tuvo que llevarla toda porque él se volvió totalmente mudo.

En la casa, también había ocurrido lo mismo. Las comidas habían sido

casi monólogos —de Catherine—, porque la honesta Virginia era incapaz de hablar si no deseaba decir nada o, más bien, si le parecía que no había nada que fuera deseable decir. De no haber sido por los esfuerzos de Catherine, hubieran estado en la mesa en absoluto silencio. Lo cierto era que sólo conseguía sacarles respuestas ocasionales a los otros dos, en su mayor parte monosílabos.

Bien: era evidente que, en circunstancias normales, si se ha hartado al anfitrión, debe uno irse. ¿Pero eran aquéllas unas circunstancias normales? No lo creía así. No podía evitar recordar, aunque era algo en lo que nunca pensaba, que le había abierto sin dificultad el camino a Stephen para que viniera a vivir a esta misma casa, dándoselo todo —sí, dándoselo todo a manos llenas— y no podía dejar de pensar que no era demasiado pedirle que le permitiera permanecer allí unos días, o incluso unas semanas. Y no era que no la dejara quedarse; seguía siendo asiduo en toda clase de cortesías, abriendo puertas, encendiendo quinqués y cosas por el estilo. Lo único que pasaba era que sabía que estaba cansado de ella, cansado hasta el punto de no ser ya capaz de hablar cuando estaba delante.

Catherine no era muy vanidosa, pero toda la vanidad que pudiera tener se le revolvió. Con todo, trató de ser justa. Ella se había cansado antes de Stephen y lo había considerado natural. Ahora que él, a su vez, se había cansado de ella, ¿por qué iba a importarle? Pero sí que le importaba. Se había esforzado muchísimo en resultar agradable. Había ido y venido a la iglesia muy asiduamente, había recorrido kilómetros y kilómetros, si sumaba todos los paseos. Y la verdad era que se había esforzado mucho por hablar de temas que a él le interesaran —la parroquia, los planos, los servicios religiosos e incluso se había aventurado en el terreno de la religión —. ¿Por qué iba a haberse cansado de ella? ¿Por qué le había picado aquella mosca? ¿Por qué se había quedado mudo? ¿Por qué?

Sentada junto al fuego el jueves por la noche, se sentía curiosamente deprimida y sola. Se había dado cuenta a lo largo de la semana de que Stephen y Virginia estaban muy unidos y un temor se le metió en el corazón, un pequeño estremecimiento de temor, que se fue como había venido, de que quizá también estuviesen muy unidos en eso y que, tal vez, Virginia también estuviera…

No, volvió la cabeza sin querer mirar siquiera en dirección a semejante temor. Pero sentada allí por la noche, con la gran casa con todos sus pasillos y sus habitaciones vacías al otro lado de su puerta oscura y silenciosa, le asaltó la sensación de ser un fantasma que hubiese regresado

imprudentemente a sus antiguos lugares para darse cuenta de algo que ya debía haber sabido: que ya no tenía ni arte ni parte en ellos.

También le volvió la espalda a aquella sensación con impaciencia, porque era una vergüenza sentirse así cuando existía Virginia.

Y, mientras estaba sentada contemplando el fuego, con las manos inertes colgando a los lados del sillón, demasiado fatigada para irse a la cama, Stephen le decía a Virginia en su habitación:

—Es algo muy hermoso, cariño mío, que cada día deba terminar y llegue la noche.

Y Virginia le respondía:

—¡Oh, Stephen! ¿Verdad que sí?

XV

El sábado Stephen tendría que ir a Londres a pronunciar sus dos últimos sermones de Cuaresma en la ciudad y Catherine decidió que se quedaría a pasar el fin de semana, porque él no estaría allí para sentirse oprimido por ella, y que se marcharía el lunes antes de su regreso.

Llegó a esta decisión gradualmente, el viernes por la mañana, durante el intervalo desde que se tomó el té hasta que se levantó. A la luz de la mañana —el sol brillaba aquel día— le pareció más divertido que otra cosa que su yerno hubiera agotado tan deprisa su capacidad de soportarla. Después de todo, el suyo iba a ser el destino convencional de las suegras. ¡Y ella que había pensado que era mucho más agradable que la mayoría! Pensó: «Qué divertido», y trató de considerarlo como algo que en conjunto resultaba gracioso; pero no resultaba nada gracioso. «Eres vanidosa», se reprochó entonces.

Sí; seguiría el ejemplo de *Mrs*. Colquhoun y se quedaría en su casa. Quizá ése fuera el secreto del éxito de *Mrs*. Colquhoun como suegra, porque estaba muy claro que tenía éxito. La emularía y desafiaría a Christopher desde su casa.

Si se había marchado había sido exclusivamente debido a él. Había sido mala suerte conocer a alguien tan chiflado. ¿No deberían aplaudir su discreción Stephen y su madre si supieran la verdadera razón de que se hubiera presentado ante ellos? ¿Qué cosa más adecuada que huir podía hacer una mujer en sus circunstancias? Pero se quedarían demasiado asustados por la verdadera razón como para poder hacer otra cosa, estaba segura, que mirarla con horror. A ella, no a Christopher. Y mucho se temía que su actitud fuera natural. «Nosotras las abuelas…».

Catherine se puso colorada. Afortunadamente, nadie lo sabría nunca. Aquí, en esta atmósfera donde era considerada como coetánea de *Mrs*. Colquhoun, aquellos encuentros con Christopher parecían infinitamente

peores que en Londres —tan malos, tan malos, que apenas parecían reales —. Volvería el lunes, declinando que se la mantuviera fuera de su casa más tiempo y tomaría las primeras medidas. Christopher nunca debía volver a verla. Si trataba de hacerlo, le escribiría una carta que le aclarase las ideas para siempre y, para lo que le quedase de vida, actuaría con una dignidad sin tacha por el camino a la ancianidad que le estaba asignado. Y, después de todo, ¿qué podría hacer él? Entre los dos estaban, en primer lugar, el portero y después *Mrs*. Mitcham. Les daría instrucciones precisas a ambos.

Con este estado de ánimo, más claro que cualquier otro que hubiera tenido en toda la semana, como si un rayo de luz, pálido e invernal, pero de luz al fin y al cabo, hubiera penetrado por un momento a través de la bruma, Catherine se levantó aquella mañana. Pero no era el mismo estado de ánimo con el que se fue a la cama aquella noche, porque antes de que terminase el día había hecho otro descubrimiento, algo que se llevó la vitalidad que aún le quedaba: Virginia también estaba cansada de ella.

Virginia. Parecía imposible. No podía creerlo. Pero, lo creyera o no, lo sabía; y lo sabía porque aquella tarde, tomando el té, antes de que Virginia hubiera tenido tiempo de ponerse en guardia, su cara había resplandecido de enorme e inequívoco alivio cuando su madre dijo, en respuesta a alguna averiguación de *Mrs*. Colquhoun, que por fin había consentido en pasarse por allí, que tendría que volverse a Londres el lunes. Instantáneamente la cara de la niña se había llenado de luz y aunque, por así decirlo, había cerrado de golpe las contraventanas de inmediato, el destello de luz había escapado y Catherine lo había visto.

Después de esto, la moral le bajó a cero. Permitió que la llevaran a la iglesia —aunque, ¿por qué tenía que molestarse ya en tratar de complacer a Stephen?— porque estaba demasiado desanimada para decir que prefería quedarse en casa. Esta vez fue con otras tres personas, porque *Mr*. Lambton también había ido a tomar el té, y caminaba silenciosa entre ellos. Los otros estaban bastante alegres. El efecto de su anuncio había sido restablecer la capacidad de hablar en Stephen, poner a *Mrs*. Colquhoun más cordial que nunca e incluso producir en *Mr*. Lambton, que, aunque no comprendía la causa, también percibía el brusco aumento de temperatura, una vivacidad próxima al retozo. Resultaba agradable, pensó Catherine tristemente —intentando ser sardónica para no sentirse tan profundamente herida—, tener el poder de hacer felices a cuatro personas sólo con decir que se marchaba.

Caminaba entre ellos en silencio, incapaz de mantenerse sarcástica

mucho tiempo y diciéndose que no era cierto que Virginia estuviese cansada de ella, porque no se trataba en absoluto de Virginia, sino de Stephen. Como Virginia estaba tan unida a él, se le había contagiado como se le contagia a uno una enfermedad. La enfermedad no formaba parte de Virginia; se le pasaría y volvería a ser como era antes. Sin embargo, Catherine no se quedaría ni un minuto más que hasta el lunes por la mañana. Le habría gustado marcharse incluso al día siguiente, pero alterar ahora lo que ya había anunciado podría hacer temer a Virginia que su madre hubiera notado algo, y entonces se sentiría muy desgraciada la pobrecita, pensando que la había herido. Porque, después de aquella única mirada de alivio, se había sonrojado dolorosamente, y lo que sentía se había abierto ante Catherine como un libro: se alegraba de que su madre se fuera y se sentía desgraciada por alegrarse.

No: Catherine se quedaría hasta el lunes para que Virginia no se sintiera herida al darse cuenta de que había herido a su madre. ¡Oh, aquellos embrollos y ternuras familiares, aquellos puntos inesperadamente inflamados que no se podían tocar, aquellas emociones y heridas tan complicadas, aquellas evitaciones y disimulos, aquellas intenciones cariñosas y aquellos resultados desgraciados! No resultaba fácil tener éxito como madre y estaba empezando a darse cuenta de que resultaba difícil tener éxito como hija. La posición de suegra, que se había tomado tan a la ligera como algo natural, sin darle la más mínima importancia, no resultaba tampoco nada fácil de llevar, porque evidentemente se trataba de una cuestión en verdad complicada y artificial. Pensó que los yernos también podían tener dificultades y, cuando el grupo ya se aproximaba al cementerio, acabó pensando que lo que resultaba extraordinariamente difícil era tener éxito como ser humano. Se sentía muy vieja. Echaba de menos a George.

Mr. Lambton les abrió la verja a las señoras y se apartó junto a su rector para dejarlas pasar. *Mrs*. Colquhoun se disponía a persuadir a Catherine de que pasara delante, pero Catherine, profundamente abstraída y viendo una verja abierta en su camino, pasó delante sin que nadie la persuadiese.

«Está distraída», pensó *Mrs*. Colquhoun, explicándose así lo que de otra forma resultaría un grave fallo de modales. «La edad», añadió, explicando aquella distracción; y, efectivamente, había algo penoso en la forma de andar de Catherine que recordaba mucho a la vejez.

Los otros la alcanzaron.

—Querida *Mrs*. Cumfrit, le doy un penique por sus pensamientos —

dijo *Mrs*. Colquhoun, reuniéndose con ella.

En aquel momento pasaban ante la tumba de George —George, el infaliblemente bueno, el invariablemente amable, el inmutablemente enamorado; George, que había estado tan dedicado a ella y que nunca se había cansado— y Catherine, vuelta a la realidad de golpe, dijo ausente:

—Echo de menos a George.

Aquella respuesta suya produjo un escalofrío, por lo inesperada.

Mr. Lambton, aunque no sabía la causa, porque al ser nuevo en la parroquia no sabía a qué George se echaba de menos, notó la disminución de la temperatura e inmediatamente se redujo con ella y guardó silencio. Ni *Mrs*. Colquhoun ni Stephen supieron qué decir durante un momento. El pobre *Mr*. Cumfrit llevaba doce años muerto y que se le echase de menos en voz alta después de doce sólidos años de muerte les parecía gratuito. Les colocaba en una posición extraña. Era casi una expresión de disconformidad con la situación actual. Y, en cualquier caso, después de doce años resultaba difícil condolerse con una frescura razonable.

Pero algo había que hacer, aunque sólo fuera por *Mr*. Lambton, y Stephen habló primero:

—¡Ah! —dijo, y después, como no se le ocurría nada más que decir, lo repitió de un modo más reflexivo—. ¡Ah! —dijo Stephen por segunda vez.

Y *Mrs*. Colquhoun, cogiendo del brazo a Catherine y recorriendo así con ella el resto del camino hasta el atrio, dijo:

—Mi querida *Mrs*. Cumfrit, lo comprendo muy bien. Yo también he pasado por eso.

—No sé por qué he dicho semejante cosa —dijo Catherine, mirándola primero a ella y luego a Stephen, desconcertada ante su propia reacción, con las mejillas arreboladas.

—Es muy natural, muy natural —le aseguró *Mrs*. Colquhoun; ante lo cual, Stephen, deseoso de poner todo lo posible de su parte, añadió:

—Muy lógico.

Aquella noche en el dormitorio, Stephen le dijo a Virginia:

—Tu madre echa de menos a tu padre.

Virginia le miró con asombro.

—¡Oh! ¿Tú crees, Stephen? ¿Por qué? —preguntó, poniéndose colorada, porque sería espantoso que su madre hubiera sentido, hubiera notado, que ella y Stephen… ¿pues por qué otra cosa si no iba a empezar de pronto a echar de menos…?

—Porque lo ha dicho.

Virginia se quedó mirando a Stephen y el peine con el que estaba peinando su largo cabello oscuro quedó inmóvil en su mano. No era natural que empezara una y otra vez a echar de menos a su padre. A su madre no le habría pasado si no hubiera notado… Qué espantoso. Le desagradaría tremendamente que se hubiera sentido herida. Pobre madre. Pero ¿qué podía hacer? Stephen, su paz y su felicidad eran lo primero. Excepto porque no podía imaginar aquellas expresiones aplicadas a ninguno de los dos, lo cierto era que se sentía entre la espada y la pared.

—¿Crees…, supones…? —vaciló.

—La verdad es que no resulta demasiado halagador para nosotros, ¿no, cariño? —dijo Stephen.

—¡Oh! Stephen, sí; ya sé que has hecho todo lo posible. Has estado maravilloso.

Dejó el peine y se acercó a él, y él la estrechó en sus brazos.

—Me gustaría…

—¿Qué te gustaría, mi querida esposa? —preguntó él, poniéndole una mano en la cabeza como si le estuviera dando la bendición—. Espero que sea algo agradable, porque ya sabes que yo seré incapaz de no desear también cualquier cosa que tú desees.

Ella le sonrió, suspirando, y se apretó contra él.

—Querido Stephen —murmuró; y al cabo de un momento añadió, con otro suspiro—: Me gustaría que mi madre no echara de menos a mi padre.

—Sí —dijo Stephen—. Desde luego, a mí también me gustaría. Pero —continuó, acariciándole sus largos y encantadores mechones de espeso cabello— debemos hacer concesiones.

XVI

A la mañana siguiente, Catherine fue a la iglesia por última vez, porque cuando Stephen estuviera en Londres y no allí para invitarla a que le acompañase, cosa que hacía solemnemente antes de cada servicio, no tendría ya necesidad de ir, y mezcló por última vez sus salmos con los de *Mrs*. Colquhoun.

Los salmos del servicio matutino se recitaban, no se cantaban, y se encontraba en pleno dúo con *Mrs*. Colquhoun afirmando que era mejor confiar en el Señor que depositar confianza en el hombre, cosa que en aquel momento se hallaba perfectamente dispuesta a creer, cuando sintió que la estaban observando.

Levantó la vista de su devocionario, pero sólo vio unas cuantas espaldas y, a cada lado del antealtar, a Stephen y *Mr*. Lambton, lanzándose los versículos el uno al otro, como si se tratara de una especie de pelota sagrada. Siguió con su salmo, pero la sensación se hizo más fuerte y por fin, en contra de toda práctica decorosa, se volvió.

Allí estaba Christopher.

Se le quedó mirando, con el devocionario abierto en la mano, durante un momento tan largo que *Mrs*. Colquhoun tuvo que recitar el siguiente versículo sin ella.

«La misma piedra —dijo *Mrs*. Colquhoun muy alto y muy claro, con tono de reconversión, porque, la verdad, ¿qué bicho le habría picado a la madre de Virginia para que se volviera de espaldas al altar de aquella forma? — que los constructores rechazaron se ha convertido en piedra angular».

Tuvo que recitar todos los otros versículos con sus correspondientes respuestas sin ella también, porque la madre de Virginia, aunque enseguida volvió a adoptar la posición adecuada en dirección al este, se quedó desde ese momento —vaya comportamiento más raro— muda.

Quizá no se sintiera bien. Desde luego, estaba pálida, o más bien

amarilla, pensó *Mrs*. Colquhoun, observándola durante la lectura de la primera lección, durante la cual permaneció con los ojos bajos y se fue poniendo cada vez más amarilla, en opinión de *Mrs*. Colquhoun.

—Querida *Mrs*. Cumfrit —susurró por fin *Mrs*. Colquhoun, inclinándose hacia ella, porque realmente parecía enferma y sería terrible que…—, ¿le gustaría salir?

—¡Oh, no! —Fue su rápida y enfática respuesta.

A Catherine le pareció que el servicio acababa en un abrir y cerrar de ojos. No había tenido tiempo de llegar a ninguna conclusión. No tenía la menor idea de lo que iba a hacer. ¿Cómo la habría encontrado? ¿La habría traicionado *Mrs*. Mitcham, después de sus órdenes, de sus órdenes estrictas y precisas? ¿Le estaría fallando todo el mundo, incluida *Mrs*. Mitcham? ¿Cómo se atrevía a seguirla? Aquello era una persecución. Y, ¿qué iba a hacer, qué iba a hacer si él se comportaba mal, si mostraba alguno de sus estúpidos y locos sentimientos?

Se quedó arrodillada tanto tiempo después de la bendición que *Mrs*. Colquhoun empezó a inquietarse. *Mrs*. Colquhoun no podía salir. La figura arrodillada la tenía sitiada en el banco. Los pocos fieles que había se marcharon y la madre de Virginia —realmente era de lo más extraño— aún seguía arrodillada. La puerta que daba a la sacristía se cerró con estrépito, lo cual significaba que Stephen y *Mr*. Lambton se habían marchado, y ella seguía arrodillada. El sacristán atravesó la nave con sus llaves que tintineaban, dispuesto a cerrar, y ella seguía arrodillada. «Esto —pensó *Mrs*. Colquhoun, vejada por una devoción tan prolongada e inoportuna— es ostentación». Y le tocó el codo a Catherine.

—Querida *Mrs*. Cumfrit —le recordó.

Catherine, muy pálida, se levantó. Había llegado el momento de darse la vuelta y enfrentarse con Christopher.

Pero la iglesia estaba vacía. No había nadie en ella excepto el sacristán, que esperaba a la puerta con las llaves y aspecto paciente. Si Christopher se hubiera marchado, si alguna parte del servicio le hubiera conmovido, haciéndole ver que se estaba comportando atrozmente, y se hubiera marchado…

El atrio también estaba desierto. Tal vez se hubiera marchado de verdad. Casi empezaba a tener la esperanza de que nunca hubiera estado allí, de que ella se lo hubiera imaginado. Caminó lentamente junto a *Mrs*. Colquhoun por el camino que conducía a la verja del cementerio. Stephen había ido presuroso a confortar a un enfermo y *Mr*. Lambton se había

retirado a sus aposentos a preparar los sermones del domingo.

—Me temo que no se sentía usted bien en la iglesia —dijo *Mrs*. Colquhoun, acomodando sus pasos a los de Catherine, que eran pequeños y lentos y, a decir verdad, se arrastraban.

—Tengo bastante jaqueca hoy —dijo Catherine, con una voz que se volvió totalmente confusa porque, al volver un recodo del camino, apareció una vez más Christopher.

Estaba examinando la tumba de George.

Mrs. Colquhoun le vio en el mismo momento y su atención se desvió inmediatamente de Catherine. Eran escasos los desconocidos en aquel tranquilo rincón del mundo y se dedicó a observarle con ojos agudos e interesados. Le agradó aquel joven con indumentaria de cuero de motorista, porque no sólo se trataba de un muchacho de buena planta, sino que además estaba leyendo la lápida del pobre *Mr*. Cumfrit con la cabeza descubierta. En su opinión, era así como debían leerse todas las inscripciones *hic iacet*. *Mrs*. Colquhoun pensó que denotaba un respeto bastante delicado, que no era frecuente encontrarse en aquellos salvajes jinetes de la carretera. Si *Mr*. Cumfrit hubiera sido el mismísimo Soldado Desconocido, su lápida no se habría leído más respetuosamente.

Se sentía complacida y se preguntó con satisfacción quién podría ser el desconocido; y casi antes de que le diera tiempo de preguntárselo, él se apartó de la tumba y fue hacia ellas.

—Pues parece… —empezó a decir, porque el joven daba señales de reconocimiento, su rostro sonreía saludando y, al cabo de un momento, estrechaba la mano de su compañera.

—¿Qué tal? —dijo con tal cordialidad que ella dedujo que debía de ser el sobrino favorito de *Mrs*. Cumfrit. Nunca había oído hablar de ningún sobrino, pero los hay en casi todas las familias.

—¿Qué tal? —replicó su compañera sin cordialidad alguna, más aún, apenas con un hilo de voz.

El recién llegado, que estaba al sol con la cabeza descubierta, parecía totalmente rojo. Tenía la cara muy colorada y el pelo llameante. Le gustaba su aspecto. Vigor. Vida. Era un alivio comparado con su exangüe compañera.

—Preséntemе —dijo vivamente, con esa franqueza a que se consideraba acreedora debido a su edad cuando trataba con jóvenes del otro sexo.

—Estoy segura —añadió cordialmente, tendiéndole la mano cubierta, con su discreto y holgado guante de gamuza— de que es usted uno de los

sobrinos de *Mrs*. Cumfrit y primo de nuestra querida Virginia.

—No, que me ahorquen si lo soy —exclamó el desconocido—. Quiero decir —se puso de un rojo aún más encendido— que no lo soy.

—*Mr*. Monckton —dijo Catherine con voz lejana.

—No le ha dicho quién soy yo —sonrió *Mrs*. Colquhoun, estrechándole la mano, todavía complacida con él a pesar de su exclamación porque le caían bien los jóvenes y, además, era tradicional que se llevase bien con ellos y no les supiera manejar—. ¿Se ha dado cuenta de que cuando la gente presenta casi nunca lo hace de una forma completa? Soy ya otra suegra.

Una débil esperanza empezó a alentar en el corazón de Catherine. Christopher tenía el aspecto de alguien que no sabe qué decir. Hasta entonces nunca había visto que le ocurriera algo así. Si *Mrs*. Colquhoun podía reducirle al silencio, tal vez ella pudiera superar los diez minutos siguientes de un modo no demasiado ignominioso.

—*Mrs*. Cumfrit y yo —explicó *Mrs*. Colquhoun, cogiendo del brazo a Catherine, como para aclarar su presencia— somos las suegras de la misma encantadora pareja. Yo, de su hija; ella, de mi hijo. Estamos unidas las dos por lazos indisolubles.

Christopher deseó matarla allí mismo. Pero habían acabado aquellos días espléndidos en que uno podía comportarse con sencillez y, como no podía hacerlo así y matarla, no tenía la menor idea de cómo tratarla.

«Esta mujer tiene pico —pensó, mientras permanecía ante ella colorado y con la lengua atada—. Es un ave de rapiña. Ha clavado sus garras en mi Catherine. ¡Unidas las dos! ¡Dios santo!».

Como las convenciones sociales le impedían decir en alto ésta o cualquier otra de las cosas que pensaba, se volvió en silencio y caminó con ellas, al lado de Catherine, hacia la verja.

Un leve deseo de reírse atravesó a hurtadillas el espíritu acobardado de Catherine, como un pequeño hilo de valor recuperado. Era el primer deseo de ese tipo que tenía desde que llegó a Chickover y no pudo por menos que notar que llegaba al mismo tiempo que Christopher.

Mrs. Colquhoun estaba algo sorprendida ante el silencio de sus dos acompañantes. *Mr*. Monckton, fuera quien fuese, no respondía a su cordialidad tan instantáneamente como otros jóvenes con los que había tratado, y *Mrs*. Cumfrit tampoco decía nada. Entonces se acordó del ataque que había sufrido su amiga en la iglesia y fue condescendiente; en cuanto a *Mr* Monckton, fuera quien fuese, probablemente era tímido. Bueno, ella sabía cómo manejar a los jóvenes tímidos; con ella nunca les duraba mucho

la timidez.

—*Mrs*. Cumfrit no se siente muy bien hoy —le explicó a Christopher, por encima de la coronilla de Catherine.

—¿Oh? —dijo rápidamente Christopher, lanzándole a Catherine una mirada repentina y llena de ansiedad.

—No. Por eso no debemos hacerla hablar, *Mr*. Monckton. Se ha mareado un poco ahora, en la iglesia —Catherine volvió a sentir ganas de reírse haciéndole cosquillas por dentro—. Se encontrará bien enseguida y, mientras tanto, usted y yo podemos distraernos. Me contará cosas de usted y me explicará cómo es que ha caído de las nubes en nuestro pequeño y tranquilo entorno.

En aquel momento, Christopher sentía el más fuerte deseo de levantar una de las lápidas para derribar con ella a *Mrs*. Colquhoun. Vaya corneja que estaba hecha la madre de Stephen. Igualita que su hijo… haciéndole sentirse y comportarse como un idiota.

—Por favor, cuéntenos —le instó cordialmente *Mrs*. Colquhoun por encima de la coronilla de Catherine, al ver que no decía nada.

Catherine, que caminaba en silencio entre los dos, empezó a sentir que estaba en buenas manos.

—No hay mucho que contar —dijo Christopher, al verse apremiado tan inexorablemente, rojo como una llama hasta las mismas raíces de su pelo llameante.

—Aquí nos interesa todo —le aseguró *Mrs*. Colquhoun para animarle —. Todo lo aprovechamos en nuestra modestia, ¿verdad, querida *Mrs*. Cumfrit? ¡Ah, no! Se me olvidaba, no debemos obligarla a hablar. Nosotros hablaremos por usted. ¿Eh, *Mr*. Monckton?

Habían llegado a la verja. Christopher se abalanzó hacia ella para abrirla.

Al pasar Catherine, le dijo rápidamente, en voz baja:

—Pareces muchos años mayor.

Ella levantó la vista un momento.

—Siempre lo he sido —murmuró con una expresión que esperaba que resultara terrorífica.

—¿Mayor? —repitió *Mrs*. Colquhoun, cuyo oído, como decía a menudo a sus amigas, seguía intacto, gracias a Dios—. Eso, mi joven amigo, se nos puede decir a todos a diario. Seguro que *Mrs*. Cumfrit le nota cambiado también a usted. ¿Lleva mucho tiempo sin verla?

—Una eternidad —dijo Christopher, con la entonación de un hombre

que estuviera prestando juramento.

Una moto con sidecar se encontraba en la carretera, junto a la verja, y *Mrs*. Colquhoun se detuvo al verla.

—Es suya, claro, *Mr*. Monckton. Ésta es la máquina en la que nos ha caído del cielo. Y además con sidecar, pero vacío. No me agrada pensar en un joven con el sidecar vacío. ¿Pero quizá la joven haya ido simplemente a dar un paseíto?

—Lo he traído para llevar a *Mrs*. Cumfrit a Londres —dijo Christopher muy tieso; pero ¿de qué servía la rigidez, de qué servía la dignidad, cuando le estaban haciendo parecer y comportarse como un idiota sin remedio?

—¿De verdad? —dijo *Mrs*. Colquhoun, exageradamente sorprendida—. Pero si no se va hasta el lunes, ¿verdad, *Mrs*. Cumfrit? ¡Ah, no, no hable! Se me olvidaba.

—Yo tampoco —dijo Christopher.

—¿De verdad? —preguntó de nuevo *Mrs*. Colquhoun; y a su vez se quedó callada un momento.

Un sidecar le parecía un vehículo tremendamente inadecuado para una persona de la edad de *Mrs*. Cumfrit. Y en todo el tiempo que llevaba conociéndola, no recordaba haberla visto nunca en semejante trasto.

En este punto, el instinto empezó a advertirle, como más tarde gustaba de contar a sus amigas, de que la situación no era muy normal. Sin embargo, en este caso, su instinto, que era el de una honrada mujer de edad, próxima a convertirse en abuela, fue naturalmente incapaz de adivinar lo alejado que aquello estaba de la normalidad.

—No nos había dicho, querida *Mrs*. Cumfrit —dijo, dirigiéndose a su pálida compañera, que a todas luces no se encontraba muy bien—, que ésta iba a ser su forma de regreso. Por supuesto, resulta delicioso, en cierto modo. Pero a mí, personalmente, me asustarían las sacudidas. Los jóvenes no notan esas cosas como nosotras. Entonces —continuó, dirigiéndose a Christopher—, ¿se va usted a quedar en la vecindad a pasar el domingo?

—Sí —dijo Christopher, mientras sacaba una manta del sidecar y la desplegaba.

—Me pregunto dónde. Me considerará una vieja meticona, pero de verdad que me pregunto dónde. Verá, conozco muy bien los alrededores y no hay… ¡oh!, me imagino que estará usted con los Parker. Suelen tener la casa llena de gente joven que viene a pasar el fin de semana. Lo pasará muy bien. El paisaje que hay por allí es… ¡Ah!, ¿qué se va usted, querida *Mrs*. Cumfrit? Hasta luego, entonces. Nos veremos a la hora de comer. A

Virginia siempre le gusta que vaya estos sábados de Cuaresma mientras Stephen está ausente. Se ha convertido en un ritual. Ahora, siga mi consejo y échese media hora. Soy una persona muy sensata, *Mr*. Monckton, y sé que una no puede estar siempre como si tuviera veinticinco años.

Christopher se adelantó, impidiendo pasar a Catherine.

—Yo te llevo —dijo.

—Prefiero pasear.

—Entonces pasearé contigo —y volvió a echar la manta en el sidecar.

—¿Cómo? ¿Y va usted a dejar abandonada la moto, la manta y todo? —exclamó *Mrs*. Colquhoun, que había oído el breve diálogo con sorpresa. *Mr*. Monckton, fuera quien fuese, no era ni el hijo de *Mrs*. Cumfrit, porque no tenía ninguno, ni su sobrino, porque él mismo lo había dicho, con el énfasis de los hombres jóvenes, y su dominio le parecía por lo tanto un poco inexplicable.

—Es mejor que dejes que te lleve —le insistió a su pálida acompañante, sin hacer ningún caso a aquellas exclamaciones—. No deberías andar.

Entonces, ¿quizá fuera médico?, pensó *Mrs*. Colquhoun. ¿Un joven médico? ¿El médico londinense de *Mrs*. Cumfrit? Si era así, por supuesto… Pero, aun en ese caso, el que no hubiera mencionado que esperaba su llegada y aquellos planes de irse con él en moto a Londres el lunes resultaban extraños. Además, sólo la gente muy rica lleva médicos al retortero detrás de ella.

—Deja que te lleve —repitió el joven.

Y *Mrs*. Cumfrit dijo, bastante débilmente, en opinión de *Mrs*. Colquhoun, como si padeciera una carencia grave de firmeza:

—Muy bien.

Resultaba extremadamente raro.

—Virginia se extrañará —apuntó *Mrs*. Colquhoun, que observaba con el gesto claramente torcido mientras envolvían a su colega en la manta, con tanto cuidado que parecía de porcelana, arropada hasta la barbilla, como si fuera a recorrer miles de kilómetros, hasta Laponia, por lo menos—. Pero sin duda ya le habrá dicho que venía *Mr*. Monckton.

—Sólo me llevará parte del camino —contestó *Mrs*. Cumfrit (*Mrs*. Colquhoun notó que ahora tenía un poco de color en la cara; quizá la manta tan apretada la estuviera asfixiando)—, pero así volveré más rápido.

—No sé yo —dijo *Mrs*. Colquhoun con espanto.

Les vio desaparecer en medio de una nube de polvo, y luego se dio media vuelta para irse a su casa, donde tenía varias cosas que atender antes

de ir a almorzar a la finca; pero se detuvo, y decidió que sería mejor ir al pueblo, a ver si podía encontrar a Stephen. Tal vez él fuera capaz de explicarle lo de *Mr*. Monckton.

Sin embargo, después de todo, Catherine no volvió más rápido. En cuanto arrancaron a lo que se le antojó una gran velocidad empezó a sentir recelos, porque se le ocurrió que a pie podía ir a donde quisiera, pero en el sidecar de Christopher tendría que ir a donde quisiera él.

—Hay que girar ahí —gritó (se dio cuenta de que tenía que hablar muy alto para hacerse oír por encima del ruido ensordecedor que hacía aquel cacharro), señalando una carretera que salía a mano derecha un poco más adelante.

—¡Ah!, ¿sí? —contestó Christopher a gritos; y pasó de largo a toda velocidad.

XVII

El ruido, las sacudidas y el viento hacían que resultara imposible decir mucho. Quizá subido allí arriba, en su altura, de verdad no la oyera. Por lo menos, se comportaba como si fuera así. Como no contestaba a nada de lo que le decía, le miró. Iba muy atento, inclinado hacia delante, con la boca bien cerrada y el pelo —no llevaba nada en la cabeza—, que el viento empujaba hacia atrás, brillándole al sol.

El enfado se borró de su cara. Era tan absurdo lo que le ocurría, que no podía estar enfadada. ¡Que todas las molestias que se había tomado para escapar de él, todo lo que había soportado y les había hecho soportar a Stephen y a Virginia aquella semana por ese motivo terminase así, con ella atrapada y arrastrada en un sidecar! Además, había algo en él, sentado al sol, allá arriba, algo en su expresión, a la vez triunfante y preocupada, decidida y angustiada, asustada y feliz, que hicieron que una sonrisa le rondara por las comisuras de los labios, aunque tuvo buen cuidado de esconderla bajo la bufanda.

Mientras se acomodaba bajo la manta, porque en aquel momento no podía hacer otra cosa que seguir, que correr, que verse arrastrada, mientras se entregaba a este extraordinario rapto temporal, se vio invadida por la curiosa sensación de haber pasado de un lugar muy frío a una habitación en la que ardía un alegre fuego. Sí, había pasado frío, y con Christopher hacía calor. Aunque resultara absurdo, sintió que estaba de nuevo con alguien de su misma edad. Cruzaron el pueblo en un santiamén. Stephen, que aún iba de camino al lecho del enfermo al que tenía que confortar, se vio alcanzado y sobrepasado sin que se diera cuenta de quién pasaba. Se apartó de un salto cuando oyó el ruido que produjeron al acercarse a él. Lo hizo rápidamente, porque era precavido y estaban cerca, y no les miró, porque las motos y las maneras de los jóvenes le parecían repugnantes.

Christopher le pasó a toda velocidad dando un fuerte grito. Sonó

desafiante. De su violencia especial Catherine dedujo que su yerno había sido reconocido.

La carretera que pasa por detrás de Chickover serpentea suavemente por entre las colinas. Si se continúa por ella lo suficiente, es decir, durante unos treinta kilómetros más o menos, se llega al mar. Allí llevó Christopher a Catherine aquella mañana, sin parar un momento ni disminuir la velocidad, excepto cuando la prudencia se lo exigía, y sin hablar una palabra hasta que llegaron. Al acabar el trecho descendente que había al final y que recorrió con cuidado —con clara consciencia de la preciosa carga que llevaba—, donde la carretera termina abruptamente entre terraplenes cubiertos de hierba que dan paso a los guijarros y al mar, se detuvo, se bajó y se acercó a desenvolverla.

Éste era el momento que él más temía.

Parecía tan pequeña, envuelta en la manta como un pequeño cojín, colocada en el sidecar, que el valor le abandonó más que nunca. Le había estado abandonando sin interrupción el día entero, pero ahora le abandonó más que nunca. Le parecía que era demasiado menuda para herirla, para enfurecerla, incluso para inquietarla, que no era justo; que si tenía que atacar, debería atacar a alguna mujer de un tamaño más aproximado al suyo.

Y ella no decía nada. Sabía que había dicho un montón de cosas cuando pasaron de largo aquel desvío, ninguna de las cuales había podido oír, pero desde entonces había estado silenciosa. Ahora seguía silenciosa. Sólo sus ojos estaban fijos en él, asomando por encima de la bufanda, que se había colocado de un modo bastante gracioso tapándole las orejas.

—Bueno, pues aquí estamos. Podemos hablar aquí. Si quieres levantarte te desarroparé.

Por un momento, él pensó que se iba a negar a moverse, pero no dijo nada y dejó que la ayudara a levantarse. Estaba tan perfectamente envuelta que le hubiera sido difícil moverse sola.

Le quitó la manta y se afanó en doblarla para no tener que mirarle a los ojos, porque tenía miedo.

—Ayúdame a bajar —dijo ella.

La miró de repente a la cara.

—De todas formas, me alegro de haberlo hecho —dijo, echando atrás la cabeza.

—¿Sí? —preguntó ella.

Le tendió la mano para que la ayudara. Tenía la ropa arrugada.

—Tu abriguito —murmuró, colocándoselo bien, sin poder evitar que le

temblara la mano, por lo mucho que la quería—, tu abriguito —entonces se enderezó y la miró a los ojos—. Catherine, tenemos que hablar —dijo.

—¿Para eso me has traído aquí?

—Sí —dijo Christopher.

—¿Y te imaginas que te voy a escuchar?

—Sí —dijo Christopher.

—¿Y no te sientes nada avergonzado?

—No —dijo Christopher.

Ella se bajó, caminó hacia los guijarros y se detuvo dándole la espalda, aparentemente para mirar el paisaje. La marea estaba baja y el mar dejaba al descubierto una gran extensión de arena húmeda. La resguardada cala estaba muy tranquila, y oía cantar a las alondras sobre los terrenos cubiertos de hierba que estaban a su espalda. Era horroroso lo poco enfadada que estaba. Le daba la espalda para disimular lo poco enfadada que estaba. La verdad era que no estaba enfadada en absoluto, y sabía que debería estarlo. Debería echar a Christopher de una vez para siempre, pero había dos razones que lo desaconsejaban: una que no querría irse, y otra que ella no quería que se fuera. En contra de todo sentimiento correcto, de todo sentido de la decencia, estaba asombrosamente contenta de estar otra vez con él. No hizo ninguna de las cosas que debería hacer: echar chispas de furor, ni colmarle de reproches. Era vergonzoso, pero así era: estaba asombrosamente contenta de estar otra vez con él.

Christopher, que la observaba, trataba de mantener el corazón firme. Había pasado una semana tan horrible que lo que ocurriera ahora no podría ser peor y ella… bueno, no parecía estar mucho más satisfecha con aquello. Con haber huido de él, tampoco.

Trató de hacer que su voz sonase audaz.

—Catherine, tenemos que hablar. De nada sirve que me vuelvas la espalda y mires ese paisaje insulso. No lo ves, así que no hay por qué fingir.

Ella no se movió. Estaba pensando en cómo había cambiado su actitud hacia él durante aquella semana. Mientras había estado tan indignada en realidad se había ido acostumbrando a él, se había ido acostumbrando a la idea de él. Por supuesto, ayudada por Stephen. Inmensamente ayudada por Stephen e incluso por Virginia.

—Te dije que nunca te librarías de mí —le dijo, dirigiéndose a su nuca, poniendo en su voz toda la insolencia que tenía. Pero tenía muy poca. Era fanfarronería, pura fanfarronería, mientras su alma estaba ignominiosamente pendiente de un hilo.

—Tus métodos me asombran —le dijo Catherine al paisaje.

—¿Por qué huiste?

—¿Por qué me obligaste?

—Bueno, creo que no ha servido de mucho, puesto que estamos juntos otra vez.

—No ha servido de nada en absoluto.

—Nunca sirve, a no ser que lo hagan los dos. Entonces estoy totalmente de acuerdo. Por favor, no lo olvides la próxima vez. Y también podrías pensar en el pobre diablo del que huyes. Él lleva la peor parte. Supongo que si tratara de explicarte la clase de infierno que hay que sufrir ni siquiera lo entenderías, criatura insensible, criatura orgullosa.

Silencio.

Catherine, mientras contemplaba el paisaje, se estaba enterando sin duda de sus observaciones. Al menos, así lo esperaba.

—¿No te vas a dar la vuelta, Catherine? —preguntó.

—Sí, cuando estés dispuesto a llevarme de vuelta a Chickover.

—Estaré dispuesto a hacerlo cuando hayamos llegado a alguna conclusión. ¿Valdría de algo que me pusiera frente a ti? Podríamos hablar mejor si nos viéramos las caras.

—No valdría de nada.

—¿Porque te limitarías a volverme otra vez la espalda?

—Sí.

Silencio.

—Somos tontos —dijo Christopher.

—Idiotas —dijo Catherine.

Silencio.

—Por supuesto, ya sé que estás muy enfadada conmigo —dijo Christopher.

—He estado extraordinariamente enfadada contigo la semana entera.

—Eso es sólo porque te empeñas en ser poco natural. Eres un saquito absurdo de prejuicios y miedos rancios. ¿Por qué demonios no puedes simplemente dejarte llevar?

Silencio.

¡Ella, dejarse llevar! Luchaba por mantener la risa a salvo, embozada en la bufanda. Llevaba sin reírse desde la última vez que estuvo con Christopher. En Chickover no se reía nadie. Una sonrisa seria de Virginia, alguna brillante sonrisa convencional de *Mrs*. Colquhoun, ni la menor sonrisa de Stephen: era a lo más que llegaban. La risa, uno de los más

preciados dones de Dios; la auténtica sal, la auténtica luz, el auténtico aire fresco de la vida, el desinfectante divino, la purga celestial. ¿Se podía hacer verdadera amistad con alguien con quien no se reía? Por supuesto que no. Christopher y ella se reían. ¡Oh, le había echado de menos…! Pero era tan imprudente, tan peligroso, había que mantenerle tan severamente en los límites en que pudiera conseguir que se quedase…

Por lo tanto, siguió dándole la espalda, porque sabía que su cara la traicionaría.

—Podría jurar que no has sido feliz aquí —dijo Christopher—. Lo vi enseguida en tu carita.

—No es necesario que lo jures, porque no voy a fingir nada. No he sido feliz en absoluto. Estaba muy enfadada contigo y me sentía… sola.

—¿Sola?

—Sí. Se echa de menos… a los amigos.

—Pero si estabas rodeada de parientes.

Silencio.

Luego Catherine dijo:

—Estoy empezando a pensar que los parientes no pueden ser amigos; ni los parientes consanguíneos ni los que lo son por matrimonio.

—¿Llamarías a un marido pariente por matrimonio? —dijo Christopher tras una pausa durante la cual consideró aquella observación.

—Según de quién sea el marido —dijo Catherine.

—Tuyo, por supuesto. Sabes que me refiero al tuyo.

Se quedó callada un momento y luego dijo con cautela:

—Le llamaría George.

Él se adelantó rápidamente, antes de que a ella le diera tiempo a volverse, y la miró.

—Te estás riendo —dijo, mientras se le iluminaba el rostro—. Eso me parecía. Mira, no creo que estés enfadada en absoluto, creo que te alegras de que haya venido. Catherine, *te alegras* de que haya venido. Estás harta de Stephen y de Virginia, y de la vieja del perfil, y yo te he resultado una especie de alivio. ¿No es cierto? ¿A que te alegras?

—Creo que son ellos los que están bastante hartos de mí, según tu expresión —dijo Catherine serenamente.

—¿Hartos de ti? ¿Ellos? ¿Esa tribu vetusta de pajarracos desplumados?

Se la quedó mirando.

—Entonces, ¿por qué te quedas hasta el lunes? —preguntó.

—Por Virginia.

—Por supuesto, quieres decir que ella no está harta.

—Sí que lo está.

—¿Ella también?

Trató de digerir aquello.

—Entonces, ¿por qué demonios te quedas? —volvió a preguntar.

—Porque no quiero que ella sepa que sé que está harta. Christopher, qué contagiosa es tu forma de hablar.

La cara se le ensanchó en una mueca maliciosa.

—Señor, en qué líos se mete uno con los parientes.

—Sí —concedió Catherine.

—Gracias al cielo que yo no tengo ninguno.

—Sí —concedió Catherine, y añadió, con un ligero suspiro y los ojos en el mar distante—, no debería haber venido.

—Vaya, como si eso no hubiera estado sobradamente claro desde el principio.

—Quiero decir, porque no se debe estorbar a la gente joven.

—¿Gente joven? ¿Stephen?

—Bueno, a las parejas jóvenes.

—Él no es ninguna pareja joven.

—Virginia le ha hecho joven. Debo dejarles solos. No es que Virginia no me quiera, es que quiere más a Stephen y desea estar sola con él.

—Es una chica horrorosa —dijo Christopher con convicción.

—Es mía y yo la quiero. No lo olvides, por favor. Es algo muy importante en mi vida.

Él le cogió las manos y se las besó.

—Te adoro —dijo sencillamente.

—Bueno, no vale de mucho hacer eso —dijo ella.

—¿Hacer qué?

—Adorar a alguien lo bastante vieja para ser tu madre.

—Al diablo las madres —dijo Christopher.

—¡Oh, eso es lo que llevo pensando toda la semana! —exclamó Catherine, y después pareció tan sorprendida de sí misma que Christopher se echó a reír, cosa que también hizo ella al cabo de un minuto, y siguieron riéndose, mientras él le tenía cogidas las manos y la felicidad volvía a ellos a raudales.

—Somos amigos —dijo ella, mirándole con una especie de alegre sorpresa.

—Sí que lo somos —dijo Christopher, volviendo a besarle las manos.

Luego deambularon un poco por la arena, después de que su risa simultánea les hubiera liberado de sus reservas y sus miedos, mientras los dos sentían que habían dado un gran paso hacia la intimidad. Durante el paseo, Catherine le expuso su opinión sobre la naturaleza y manifestaciones de la verdadera amistad, como han hecho otras mujeres en ocasiones similares, y Christopher, lo mismo que otros hombres en tales ocasiones, fingió pensar exactamente lo mismo.

No iba a asustarla otra vez. Había vuelto de repente a él con aquel inesperado estado de ánimo, en aquel estado de alivio y alegría, porque resultaba que Stephen era Stephen y Virginia era Virginia, pero si por casualidad hubiera recurrido a amigos que la apreciaran, amigos que estuvieran encantados de recibirla, que la mimaran y la hicieran feliz, a las entusiastas Fanshawe, por ejemplo, a él le habrían quedado pocas esperanzas de cualquier cosa que no fuera que le evitase el resto de su vida. Y había sufrido, había sufrido. Había sido una semana llena del más atroz sufrimiento. No se iba a arriesgar a experimentarlo otra vez. Caminaría con ella por la arena y le hablaría cuidadosamente de la amistad.

Y Catherine, que sólo estaba acostumbrada a George y no tenía experiencia en la infinita variedad de disfraces y formas de aproximación del amor, estaba encantada con Christopher, y a cada minuto que pasaba se sentía más tranquila y segura. Al parecer, él estaba completamente de acuerdo con ella en que en un mundo donde nadie puede conseguirlo todo, es mejor aceptar algo a no tener nada, y en que la amistad entre un hombre y una mujer, incluso una amistad afectuosa, es perfectamente posible, volviendo sólo a su forma más violenta de hablar cuando ella añadió:

—Especialmente con nuestras distintas edades.

—¡Oh, al diablo las distintas edades! —replicó él con las maneras de antes.

Durante un momento, tuvo cierta dificultad en no dar su opinión sobre el tema y lo ridículamente obsesionada que ella estaba al respecto, pero se contuvo. No iba a estropearlo. Era demasiado bonito, aquello de pasear juntos y solos por aquellas benditas arenas solitarias, demasiado bonito, demasiado, después de los oscuros tormentos de la semana como para arriesgarse a estropearlo. Que dijera lo que quisiese. Que arrullase lo que deseara sobre ser amigos; en otro momento, probablemente le asegurase que le gustaría ser su hermana, su hermana querida, o la madre a quien siempre podría recurrir en las preocupaciones, o algún otro parentesco femenino de ese tipo. No la detendría. Se limitaría a escuchar y a reírse para

sus adentros. Su Catherine. Su amor. Tan seguro como que caminaba por allí, tan seguro como que tras ella, extendiéndose cada vez más a sus espaldas, había un doble ribete de sus pisaditas vacilantes sobre la arena, ella era su amor. Y pronto ella lo sabría también. Y toda aquella charla de la hermana, la madre y la amiga se iría por donde siempre se van esas charlas, y algún día lo recordarían sólo con asombro y sonrisas.

—Catherine —dijo—. Sólo pasear contigo me hace tan feliz que está tan claro como la luz del día que somos los más espléndidos y más armoniosos amigos del mundo.

¡Qué alivio era estar con Christopher! Que la quisieran otra vez, tener a alguien a quien le agradase su compañía, que prefiriera estar con ella que en cualquier otro lugar del mundo, qué contraste con sus recientes experiencias en Chickover. Ya no tenía la sensación divertida de vanidad gratificada que la había reconfortado en Londres antes de que empezara a comportarse mal; lo que sentía ahora era mucho más sencillo y más sincero, y no tan trivial como aquello. A los dos se les habían pasado los arrebatos y habían salido a aquel aire fresco, a aquellas aguas iluminadas por el sol. Eran amigos.

—Me alegro mucho de haber venido, Christopher —dijo, sonriéndole; y le faltó muy poco para añadir, al verle tan identificado con la mañana, con el fresco mar y con la luz clara, al verle con el pelo tan brillante y el cuerpo tan joven: «*Te quiero*, Christopher», pero le dio miedo de que lo malinterpretara, cosa que desde luego habría ocurrido.

Antes de regresar, acordaron que él la llevaría a Londres aquella tarde. El equipaje se lo podían facturar en el tren. Él dijo que le parecía una tontería que se quedase hasta el lunes cuando no quería hacerlo y Virginia no quería que lo hiciese, ni nadie quería, cuando en Londres estaban sus amigos, todos deseando verla.

—Un solo amigo —dijo ella, sonriente.

—Bueno, un solo amigo basta para cambiar el mundo.

—¡Oh, sí! —aceptó ella, con los ojos brillantes.

Aunque añadió que resultaría difícil. Virginia se quedaría atónita con lo de la moto…

—A estas horas, ya lo sabrá todo —dijo Christopher—. Puedes apostar a que la vieja se lo ha contado hace tiempo. Se fue para allá a todo correr para hacerlo.

Pues, en tal caso, basándose en el hecho de que la iban a llamar mataperros aunque sólo hubiera matado uno, Catherine pensó que bien

podría llevarla con él aquel día, especialmente…

—No vayas a decir ahora que especialmente por nuestras edades.

—No iba a hacerlo. Iba a decir que especialmente porque hará feliz a todo el mundo por aquí.

—Sí, amor mío, quiero decir, amiga mía. Aunque no lo admitirán —dijo Christopher.

Decidieron que la dejaría ante la verja de Chickover y que, durante el almuerzo, ella le hablaría de él a Virginia, y luego pasaría a recogerla a las dos en punto y se la llevaría, no sin antes haber sido presentado a Virginia.

—¿Tienes que presentarme? —preguntó.

—Por supuesto —dijo Catherine.

Esta vez, Christopher la envolvió en la manta con unos sentimientos muy diferentes. Ahora no había miedo ni ansiedad. Ella se reía y era la misma Catherine de la tarde de Hampton Court, sólo que mucho más cercana. Se había acercado mucho a él; se había acercado casi hasta meterse en su corazón y, además, por decisión propia.

«Bendito ángel mío», pensaba, acomodándola en el asiento cuando ya estaba completamente arropada y no podía mover los brazos; le brillaban tanto los ojos y tenía una expresión tan diferente de la que había visto en la iglesia dos horas antes, que le dijo:

—Esta mañana parecías diez años mayor que en Londres y ahora pareces veinte años más joven que entonces.

—Pues ¿qué edad resulta que tengo? —preguntó ella, mirándole y riéndose.

—Así que ya ves —dijo él, ignorando esto último— qué sano, qué necesario es estar con un amigo.

XVIII

Entretanto, la mañana en la mansión transcurría con su habitual dignidad tranquila pero activa. Virginia atendía a sus obligaciones domésticas mientras su madre y Stephen estaban en la iglesia, y preparó ella misma los sándwiches que Stephen iba a llevarse a Londres, porque le había dicho que los de la semana anterior habían sido de lo menos satisfactorio.

La cocinera la contemplaba con la expresión natural de las cocineras en circunstancias similares y Virginia, que nunca había preparado sándwiches, pero sabía cómo tenían que saber, se quedó desconcertada por el aspecto que tenían cuando estuvieron hechos.

—Así es como le gustan al señor —dijo con bastante poca seguridad, mientras colocaba ella misma aquellos objetos de extraña forma en la tartera de aluminio donde iban a viajar.

—Sí, señora —dijo la cocinera.

Salió de la cocina y penetró en su parte de la casa con un suspiro de alivio. Siempre era un alivio atravesar aquellas puertas de paño. Los criados le inspiraban timidez. Por alguna razón, no conseguía ponerse en contacto con ellos. Lo que pretendía en sus relaciones era una perfecta justicia y amabilidad, combinadas con dignidad. Deseaba muy sinceramente cumplir sus obligaciones para con ellos y, a cambio, le parecía que era justo exigir que cumplieran sus obligaciones para con ella. El reinado de su madre había sido relajado. Al examinar las cosas cuando se casó, se había encontrado con muchos abusos. Los había suprimido uno a uno y, después de muchos problemas, había sentado unas bases económicas decentes para todo el funcionamiento de la casa.

Hasta ahora, los criados no se habían acostumbrado del todo, pero su suegra, que era experta en frugalidades, le aseguró que con el tiempo se acostumbrarían y todos estarían mejor y más contentos. Incluso había llegado a explicarles, con su joven rostro serio y firme en la creencia de que

una vez que se lo explicara lo entenderían e incluso cooperarían, que cuanto más cuidadosamente se llevase la casa, más se beneficiarían los pobres, los enfermos y los ancianos de la parroquia.

—Nadie —decía, esforzándose sinceramente por explicarse con claridad — tiene más de una cierta cantidad de dinero que puede gastar y, si lo gasta de una manera, no puede en modo alguno gastarlo de otra.

Los criados guardaban silencio.

Incluso, venciendo su timidez, trató de hablarles de nobles metas y de amor por nuestros semejantes.

Los criados seguían silenciosos.

Fue más allá y, con una voz que titubeaba por el enorme deseo que sentía de salir corriendo y esconderse, les habló de Dios.

Los criados guardaban un silencio terrible.

Llevando su tartera de aluminio, pasó aquel sábado por la mañana con su habitual suspiro de alivio por las puertas de paño que separaban la parte doméstica de la casa de la parte donde se sentía feliz y entró en el estudio para poner los sándwiches en el maletín de Stephen, junto con sus sermones y su pijama. Sabía que volvería poco antes de salir para la estación a causa del lecho de enfermo que tenía que visitar, pobre Stephen, pero su madre ya estaría de vuelta.

Virginia había decidido dedicarle enteramente el fin de semana a su madre y esforzarse por quitarle cualquier sospecha que pudiera tener de que tal vez no había sido del todo bienvenida; y una vez que colocó los sándwiches en el maletín, se fue a buscarla.

Pobre madre. Virginia deseó con un suspiro que nunca hubiera necesidad de herirla. Era muy amable y, a menudo, muy dulce. Pero ¡qué problema eran las madres a partir de cierta edad! A no ser que fueran tan perfectamente sensatas como la de Stephen o realmente religiosas. Por supuesto, la religión era de lo más necesaria, especialmente cuando uno era viejo. Sin embargo, hacía tiempo que Virginia había notado que su madre no era auténticamente religiosa —no lo era verdadera y seriamente, como Stephen y ella misma—. Sin duda, ella creía que lo era y quizá lo fuera, de alguna forma extraña; pero ¿eran permisibles las formas extrañas de ser religioso? ¿No serían igual de malas, en el fondo, que no tener ninguna manera de serlo?

Virginia volvió a suspirar. Deseaba tanto poder admirar a su madre, reverenciar…

La casa parecía desierta. Todas las grandes habitaciones, a las que se

asomó una tras otra, estaban vacías. No había en ellas más que la tibia luz del sol de primavera, los muebles y el silencio.

Subió, pero en el dormitorio sólo estaba Ellen, arreglando otro ramo de flores —otro, cuando las de ayer estaban aún perfectamente bien sobre el escritorio—. A Stephen le disgustaban las flores en los dormitorios pero, si no le hubieran disgustado, ¿se preocuparía Ellen con tanta asiduidad de que estuvieran siempre frescas? Virginia pensó que no lo haría y tuvo un gran deseo de señalar en aquel momento la extravagancia que representaba coger flores sin necesidad en una época del año en que eran escasas, pero se lo impidió el que fueran para su madre.

Por lo tanto, se marchó sin decir nada, y Ellen se sintió aliviada cuando se fue. Lo mismo que Virginia sentía alivio cuando se alejaba de los criados, los criados sentían alivio cuando la veían marchar.

Cogió un abrigo del dormitorio —la habitación parecía abandonada, como si supiera que iba a estar privada de Stephen durante dos noches enteras—, fue al piso de abajo y salió a la terraza. Probablemente su madre estaría remoloneando por el jardín para aprovechar la agradable mañana, y Virginia se dio dos o tres vueltas, esperando a cada momento ver aproximarse a su madre por algún camino.

Sin embargo, nadie se aproximó; el jardín seguía tan vacío como la casa. Y el tiempo pasaba: Stephen volvería pronto, su madre querría decirle adiós y no era posible que se hubiera ido a dar un paseo la mañana de su partida. Seguramente querría despedirse especialmente porque, aparte de que ella se iba antes de que él volviera el lunes, no le iba a permitir que pasara el fin de semana en Hertford Street. Stephen odiaba tremendamente los hoteles. Le parecía desagradable que no pudiera usar el piso cuando no había nadie en él. Su madre le había puesto excusas, le había dicho no sé qué de que *Mrs*. Mitcham estaba de vacaciones, pero a Virginia no le había parecido que se sintiera muy cómoda con la idea. Por lo tanto, seguro que desearía tener unas palabras de despedida con él, con una gratitud mayor de lo corriente por su hospitalidad, en vista de que ella le privaba de la suya. Y aquí venía Stephen atravesando la hierba; dentro de unos minutos se habría marchado, y seguía sin haber rastro de su madre.

—¿Qué ha sido de mi madre? —gritó, cuando estuvo lo bastante cerca para que la oyera.

Él no contestó hasta que estuvo junto a ella. Entonces dijo, con aspecto preocupado:

—¿No ha vuelto aún?

—No. ¿Dónde está?

Él se quedó mirando a Virginia un momento, luego hizo un gesto de extremada impaciencia.

—No puedo entender —dijo, sacando el reloj y empezando a recorrer rápidamente la terraza hacia las ventanas abiertas del salón porque vio que no le quedaba mucho tiempo para que saliera el tren— qué le ha pasado a tu madre.

—¿Que qué le ha pasado? —repitió como un eco Virginia con los ojos y la boca convertidos en puro asombro.

—Es de lo más inadecuado —dijo Stephen, atravesando rápidamente la sala, seguido de Virginia—. ¡Bah, bah! —concluyó, del modo más extraño.

El corazón de Virginia dio un vuelco tremendo. «¿Inadecuado?», repitió débilmente.

De todas las palabras, aquélla era la que más le horrorizaba oír aplicada a su madre, y más aplicada por Stephen. Ella misma había notado en su madre muchas pequeñas cosas inadecuadas durante aquella visita, la primera visita auténtica desde su boda, pero había esperado vivamente que Stephen no las hubiera notado y deseaba mucho que él continuara sintiendo por su madre el cálido respeto y la admiración que había sentido antes. ¿Qué habría hecho ahora? ¿Qué podía haber hecho para producir aquel acceso de mal humor en el tranquilo y controlado Stephen?

—Sólo le ha faltado atropellarme por la mismísima calle del pueblo —dijo, entrando en el estudio y recogiendo a toda prisa sus cosas.

De nuevo, Virginia sólo consiguió hacer de eco:

—¿Que sólo le faltó atropellarte? —repitió estúpidamente.

—Sí. Ya sabes la opinión que tengo de las motos y de la clase de jóvenes bribones que las utilizan. ¿Dónde está mi bufanda?

—¿Motos? —dijo Virginia, con la boca abierta.

—Naturalmente, yo no tenía ni la más remota idea de que pudiera tratarse de tu madre, pero madre, nuestra madre, vino a decírmelo… Sí, sí, Kate, ya lo sé, voy inmediatamente. Adiós, mi amor, voy a perder el tren.

—Pero, Stephen…

—Madre te lo contará. La verdad es que a mí me resulta dificilísimo de creer. Y aún no ha vuelto. Aún anda corriendo por ahí…

Salió al *hall*, se metió en el coche y se fue.

Virginia se quedó mirando cómo se iba. Stephen se había ido sin apenas decirle nada, sin una despedida dulce y prolongada, nada más que prisas y disgustos. ¿Qué había hecho su madre?

Sus increíbles últimas palabras le martilleaban en los oídos: «Corriendo por ahí». Le hubiera gustado haberse metido en el coche y haber ido con él a la estación, para haber tenido al menos un poco más de tiempo para que le contara las cosas. Pero a Stephen le disgustaba la impetuosidad y a ella le pasaba lo mismo a ese respecto. Sin embargo, había momentos en la vida en que cierta indulgencia resultaba acertada.

Allí se quedó Virginia, sintiéndose quizá más desgraciada que nunca. No se podía tener una madre durante toda una vida sin sentirse apegada a ella. Al menos, ella no podía. Estaba llena de lealtades. Eran de diferente intensidad, pero todas eran completas a su nivel. Deseaba apasionadamente que los objetos de sus lealtades tuvieran la invulnerabilidad de la perfección. Stephen la tenía y hasta esta última visita había supuesto que su madre también —desde luego, en un estilo muy diferente, con toda clase de cosillas que Virginia no entendía, pero que estaba dispuesta a aceptar como cosas buenas en su estilo diferente—. «Hay una gloria del sol y otra gloria de la luna», se había recordado Virginia interiormente en algunas ocasiones, observando a su madre. Ambas eran glorias, pero diferentes: mayor y menor. Stephen tenía la gloria del sol; su madre, la de la luna. Sin embargo, durante aquella desafortunada visita se había oscurecido, pensaba Virginia de pie en las escaleras, observando la avenida vacía. Y ahora, justo al final, justo cuando iba a hacer un gran esfuerzo para arreglarlo todo de nuevo, era evidente que su madre había hecho algo definitivamente horroroso con una moto. Su madre, la tímida de su madre. ¿Qué podría haber…?

Se dio la vuelta y entró en la casa con los ojos fijos en la alfombra y el ceño fruncido en la más dolorosa perplejidad.

¿Debería ir a buscar a la madre de Stephen, que venía a almorzar y evidentemente sabía lo que había pasado? Aún faltaba media hora para el almuerzo y para que llegase la madre de Stephen, que nunca se presentaba un minuto antes ni después de la hora exacta que se hubiera señalado. Pero su madre podría volver en cualquier momento y sería mejor, seguro, que ella le contase las cosas y no la madre de Stephen. Le tenía mucho cariño a la madre de Stephen —claro, ¿cómo no se lo iba a tener si él se lo tenía?—, y admiraba enormemente sus muchas cualidades, pero no la quería tanto como a su propia madre. Al empezar tan joven con la propia madre, por supuesto se tienen unos sentimientos diferentes hacia ella que hacia la madre de cualquier otra persona. Le desagradaría oír de labios de la madre de Stephen lo que quiera que hubiese hecho su madre.

El orgullo familiar, la lealtad y el extraño dolorcillo del amor, que a

veces desaprobaba, a veces era triste, a veces decepcionado, a veces lastimoso, pero siempre amor, que sentía por su madre, hacían que no deseara oírle contar a la madre de Stephen lo que había pasado. Lo de Stephen era diferente. Si lo contaba y le echaba la culpa, tenía derecho: era asunto suyo. Sería doloroso para ella hasta la agonía, teniendo en cuenta lo mucho que les quería a los dos, pero tenía derecho. Sin embargo, su madre no lo tenía. Sentía que no podría soportar escuchar ni siquiera la más discreta crítica de la madre de Stephen. No, no iría a buscarla. Seguro que su madre llegaría a tiempo para el almuerzo, que estaría allí antes que la madre de Stephen. ¡Oh, todas aquellas madres! Había demasiadas, pensó Virginia con repentina impaciencia, y enseguida se sintió avergonzada, ella, la esposa de un ministro del Señor.

La puerta del salón estaba abierta y, frente a ella, se encontraba la ventana William y Mary por la que tan a menudo saltaban, y a través de ella vio a la madre de Stephen, que atravesaba la terraza, caminando con una vivacidad aún mayor de lo habitual.

Aquello de que llegara antes de tiempo nunca había ocurrido hasta ahora. ¿*Qué* habría hecho su madre?

Virginia permaneció en el *hall* como si hubiera echado raíces, deseando subir a esconderse en su dormitorio, pero incapaz de decidirse con la suficiente rapidez. *Mrs*. Colquhoun la vio en cuanto pasó por la ventana. Ya era demasiado tarde.

—¡Oh, mi querida Virginia! —exclamó—. Estoy preocupada por tu madre. Espero que llegara a casa sana y salva. No podía quedarme tranquila. Tenía que venir a comprobar que no ha sufrido demasiados traqueteos. El joven arrancó a una velocidad tremenda. Y Stephen me dijo que casi le atropellan en el pueblo. Me pareció un acto muy valeroso el de *Mrs*. Cumfrit. Espero que no se encuentre peor.

—No he visto a mi madre todavía —dijo Virginia, acercándose más al embuste que en toda su transparente vida.

Pero a *Mrs*. Colquhoun no la iba a detener un embuste.

—¿Qué? ¿Es que no ha vuelto? —exclamó.

—No la he visto —dijo Virginia con obstinación.

Mrs. Colquhoun la miró con asombro.

—Pero entonces, ¿dónde…? —empezó a decir.

—No veo por qué no va a poder ir mi madre en moto si quiere —dijo Virginia, muy colorada y con las cejas arqueadas.

—Por supuesto que no. Claro que no. Y *Mr*. Monckton es un viejo

amigo, ¿verdad? Es decir, todo lo viejo amigo que es posible siendo tan joven. Supongo que, en realidad, será amigo tuyo, ¿verdad? Aunque no recuerdo haberle visto antes por Chickover.

—Cuéntame lo que ha pasado, madre —dijo Virginia, precediéndola hasta su gabinete.

—Pero ¿ha vuelto ya *Mrs*. Cumfrit sana y salva? Eso es lo que estoy realmente deseosa de saber —dijo *Mrs*. Colquhoun, quitándose los guantes y la bufanda de lana y sentándose lo más lejos posible de la chimenea para dar a entender, más con la delicadeza de las acciones que con la tosquedad de las palabras, que un fuego resultaba innecesario en una mañana tan soleada.

—No —dijo Virginia.

—Bueno, no debes sentirte inquieta, mi querida niña. *Mr*. Monckton es un buen conductor, estoy segura. Muy cuidadoso. Por supuesto, es joven, y como tal testarudo, pero estoy segura de que es cuidadoso, especialmente cuando lleva con él a una persona de la edad de tu madre. ¿Cuánto tiempo hace que le conoces?

—No le conozco —dijo Virginia muy tiesa.

No quería admitir que todo aquello la asombraba y la confundía. No permitía que ningún pensamiento pasase por su mente, excepto que era natural y perfectamente normal salir en moto si uno quería. Natural y perfectamente normal en cualquiera, incluida su madre.

—¡Que no le conoces! —exclamó *Mrs*. Colquhoun.

—Madre tiene muchos amigos que yo no conozco —dijo Virginia, sentada muy derecha.

—Claro. Por supuesto. En Londres.

—Sí. No me has contado lo que pasó, madre.

—Bueno, este *Mr*. Monckton, que es muy alto y bastante bien parecido, estaba esperando en el cementerio, ante la tumba de tu pobre padre, cuando salimos después del servicio.

—¿Esperando a mi madre?

—Sí. Dijo que había venido especialmente para llevarla a Londres en su sidecar.

—Pero si madre no se va hasta el lunes.

—Exactamente. Y dijo que él tampoco. Su moto estaba junto a la verja y persuadió a tu madre de que se subiera y le permitiera traerla hasta aquí, y ella se subió y arrancaron. Arrancaron como un relámpago. Qué valor el de tu querida madre. Me admiró mucho, a su edad. Me pareció perfectamente

espléndido. Sabes, Virginia, que eso significa vitalidad, la más importante de todas las posesiones. Con ella se puede hacer todo. Sin ella no se puede hacer nada. Sin embargo, prosigo. Les observé y vi que no tomaban la primera desviación para venir aquí, y luego me encontré con Stephen en el pueblo y me dijo que se lo habían cruzado y les faltaron unos centímetros para atropellarle. Vamos, vamos, Virginia, no te pongas pálida, querida niña. No le atropellaron o, por supuesto, no te lo habría contado. Ya ves, queridísima niña, que no hay nada en todo esto que resulte enervante ni molesto, así que no te disgustes. Ya sabes que es muy malo para ti.

—No estoy disgustada, madre. ¿Por qué iba a estarlo? —dijo Virginia, levantándose. No había podido evitar palidecer ante la terrible idea de que Stephen se hubiera escapado por tan poco de ser atropellado por su madre. ¡Oh, qué horrible combinación de circunstancias! Pero se preguntaba qué otro motivo de preocupación había en aquello. Si su madre se encontraba con un amigo, ¿por qué no iba a darse una vueltecita en su sidecar con la mañana tan buena que hacía?

—Yo nunca he sabido que tu madre hiciera algo ni remotamente parecido a esto antes —dijo *Mrs*. Colquhoun.

—No —dijo Virginia—. Pero ¿no crees que todo debe tener un principio?

—¿Un principio?

Mrs. Colquhoun estaba sorprendida. Virginia casi estaba discutiendo con ella. Además, era un punto de vista inesperado a tener en cuenta. Pensó que los principios no eran adecuados a partir de cierta edad, especialmente para las mujeres. Las madres de las personas casadas, como ella y *Mrs*. Cumfrit, deberían preocuparse más de los finales que de los principios.

Pero se limitaría a tener una mentalidad abierta; estaba decidida a conservar una mentalidad abierta por muy sorprendida que estuviera, así que dijo:

—Desde luego —asintiendo cordialmente. Y repitió—: Desde luego, desde luego que debe haber un principio. Siempre. Para todo. Sólo que… estaba pensando que quizá… Bueno, de todas maneras demuestra una maravillosa vitalidad, y ya que nadie reconoció a tu madre en el pueblo…

—¿Es malo ir en sidecar? —preguntó Virginia, resultando sorprendente de nuevo.

—Por supuesto que no, mi querida niña. Simplemente es que… Bueno, es un poco desusado en tu madre. No es lo que la gente de aquí está acostumbrada a verle hacer. Es… es una cosa de jóvenes. Las chicas van en

sidecar, igual que otras personas jóvenes e impetuosas, pero no… Bueno, como digo, no se puede dejar de admirar tanta vitalidad y valor. Confieso que yo no me habría atrevido. Creo sinceramente que no existe joven en el mundo que hubiera podido inducirme a hacerlo.

Virginia se sentía muy desgraciada. ¡Mira que tener que estar allí defendiendo a su madre! A *su madre*, que siempre había estado en un pedestal. Era como un mal sueño. ¿Y dónde estaría? ¿Por qué no volvía? ¿Y si le había pasado algo? Debía haberle pasado algo o, desde luego, no habría dejado de despedirse de Stephen.

Un temorcillo malsano empezó a apoderarse del corazón de Virginia. No tenía mucha imaginación; no visualizaba dramáticamente un accidente, con su madre aplastada y sin vida en alguna vereda solitaria, pero sí pensaba que era posible que hubiera ocurrido algo desagradable, y eso la hacía mirar a *Mrs*. Colquhoun con ojos muy abiertos y angustiados y preguntarse qué podía importar en realidad que su madre se subiera a cincuenta sidecares y atravesara a toda velocidad cincuenta pueblos con tal de que saliera indemne de ellos.

Sonó el gong.

—El almuerzo —dijo *Mrs*. Colquhoun alegremente, porque la expresión de Virginia la alarmaba bastante y, por encima de todo, era necesario que la niña estuviese tranquila, en sus actuales condiciones—. ¿Quieres esperar?

—Escucha —dijo Virginia, levantando la mano.

Un momento después, *Mrs*. Colquhoun lo oyó también: era el ruido de una moto lejana que iba acercándose.

—Qué buen oído —felicitó a su nuera, sonriendo. Pero Virginia se había puesto en pie y salía corriendo a recibir a su madre.

Atravesó a toda prisa el *hall* y se acercó a las escaleras, esperando ver la moto corriendo por la avenida; pero no había nada que ver, y el ruido también se había detenido. Debía de haber sido otra moto. La avenida estaba desierta.

Siguió contemplándola, hundida de nuevo en sus miedos. Y entonces, a lo lejos, doblando el recodo, vio una pequeña figura que caminaba rápidamente hacia la casa. Era su madre, sana y salva.

En medio de su alegría y su alivio, el impulso inmediato de Virginia fue bajar corriendo las escaleras para recibirla y abrazarla, pero aquella reacción remitió instantáneamente. No había pasado nada, su madre no había sufrido ningún daño, y realmente estaba muy mal que se hubiera ido en el

estúpido sidecar. Estaba claro que tenía derecho a esperar por lo menos dignidad en su madre, cierto sentido de lo adecuado, especialmente cuando también estaba emparentada con Stephen, un hombre con una posición pública, con una misión sagrada.

Dolorida y desconcertada, Virginia permaneció rígida en las escaleras. Su madre se acercaba muy rápida y ligera, como una pequeña hoja que el viento trajera por la avenida. Cuando se acercó más y empezó a agitar la mano con lo que parecía, y sin duda era, alegría forzada, Virginia notó que su cara tenía aquella expresión que ya había visto en otro momento durante aquella desafortunada visita, la expresión de un niño al que sus mayores sorprenden robando la mermelada.

XIX

Catherine había subido muy deprisa por la avenida, temiendo llegar tarde. Tenía la cara caliente por el ejercicio y los ojos brillantes por Christopher. No parecía la misma persona que se había marchado aquella mañana a la iglesia con Stephen, indiferente y pálida. Por alguna razón se le había borrado totalmente el comportamiento de Christopher en Londres y le parecía que había empezado de nuevo con él sobre una base diferente. Estaba contenta y quería contarle rápidamente a Virginia sus nuevos planes, antes de que lo naturales y deseables que resultaban —cosa tan evidente y clara mientras estaba con Christopher— se difuminase y se oscureciese. Le parecía que podría hacerlo bastante fácilmente sin él, especialmente porque *Mrs*. Colquhoun iba a estar presente en el almuerzo.

Debía darse prisa mientras siguiera viendo las cosas claras. Todo el mundo quería que se fuera y ella quería irse; entonces, ¿por qué no hacerlo? Sí, pero no la dejarían ir sin formular críticas, sin desaprobación. Caramba, pensó, qué agradable resultaba ser sencillo y directo. Qué agradable resultaba verse libre del sentimentalismo y de todos los agravios y ataduras del cariño. Qué agradable resultaba que no le importase que su hija se aburriese a veces de ella, y no tener que preocuparse si ella misma se aburría en ocasiones de ellos.

Se rió un poco de aquellas aspiraciones mientras corría hacia su alta e inmóvil hija agitando la mano para saludarla, porque verse libre de toda la vida familiar sonaba a algo muy parecido a un deseo. Y no deseaba librarse de todo, se aferraba a lo que le quedaba de todo aquello, se aferraba a Virginia, el último fragmento que le quedaba, por muy diferentes que fueran, por muy poco que se entendieran. La sangre: aquel lazo extraño, apremiante, indestructible. No podía olvidar que aquella criatura alta que estaba allí, tan lejana, tan crítica, una vez había sido muy pequeña y desvalida y dependía de ella para subsistir.

Se sintió invadida por una fresca oleada de amor por su hija. En aquel momento se sentía perfectamente capaz de amar y ser feliz.

—Llego tarde, ya sé que llego tarde —dijo sin aliento, subiendo a toda prisa los escalones y besándola—. ¿Creías que me había perdido, cariño?

—Temía que pudiera haberte ocurrido algo, madre —dijo Virginia, muy rígida y grave.

—Cariño… lo siento mucho. ¿No te habré asustado?

—Estaba un poco preocupada. Pero todo está bien ahora que has vuelto. El almuerzo está listo y madre nos espera. ¿Entramos?

—Ya te habrá contado lo de mi escapada, ¿no? —dijo Catherine algo nerviosa, mientras entraban, porque Virginia estaba muy seria.

—Espero que dieras un paseo agradable —dijo Virginia, estremeciéndose ante la palabra «escapada». Las madres no hacían escapadas. Esas cosas eran inadecuadas para ellas y, por supuesto, para la mayor parte de las personas que desearan llevar una vida de auténticos cristianos.

Distintas emociones la hacían sufrir. La única manera de mantener sus sentimientos fuera del alcance de la vista, escondidos a buen recaudo, era encerrarse en hielo.

Se sentó a la cabecera de la mesa, con una madre a cada lado y les sirvió picadillo a ambas gélidamente. Los sábados en que estaba ausente Stephen se les daba el día libre a las dos doncellas, una vez que él se marchaba, y Ellen colocaba los platos en la mesa. Aquellos sábados siempre había picadillo para almorzar, porque resultaba un plato descansado para la cocinera y además no había que trincharlo. Pero no era una comida que promoviera el espíritu de concordia. Es imposible ser realmente fraternal ante el picadillo. Sin embargo, las tres no habrían estado fraternales aquel día aunque la mesa hubiera estado llena de, por ejemplo, codornices; porque, en la conciencia de cada una, permanecía enorme y vivido aquel sidecar con su correspondiente joven.

Tanto Virginia como *Mrs*. Colquhoun deseaban sinceramente que no se mencionara a ninguno de los dos durante el almuerzo debido a Ellen, y *Mrs*. Colquhoun se esforzó en hablar con elegancia y brillantez sobre cualquier cosa que no fuera eso. Pero Catherine estaba deseosa de contarles rápidamente, antes de sentirse más congelada, lo que estaba a punto de hacer. Sabía que ya era más de la una y que a las dos Christopher y la moto aparecerían para recogerla, y que toda la casa se daría cuenta de su partida en sidecar. No tenía más remedio que hablar de ello y empezó a hacerlo en

la primera pausa que se produjo en la conversación de *Mrs*. Colquhoun.

Qué difícil resultaba. Peor de lo que se temía. Sentía cada vez más calor en las mejillas. La cara de Virginia y sus ojos doloridos y atónitos la hacían tartamudear. Y *Mrs*. Colquhoun, al oír lo del viaje a Londres planeado para aquella tarde, encima del paseo que había dado esa misma mañana hasta Dios sabía dónde, se limitó a levantar las manos y exclamar:

—¡Insaciable!

Por alguna razón, Catherine encontró la breve exclamación curiosamente desconcertante.

—Si tenías que irte hoy, madre —dijo Virginia, picada y perpleja—, te podías haber ido con Stephen.

—¡Ah, pero el aire fresco, querida hija, el aire fresco! —exclamó *Mrs*. Colquhoun, deseosa de hacer lo posible por su colega ante los ojos de Ellen —. Tu madre ya parece una criatura diferente, sólo con la salida de esta mañana. No hay nada como el aire fresco. Aire, aire; es lo que todos necesitamos. Y tener las ventanas —le echó una mirada severa a Ellen— abiertas *de par en par* por la noche.

—Además —continuó la herida Virginia—, creí que habías dicho que *Mrs*. Mitcham estaba de vacaciones.

—Cariño, es que me *tengo* que ir —murmuró Catherine, comiendo picadillo mecánicamente. No podía entrar ahora en lo que había dicho de *Mrs*. Mitcham; no se acordaba de lo que había dicho y no podía meterse en explicaciones, porque si empezaba no acabaría nunca—. Yo… bueno, tengo que irme. Esta vez me he pasado mucho tiempo fuera de casa.

No, no sabía qué decir. No tenía nada que decir. No había razón ni explicación que resultase adecuada en absoluto para los oídos de Virginia ni para los de *Mrs*. Colquhoun. Pensó que era extraño cómo la gente, cuando conseguía lo que realmente deseaba, encima lo desaprobaba, encima no les gustaba.

—Por supuesto, por supuesto —dijo *Mrs*. Colquhoun cordialmente, deseosa de dejar el tema lo antes posible debido a Ellen—, las casas no pueden dejarse. Las casas están para no dejarlas. Y si no, ¿para qué tenerlas? Me parece muy bien, querida *Mrs*. Cumfrit. La echaremos de menos, por supuesto, pero me parece muy bien.

Se inclinó sobre la mesa y sonrió. Le había puesto el sello a su colega. La había envuelto con su propia capa. Ante tal protección, los criados no podrían notar ni preguntarse nada.

Tomaron ciruelas de postre. Nadie tarda mucho en comerse unas

ciruelas, y las tres salieron del comedor veinte minutos después de entrar en él. Catherine subió para encargarse de sus cosas, según dijo. Virginia la siguió. *Mrs*. Colquhoun les aseguró que no le importaba que la dejasen, que nunca se aburría estando sola, que esperaría tranquilamente en la sala y que no se preocuparan por ella.

—Madre —empezó Virginia cuando entraron en el dormitorio, con los ojos oscurecidos por la perplejidad.

—No te importará, ¿verdad, cariño? —dijo Catherine, rodeándola con el brazo—. Quiero decir, que me vaya así, tan de repente.

Entonces se rió un poco.

—Vine de repente y me voy de repente —dijo—. ¿Resulto una madre muy incómoda?

Virginia se puso muy colorada. ¿Cómo iba a decir que sí, lo cual era verdad? ¿Cómo iba a decir que no, lo cual era mentira?

—Madre —dijo dolorosamente, porque la pregunta insistía en abrirse paso a la fuerza a través de su capa protectora de hielo—, ¿no te irás hoy porque piensas… porque piensas…?

Se detuvo y miró a su madre.

Y Catherine, tan incapaz de no mentir cuando tenía que elegir entre mentir o hacer daño, como Virginia era incapaz, si se enfrentaba a semejante alternativa, de hacer otra cosa que no fuera guardar un silencio sepulcral, la besó dulcemente en ambas mejillas y dijo:

—No, cariño, no es así. Y no pienso nada.

No era del todo mentira. No se iba aquel día por Virginia: ahora se iba por Christopher. La vida era complicada. Las mentiras se entremezclaban mucho con la verdad. Y en cuanto al amor, se metía en todo y, donde estuviera, parecía no haber más remedio que mentir. ¡Ah! Poder ser sencilla y directa. Lo único que parecía ser realmente sencillo, directo y fácil era una amistad corriente y afectuosa. No demasiado afectuosa, ni demasiado corriente tampoco, sino cálida, firme y comprensiva. En una palabra, como iba a ser la suya con Christopher.

Ellen entró a preguntar si hacía las maletas. Virginia sabía que a Ellen no se le había dicho nada, pero allí estaba, repleta de una devoción que nunca mostraba en su trabajo habitual.

Catherine le explicó que no podía llevarse el equipaje y Ellen dijo, como si Catherine siguiera siendo su señora y Virginia una niña pequeña, que se encargaría deque fuera en el próximo tren. Luego sacó el abrigo de piel de Catherine y le dio los guantes y un velo grueso, e insistió en que debía

ponerse polainas y se arrodilló para abotonárselas.

Era como si Virginia fuera una extraña que se limitaba a mirar. Su madre se reía y hablaba con Ellen, dando toda la impresión de ser una niña que se va de vacaciones. En cierto modo era un alivio, porque parecía como si no hubiera notado nada, pero aquél era un extraño estado de ánimo en su madre; Virginia no recordaba haberla visto nunca de un humor parecido.

—Me voy abajo con madre —dijo, refugiándose en la otra.

—Hazlo, cariño —dijo Catherine, ocupada en ver cómo la abotonaban.

Y Virginia, al bajar al salón, se encontró allí a un joven vestido de cuero marrón, al que estaba hablando *Mrs*. Colquhoun, que se volvió rápidamente cuando ella entró y cuya cara pasó de resultar impaciente a bastante desagradable al verla, pensó ella.

—Éste, Virginia, hija mía —dijo *Mrs*. Colquhoun con una vivacidad aún mayor de lo habitual—, es *Mr*. Monckton, viejo amigo de tu madre. *Mr*. Monckton, ésta es mi nuera, *Mrs*. Virginia Colquhoun. ¡Mira que caerme en suerte tener que presentarles! Habría pensado que los dos habríais balbuceado juntos versos infantiles, que os habríais revolcado como cachorros juntos por el césped y que os habríais criado juntos en la misma colina. Espero, *Mr*. Monckton, que admirará igual que yo al poeta que estoy citando.

No; los jóvenes nunca podían continuar tímidos mucho tiempo cuando estaban con ella. Pero enseguida tuvo que admitir que con aquellos dos resultaba tarea difícil. No había manera de que se dirigieran la palabra. La pequeña Virginia, por supuesto, nunca participaba mucho en charlas intrascendentes y, al parecer, la disposición de *Mr*. Monckton no correspondía, después de todo, a su brillante aspecto exterior. Estaba tan silencioso como si fuera diminuto y pálido. Un cuadro de espléndida juventud, plantado allí, sobre la alfombrilla de la chimenea —no quería sentarse, no quería tomar café, no quería fumar, no quería charlar, no quería hacer nada—, parecía que no tenía nada dentro, excepto, tal vez, obstinación y posiblemente un temperamento temerario. No podía imaginar quién y qué era, ni por qué *Mrs*. Cumfrit tenía amistad con él. A todas sus preguntas, por supuesto, formuladas con tacto, sólo daba respuestas evasivas, principalmente monosílabos. La pequeña Virginia estaba tan silenciosa como él, parecía haberle caído mal desde el primer momento. Más tarde, al describir la escena a sus amigas, a *Mrs*. Colquhoun le gustaba subrayar el certero instinto de aquella querida niña.

—Deberíamos marchamos —dijo Christopher, mirando su reloj de

pulsera.

Le resultaba insoportable encontrarse allí solo con aquellas dos mujeres, en la casa que antes era de Catherine, frente a la chica que era, estaba seguro, la viva imagen de George y que le observaba con grandes ojos críticos, mientras la señora anciana le enfilaba con un fuego interminable de Dios sabía qué.

—Me gustaría que avisara usted a su madre —dijo, dirigiéndose a Virginia, con un rápido movimiento de impaciencia.

Ella se le quedó mirando un momento sin contestar. Luego dijo lentamente:

—Mi madre vendrá cuando esté lista.

—Engreída —casi dijo Christopher en voz alta; y añadió entre dientes —, señoritinga.

Entonces recordó que no era señorita, sino la esposa de la vieja avutarda de Stephen. Aunque era horrible por su parte haberse casado con alguien tan apolillado por la edad, aquello le daba un argumento, muy poderoso además, para usarlo contra Catherine cuando llegara la ocasión, que llegaría. A ese respecto, le estaba muy agradecido a Virginia; pero, aparte de eso, no le importaba admitir que la contemplaba con aversión. Ella no debería estar allí. Si no hubiera nacido, se habría encontrado perfectamente bien y muy cómoda, y Catherine no habría tenido ninguna de sus ideas sobre ser la madre de una hija casada, y qué diría Virginia, y todas aquellas historias. En cuanto vio a la chica, con sus fríos ojos y su boca decidida, supo que iba a tener problemas con Catherine cuando las cosas llegaran a su punto crítico, cosa que con toda seguridad ocurriría por lo que Virginia pudiera decir, pensar y sentir. Lo sabía, lo sabía.

—¡Oh, maldita sea! —murmuró y levantó bruscamente el codo para mirar otra vez su reloj de pulsera.

—Si su madre no baja pronto —dijo— no veo posibilidad de llegar a Londres esta noche.

Y para sus adentros, haciendo mentalmente una mueca burlona, añadió: «Eso las convencerá».

Las convenció.

—Sí, Virginia —dijo *Mrs*. Colquhoun instantáneamente, volviéndose hacia ella como si se hubiera bufado del susto—. Sube a decirle a tu madre que debe darse prisa. ¿O quieres que vaya yo? Las escaleras…

Pero allí estaba Catherine, que entraba como la luz y el calor, pensó él, en un lugar oscuro y helado.

—¡Oh, Christopher! —exclamó, con la sorpresa de verle allí («Christopher», observó *Mrs*. Colquhoun)—. ¿Ya estás aquí? No te he oído llegar. ¿No llegas muy pronto?

—Lejos de llegar muy pronto —dijo *Mrs*. Colquhoun, levantándose de la silla dispuesta a ir al *hall* para presenciar aquella partida única—, *Mr*. Monckton dice que es muy tarde. Apenas tienen tiempo de llegar a Londres.

—¡Ah! Pues vámonos enseguida, entonces. ¿Te han presentado a Virginia? ¡Oh, sí! Tengo un abrigo de piel, está en el *hall*. Virginia, cariño, cuídate por favor. Adiós, *Mrs*. Colquhoun. ¡Oh, sí! Ya sé que lo hará, ya sé que está perfectamente segura en sus manos. Y siempre que quieras verme, querida mía, siempre que quieras verme no tienes más que mandarme unas letras y vendré.

—Eres muy amable, madre.

Aquella chica era como un atizador, incluso con su madre. Pero era un atizador frío, pensó Christopher, que sentía que podría haberla perdonado que fuera un atizador si hubiera estado al rojo vivo. Pero le resultaba tremendamente odioso todo aquello, le resultaba tremendamente odioso ver a Catherine con aquella parentela. ¿Por qué le había hecho venir? ¿Qué necesidad tenía él de haber visto a Virginia, que se la presentaran y tener que hacer todas las estúpidas muecas de las convenciones sociales? Bueno, pronto habría puesto muchos kilómetros de por medio entre ellos y Chickover y esperaba fervientemente no tener que ver aquel horrible lugar nunca más.

De nuevo arropó a Catherine en la manta hasta la barbilla. Esta vez ella se reía. Las dos mujeres que observaban la partida desde las escaleras no se reían. La cara de Virginia carecía de expresión; *Mrs*. Colquhoun tenía la sonrisa de la hospitalidad llevada hasta sus últimas consecuencias: la sonrisa fija de quien está decidido a no apartarse ni un pelo de la adecuada afabilidad hasta que se cerrara la puerta y el huésped hubiera desaparecido del alcance de su vista. Se decía que debía despedir en nombre de su hijo a la que había sido su huésped. Virginia, por supuesto, lo estaba haciendo en representación propia, pero *Mrs*. Colquhoun era aún más importante, porque representaba al dueño de la casa. ¡Qué agradecida estaba de que no estuviera allí para hacerlo él mismo! ¿Qué habría pensado de todo aquello?

Se puso las gafas para ver mejor lo que ocurría por allí. El joven, ocupado con la manta, ya no tenía el aspecto que había tenido en la sala; ahora su cara estaba llena de sonrisas, y la de *Mrs*. Cumfrit también. *Mrs*.

Colquhoun no pudo evitar que le impresionara aquel aire de alegría. Recordó el aspecto amarillento y fatigado que tenía cuando llegó el domingo anterior y cómo había seguido estando amarilla y había envejecido visiblemente durante toda la semana, y aquella mañana, en la iglesia, había acabado por estar al borde del mareo o del desmayo —tal vez de las dos cosas—. Ahora no quedaba ni rastro de todo aquello. Raro; muy raro.

—¡Oh! Adiós, adiós. Por favor, *Mr*. Monckton, tenga mucho cuidado, ¿eh?

Se marcharon. En un instante, en apariencia eran una manchita al final de la avenida, luego quedaron tapados por la curva, el sonido que producían se apagó y Virginia y ella volvieron a tener Chickover para ellas solas.

La palabra *tarambana* penetró en la mente de *Mrs*. Colquhoun. La desechó. No podía admitir una palabra semejante en relación con la suegra de su Stephen.

Miró a Virginia. Estaba contemplando la avenida que estaba frente a ella, que se mostraba vacía al sol de la tarde.

—Creo que es muy bondadoso por parte de tu querida madre preocuparse por ese joven —dijo *Mrs*. Colquhoun—. Esperemos que le enseñe mejores modales. Y ahora —añadió vivazmente, pasando un brazo cariñoso por los hombros de su nuera—, ¿no es hora de que nuestra pequeña Virginia se eche un poco?

XX

La moto de Christopher era la más lenta que circulaba por la carretera aquel día. A veces avanzaba tan pausadamente como una calesa de estación. Iban holgazaneando bajo el sol, parándose con la menor excusa —un paisaje, una vieja casa, un campo de primaveras—. Tomaron el té en Salisbury, examinaron la catedral y hablaron alegremente de *Judas el Oscuro*, seguramente el más desdichado de los hombres, y de él, naturalmente, pasaron a discutir la muerte y el desastre, todo ello muy alegremente, porque estaban del humor exactamente opuesto al que el poeta había alabado diciendo que era dulce, y los tristes pensamientos que evocaba Sarum Close traían pensamientos agradables a sus mentes.

Tenían muchas cosas que decirse. Su charla, su ávido intercambio de opiniones no tenía fin. Ahora, Chickover resultaba borroso como un sueño en la mente de Catherine, y la Catherine que se había ido a dormir allí cada noche en un estado de desdicha creciente era un sueño dentro de un sueño. Con Christopher estaba viva. Él estaba tan tremendamente vivo que haría falta ser una momia sin remedio para no contagiarse de la vida que él tenía y despertarse. Además, era imposible —al menos durante un corto espacio de tiempo— estar con alguien que la adorare, a no ser que fuera físicamente repulsivo, y no ser feliz. Que Christopher la adoraba estaba claro hasta para los mismos transeúntes. Los hombres que pasaban hacían para sus adentros una mueca de simpatía; las mujeres suspiraban; y las ancianas, que hacía tiempo habían olvidado la envidia, sonreían con abierta benevolencia entre las cintas de sus capotas.

Sin prestar atención a nadie que no fuera el otro, caminaron por Salisbury mirando los lugares de interés sin verlos, tan embebidos estaban en su charla. ¿Qué cosa más inocente podía haber que pasear por Salisbury charlando? Aunque si Stephen, Virginia o *Mrs*. Colquhoun les hubieran visto, se habrían sentido agitados por emociones desagradables. Aquel

pensamiento se le pasó por la cabeza a Catherine una sola vez a lo largo de la tarde. Fue cuando, mientras tomaban el té en una pastelería, Christopher le tendió un plato de bollos, con una cara que tenía la expresión de un serafín que flotase en la gloria; ella cogió un bollo y se quedó con él en la mano, mientras le miraba atrapada por aquella idea y dijo:

—¿Por qué no se puede ser feliz?

—Claro que se puede, y se es feliz.

—Se es —dijo ella sonriendo— pero no se puede. Al menos, no se puede seguir siendo feliz. Otra vez, no. No de este modo. No —trató de encontrar palabras para expresarlo— cuando no le toca a uno serlo.

—Lo que los parientes piensen, deseen, aprueben o deploren —dijo Christopher, a quien aquellas observaciones le olían a Stephen— nunca debe tenerse en cuenta para nada si uno desea seguir creciendo.

—Bueno, parece que yo continúo creciendo a una velocidad de vértigo.

—Además, suele ser envidia. Casi siempre lo es, en el fondo. La aversión de los que están medio muertos contra los que están vivos del todo, de los que nadie quiere por los que son queridos. No pueden conseguir estar vivos y declaran que lo único respetable es estar muerto. Lo único puro. Lo único santo. Y fingen sentir todo el piadoso horror del mundo si uno no quiere estar muerto también. Los parientes —concluyó, encendiendo un cigarrillo y hablando desde las profundidades de una experiencia que consistía en un solo tío, que además era el más amigable y menos exigente de los hombres, que siempre daba consejo y nunca criticaba, y que sólo deseaba que se jugara con él al golf de vez en cuando— son así. Hay que desafiarlos porque, si no, te estrangulan.

—Parece peligroso —dijo Catherine, prosiguiendo con su primera idea — dejar ver que te gusta mucho algo o alguien.

—Eso es de una consumada hipocresía —dijo Christopher con expresión de repugnancia.

—Si fueras calvo y tuvieras una larga barba blanca… —empezó ella— … Pero incluso así —continuó tras una pausa—, si pareciéramos complacidos mientras hablásemos y diéramos la impresión de estar muy interesados, estaríamos arreglados.

Sonrió y continuó diciendo:

—No les importaría en absoluto que estuvieras comiendo bollos tranquilamente con una chica de tu edad. Lo que les importa es que aparezca alguien como yo, que ya ha tenido su oportunidad, a quien ya no le toca la vez.

—Les gustaría que la gente se amase siguiendo unas normas —dijo Christopher.

—No sé qué pasaría con el amor, pero sí que les gustaría que la gente fuera feliz siguiendo unas normas.

—Hay que desafiarles.

Ella se echó a reír.

—Les estamos desafiando —dijo.

Al salir de Salisbury con el sol poniente a sus espaldas continuaron con la misma tranquilidad en dirección a Andover y Londres.

—¿No deberíamos ir un poco más deprisa? —preguntó Catherine, al darse cuenta de lo bajo que estaba el sol.

—¿No te bastará con llegar a casa hacia las nueve? —preguntó él.

—¡Oh, sí! Me encanta esto.

—A mí me gustaría seguir así para siempre —dijo Christopher.

—Somos amigos —dijo Catherine mirándole con una sonrisa.

—Sí que lo somos —dijo Christopher con profunda satisfacción.

Los tubos de la chimenea de una vieja casa que estaba a su derecha rodeada de árboles la atrajeron y salieron de la carretera principal para ir a verla. La casa no era especialmente bonita, pero la carretera que conducía hasta ella sí, y continuaba serpenteando más allá de la casa entre bosques aún más bonitos.

Siguieron por ella, porque la carretera principal no tenía interés, y ésta, aunque dando un rodeo, sin duda les llevaría al final a Andover.

Era encantador aquel lento paseo por la tarde suave de color púrpura. El olor de la tierra y de la hierba húmeda en los bosques que atravesaban era delicioso. Había una gran tranquilidad y, a veces, se detenían sólo para escuchar el silencio.

Qué cosa tan perfecta era el compañerismo, pensó Catherine. Ser dos en vez de uno, ser dos felizmente, sin tensiones, sin disimular ni fingir, ser natural, sencillo, relajado —tan natural, sencillo y relajado que era como ser uno mismo por duplicado, pero uno mismo en los mejores momentos, cuando se estaba más tranquilo y más divertido—. ¿Podría haber alguna condición que resultara más absolutamente deliciosa?

Y pensó Catherine que ser dos con alguien del sexo opuesto, alguien fuerte que pudiera cuidarla, con quien se sintiera cómoda y segura, alguien joven, a quien le gustara hacer todas las cosas que tanto le gustaba hacer a la eterna niña que había en ella —sin atreverse nunca por falta de apoyo, por miedo a que se rieran de ella— resultaba completamente delicioso.

Bordeando el bosque llegaron hasta un grupo de casitas; una pequeña aldea, solitaria, apartada del ruido, con el humo de las chimeneas que ascendía en el aire apacible, tan pequeña que ni siquiera tenía iglesia —una aldea muy, muy feliz, pensó Catherine, al recordar la semana de iglesia que se había pasado— y, en el jardín de una de las casitas, resguardado y cálido, estaba la primera planta de grosellas que había visto aquel año.

Se alzaba espléndida contra el fondo gris del umbroso jardín de brillante color rosa y carmesí en el anochecer. Christopher se detuvo ante sus exclamaciones, se bajó, entró en la casa y le pidió a la anciana que vivía allí que le vendiera un ramo de aquellas flores; y la anciana, mirándoles a Catherine y a él, se sintió segura por sus expresiones apacibles de que estaban de luna de miel, así que cogió un ramo, fue hasta la verja y se lo dio a Catherine sin querer aceptar ningún dinero, diciéndole que era para darle suerte.

Resultaba muy natural y acorde con todo lo demás de aquella tarde el encontrar a una anciana amable que les regalara flores y les deseara suerte. En Salisbury, todo el mundo parecía extraordinariamente amistoso. Esta anciana también era extraordinariamente amistosa. Incluso les llamó «queridos míos», cosa que hizo desbordar su felicidad.

A partir de allí el paisaje era muy abierto, solitario y silencioso. No se veía señal ninguna de pueblo; sólo colinas onduladas y algún pequeño grupo de árboles de vez en cuando. También empezaron algunas débiles estrellas en el cielo pálido.

—¿No deberíamos ir más rápido? —volvió a preguntar Catherine, con el regazo lleno de flores carmesí.

—Adelantaremos entre Andover y Londres —dijo Christopher—. Si llegamos a Hertford Street a las nueve y media en vez de a las nueve, ¿será buena hora?

—¡Oh, sí! —dijo Catherine plácidamente.

Avanzaban con lentitud, siguiendo las curvas del camino, que no tardó en hacerse más estrecho y cubierto de hierba, metiéndose en hondonadas y saliendo de ellas. No se veía una casa, ni un ser humano. Sólo había quietud, anochecer y estrellas. A Catherine no tardó en parecerle, en aquel amplio lugar de terreno ondulante y cielo grandioso, que en todo el mundo no había nada más que ella, Christopher y las estrellas.

A unos once kilómetros de la aldea donde estaba la planta de grosellas florida, en lo alto de una pendiente, la moto se paró.

Ella, saliendo de la ensoñación en la que había caído, pensó que él la

había parado, como había hecho tantas veces a lo largo de la tarde, para escuchar el silencio; pero no la había parado él, se había parado sola.

—¡Maldita sea! —exclamó Christopher, tirando, empujando y dando patadas a ciertas partes del trasto.

—¿Por qué? —preguntó Catherine tranquilamente.

—El motor se ha parado.

—Quizá necesite que se le dé cuerda.

Se bajó y empezó a agacharse a escudriñar. Ella siguió tranquilamente sentada, con la cabeza hacia atrás y la cara hacía arriba, contemplando las estrellas. Aquello resultaba muy hermoso, con la gran quietud de la noche que caía. Aún persistía una leve línea roja en el cielo por donde el sol se había puesto, pero por el este caía lentamente hacia ellos una oscura cortina. La carretera torcía hacia el sur exactamente en el lugar donde estaban, y el rayo rojo de la puesta del sol quedaba a su derecha y la oscuridad que avanzaba a su izquierda. Estaban en la cima de una elevación de la amplia llanura y era como si pudiera contemplar los confines del mundo. La tranquilidad, ahora que el motor se había parado, era profunda.

Christopher se acercó y la miró. Ella le sonrió. Estaba perfectamente feliz y satisfecha.

Él no le devolvió la sonrisa.

—Se ha acabado la gasolina —dijo.

—¿Ah, sí? —dijo Catherine plácidamente. En los coches, cuando se acababa la gasolina, se abría otro bidón y se volvía a llenar.

—No hay más —dijo Christopher—. Y, por el aspecto de este sitio, yo diría que estamos a dieciséis kilómetros de cualquier sitio.

Se sentía abrumado. Había tenido intención de llenar el depósito en Salisbury y, en su condición de felicidad encantada, se le había olvidado. De todos los idiotas infernales sin remedio…

Se limitó a mirarla fijamente.

—Bueno, ¿qué vamos a hacer? —preguntó ella, despertándose un poco ante la seriedad de su rostro.

—Si estuviéramos cerca de algún sitio… —dijo, mirando a su alrededor.

—¿No podemos volver a las casitas aquellas?

—Este trasto no se moverá.

—¿Y andar?

—Son por lo menos once kilómetros.

Se miraron en medio de la oscuridad que iba en aumento.

—Pero bueno, Christopher…

—Ya lo sé —dijo—. Estamos con el agua al cuello y es culpa mía por completo. Sencillamente, se me olvidó que me la llenaran en Salisbury.

—Bueno, pero debe de haber alguna solución.

—No, a no ser que alguien acierte a pasar por aquí y pueda persuadirle de que se acerque al surtidor más cercano y nos traiga un poco de gasolina.

—¿No puedes ir tú?

—¿Y dejarte aquí?

—¿No puedo ir yo?

—¡Como si pudieras!

Se miraron en silencio. Las estrellas se iban volviendo más brillantes. Ahora sus caras se destacaban como algo blanco en el paisaje que oscurecía.

—Pero bueno, Christopher… —empezó ella incrédula.

—Si pensara que andando podríamos llegar a cualquier sitio en un tiempo razonable, abandonaría aquí esta máquina inútil a su suerte, pero podríamos perdernos y dar vueltas durante horas. Y además, ¿dónde encontraríamos una estación de ferrocarril? Tendríamos que recorrer kilómetros y kilómetros.

—Eso no importaría. Quiero decir, por muy tarde que llegásemos a Londres, no importaría siempre que consiguiésemos llegar.

—Ya me doy cuenta de que tenemos que llegar. Lo que me preocupa es cómo.

Catherine estaba silenciosa. Desde luego, como Christopher decía, estaban con el agua al cuello. Al menos, pensó mentalmente, estaba de acuerdo con él en que aquello era un jaleo endemoniado.

—Catherine, lo siento —dijo, poniendo una mano en la suya.

Las palabras sólo representaban débilmente sus sentimientos. Se sentía destrozado por su estupidez, por el olvido idiota de Salisbury. ¿Volvería ella a confiar en él alguna vez? Si no lo hacía, se lo tenía merecido.

—Era tan feliz en Salisbury que ni me acordé de la gasolina. Soy un canalla sin remedio.

—¿Pero qué vamos a hacer? —preguntó Catherine con seriedad.

—Que me cuelguen si lo sé.

Volvieron a mirarse en silencio. Ahora, la noche parecía haber descendido sobre ellos con la brusquedad de un enorme pájaro abatiéndose.

—Creo que sería mejor que la dejásemos aquí y echásemos a andar —dijo ella—. Resulta terrible hacerlo, pero tal vez exista la posibilidad de que encontremos a alguien o lleguemos a algún sitio. O quizá pudiésemos

empujarla. ¿Pesa mucho?

—Yo tal vez pudiera empujarla unos tres kilómetros, pero ése sería el límite.

—Pero yo ayudaría.

—¡Tú!

Aunque se sentía muy desgraciado, le sonrió.

—Tal vez pudiéramos encontrar la carretera principal —dijo, escudriñando el oscuro espacio hacia donde probablemente se encontrase. ¿Pero cuántos kilómetros?

—No puede estar muy lejos, ¿verdad? —dijo ella—. Y entonces quizá nos pudiera ayudar algún coche que pasara.

Él sacó una cerilla y encendió las lámparas —su luz les consoló un poco — y sacó el mapa para estudiarlo.

Como se temía, aquel oscuro y atractivo camino de carros no figuraba en él, ni tampoco el grupo de casitas solitarias.

Muy lejos, hacia el norte, en algún árbol distante ululó un búho. Tuvo el efecto de hacerles sentirse más perdidos que nunca.

—Creo que sería mejor que nos quedásemos donde estamos —dijo él.

—¿Y esperar que pueda pasar alguien?

—Sí. Tendremos las luces encendidas. Deben verse en varios kilómetros a la redonda. Puede que alguien se pregunte qué hacen aquí arriba sin moverse. Es una posibilidad. Aunque la gente es condenadamente poco curiosa —añadió.

—Especialmente si ser curioso significa subir andando hasta aquí en la oscuridad.

Ella trataba de hablar con su tono de voz normal, pero le era difícil, porque estaba horrorizada por la mala suerte que habían tenido.

—Quizá si gritaras… —sugirió.

Él gritó. Sonaba horrible. Subrayaba la soledad. La hacía temblar. Y después de cada grito, en el silencio que le sucedía, el búho ululaba allá en los árboles lejanos. Era la única respuesta.

—Vamos a esperar tranquilamente —dijo ella, poniéndole la mano en el brazo—. Seguro que antes o después alguien verá las luces.

Una ligera brisa empezó a levantarse a su alrededor, que al principio era un leve movimiento del aire, pero era un airecillo muy fresco, por no decir frío, y si aumentaba resultaría decididamente desagradable.

Él volvió a mirar a su alrededor. El suelo se inclinaba a la izquierda del camino formando uno de los muchos huecos en los que habían entrado y

salido desde que dejaron las casitas.

—Nos sentaremos ahí abajo —dijo—. Estaremos más resguardados y oiremos muy bien si viene alguien por el camino.

Ella se puso en pie y él la ayudó a bajar, desenvolviendo la manta como había hecho aquella mañana —¿de verdad había sido aquella misma mañana?— en la soleada cala junto al mar.

—¡Vaya día tenemos! —dijo Catherine tratando de resultar alegre; pero nunca hubo nadie que se sintiera más lejano de estarlo.

Él llevó la manta y los cojines por la hierba y bajó con ellos la ladera. No podía decir nada. Se sentía abrumado por la estupidez.

¿De qué serviría echarse a los pies de ella y suplicarle que le perdonase? Eso no le serviría de nada. Además, ella no estaba enfadada con él, no podía perdonarle una ofensa que no reconocía. Era un ángel. Estaba hecha de paciencia y de un carácter dulce. Y él la había metido en aquel jaleo increíble.

Christopher eligió en silencio, con ayuda de una de las lámparas que cogió de su máquina, un pequeño agujero dentro del agujero, extendió la manta en él y dispuso los cojines.

—No son mucho más de las ocho —dijo, mirando su reloj de pulsera—. Es bastante pronto. Con suerte…

Se detuvo y tapó a Catherine, cuando se hubo sentado, con los extremos y los lados de la manta, porque, ¿qué entendía él por suerte? Que pudiera pasar alguien por aquella llanura y consintiera en ir a buscarles gasolina, ¿cuántas horas pasarían antes de que pudiera encontrarla y traerla? Sin embargo, devolverla a Hertford Street a altas horas de la noche, aunque fuera a las más altas, sería mejor que no llevarla hasta el día siguiente.

—Quédate aquí —dijo— y yo iré hasta esa máquina maldita otra vez y daré unos cuantos gritos más.

—Suena horroroso —dijo ella, con un escalofrío—. Como si nos estuvieran matando.

—Aquí abajo no los oirás tan fuerte.

Subió por la pendiente y, al poco tiempo, el sonido desamparado volvió a retumbar otra vez. La noche sonaba con él. Parecía imposible que el mundo entero no se pusiera en actividad sobresaltado por semejante ruido.

Cuando enronqueció, volvió junto a ella y se sentó a escuchar, aguzando el oído por si oía algún sonido de pasos que se acercasen.

—¿No tienes frío? —preguntó—. ¡Oh, Catherine, perdóname!

—Estoy bastante abrigada —respondió ella sonriendo—. Y sabrás que

esto no me importa lo más mínimo. Realmente es… divertido.

Él no dijo más. Él, que siempre tenía la lengua tan suelta, no tenía nada que decir ahora. Se sentó en silencio junto a ella, escuchando.

—Me alegro de que nos comiéramos todos aquellos bollos con el té —dijo ella enseguida.

—¿Tienes hambre?

—Todavía no. Pero creo que la tendré pronto, y tú también.

—Y me temo que pronto tendrás frío. ¡Oh, Catherine…!

—Bueno, pero todavía no lo tengo —le interrumpió, volviendo a sonreír, porque de nada servía que el pobre Christopher se hiciera reproches.

Mirando con dificultad su cara, que estaba blanca en la oscuridad, vio que estaba sonriendo. La arropó más con la manta. Quería besarle los pies, adorarla por ser tan animosa y tan paciente, pero ¿de qué serviría? Nada de lo que hiciera podría expresar lo que pensaba de sí mismo. Ahí estaban, y empezaba a hacer frío.

Imaginó haber oído un ruido, arriba en el camino, y subió de un salto el terraplén.

Silencio allá arriba. Silencio, las estrellas, las solitarias luces de su máquina desierta y, allá abajo, todo negro y, a su alrededor, el vacío.

Gritó de nuevo. Su grito pareció regresar a él tristemente, desde una gran distancia.

Para entonces eran las nueve y media.

Se quedó allá arriba durante media hora gritando a intervalos, hasta que se le fue la voz. Cuando volvió a bajar con dificultad al agujero, Catherine estaba dormida.

Se sentó cuidadosamente junto a ella. No se atrevía a encender un cigarrillo por miedo a que el olor la despertase. Más valía que durmiera.

Siguió sentado, maldiciéndose. ¿Y si cogía frío y se ponía enferma del cansancio y la intemperie? Aparte de esto y de lo que él se temía que sería una inevitable pérdida de confianza en él, no veía ningún otro peligro para ella. Aquéllos ya eran bastante malos, pero no veía otros. Nadie se enteraría de esto. Ninguno de sus detestables parientes sabría nunca que por fin no llegó a casa hasta… ¿cuándo? ¿Cómo iban a saberlo? A *Mrs*. Mitcham o al portero ni se les pasaría por la cabeza mencionarlo. ¿Por qué demonios iban a hacerlo? En cuanto a eso, se sentía tranquilo. Pero Catherine allí, en un campo húmedo, de noche, quizá durante horas —ella, que era a sus ojos una joya preciosa, que le parecía que nunca se la debería permitir salir del

nido más blando y más seguro—; Catherine, traída hasta allí por él, abandonada allí por culpa suya. Aquéllas eran las cosas que le hacían maldecir entre dientes, sentado a su lado mientras dormía.

Empezó a hacer más frío, mucho más frío. Una neblina empezó a formarse por debajo de ellos y se arrastró entre los montículos. No había viento que pudiera alcanzarles en su agujero, pero él sabía que la neblina es una cosa que resulta fría y húmeda, que resulta muy desagradable cuando se le asoma a uno por encima de las botas.

Quizá no llegase tan alto. La observó con angustia. Estaba desesperado. Sabía que podían calentarse andando y que él se calentaría de sobra empujando su máquina, pero no podía empujarla mucho más de tres kilómetros, como le había dicho a ella, por aquel camino accidentado y, cuando se viera obligado a detenerse por el agotamiento, los dos tendrían muy pronto más frío que nunca. Además, se imaginaba a Catherine, con sus piececitos, resbalando y dando tumbos en el barro y en medio de la oscuridad. Y, de todas maneras, ahora que había niebla no llegarían a ningún sitio. Más valía que se quedaran plantados donde estaban. Al menos estaban resguardados del viento. Pero resultaba fantástico pensar, como empezaba a verse obligado a hacerlo, que tal vez tuvieran que quedarse allí hasta que se hiciera de día.

Se sujetó las rodillas con las manos enlazadas y contempló las estrellas. Qué duras y frías parecían. ¿A ellas qué les importaba? Eran brutas y crueles. Se preguntó por qué las habría admirado alguna vez.

Catherine se movió, y él se volvió rápidamente hacia ella, arropándola de nuevo con la manta que se le había caído.

Esto la despertó, abrió los ojos y miró un momento, con un asombro silencioso, la cabeza de él, que se inclinaba hacia ella oscura y sombría, enmarcada en estrellas sobre el cielo negro.

Parecía la cabeza de Christopher pero ¿por qué?

Entonces se acordó.

—¡Oh! —dijo débilmente—. Si aún estamos aquí…

Intentó no temblar, pero tenía mucho frío y, ¿qué es para una persona una sola manta y la hierba húmeda sobre la que tumbarse si se está acostumbrado a estar a aquellas horas de la noche en una cama con varias mantas? Además, su superficie era pequeña y cogía frío más rápidamente que la gente más grande.

Él vio cómo temblaba y, sin pedir permiso ni perder el tiempo utilizando frases, se acercó a ella y la cogió en sus brazos.

—Esto no tiene nada que ver con nada, Catherine —explicó, cuando ella hizo un movimiento de resistencia—, excepto con la determinación de no dejar que te mueras de frío. Además, a mí también me dará calor, cosa que me atrevo a decir que no ocurriría, hacia la hora del alba, si me quedo yo solo, apartado.

—¿El alba? —repitió como un eco con una voz muy pequeña—. Así que… ¿crees que estaremos aquí toda la noche?

—Eso parece.

—¡Oh! Christopher…

—Ya lo sé.

No dijo más, y la estrechó fuertemente en sus brazos junto con el abrigo y la manta. Christopher estrechaba a Catherine como una madre estrecha a su bebé, y con un tipo de ternura apasionada y protectora muy similar. Un brazo le rodeaba los hombros para que la cabeza de ella descansase en su pecho, el otro le rodeaba el cuerpo, apretando en torno suyo las prendas que la cubrían. La cabeza de él descansaba en el cojín del sidecar, con la mejilla apoyada en el suave gorro de ella.

Permanecieron tumbados así en silencio, y lo que Catherine sintió primero fue asombro por estar allí, en una ladera desconocida de un campo solitario con Christopher por la noche, obligada por las circunstancias a acercarse a él todo lo posible; y después, cuando se sintió más caliente y más adormilada y, por lo tanto, la naturaleza prevaleció sobre las convenciones, una satisfacción y una paz extrañas. Y lo que Christopher sintió, tendido con la mejilla contra la cabeza de ella y contemplando las estrellas, fue que nunca había visto nada más bonito que la manera en que aquellas benditas estrellas parecían entender, parpadeando y lanzando destellos hacia ellos, como si se estuvieran riendo de alegría ante la gran cantidad de felicidad que se había depositado en el mundo. Su precioso amorcito, su muy precioso amorcito…

—Por supuesto, ya sabes —murmuró Catherine, en los umbrales del sueño— que esto es sólo… una especie de… medida de precaución…

—Por supuesto —susurró Christopher, abrigándola más con la manta.

Pero el sueño es un gran disolvente del sentido moral. ¿Cómo se va a distinguir lo bueno de lo malo si se está dormido? ¿Cómo se puede esperar que sea uno responsable en semejante estado? Catherine se durmió y Christopher la besó. Entre sueños notaba confusamente que la estaban besando, pero eran unos besos tan suaves y tan tiernos, la hacían sentirse tan segura… y por allí no había nadie a quien le importase, nadie que les

criticara… y el ayer estaba infinitamente lejano… y el mañana tal vez no llegase nunca…

No estaba tan dormida que no supiese que era feliz; pero estaba demasiado dormida para sentir que debería detenerle.

XXI

Mrs. Mitcham, que no esperaba el regreso de su señora hasta el lunes, se fue aquel sábado a visitar a una amiga en Camden Town y, cuando regresó poco después de las nueve, se quedó muy sorprendida al encontrarse al marido de *Miss* Virginia plantado en la alfombrilla a la puerta del piso y llamando al timbre. Él debía saber mejor que nadie que su señora no estaba allí, pensó *Mrs*. Mitcham, puesto que estaba precisamente en casa de *Miss* Virginia.

La alfombra de las escaleras era gruesa, y *Mrs*. Mitcham llegó hasta Stephen sin que él lo notase. Estaba ensimismado llamando al timbre. No paraba de llamar.

—Perdone, señor —dijo *Mrs*. Micham respetuosamente.

Él se volvió rápidamente.

—¿Dónde está su señora? —inquirió.

—¿Mi señora, señor? —dijo *Mrs*. Mitcham muy sorprendida—. Tenía entendido que volvía el lunes, señor.

—Salió de la finca esta mañana para volver a casa. Hace mucho que debería haber llegado. ¿No ha recibido ningún telegrama anunciando su llegada?

—No, señor.

—Pues yo sí —dijo él, con un aspecto muy preocupado, notó *Mrs*. Mitcham, y sacándose un telegrama del bolsillo del abrigo—. Mi mujer me telegrafió diciéndome que su madre había salido para acá y pidiéndome que comprobase si había llegado sin novedad.

—¿Sin novedad, señor? —repitió *Mrs*. Mitcham, sorprendida ante aquella expresión.

—*Mrs*. Cumfrit venía… en coche. Como sabe, a mi mujer no se la debe preocupar ni causar angustias en estos momentos —dijo Stephen, frunciendo el ceño—. Es muy desaconsejable, muy desaconsejable.

—Sí, señor —dijo *Mrs*. Mitcham—, pero estoy segura de que no hay ningún motivo. *Mrs*. Cumfrit estará aquí enseguida. No son más que las nueve, señor.

—Salió a las dos y media.

—Teniendo en cuenta posibles pinchazos, señor… —sugirió respetuosamente *Mrs*. Mitcham—. ¿Quiere pasar, señor? —añadió, abriendo la puerta y sujetándola para que él pasara.

—Sí, y esperaré —dijo Stephen con voz decidida.

Entró directamente al cuarto de estar sin quitarse el abrigo. Para *Mrs*. Mitcham estaba claro que el marido de *Miss* Virginia estaba molesto. No parecía el mismo caballero que en su última visita las había llamado tan amablemente «hijas mías» a ella y a su señora. Y les había dicho que se amasen. Se alegró bastante de apartarse de él metiéndose en su tranquila cocina.

Stephen estaba muy preocupado. Había recibido el telegrama de Virginia a las seis en punto cuando estaba tranquilamente sentado en su habitación del hotel repasando sus sermones y dándoles los últimos toques importantes. Eran horas valiosas, aquellas horas de la sobremesa y de la tarde del sábado antes de predicar, y que le apartaran de ellas por alguna razón era muy fastidioso. Que le apartaran de ellas por aquella razón en particular era más que fastidioso, era gravemente perturbador. Otra vez aquel sidecar; otra vez aquel joven; como si una mañana en él y con él no fuera ya suficientemente deplorable. No le extrañaba que su pobre cariñito estuviera angustiada en casa. Así lo expresaba en el telegrama. Decía: «Madre salió para Hertford Street en sidecar. *Mr*. Monckton 2.30. Comprueba si llegó bien. Preocupada».

A las dos y media; y entonces eran las seis. Fue a ver enseguida. No sabía mucho de motos pero, a la velocidad que los había visto ir, juzgó que Monckton, no menos rápido que sus colegas en alterar la paz de los campos de Dios, habría tenido tiempo de llegar a Londres.

Sin embargo, no había nadie en el piso. Ni siquiera *Mrs*. Mitcham, que tenía la obligación de estar. Llamó en vano. Al salir le preguntó al portero por qué no había nadie, y se enteró de que *Mrs*. Mitcham había salido a las tres y no había vuelto aún, y que *Mrs*. Cumfrit llevaba toda la semana en el campo, cosa que ya sabía perfectamente.

A las siete y media fue otra vez —era dolorosamente consciente de que sus sermones se resentirían— pero con el mismo resultado. Para entonces había oscurecido y él también empezó a sentirse inquieto, no por su suegra,

porque lo que le pasara sería exclusivamente culpa suya, sino por Virginia. Se encontraría en un terrible estado si supiera que su madre no había llegado a casa todavía. El que *Mrs*. Mitcham aún estuviera ausente de sus obligaciones lo consideraba no solamente reprobable y otra prueba más de la negligencia de *Mrs*. Cumfrit, sino como una señal de que desconocía el retorno inminente de su señora, cosa que era extraña.

Inmediatamente después de la cena, que era mala, pero que de haber sido buena no hubiera podido apreciar en el estado mental en que se encontraba, volvió a Hertford Street y como, a pesar de las afirmaciones del portero no podía creer que el piso siguiera vacío, llamó una y otra vez, y *Mrs*. Mitcham se lo encontró llamando. Su suegra ya debía estar allí. Estaba dentro. Estaba seguro de que estaba dentro y, cansada, se había ido a acostar.

Pero en cuanto entró se dio cuenta de que no estaba. Hacía un frío, había un silencio en el piso que sólo se da en los lugares abandonados por sus habitantes. El cuarto de estar estaba tan frío y limpio como un cadáver. Se quedó con el abrigo puesto. La idea de quitárselo en medio de aquella frialdad ni siquiera se le habría ocurrido. Le hubiera gustado quedarse también con el sombrero, porque se había quedado calvo joven, pero las enseñanzas que había recibido en su juventud sobre el tema de los cuartos de estar de las señoras y lo que había que hacer en ellos se lo impidió.

Mrs. Mitcham, que entró a encender el fuego, se lo encontró a oscuras, mirando fijamente por la ventana. La habitación sólo estaba iluminada por el resplandor que entraba de las farolas de la calle. Lo sintió mucho por él. No se había imaginado que le tuviera tanto aprecio a *Mrs*. Cumfrit. Para entonces, la propia *Mrs*. Mitcham se sentía bastante preocupada y, mientras hacía la cama de Catherine y preparaba su habitación, sólo se mantenía optimista recordando que un coche tenía cuatro ruedas y todas ellas podían pincharse, aparte de otras innumerables partes que sin duda también podían tener cosas a las que les pasara algo.

—Encenderé el fuego, si le parece, señor.

—Por mí, no —dijo Stephen sin moverse.

Ella lo encendió de todos modos y encendió además la luz que estaba junto al sofá. No quiso correr las cortinas, porque él seguía de pie junto a la ventana, contemplando fijamente la calle. Vigilando, pensó *Mrs*. Mitcham; observando con preocupación. Se sintió muy conmovida.

—¿Desea algo, señor? —preguntó.

—Nada —dijo Stephen con la mirada clavada en la calle.

Durante toda aquella horrible noche Stephen vigiló desde la ventana y *Mrs*. Mitcham entró a intervalos a ver qué podía hacer por él. A las once preparó café y se lo llevó, y lo volvió a retirar a medianoche, frío e intacto. A la una entró con unas mantas y le preparó una cama en el sofá, en la que no se metió. A las cinco le trajo un té, que no se tomó. A las ocho empezó a preparar el desayuno. Durante la noche entera permaneció ante la ventana o paseó por la habitación y cada vez que volvía a verle parecía haber adelgazado. Desde luego, su cara parecía más afilada que la noche anterior. *Mrs*. Mitcham no podía por menos que sentirse contagiada de tal agitación, aunque como era de natural optimista, le parecía por algún motivo que su señora se había retrasado y no había sufrido daño. De todas formas, era imposible ver a un caballero como *Mr*. Colquhoun —un caballero de mucha cultura, por lo que había oído, que lo debía saber todo de todo y que había predicado en la Catedral de St. Paul— adelgazando de la preocupación ante sus propios ojos sin preocuparse también, a pesar de su secreta confianza. Y la cruda realidad de que su señora no había dormido en su cama saltaba a la vista. «Tengo que lavarme», dijo Stephen con voz ronca cuando le dijo que el desayuno estaba listo y que le haría bien.

Le condujo al cuarto de baño.

—Tengo que afeitarme —le dijo, mirándola con los ojos hundidos—. Debo predicar esta mañana. Tengo que volver a mi hotel a afeitarme.

—¡Oh, no señor! —dijo *Mrs*. Mitcham, y le llevó las navajas de afeitar de George, un poco desafiladas, pero navajas al fin y al cabo.

Se las quedó mirando. Sus ojos parecieron hundirse más aún.

—¿Navajas de afeitar? —dijo—. ¿Aquí?

Eso de que hubiera navajas de afeitar en el piso de una viuda…

—Del difunto *Mr*. Cumfrit, señor —dijo *Mrs*. Mitcham.

Por supuesto. Realmente había perdido el control; ya no parecía ser capaz de evitar que sus pensamientos se perdieran en los lugares más increíbles.

Suavizó las navajas, pensando en la última ocasión en que probablemente las habría suavizado su suegro antes de plegarlas para no volverlas a suavizar más, y se afeitó ante el espejo del cuarto de baño, ante el que aquel hombre excelente debió afeitarse tan a menudo. *Pulvis et umbra sumum*, se dijo Stephen en medio de su profundo abatimiento, olvidándose por un momento de la gloriosa resurrección en la que tan cuidadosamente creía. ¿En qué punto —se preguntó, con la mente puesta de nuevo en sus preocupaciones— se informaba a la policía, en las circunstancias en que se

encontraba?

Se obligó a desayunar un poco, por miedo a que de otro modo pudiera desmayarse en el púlpito, y se bebió una taza de café fuerte con la misma idea de mantenerse en pie. El que hubiera sido su propia suegra la que le había ocasionado todo aquel quebranto le producía un especial dolor. Estaba muy claro que había ocurrido un accidente, y sabía Dios cómo iba a poder pronunciar un sermón atenazado por el miedo al efecto que tan horrible noticia tendría en la amada madre de su futuro hijo. Se dijo que no existía felicidad alguna fuera del simple camino recto del propio deber. Si su suegra hubiera seguido por ese camino como antes hacía, en vez de dedicarse de repente a ceder ante cualquier impulso —el que aún tuviera impulsos era en sí mismo indecente—, esta desgracia para Virginia y, por tanto, para él, se habría podido evitar. Andar corriendo por el campo con un joven… pero qué escandaloso a su edad. Y el castigo correspondiente, el accidente que estaba tan claro que había ocurrido, caía con más rigor, como tan misteriosamente ocurre a menudo con los castigos, sobre los inocentes —sólo que uno no debe cuestionarse la sabiduría divina—. ¿Qué criatura viviente en el mundo entero podría ser más inocente que su esposa? Sólo el niño; sólo la pequeña alma de amor que ella llevaba debajo de su corazón; y también él sufriría con el sufrimiento de ella.

Stephen rezó. No podía soportar la idea de lo que Virginia iba a sufrir. Inclinó la cabeza entre los brazos y rezó. *Mrs*. Mitcham se lo encontró así cuando entró a retirar el desayuno. Le daba mucha pena; parecía que le tenía mucho más cariño a su señora de lo que nunca se habría imaginado.

—Se sentirá mejor, señor —le consoló—, cuando el desayuno le haya hecho efecto —y se aventuró a preguntar—: ¿Era el coche de *Miss* Virginia el que traía a *Mrs*. Cumfrit? Perdón, señor, quiero decir su coche. Porque si es así, está claro que se encontrará a salvo con Smithers.

Stephen sacudió la cabeza. No podía soportar las preguntas. No podía entrar en la historia de la moto con *Mrs*. Mitcham. Se sentía enfermo después de pasar toda la noche paseando por el cuarto de estar; parecía que le estallaba la cabeza. Se levantó y salió de la habitación.

Tenía que ir al hotel de camino a St. Jude para recoger su sermón. Esperó hasta el último minuto posible, con la esperanza de que pudiera llegar alguna noticia; y después, cuando ya no se atrevía a esperar más y *Mrs*. Mitcham le estaba ayudando a ponerse el abrigo, le dijo que volvería inmediatamente después del servicio matutino y consideraría qué pasos había que dar para informar a la policía.

—¿La policía? —repitió *Mrs*. Mitcham, muy alarmada. La policía y su señora. El último rayo de optimismo desapareció de su corazón.

—De algún modo tenemos que enterarnos de lo que ha pasado —dijo Stephen bruscamente.

—Sí, señor —dijo *Mrs*. Mitcham, abriendo la puerta.

La policía y su señora. Tuvo la impresión de que el simple hecho de hacer que la policía la buscara les haría encontrar algo horrible, que, si no había pasado nada, en el momento en que empezaran a buscar habría ocurrido algo.

Sintiéndose profundamente consciente de que sólo era una débil mujer en un mundo lleno de hombres voluntariosos, le abrió la puerta a Stephen y él, al franquearla sin decir palabra, se encontró con Catherine, que salía del ascensor. Catherine, perfectamente bien e indemne… y con ella estaba Christopher.

Los tres se pararon en seco.

—¿Tú, Stephen? —dijo Catherine muy débilmente, después de un momento—. Pero ¿cómo…?

—He estado esperando toda la noche. Esperando y mirando a ver si venías.

—Yo… nosotros… hemos tenido una avería.

Él le hizo señas al ascensorista de que iba a bajar con él.

—Basta, basta —dijo, haciendo un extraño gesto, como si quisiera que se alejasen de su vista ella y todo cuanto le concerniese; se metió a toda prisa en el ascensor y desapareció.

Catherine y Christopher se miraron.

XXII

Aquél fue un día horrible para Stephen.

Muchos hombres se han enterado, con terrible dolor inesperado, de que sus esposas, a las que consideraban modelos de inocencia, estaban traicionando secretamente a sus hogares y a sus familias, pero Stephen no podía recordar ningún ejemplo de un hombre que se enterara de aquello en relación con la madre de su esposa. Suponía que no resultaba tan horroroso personalmente como si se tratara de la propia esposa pero, por otra parte, poseía una peculiar atrocidad propia. Una mujer joven podía caer por la pendiente, impelida por el simple impulso de la juventud; pero para las mujeres de edades más maduras, para las matronas, para las viudas, para aquéllas a quienes la tranquila actividad que les queda en la vida es mantener brillante la luz del ejemplo, cuyo orgullo debería ser estar tranquilas, inmóviles, ser admiradas y veneradas, para ésas, el permitirse una conducta que deshonrara a sus familias y las hundiera a ellas era, en cierto modo, aún más horrible. En cualquier mujer de edad madura era horroroso y terrible. En ésta… lo que era en ésta difícilmente podía expresarse, porque ésta (¡ah!, diez veces horroroso y terrible) era su propia suegra.

Predicó su sermón mecánicamente, sin enterarse de lo que estaba leyendo, sin levantar nunca los ojos del manuscrito. Aquella pareja depravada —tenían un aspecto extraordinariamente depravado cuando les vio allí, culpables y pillados en falta, a la luz despiadada del domingo por la mañana— flotaba constantemente ante él y le hacía imposible prestarle atención a una sola palabra de lo que decía.

¿Qué iba a hacer ahora? ¿Cómo iba a poder enfrentarse a Virginia y contestar a sus preocupadas y amorosas preguntas sobre la seguridad de su madre? Debía ocultársela, aquella verdad monstruosa, sencillamente indecible. En su actual condición, debía ocultárselo a toda costa, porque bien podía matarla. Sintió que debía contárselo a su madre, porque no

podía soportar sobrellevar solo aquella carga, pero nadie más debería saber nunca lo que él sabía. Sería el primer secreto entre él y Virginia. ¡Y qué secreto!

Sus pensamientos daban vueltas por todas partes, por cualquier lugar excepto aquél en que se encontraba, mientras sus labios leían en voz alta aquello que había escrito en aquellos días de inocente paz de la semana pasada, que ahora parecían tan lejanos, sobre el amor. ¿El amor? ¿Qué pecados se cometían en su nombre?, pensó Stephen. Por increíble que resultara, casi imposible de imaginar por sus diferentes edades y contraviniendo cualquier sentimiento de decencia y decoro, aquella palabra habría frecuentado probablemente las conversaciones de aquellos dos.

Se estremeció. Había cosas en las que uno sencillamente no podía pensar. Y, sin embargo, él pensaba en ellas; le tenían obsesionado. «Hemos tenido una avería», había dicho ella. Las personas que se encontraban en su situación siempre decían eso. Tenía el suficiente mundo como para saber lo que aquello significaba. Y además, sus caras —sus caras sobresaltadas y culpables— cuando se lo encontraron frente a frente de forma tan inesperada.

«*El amor*», leía Stephen en voz alta de su manuscrito, citando parte de su texto, con la mano alzada mecánicamente, y enfatizándolo para grabárselo a su congregación, «*no concibe mal alguno…*».

Después del servicio se volvió derecho a Hertford Street. Era inútil retroceder ante el deber. Su primer impulso en aquella mañana, al que había obedecido, fue apartarse enseguida de cualquier contacto con su suegra. Pero era sacerdote; era el pariente masculino más próximo que ella tenía; estaba obligado a hacer algo.

Se volvió derecho a Hertford Street, y se la encontró sentada en el comedor comiendo cordero tranquilamente.

A Stephen siempre le había parecido penoso y muy de lamentar que no quedasen señales de pecado físicamente visibles en las personas de los pecadores, que lavarse y arreglarse un poco bastase para que no pudiera distinguírseles de quienes no habían pecado. Allí estaba ésta, comiendo cordero como si nada hubiera pasado. En semejante crisis, pensó, en un momento tan abrumador en la vida de todos ellos, en la suya, en la de ella, en la de su amor querido que estaba en casa tan honorablemente ignorante, su suegra debía haber hecho cualquier otra cosa que no fuera aquélla.

Ella levantó la vista cuando entró, pasando sin que le anunciaran, apartando a *Mrs*. Mitcham cuando trató de abrirle la puerta.

—Me alegro de que hayas vuelto, Stephen —dijo ella, inclinándose hacia delante y empujando la silla que estaba a su derecha para que se sentara, ¡como si él soñara siquiera con sentarse!—. Quiero contarte lo que pasó.

Él no hizo el menor caso a la silla y se quedó en pie frente a ella en el extremo de la mesa, en la que se apoyaba con las dos manos, con los delgados nudillos blancos por el peso que soportaban.

—¿No quieres sentarte? —preguntó ella.

—No.

—¿Has almorzado?

—No.

—¿Quieres almorzar?

—No.

Catherine sabía que no le quedaba más remedio que aguantar la música que Stephen quisiera tocar, aunque pensó que podía haber dicho: «No, gracias». Pero como su posición era muy débil, aceptó sus monosílabos sin comentario alguno. Además —pobre Stephen— la verdad era que parecía terriblemente molesto; debía haber pasado una noche terrible.

Lo sintió mucho por él y empezó a contarle lo que había pasado, cómo se les había acabado la gasolina justo cuando estaban en aquella solitaria extensión de terreno entre Salisbury y Andover…

Stephen levantó la mano.

—Ahórrame todo esto —dijo—. Y ahórratelo tú también.

—No hay nada que ahorrarse. Te aseguro que no me importa contarte lo que pasó.

—Deberías *sonrojarte* —dijo Stephen, inclinándose hacia delante apoyado en los nudillos—. Deberías *sonrojarte*.

—¿Sonrojarme? —repitió ella.

—¿No sabes que estás fatalmente comprometida?

—Mi querido Stephen…

Él deseó poder perdonarla por haberle llamado así.

—Fatalmente.

—Mi querido Stephen, no seas ridículo. Ya sé que fue de lo más desafortunado que no llegase hasta por la mañana…

—¡Desafortunado!

—¿Pero quién va a enterarse? Y yo no pude evitarlo. ¿No supondrás que me gustó?

Entonces, al pronunciar aquellas palabras, el recuerdo de sí misma

caliente en los brazos de Christopher y de cómo él la besaba dulcemente los ojos volvió hasta ella. Sí, le había gustado. Sí; sabía que le había gustado, y que había sido feliz.

Un fuerte color rojo le inundó la cara, incluso mientras pronunciaba aquellas palabras, y bajó los ojos.

Stephen lo vio, y cualquier débil esperanza que hubiera tenido de que su historia pudiera ser cierta desapareció. Su alma pareció caer en un pozo de negrura. Era culpable. Había hecho algo inconcebible. La madre de Virginia. Estar en la misma habitación que ella era el horror mismo.

—Este asunto —dijo en voz baja, con los ojos muy abiertos y echando chispas, como si de verdad estuvieran contemplando el horror mismo— debe repararse de algún modo. Sólo hay una manera. Es una vergüenza, una vergüenza tener que decirlo respecto a un chico de su edad y a una mujer de la tuya, pero lo único que te queda por hacer es casarte con él.

—¿Casarme con él?

Se le quedó mirando con la boca abierta de asombro.

—Ninguna otra cosa te salvará, ni de la condena de los hombres ni del castigo divino.

—Stephen, ¿estás loco? —¡Mira que estarla conminando a que se casara con Christopher!—. ¿Por qué iba a hacer algo semejante?

—¿Que por qué? ¿Tú me preguntas por qué? ¿Es que tengo que sufrir la mayor de las vergüenzas y verme forzado a expresar en palabras lo que has hecho?

—Desde luego estás loco, Stephen —dijo Catherine tratando de mantener la cabeza alta, pero con el terrible obstáculo del recuerdo de aquellos besos que había percibido de un modo tan difuso porque, siendo de una vida tan irreprochable, la menor manchita en ella resultaba llamativa y le parecía enorme.

Simplemente con que se hubiera pasado toda la noche caminando penosamente por el barro, caminando sin parar por muy exhausta que estuviera, podía haberse enfrentado a Stephen con la adecuada indignación de la virtud injustamente puesta en duda; pero existían aquellas horas de sueño, cálidamente acurrucada entre los brazos de Christopher, y a través del sueño la conciencia de sus besos. Probablemente se habría puesto muy enferma si hubiera caminado toda la noche, pero podría haber levantado la cabeza y ordenarle a Stephen que desapareciera de su presencia. Pero tal como estaban las cosas, su cabeza no se levantaba, y Stephen estaba tan seguro de que no había habido avería como si les hubiera visto en algún

hotel, y sabía que su suegra estaba mintiendo.

Horrible, pensó él, demasiado horrible. Tan horrible que no podía ni rezar por aquello, porque hablar de semejantes temas con Dios…

—No tengo nada más que decir —dijo lentamente, con una expresión tan fría y tan dura como la de una roca helada—, excepto que si no te casas con él, nunca te permitiré que vuelvas a ver a mi esposa. Pero la *ignominia* de semejante matrimonio… la *ignominia*…

Ella le miró, esta vez pálida.

—Pero, Stephen… —empezó a decir.

La mirada, por encima del absurdo cordero, aquel cordero que a él le había parecido tan incongruente, que se había quedado frío y congelado en el plato. ¡Qué tontería, qué locura, qué decisión de insistir en el pecado! Podía haberse reído si no hubiese estado tan enfadada; podía haberse reído, también, si no hubiera sido por el desagradable y mortificante recuerdo de aquellos besos; aun así, podía haberse reído si él no tuviera el poder de separarla de Virginia. Pero tenía ese poder —él, el extraño al que había abierto las puertas, cuando tan fácilmente podía no haber sido generosa y haberle dejado fuera—. Porque ni siquiera habría sido poco generoso, sino simplemente prudente. Habría ganado tres años más de libertad, de libertad de él y de posesión de su hija, con decir sólo una palabra. Y no la había dicho. Le había dejado entrar. Y ahora tenía el poder de destruirla.

Le miró, muy pálida.

—Por lo menos es una suerte, entonces —dijo con los ojos llenos de brillantes lágrimas de indignación antela injusticia y la crueldad del hombre al que había hecho tan feliz—, que quiera a Christopher.

—¿Que le quieres? —repitió Stephen, consternado ante la desvergüenza de semejante confesión.

—Sí —dijo Catherine—. Le quiero mucho. Él me quiere mucho, y me parece imposible, me parece imposible…

La voz le desfalleció, pero con un gran esfuerzo consiguió que volviera a ser firme y continuó:

—Me parece imposible no querer a la gente que es buena, si ellos me quieren a mí.

—¿Cómo te atreves a mencionar el amor? ¿Te atreves a usar esa palabra respecto a ese chico y a ti?

—¿Pero tolerarías que me casara con él y no le quisiera?

—Es vergonzoso —dijo Stephen, fuera de sí ante lo que le parecía un horrible descaro por parte de ella— que alguien mucho mayor pueda pensar

siquiera en el amor en relación con alguien muchísimo más joven.

—Pero entonces, ¿qué me dices de ti y de Virginia?

Era la primera vez en su vida que aludía a aquello. Lo sintió en el mismo momento en que lo dijo. Siempre había preferido que la hirieran a herir, que la insultaran a insultar.

Él se la quedó mirando un momento, con su delgado rostro blanco ante aquella última atrocidad. Luego se volvió y se marchó sin decir ni una palabra.

XXIII

Ella se pasó la tarde paseando sin cesar por el cuarto de estar, lo mismo que Stephen había hecho durante la noche.

Estaba tratando de ordenar sus pensamientos para poder ver un poco más claramente a través de la maraña que formaban, pero no se trataba tanto de pensamientos como de sentimientos, y como todos ellos eran agitados y todos contradictorios, le resultaba difícil.

Lo que le había pasado era de lo más desagradable desde cualquier punto de vista. A veces lloraba, y a veces se paraba en seco en medio de la habitación, afligida por una inaguantable sensación de malestar cuando pensaba en Virginia. Sabía que Stephen cumpliría su palabra y la separaría de Virginia y ¿cómo podría separarla de Virginia sin explicarle la razón, su razón? La alternativa era casarse con Christopher. Pero ¿qué pensaría de *eso* Virginia? Y si realmente se casaba con él —era increíble hasta pensar que, de todas las personas del mundo, iba a ser Stephen quien la obligara—, eso le probaría a Stephen que había estado en lo cierto y que ella había sido culpable.

¡Culpable! Se puso escarlata de rabia y humillación ante aquella palabra. Ella, a su edad; ella con sus antecedentes de matrimonio, maternidad y viudedad invariablemente correctos y su firme concentración en dedicarse primero a George y después a Virginia. Habían transcurrido años y años así, años y años de total inocencia. Era de suponer, se decía estrujándose las manos, que después de una vida de conducta transparente como el cristal, debería ser posible que una mujer se encontrase con una avería de moto por la noche sin que instantáneamente se sospechase que era malvada. Sólo los clérigos, sólo los clérigos *totalmente buenos* podían tener semejantes ideas…

¡Oh! Le escribiría inmediatamente a Virginia. Le contaría lo que había pasado. Pero le resultaba vergonzoso tener que defenderse de tal acusación ante su hija y, por supuesto, las cosas nunca volverían a ser iguales entre

ellas, nunca, nunca jamás porque ¿cómo iban a serlo después de todo lo que había dicho Stephen?

Catherine recorría una y otra vez la habitación. Se decía que era intolerable; la situación en su conjunto era intolerable. No lo soportaría. Escaparía hasta el fin del mundo —lejos, muy lejos— y nunca volvería a un país que estuviera habitado por Stephen. Les volvería la espalda a todos, se sacudiría de los pies su horrible polvo, se establecería en cualquier lugar de África o Australia, se entregaría al olvido…

Y apenas había concebido esto, pensó que no lo haría. No, no se vería expulsada de su propio país por Stephen y su mente rastrera. Se quedaría y le desafiaría. Le diría a todo el mundo lo que había ocurrido, no sólo a Virginia, sino a *Mrs*. Colquhoun y a todos sus amigos de Londres y Chickover, y también les contaría las consecuencias y lo que su yerno clérigo le exigía como precio que tendría que pagar por verse readmitida entre las filas de las mujeres honestas, le pondría en ridículo, haría que la broma se volviera contra él…

Pero de inmediato pensó que no lo haría. No, no sería rencorosa, no pondría a Stephen en ridículo, por supuesto que no haría nada semejante. ¿Cómo iba a herir tan desesperadamente a Virginia? Pero le escribiría, le explicaría los avatares de la noche y le contaría con el mayor tacto posible cómo Stephen, en medio de su preocupación, consideró exageradamente lo que la gente podría decir de su aventura, pero que estaba segura de que cuando hubiera tenido tiempo de pensarlo bien, se daría cuenta de que se había alarmado innecesariamente y de que nadie iba a decir nada.

Se limitaría a eso. No se decidía a mencionarle a Virginia la orden de Stephen de casarse con Christopher. ¡Casarse con Christopher!

Echó hacia atrás la cabeza y se rió en alto, de pie entre los severos muebles de George, y continuó riéndose hasta que se dio cuenta de que no se estaba riendo sino llorando; porque, desde luego, le resbalaban lágrimas por las mejillas y estaba claro que no eran lágrimas de alegría. Entonces se secó la cara y empezó a recorrer la habitación de nuevo.

Pero, por mucho que luchaba con el caos de su mente, no veía ninguna verdadera luz. El recuerdo de aquellos besos sobre sus párpados cerrados se hallaba siempre detrás de su ira, de su indignación por la odiosa forma en que Stephen se había precipitado a sacar las peores conclusiones. Y es un sacerdote de Dios, se decía, haciendo una pelota con su pañuelo empapado. ¡Qué cosas se hacían en la oscuridad! De qué modo tan diferente se comportaba una. El recuerdo de aquellos besos le pulverizaba la moral,

hacía que los huesos de su orgullo se convirtieran en agua en su interior. Ojalá, ojalá hubiera insistido en caminar. Pero había parecido muy natural sentarse, especialmente cuando no tenían lugar alguno al que encaminarse. Y una vez que se sentó, lo demás se había sucedido de la forma más sencilla.

El timbre del teléfono sonaba a intervalos de media hora y *Mrs*. Mitcham entraba a decirle que *Mr*. Monckton estaba al teléfono.

—Dígale que estoy durmiendo —decía siempre Catherine, volviendo la cara para que *Mrs*. Mitcham no viera que había estado llorando.

A las cinco entró *Mrs*. Mitcham a decir que *Mr*. Monckton preguntaba cuándo podría venir.

—Dígale que aún estoy durmiendo —dijo Catherine, mirando por la ventana.

Christopher. ¿Qué iba a hacer con él? Podía decir que estaba durmiendo toda aquella tarde, pero no podía seguir dormida para siempre; antes o después tendría que verle. Aquella mañana, después del espantoso encuentro con Stephen en el felpudo de la puerta, había hecho marcharse a Christopher enseguida. Abrumada por la asombrosa mala suerte de haberse dado de narices con Stephen, por la asombrosa mala suerte de que Christopher estuviera con ella —porque le había subido sus cosas cuando no era necesario en absoluto, sólo que no se piensa, se dice que sí sin pensar naturalmente qué se hace, porque no se puede sospechar que la vida la va a golpear a una encada esquina— le había dicho que se fuera, casi le había empujado, como si, ahora que el daño estaba hecho, importara ya que se fuera o se quedara.

Pero ¿qué iba a hacer con él? ¿Era lo bastante fuerte como para desafiar a Stephen y seguir viendo a Christopher como antes, sin casarse con él? ¿Y Virginia? Todo lo que hiciera con respecto a Stephen incluiría a Virginia; si desafiaba a uno, desafiaba a la otra y se separaba de ella. ¿Cómo podría separarse de Virginia, su única carne y sangre, su niña única, a la que tan tiernamente había querido y cuidado? ¿Cómo podría soportar saber que Virginia creía que había hecho algo abominable? Era una pesadilla: no sabía cómo liberarse… todo por culpa de Stephen…

Sin ver nada, porque le cegaban las lágrimas, permanecía ante la ventana que daba a la calle gris y melancólica. ¡Y pensar que esto había ocurrido cuando había logrado asentar su relación con Christopher sobre una base clara y cómoda, y le había librado de todos los pájaros que tenía en la cabeza! Bueno… anoche… era cierto que estaba lo de anoche, pero eso no contaba, fue un accidente, fue porque hacía mucho frío y estaba oscuro,

y además ella no estaba despierta, no, aquello no contaba. *Había* liberado la mente de él, *había* aclarado las cosas con él y tuvo que aparecer Stephen, a romper en pedacitos toda su amistad, con sus horribles puntos de vista y sus terribles sospechas santurronas. Y, por mucho que hubiera deseado casarse con Christopher —cosa que nunca, nunca habría deseado, pero *suponiendo* que lo hubiera hecho—, no podría hacerlo ahora, porque equivaldría a admitir que no tenía más remedio.

Apoyó la frente en el frío cristal de la ventana. Las casas de enfrente la contemplaban desde sus rostros inexpresivos y encortinados. Llovía y la calle parecía un lugar mugriento y hollinoso, gélido y solitario, en aquella húmeda tarde de domingo, indiferente y dura. ¿Qué se podía hacer cuando una estaba en apuros y no tenía nadie a quien acudir? ¿Qué se podía hacer?

—*Mr*. Monckton, señora —dijo *Mrs*. Mitcham, abriendo la puerta.

—Siempre que telefonee —dijo Catherine con voz ahogada y el rostro cuidadosamente vuelto hacia la calle— dígale que aún estoy dur… durmiendo.

La puerta se cerró y la habitación que estaba a su espalda se quedó silenciosa.

Entonces la atravesó alguien —supuso que era *Mrs*. Mitcham, que iba a preparar el fuego— y lamentó la imposibilidad de huir de las perpetuas interrupciones de la rutina cuando se sentía desgraciada. Fuegos que había que encender, comidas ante las que sentarse y fingir comer, ropas que quitarse y ponerse. ¿Cómo se podía ser totalmente desgraciada, enfrentarse con la propia desdicha, librarse de ella, si siempre la estaban interrumpiendo?

De repente supo que no era *Mrs*. Mitcham, que era Christopher.

Se volvió rápidamente para echarle, pero se lo encontró tan pegado a ella que, simplemente con volverse, se tropezó con él.

Instantáneamente la rodearon sus brazos, e instantáneamente experimentó la sensación que había tenido la noche anterior, al quedarse dormida, de comodidad, de calor y seguridad.

—No debes —trató de protestar; pero él la abrazó fuerte, e incluso cuando estaba diciendo que no debía, sabía que él debía y que ella debía también.

—¡Oh, Chris! —susurró, con la mejilla apretada contra su abrigo—. Estoy tan *avergonzada*, tan *avergonzada*.

—¿De qué? —preguntó Christopher, estrechándola tan fuerte que, aunque ella hubiera querido, no habría podido soltarse. Pero no quería.

—Stephen ha estado aquí, diciendo las cosas más horribles.

—¿Ah sí, ¡por Júpiter!? —dijo Christopher, con su cabeza sobre la de ella, y acariciándole nuevamente la cara con una mano—. De todas formas es un buen chaval —añadió.

—¿Qué? ¿Stephen? Pero si sabes que no lo es.

—Sí que lo es. Vino a verme también esta tarde.

—¡Oh!

—Creo que es un individuo de lo más sensato.

—Pero: ¿qué… qué…?

—Intolerante, por supuesto, y un asno infernal en algunas cosas, como le dije varias veces con el lenguaje más claro. Aparte de ser un repugnante canalla con una mentalidad lamentablemente estúpida.

—¡Oh! Entonces, ¿él, él…?

—Pero realmente, dentro de sus límites, es la persona más buena y sensata con la que yo pudiera desear hablar.

—¡Oh, Chris! ¿Entonces él…?

—Sí. Y lo vamos a hacer.

SEGUNDA PARTE

I

Entre finales de marzo, mes en que ocurrieron estos acontecimientos, y finales de abril, en que Catherine se casó con Christopher, todos los taxistas, cobradores de autobús y mozos de estación la llamaron señorita.

Era el efecto que Christopher tenía en ella. De no haber sido por él, reflexionaba, probablemente la habrían llamado abuela, porque de no ser por él se habría sentido profundamente desdichada en aquellos momentos, en medio de la gran vergüenza y el dolor de verse separada de Virginia, que le devolvía todas las cartas sin abrir, reenviadas por Stephen; y sabía que no hay nada como la desdicha interior para convertir a las mujeres en abuelas ostensibles, viejas abuelas, lo mismo que no hay nada como la felicidad interior para convertirlas en ostensibles y jóvenes señoritas. Ella experimentaba esta felicidad interior porque tenía a Christopher para amarla, para consolarla, para alimentarla con dulces apelativos; y con aquel calor floreció en ella una belleza que nunca había poseído en la tibia época de George. Estaba claro que lo que el mundo necesitaba era amor. No podía dejar de pensarlo cuando veía en el espejo su rostro cambiado.

Al verla, sus amigas se maravillaban del magnífico efecto que le había hecho la visita a Chickover. Habían temido por ella que hiciera esa visita, habían temido su inevitable y dolorosa violencia; y había vuelto con aspecto tan joven y tan feliz que apenas daban crédito a sus ojos.

Con las Fanshawe a la cabeza, decidieron que a una criatura tan atractiva, cuya única hija estaba ya casada y no era un estorbo, no debería permitírsele que siguiera desperdiciando su vida en la viudez y que había que encontrarle lo más rápidamente posible un marido adecuado con mucho dinero. Se organizaron una serie de cenas, empezando por las Fanshawe, en las que Catherine debía conocer, uno tras otro, a algún individuo bueno, con mucho dinero. Pero todos estos planes se vieron frustrados, en primer lugar debido al hecho de que la mayoría de los

individuos buenos con mucho dinero ya tenían esposas y, si no las tenían, les ocurrían otras cosas igual de malas, como una extremada ancianidad, una salud quebrantada o una reconocida y empedernida soltería; y en segundo lugar, debido al hecho de que Catherine no quería ir.

No quería ir. Al final, no quería ir a ningún sitio, ni siquiera ponerse al teléfono, y nunca se la encontraba en casa. Durante aquellos días, a mediados de abril, sus amigas la buscaron en vano, porque se encontraba totalmente dedicada a Christopher y a los preparativos de su matrimonio. Eran unos preparativos bastante sencillos, puesto que Christopher se limitaría a dejar sus habitaciones para irse a vivir al piso de ella. *Mrs*. Mitcham dormiría fuera y su dormitorio sería el vestidor de él. Catherine y Christopher reunirían mil cuatrocientas libras al año y no tendrían que pagar alquiler. Era suficiente. Por supuesto, él ganaría más con el tiempo y le aseguró que acabaría por hacerla muy rica, cosa que le hacía sonreír porque no le importaba nada. Los preparativos eran muy sencillos en sí mismos, pero ella tenía que ocultárselos a sus amistades. Le daba un miedo horrible que se enteraran y añadieran su sorpresa a la de ella por la aventura a la que parecía estar lanzándose.

Porque nadie podía estar más sorprendido que Catherine. Había intentado, lo había intentado con todas sus fuerzas, limitarse a mantener una afectuosa amistad con Christopher, pero acabó por no poder resistírsele. Era muy joven, fuerte y decidido. Nunca se cansaba. Los argumentos de ella no tenían ninguna fuerza comparados con los suyos. Apartaba de un plumazo sus consejos de prudencia y cautela. Se limitaba a enfadarse mucho cuando ella esgrimía sus respectivas edades como motivo, como el motivo por el que no debían casarse; y cuando esgrimió la orden de Stephen de que lo hicieran como razón por la que sencillamente no podían hacerlo, que aunque sólo fuera por orgullo no podían, él se la quedaba mirando con la tranquila lástima de quien ve cómo un niño se hace daño por llevar la contraria a sus mayores.

Por la noche se quedaba despierta en la cama y se decía que no podía hacerle aquello, dañarle tan profundamente, entorpecer todo su futuro. Puesto que era tan imprudente, a ella le correspondía ser sensata y cuerda por los dos. ¿Qué aspecto tendría ella al cabo de diez años y qué impresión causaría él cuando entraran juntos a cualquier sitio? Por la noche veía muy claramente que, pasara lo que pasase, no debía casarse con Christopher y todo lo que veía se desvanecía como las sombras que huyen ante la luz matutina cuando volvía a verle al día siguiente. Él tenía toda la esperanza

intrépida, todas las frescas resoluciones de la mañana. La llevaba con él a una región donde a nadie le importaba la prudencia y la sensatez se mandaba a paseo. George no la había querido tanto y empezaba a creer que nadie había sido tan querida nunca. Christopher la amaba con la pasión de la juventud, de la imaginación, de la poesía, de todos los frescos arrebatos de admirada adoración que han existido desde que el Amor encendió por primera vez su antorcha y produjo una gran luz en medio de la oscuridad.

¿Qué era la edad si una no la notaba? ¿Por qué iba a importarle si no le importaba a él? Ningún desconocido supondría al verles que hubiera una diferencia significativa. Él la hacía joven y permanecería joven para siempre en su amor. *La chair de femme se nourrit de caresses…* Había leído aquello en alguna parte, en los viejos tiempos de George, y pensó que vaya tontería. Ahora empezaba a creerlo. No tenía más que mirarse al espejo: muy joven, realmente muy joven. El amor. El amor milagroso que lo conseguía todo. Y, suponiendo que después de cierto tiempo empezara a envejecer, para entonces él se habría acostumbrado a ella y tal vez no lo notase.

De modo que un día, cansada de luchar, en un súbito arrebato de temeridad, le dijo que se casaría con él y, al cabo del menor tiempo posible, se casaron ante el secretario del Registro Civil de Princes Row, llevando como testigos a *Mrs*. Mitcham, que como de costumbre esperaba que todo fuera muy bien y se había puesto cintas nuevas en la capota, y a Lewes, que estaba tan alterado que apenas pudo firmar el certificado, desde el que le saltaban a la vista los hechos desastrosos con palabras bien claras —viuda, cuarenta y siete años, soltero, veinticinco años— e, inmediatamente, se fueron juntos a lo que Christopher sabía que era el cielo, pero que Catherine llamaba plácidamente isla de Wight.

Hasta ese momento, Catherine había querido a Christopher, pero no estaba enamorada de él. Era un estado muy feliz. Conllevaba una especie de agradable y cálida seguridad. Él estaba enamorado y ella sólo le quería. Él le entregaba su corazón, y ella lo recibía y se sentía confortada. Le hizo olvidar Chickover, y a Stephen y a Virginia, y no paraba de cortejarla hasta que la cara de ella se iluminaba por completo con la seguridad que le proporcionaban sus dulces halagos. Su vanidad estaba alimentada hasta la beatitud. Sonreía hasta en sueños. Pero continuaba fundamentalmente intacta y, de haberse visto obligada a pensarlo, habría dicho que su amor por él no difería mucho en grado del amor que había sentido por Virginia. Aquél era un gran amor, éste era un gran amor. Eran de distinto tipo, por supuesto, pero no de diferente grado. Pensaba que no podía hacer nada

mejor que quererle, sencillamente.

Sin embargo, después de casarse, se dio cuenta de que sí podía; no sólo se podía querer sino enamorarse —dos cosas totalmente distintas como notó enseguida, de un modo bastante incómodo—. En aquellos primeros días en que ella se enfadaba con él, él había dicho que el enamoramiento era contagioso. A ella no se le había contagiado durante todo el periodo del cortejo, pero se le contagió en la luna de miel y se enamoró totalmente, de un modo tan desvalido que la asombró y la asustó. De modo que era aquello, aquello era lo que llamaban *pasión*; lo que se escondía en la música y la hacía llorar, lo que había vislumbrado en la poesía y le había hecho temblar, en ocasiones muy aisladas, en ocasiones muy, muy aisladas, en aquellos años solitarios y vacíos que habían compuesto su vida. Ahora se había apoderado de ella; ¿era alegría o dolor? Pues era alegría. Pero era una alegría tan aguda, tan excesiva, que el más ligero toque la convertiría en agonía, un paraíso tan perfecto que la más mínima grieta, la más mínima sombra, la convertirían en asombro. ¿Cómo podría soportarlo, pensaba, contemplando horrorizada sus nuevas y violentas emociones, si él llegara a quererla menos? Ahora sentía que no quedaban medias tintas, ni tonos intermedios, ni zonas neutras. O era todo luz, o todo sería negro, del modo más aterrador.

Habían alquilado una casita amueblada junto a la agradable carretera que discurre cerca del mar entre St. Lawrence y Blackgang. La casita daba al mar, que se extendía al final de un prado cubierto de ranúnculos, porque era la época de los ranúnculos, al otro lado de la carretera. Una mujer de St. Lawrence venía a atenderles durante el día y por la noche tenían para ellos solos la casa, el minúsculo jardín, la tranquila carretera, los pinos susurrantes y el mar que murmuraba. Aquéllos eran los días de su poesía, y se decía para sus adentros, y se lo decía también a él, con los labios pegados a su oído, lo que él había supuesto en su vida, la diferencia que hay entre una habitación sin iluminar y esa misma habitación cuando se coloca una lámpara en ella. Una lámpara muy hermosa, susurraba, con pie de plata, y una llama del color del corazón de una rosa.

Y la respuesta de Christopher era la misma de todos los jóvenes enamorados que se acaban de casar, y a ambos les parecía que de verdad estaban en el cielo.

A ninguno de los dos les había parecido que fuera posible tanta felicidad, una revelación tan súbita de lo que podía ser la vida, de lo que la vida era en realidad, cuando estaba colmada solamente de amor. Ella le

amaba apasionadamente, ya no pensaba en nada ni en nadie en el mundo excepto en él. Ahora que por fin le había ocurrido, en un momento tardío de su vida, parecía llevarla a una felicidad agónica. ¿Quién era ella, qué había hecho para tener aquel amor joven y extraordinario postrado a sus pies? Y Christopher se decía que siempre lo había sabido, que siempre había sabido que, si podía despertarla, hacerla salir de su sueño, sería la más maravillosa de las amantes.

Nunca se reían. Estaban tremendamente serios. Hablaban casi siempre en un susurro, porque la pasión susurra siempre; y durante tres días, en aquella isla feliz y vacía, de la que se habían marchado los turistas de la época de Pascua y a la que aún no habían llegado los turistas de verano, junto al mar, en los bosques, entre los ranúnculos, el sol les alumbraba durante el día y las estrellas por la noche, y su éxtasis no disminuía ni un momento.

Tres días. El tercer día suele ser crucial en una luna de miel, pero como nunca habían estado de luna de miel antes —a ella le parecía que tan dulce palabra no podía aplicarse al viaje de novios con George y, de alguna manera, lo había olvidado— ninguno de los dos lo sabía, y Christopher era tan joven que pasaron aquel día también en las más altas cimas de la felicidad.

Luego, la cuarta mañana, Christopher desayunó solo, porque Catherine estaba dormida cuando sonó la campanilla y le había dicho a la mujer que no la molestara y, yéndose después de desayunar al jardincito con la pipa, apoyado en la verja contemplando el mar a través de la brillante y gloriosa alfombra de vivaces ranúnculos, se sintió de repente abrumadoramente dispuesto a la meditación. A la meditación privada. Estar solo durante un par de horas. O, en su defecto, pensó que le gustaría jugar al golf. Ejercicio. Al aire libre. Con un hombre.

Se preguntó dónde estaría el campo de golf; se preguntó si, de ir, tendría la suerte de encontrarse con algún hombre que conociera. Catherine no jugaba al golf y él no quería que lo hiciera. Quería estar un rato con un hombre, darse una vuelta con un hombre y no decir nada, excepto tacos si fuera necesario, sabiendo siempre que iba a volver con ella, que iba a volver, cosa extraordinaria, con su propia esposa. O le gustaría bajar corriendo hasta el mar y nadar un buen trecho, secándose luego al sol, y dar después un paseo rápido, subiendo a grandes zancadas por los acantilados que estaban detrás de la casa, por los espacios abiertos donde corría el aire fresco y cantaban alegres las pequeñas alondras. Catherine no nadaba ni podía

andar así, y él no quería que lo hiciera, quería salir solo para experimentar la alegría de regresar, cosa extraordinaria, con su propia esposa.

Entró en la casa y subió a ver si estaba despierta para decirle que pensaba ir a darse una vuelta rápida por algún sitio. Pero cuando abrió despacio la puerta, entró de puntillas en la habitación y se la encontró todavía dormida, no podo resistir la tentación de arrodillarse junto a la cama y besarla; entonces ella abrió los ojos y le sonrió con una dulzura tan increíble que él la rodeó con su brazo, apoyó la cara en la almohada junto a la de ella y empezaron a susurrar de nuevo.

Aquel día no fue a ninguna parte. Por la tarde se tumbaron juntos en el campo a leer poesías. Ella se lo pidió.

Él experimentaba en aquellos momentos una necesidad mayor que nunca de meditar en silencio y en esos precisos instantes no deseaba leer poesía.

Ella notó instantáneamente que leía de un modo diferente del que había utilizado los otros días, que leía casi con desgana. Pero ¿cómo era posible, cuando le gustaba tanto?

—¿Te pasa algo, Chris? —preguntó, inclinando la cabeza sobre él con ansiedad.

Él le cogió la cabeza entre sus manos.

—Te quiero —le dijo.

Qué pálida estaba. Le causó impresión, a la luz de la tarde, mientras sostenía su rostro entre las manos.

Le entró ansiedad y preocupación.

—¿No estás bien, cariño mío? —preguntó, sosteniendo aún su cara.

—Sí, perfectamente. ¿Por qué? —respondió ella extrañada. Entonces añadió bastante rápidamente, apartándose—. ¿Parezco cansada?

—Estás muy pálida.

—No me *siento* pálida —dijo, volviendo la cabeza para que sólo pudiera verla de perfil.

Trató de reírse, pero descubrió que le resultaba desagradable que Christopher le preguntara si no se sentía bien. Eso quería decir que debía de tener un aspecto ajado y deseaba apasionadamente no parecer así —ahora no, no en su luna de miel, no casada con Christopher: en ninguna ocasión—. Era un aspecto que resultaba de lo más indeseable y que debía evitar por todos los medios a su alcance.

—No me siento pálida en absoluto —dijo de nuevo, tratando de reírse, manteniendo el rostro apartado de él y de la brillante luz del sol—. Por

dentro, al menos, me siento completamente sonrosada.

Se levantó de un salto.

—Vamos a dar un paseo, querido Chris —dijo, sacudiéndose del vestido los ranúnculos que él le había ido colocando—. No nos hemos dado un buen paseo desde que llegamos.

—¿Estás segura de que no te encuentras demasiado cansada? —preguntó él, levantándose a su vez.

¡Cansada!

Y, para demostrarle lo que era capaz de hacer, echó a andar a pasos muy rápidos y trepó por la puerta de cinco barrotes del jardín, saliendo a la carretera antes de que a él le diera tiempo a ayudarla.

Pero estaba cansada; y aunque el paseo y la rápida subida la hicieron acalorarse y escondieron su palidez, cuando estaba en la habitación preparándose para la cena y el calor se había desvanecido de sus mejillas, se sobresaltó al verse la cara. Tenía un aspecto fatal. Su cara parecía marchita de fatiga. Las comisuras de la boca resultaban lastimosas, los ojos parecían hundidos entre sombras negras.

Y qué blanca estaba. Se contempló horrorizada y le vino a la mente el recuerdo de aquellos cobradores de autobús y de aquellos taxistas tan agradables, todos sonriéndole y llamándola señorita, hacía tan sólo una semana, y su imagen en el espejo en aquella época en que, radiante con la fría felicidad de no estar enamorada, con la paz de la vanidad gratificada, por tener a alguien extraordinariamente enamorado de ella, mientras que por su parte le quería bastante pero no demasiado, podía pasar y se la tomaba con tanta facilidad por alguien realmente joven.

Realmente joven… qué cosa más deliciosa… estar casada con Christopher y ser realmente joven.

La lámpara de la casita era como todas las lámparas de todas las casitas y deslumbraba de un modo desagradable. Sólo había una, que ahora estaba en el cuarto de estar y durante las comidas se colocaba sobre la mesa; tenía una pantalla de cristal blanco y ¿quién que fuera mayor de veinticinco años podía esperar soportar la luz de una lámpara con pantalla de cristal blanco después de un paseo largo, caluroso y por terreno escarpado? Incluso en su dormitorio, alumbrada solamente por la luz vacilante de dos velas, parecía agotada, así que, ¿qué aspecto tendría allí abajo frente a los ojos inquisitivos de Christopher con aquella lámpara intolerable?

Como se había temido, él la miraba fijamente, al principio abiertamente, con preocupación y dudas, y después de un modo furtivo,

porque ella no podía evitar mostrar que temía que se le notase la fatiga. Al principio de su relación se reía cuando él le decía que parecía cansada y le contestaba que no lo estaba en absoluto y que era simplemente la edad lo que le hacía parecerlo; era perfectamente franca y natural al respecto, no le preocupaba lo más mínimo. Ahora se daba cuenta de que era incapaz de reírse. No conseguía decir, con la alegre indiferencia de antes, con la actitud de tómame como soy o déjame que tenía al principio, ni una sola palabra sobre la edad.

Comió a toda prisa, se levantó antes de que él terminase y fue a colocarse ante la ventana abierta, contemplando las estrellas.

—¿Qué ocurre, cariño? —preguntó Christopher con ansiedad, apartando su plato y yendo tras ella.

—Hace una noche deliciosa. Vamos a apagar esa estúpida lámpara y podremos ver las estrellas.

—Pero entonces no nos veremos.

—¿Lo necesitamos?

Eso era cierto; ¿para qué ver, cuando podían sentir?

Apagaron la lámpara y se sentaron ante la ventana abierta, aspirando el dulce aire de la noche, lleno de perfume de hierba mojada y de mar, y él olvidó sus miedos, porque en la oscuridad ella parecía encontrarse bien de nuevo, y le habló dulcemente, con los brazos en torno suyo y la cabeza apoyada en su pecho, de su felicidad, de su amor y de la vida tan perfecta que iban a llevar juntos durante el resto de sus días; y ella escuchó, muy apretada contra él, adorándole dolorosamente, protegiendo su mente contra el recuerdo de aquel rostro en el espejo, de aquel rostro terrorífico, de aquel rostro que no tardaría en ser así a diario, en cuanto fuera un poco más vieja, que ya era así ahora cada vez que estaba demasiado cansada, nerviosa u ocurría la menor cosa que la preocupase. Pero no estaría demasiado cansada ni nerviosa; y, en cuanto a que pudieran ocurrir cosas que la preocupasen, ¿qué podía causarle preocupación en aquel puerto de seguridad en que había entrado con Christopher? Y se cuidaría muchísimo, ahora que era tan preciosa para alguien tan querido, y procuraría mantenerse fuerte y sana; y, al fin y al cabo, los nervios no la habían afectado nunca en su vida —siempre había poseído una tranquilidad de cuerpo y de mente de lo más agradable—; ¿por qué iba a pensar siquiera en cosas semejantes? La idea se le debió meter en la cabeza por la curiosa sensación que había tenido aquel día, el cuarto de su felicidad, de estar en tensión. Se había sentido nerviosa. El menor ruido o cualquier movimiento brusco la hacían sobresaltarse. En

el cuerpo experimentaba una extraña sensación de hormigueo, de estar al descubierto, con la superficie irritada; y notaba la piel sensible, como si se la hubiera frotado de una forma inadecuada y, además, sin ninguna razón aparente, había tenido ganas de llorar varias veces a lo largo de la tarde.

Pegó una sacudida. Estúpidos pensamientos. Todo imaginación. Aquí estaba Christopher, tan real, tan querido, tan próximo…

Le rodeó el cuello con un brazo y se enderezó un poco para apoyar una mejilla contra la suya.

—No sabía que se pudiera ser tan feliz —dijo, apretándose contra él.

—Amor mío —dijo él, abrazándola.

Empezaron a susurrar.

II

Pero aunque la noche es buena, y las estrellas son buenas, y la dulce comunión es muy buena, con la amada tendida suave y cálida en nuestros brazos, el día también es bueno, con su movimiento y su entusiasmo, y las voces de los nombres, y el viento soplando entre los brezos.

Tales eran las conclusiones de Christopher cuando llevaba casado una semana. Estaba acodado en la puerta del jardín después del desayuno cuando se cumplía una semana del día de su boda, fumando y contemplando el campo de ranúnculos que tan alegremente bordeaban las orillas del mar, y concluía que hay que tener las dos cosas —la noche de felicidad y el día activo—, para poder apreciar totalmente cualquiera de las dos. Esto es, si tu vida ha de estar lo más próxima posible a la perfección. ¿Y por qué no había de aproximarse su vida lo más posible a la perfección? Tenía todos los ingredientes necesarios: juventud, salud y a Catherine. Pero para que un día resulte feliz, no debe parecerse demasiado a la noche. Debe haber un contraste y ese contraste debe ser completo. Entre las noches y los días de la última semana apenas había existido contraste alguno, y ¿no era el contraste en la vida tan indispensable como la sal en los guisos? Había tenido felicidad, felicidad a montones, a montones maravillosos; felicidad apasionada, luego felicidad tranquila, después felicidad apasionada y otra vez felicidad tranquila, pero siempre felicidad. Adoraba a Catherine. La vida era maravillosa. En aquella hermosa mañana de mayo estaba seguro de que era el ser humano más feliz de la isla, porque no era posible que nadie pudiera ser más feliz, ni tampoco igual de feliz, porque nadie más tenía a Catherine; pero aquel día deseaba…

Bien, ¿qué deseaba aquel día? No era posible que desease estar separado de Catherine, pero lo deseaba —durante unas horas, durante un ratito; bueno, aunque fuera por experimentar la alegría de volver con ella—. Era consciente, y aquella consciencia le sorprendió, de que deseaba estar un

poquito sin besarla. No, no deseaba besarla. ¡Y mira que no querer, cuando un mes antes habría vendido todo lo que tenía, incluida su alma, por poder hacerlo! Eso se debía a no tener contrastes, pensó Christopher, aguzando la vista para contemplar una vela blanca que se curvaba al viento allá, en el mar —por Dios, qué agradable resultaba, deslizándose de aquel modo—. Tenía que haber interrupciones, pausas, que la mente se desconectase para atender a otra cosa. ¿Cómo podía llegar a conocerse la alegría de volver si no se iba uno primero?

Quería irse aquel día, irse solo, hacer cosas que ella no podía hacer, y después volver a ella renovado. Quería caminar muchos kilómetros con el viento que sabía que soplaba gloriosamente más allá de su acantilado protector —no había más que ver cómo aquel yate surcaba el mar—; quería entrar en el campo abierto donde cantaban las alondras; quería caminar kilómetros y kilómetros bajo el sol, y estirar todos sus músculos inactivos, y empaparse de un sudor todopoderoso, y beber grandes tragos de cerveza, y librarse de aquella especie de languidez pegajosa que se estaba apoderando de él. No podía pasar un día más simplemente sentado por ahí o dándose suaves paseítos; necesitaba levantarse y actuar.

Catherine no podía ir con él y él no quería que lo hiciera. Decía que la primavera siempre la volvía perezosa al principio, hasta que se acostumbraba a ella. Desde luego, no podía andar como había andado con él antes de su matrimonio, y estaba muy claro que se cansaba enseguida y a veces parecía tan extraordinariamente cansada que le asustaba. Por lo tanto, necesitaba descansar durante aquellos primeros días de primavera. Igual que él necesitaba hacer ejercicio violento. Ahora dormía hasta muy entrada la mañana y a él le agradaba que lo hiciera, su amorcito cansado; pero ni eso parecía hacerla capaz de estar activa durante el resto del día. Se alegraba de que durmiera hasta tarde, aunque fastidiaba un poco el día al no saber cuándo iba a bajar. Le tenía esperando sin hacer nada, sin poder hacer planes. Si pudiera estar seguro de que no se despertaría, por ejemplo, hasta la hora de comer, podría hacer muchas cosas por la mañana, pero así no podía hacer otra cosa que esperar. Y por la noche siempre se le olvidaba decirle que si cuando bajara al día siguiente no estaba, sería porque había ido a darse una caminata, pero que volvería a la hora de comer. Siempre se le olvidaba por la noche, porque por la noche eso que se llamaba la mañana siguiente parecía totalmente carente de importancia y de interés. Por la noche se le olvidaba todo, excepto Catherine y el amor. Y después, a su vez, llegaba la mañana y era importante, y era interesante.

Abrió la puerta del jardín y salió a la carretera. El carro del panadero de Ventnor volvía la esquina balanceándose sobre sus dos grandes ruedas y el chico que lo conducía hacía restallar el látigo y silbaba. Un día como aquél bastaba para hacer silbar a cualquiera. El chico le sonrió al pasar y él le devolvió la sonrisa. Le habría gustado llevar él mismo a aquella yegua pequeña y rápida, recitando en voz alta algún epitalamio triunfal mientras lo hacía. ¿Cuál era el plural de epitalamio? Tenía que preguntárselo a Lewes. ¡Qué porras! ¿Por qué no podía tener uno más cerca a los amigos? Siempre estaban en otro sitio. Si Lewes estuviera allí, ahora podrían apuntarse al club de golf y pasarlo estupendamente. A Lewes se le daba muy bien el golf. A Lewes se le daba bien todo en realidad; y no tenía la culpa de ser tan condenadamente listo para colmo y de pasarse la mayor parte de su vida fisgoneando entre los libros. Además, con Lewes se podían decir tacos, ser absolutamente natural, decir cualquier cosa que se le viniera a la cabeza. Con una mujer, con la más querida de las mujeres, con aquella de la que uno idolatraba cuerpo, alma y mente, había en las cosas un sabor a permanecer en el cuarto de estar; y después de un rato de cuarto de estar, uno necesitaba un rato de bar, por expresarlo de una forma tosca, de una forma muy tosca. Catherine, su amada, a quien le susurraba cosas que nunca podría decir a otro ser humano, a quien le contaba todos los pensamientos de belleza y romanticismo que tenía, venía a ser el cuarto de estar, y Lewes, que sólo bebía agua y que, aunque escuchaba impasible cualquier blasfemia sobre cualquier tema, utilizaba personalmente un lenguaje de lo más selecto, venía a ser el bar, más o menos.

Se paseó sin rumbo por la carretera, apartando a puntapiés las piedras que encontraba en su camino. Deseaba que el viejo Lewes apareciera volviendo la curva de St. Lawrence y comprobara personalmente lo que era la felicidad. Desde el principio se había comportado como un idiota respecto a Catherine, este Lewes. Completamente equivocado. El pobre chaval no tenía ni idea de lo que era el amor. Pero si no sabía nada del amor, sí que sabía mucho de casi todas las demás cosas, y sería estupendo contarse unas cuantas historias y ver lo inteligente que era.

Christopher miró la carretera en ambas direcciones, casi como si Lewes debiera aparecer en respuesta a su deseo. Las jóvenes hojas brotaban en los bosques a cada lado, proyectando delicadas sombras en el polvo. El cielo estaba intensamente azul y un cálido viento lleno del perfume de los espinos agitaba las nochecitas blancas y rechonchas que lo cruzaban. Señor, ¡qué día, qué día para hacer algo estupendo!

Se dio la vuelta rápidamente, volvió a la casita y silbó suavemente mirando a la ventana de Catherine. Si estaba despierta se acercaría a la ventana y entonces le diría que se iba a dar un rápido paseo; si no estaba despierta, le dejaría una nota y se marcharía.

La ventana del dormitorio estaba abierta, pero las cortinas estaban echadas.

Volvió a silbar y esperó que se produjera algún movimiento detrás de ellas.

No se movió nada.

Entró, garabateó una nota diciendo que volvería para el almuerzo, la dejó en la mesa del cuarto de estar, echó mano a un bastón y salió por el caminillo hasta la carretera, con grandes zancadas enérgicas en dirección a Blackgang. Eran las once, y caminaría lo más rápido que pudiera durante dos horas. Le sentaría bien; le quitaría la astenia. ¡Oh!, qué agradable andar otra vez, andar de verdad…

Pero apenas se había alejado unos metros de la casita, cuando oyó que Catherine le llamaba. Oyó su vocecita a través de todos los crujidos de sus pasos en la carretera y de los susurros de la primavera en los árboles, como estaba seguro de que la oiría si le llamara desde el sueño de la muerte.

Se detuvo y volvió lentamente.

Estaba en la ventana del dormitorio manteniendo abierta sólo una pequeña rendija de las cortinas, porque temía mostrarse ante él en la ventana a la luz matinal antes de haber tenido tiempo de hacer lo posible por su estúpida cara, que estaba tan cansada aquellos días y con un aspecto tan persistentemente ojeroso.

—Chris, Chris, ¿adónde vas? —exclamó.

—Te he dejado una nota, cariño.

—¿Una nota? ¿Por qué?

—No quería despertarte. Voy a dar un paseo.

—¡Oh! Me encantaría ir también. Espérame cinco minutos.

—Pero es que quiero ir muy deprisa y llegar lo más lejos posible antes del almuerzo.

—Podemos no volver a almorzar, y así no será necesario que nos demos prisa. Bajo en cinco segundos.

Oyó ruidos de movimientos apresurados en la habitación.

Él se sentó en los escalones del porche y encendió la pipa. Bueno, no podía evitarlo; tendría que esperar hasta mañana para hacer ejercicio.

No tardó cinco segundos, sino veinticinco minutos, pero cuando bajó

por fin con un sombrero de ala ancha que le sombreaba la cara, le dirigió su dulce sonrisa y le deslizó la mano por el brazo, él renunció de buena gana a su idea de un enérgico ejercicio en solitario y se alegró de que estuviera allí. Su amor. Su Catherine. Su sueño de felicidad convertido en realidad. Su asombrosamente angelical esposa.

—Podemos pasar fuera todo el día —dijo ella, mientras caminaban por la carretera, de nuevo en dirección a Blackgang, pero a un paso moderado que él sabía que nunca, por mucho que durase, le arrancaría una sola gota del sudor que anhelaba.

—Pero si no hemos traído comida.

—Haremos que nos preparen unos sándwiches en el hotel de Blackgang y nos los llevaremos. ¡Oh, Chris! ¿A que hace un día magnífico? ¿Habías visto alguno semejante? ¡Oh!, soy muy feliz. Por cierto, buenos días.

Se detuvo y levantó la cara. Él se echó a reír y la besó.

—Cariño —dijo, besándola de nuevo. Sí, habría sido horrible por su parte marcharse y dejarla, marcharse dejando que se despertara y se encontrara sola.

En el hotel, tal como Catherine había sugerido, pidieron un almuerzo para llevar y, mientras se lo preparaban, salieron a través del calor y de las flores de invernadero del porche acristalado al fresco jardín que brillaba y se abría con las flores de mayo. Era un hermoso espectáculo aquel jardín, sobre los acantilados que daban al mar, enjoyado con tulipanes, salpicado de frutales en flor y, un poco más allá, rodeándolo espléndidamente con un anillo de oro, las aulagas.

—Esto es mucho más bonito que nuestra casa —dijo Catherine, mirando a su alrededor.

—¿Cómo va a haber algo más bonito que nuestra casa? —respondió él; ella le sonrió, con los ojos llenos de amor, y le pasó suavemente la mano por la manga.

En el jardín, leyendo *The Times*, estaba *Mr*. Jerrold, eminente director del *Saturday Judge*, que, acompañado de su hija Sybil, había venido de Londres para pasar quince días de descanso y tranquilidad. Ya llevaba descansando una semana entera y estaba empezando a pensar que tanta tranquilidad podía resultar exagerada. Su hija Sybil ya se había dado cuenta hacía tiempo. El hotel estaba vacío —había tenido esa esperanza cuando reservó las habitaciones, pero ahora pensaba que tal vez el que hubiera alguien más podría resultar no del todo desagradable— y cuando, al levantar los ojos de *The Times* vio que salían dos visitantes del porche

acristalado donde se pasaba las veladas solitarias leyendo entre tiestos de cinerarias, se alegró.

Lo mismo le ocurrió a su hija Sybil, que había subido y vuelto a bajar del acantilado en tres ocasiones ya desde el desayuno, y se estaba preguntando qué podría hacer con el resto de la mañana hasta la hora del almuerzo.

Mr. Jerrold observó a los recién llegados con profundo interés. Resultarían una gran aportación al grupo, si es que él y su hija podían considerarse propiamente como tal. El muchacho era un buen ejemplar de joven inglés limpió y de buen aspecto, de internado y universidad, y resultaría admirable para divertirse con la pobre Billy, que se había visto frustrada en su deseo de hacer ejercicio violento y prolongado por su incapacidad de hacerlo con ella, mientras que él encontraría en la dama, que parecía estar en aquella edad tan agradable en que la conversación se prefiere a la actividad, una grata compañía.

Esperó a que pasaran por donde él y Billy estaban sentados, en sillones de mimbre a la sombra de unos espinos; cuando lo hicieran, les preguntaría si habían ojeado el *Times* de aquella mañana y así abriría nuevos canales de amistad.

Pero los recién llegados se desviaron cruzando el césped, sin darse cuenta sin duda de lo poco frecuentes que resultaban los contactos en aquel lugar solitario y de lo preciosos que eran por lo tanto. Así que se levantó y echó a andar lentamente tras ellos —«Pobre padre», pensó su hija, que siempre le había tenido por un hombre reservado, «no tenía ni idea de que estuviera aburrido hasta este punto»— y les alcanzó en un extremo del jardín donde estaban contemplando el mar, de un brillante color azul, entre las grandes ramas anaranjadas de las aulagas.

—Precioso color, ¿verdad? —dijo *Mr*. Jerrold en tono agradable, señalando con su *Times* las aulagas y el mar.

—Maravilloso —dijo el joven cordialmente.

—Enormemente precioso —arrulló la señora.

En pocos minutos charlaban como amigos, en especial el joven que, visto más de cerca, era aún más exactamente del tipo que *Mr*. Jerrold estaba seguro de que podría divertir a la pobre Billy, porque era muy amigable.

Mr. Jerrold llamó a su hija, que se había quedado en su sillón de mimbre.

—Ven a que te presente, Billy —exclamó; y cuando llegó le presentó a la señora.

—Mi hija Sybil —dijo *Mr*. Jerrold, esperando que a su vez los atractivos recién llegados le dirían cómo se llamaban.

Se lo dijeron.

—Nos llamamos Monckton —dijo el joven, riéndose y poniéndose más colorado que nunca. ¿Por qué se reiría y se pondría colorado?, se preguntó *Mr*. Jerrold, sin saber que aquélla era la primera vez que Christopher se había referido colectivamente a sí mismo y a Catherine con el nombre de Monckton.

—Nosotros nos llamamos Jerrold —dijo *Mr*. Jerrold, y procedió a asegurarle agradablemente a la señora que encontraría cómodo aquel hotel.

Le resultó una verdadera desilusión, por lo mucho que le gustaba el aspecto que tenían y por lo admirablemente adecuadas que eran sus edades para la suya y la de Billy, que le dijeran que no iban a alojarse allí, sino que sólo habían venido de St. Lawrence, donde tenían una casita, a que les prepararan comida para llevársela a una excursión. A los dos Jerrold se les puso la cara larga. La amplia sonrisa de Billy pareció encoger como medio metro. Tenía dos largas hileras de dientes muy blancos, hileras que parecían infinitas por lo amplia que era su sonrisa, y los dientes parecían aún más blancos de lo que eran porque el aire del mar le había bronceado la cara. También sus ojos parecían más azules de lo que eran por la misma razón, y el sol de la semana que había pasado sin sombrero le había aclarado el pelo volviéndolo del color del lino. Era una criatura robusta, firmemente apoyada en sólidos tobillos y no especialmente guapa, pero allí, con la cabeza al descubierto y el pelo rubio que el viento le lanzaba sobre la frente, sonriendo inmensamente a todo el mundo, armonizaba perfectamente con la alegría juvenil de la mañana y del mes.

Christopher pensó que parecía un joven tiburón bien intencionado.

—Qué lástima tan grande —dijo ella—, podíamos haber ido a hacer excursiones juntos.

Y lo dijo con un tono de pena tan sincero que todos se echaron a reír.

El resultado de todo aquello fue que cuando llegaron los sándwiches y los Monckton se fueron, los Jerrold, sin parar de hablar, se fueron con ellos, primero hasta la entrada del jardín del hotel, después hacia la carretera y por fin, hablando todavía, carretera adelante.

Como los Jerrold llevaban sin hablar una semana, ahora eran incapaces de dejarlo. *Mr*. Jerrold se encontró deseando contarle a aquella menuda y agradable señora quién era, por qué y cómo, cosa que hizo de un modo tan exhaustivo que le sorprendió. Su hija, que caminaba delante a grandes

zancadas con el joven —los dos jóvenes parecieron adelantarse juntos como cosa natural en el momento en que salieron a la carretera—, le estaba dando unas explicaciones igualmente completas a su compañero, que parecía comprenderlas enseguida, hablándole del horroroso sentimiento de estar a punto de estallar después de pasarse una semana vagueando con alguien a quien no se podía abandonar mientras ella corría por la isla y que, debido a la edad, a la enfermedad, a ser su padre y todo eso, no podía ir a correr con ella.

—Mire cómo se adelantan esos jóvenes —dijo *Mr*. Jerrold sonriendo complaciente a las dos figuras que iban delante, a sus cuatro piernas con calcetines de estambre que se movían muy rápidamente al unísono, a sus brazos que se movían rítmicamente y a sus cabezas descubiertas dirigidas la una hacia la otra mientras hablaban y reían.

Su compañera les miró, pero no dijo nada. Él se preguntaba qué parentesco tendría con el joven para llamarse también Monckton, y decidió que debía ser la segunda mujer de su padre o su tía política. Estaba claro que no era un parentesco de sangre; eran demasiado diferentes.

—¿Hay algo más delicioso en el mundo que un chico y una chica ingleses tan saludables? —preguntó *Mr*. Jerrold, contemplando benévolamente a la pareja que iba delante.

Ante esto, su compañera murmuró algo que a él le pareció que significaba que pronto se perderían de vista, lo que ciertamente ocurriría si continuaban a aquel paso, y dijo:

—Sí, desde luego. ¡Eh, vosotros! —les llamó—. ¡Vosotros, jóvenes! ¡Más despacio, no podemos seguiros!

Pero el viento soplaba de cara y ellos continuaron dando grandes zancadas sin oírle.

—La verdad es que —dijo *Mr*. Jerrold, dirigiéndose galante a la dama— redundaría en mi beneficio el que siguieran. ¿Por qué no dejarles? Y usted y yo nos podemos sentar en algún sitio a charlar.

—Pero es que Christopher lleva los sándwiches —dijo su nueva amiga.

—¡Ah, bien! Christopher. Precioso nombre. Un joven muy atractivo. Bueno, pues que se los coma Christopher, repartiéndoselos con Billy en algún sitio, cuando hayan hecho los primeros cuarenta kilómetros, más o menos, y concédame el placer de invitarla a almorzar en el hotel.

—Qué amable es usted. Pero Christopher…

—Bueno, ya ve que no nos oye —dijo *Mr*. Jerrold—. No creo que se dé cuenta siquiera de que no vamos detrás. Cuando los jóvenes se juntan… le

aseguro que me proporcionaría el mayor placer servirle de anfitrión, y después nos podemos sentar en aquel jardín tan agradable en unos cómodos sillones hasta que vuelvan.

Mr. Jerrold se detuvo persuasivo en la carretera. Después de una semana de no hablar con otro ser viviente que su hija, se moría de ganas de agasajar a alguien. Los dos que iban delante doblaron una curva y desaparecieron. *Mr*. Jerrold, cuya mujer había muerto unos años antes, sentía que la situación evolucionaba románticamente. Aquélla era una damita preciosa y le miraba como si necesitase que la cuidaran. Sentía unos grandes deseos de invitarla a almorzar.

—Pero… —empezó a decir ella.

—No consideraremos ningún pero —dijo *Mr*. Jerrold, más galantemente aún—. Su sobrino, ¿es su sobrino?, no notará…

—Es mi marido —dijo la menuda señora, cubriéndose de un rubor escarlata muy vivo.

Vaya; qué sorpresa. *Mr*. Jerrold estaba realmente sorprendidísimo. Y no es que no estuviera seguro de que aquella dama no fuera una esposa muy agradable para cualquier hombre, sino que el muchacho parecía muy joven para tener esposa alguna y, en todo caso, para ir bien con él, tendría que ser una muchachita muy joven, alguien más o *menos* de la edad de Billy.

Sí; era una sorpresa. *Mr*. Jerrold no sabía muy bien qué decir.

—En ese caso… —empezó.

Pero realmente no tenía la menor idea de qué debía decir y se quedó en medio de la carretera mirando fijamente a la damita a través de su monóculo —llevaba monóculo— y ella le miró fijamente a su vez, mientras el rubor se borraba lentamente de su rostro.

III

Su sobrino. Así que eso era lo que le parecía Christopher a aquel desconocido imparcial. Aquello le produjo a Catherine algo más que un disgusto, hizo que el corazón se le quedara como petrificado. Y la sorpresa de él, su humillante sorpresa cuando le dijo que Christopher era su marido, y su propia incomodidad al decírselo…

¿Tan marcada era, entonces, la diferencia entre ellos? No lo había sido en Londres. En Londres, antes de casarse, se habían detenido a menudo frente a un espejo cogidos del brazo y se habían reído al comprobar que nadie adivinaría, que de verdad nadie podría adivinar que no eran casi de la misma edad. Y además, ¿qué pasaba con todos aquellos cobradores de autobús y todas las demás personas que la llamaban *señorita*? Uno de ellos incluso le había llamado *niña*. «Tenga cuidado ahora, niña —había dicho, agarrándola del brazo—, no vaya a saltar antes de que hayamos parado y se rompa el cuello y nos vaya a meter en líos con su chaval» —pero se temía que aquél había estado bebiendo—. Debía ser que parecía mayor ahora porque estaba siempre muy cansada. Hoy estaba cansada, ayer había estado cansada, ¡oh!, pero muy cansada, *muy cansada*.

Se quedó mirando a *Mr*. Jerrold, mientras el rubor se le borraba de la cara, y pensó en lo horroroso que iba a resultar que cada vez que se encontrara cansada la gente la tomara por la tía de Christopher. Qué humillación. E inevitablemente, antes o después, también se daría cuenta él, y también se lo oiría decir a desconocidos, lo mismo que ella se lo estaba oyendo decir a aquél.

—Vamos a sentarnos —dijo prudentemente *Mr*. Jerrold— a esperar a que regresen.

Y un día o dos después, cuando Christopher, impulsado por su deseo de movimiento, por un tremendo anhelo de hacer algo, cualquier cosa que no fuera tumbarse en la hierba a leerle poemas a Catherine —si no le leía

poemas se sorprendía y le preguntaba la razón, porque al principio no quería hacer otra cosa—, alquiló un coche de dos plazas y la llevó a recorrer la isla, parándose a pasar la noche en un pueblecito de la costa oeste donde había un pequeño hotel cuyo aspecto les gustó, y, cuando entraron a preguntar si podían alojarse allí aquella noche, la joven de recepción, echándoles un vistazo, dijo que lo sentía mucho pero que sólo tenía una habitación libre.

—Pero si sólo necesitamos una —dijo Christopher, sorprendido ante aquella respuesta—. Necesitamos una habitación doble, eso es todo.

—¡Oh! Lo siento —dijo la joven, poniéndose colorada e inclinándose sobre el libro de registro para ocultar su turbación—. Sí… —dijo, recorriendo la página con el dedo—, puedo darles la número siete.

—¿Crees que pensó que no estamos casados? —preguntó Christopher divertido, cuando estaban en la número siete, deshaciendo sus maletines—. ¿O crees que pensó que somos tan distinguidos que no podemos pasarnos sin un cuarto de estar?

Catherine, al parecer muy ocupada con su maletín, no dijo nada.

No pudo. Se sentía mareada, como si alguien le hubiera dado un golpe en la cabeza. Otra vez la habían tomado por la tía de Christopher. O incluso por su… no, su mente se desvió bruscamente de aquella palabra; simplemente se negó a enfrentarse con ella.

No volvieron a ver a los Jerrold, aunque Christopher le había hablado de largas y violentas excursiones a Billy, que se mostraba ávidamente aquiescente mientras caminaban a toda velocidad aquella mañana, antes de darse cuenta de que habían perdido de vista a Catherine, que se había quedado muy atrás. Cuando lo descubrió, se volvió enseguida.

—Vamos —le había dicho a la sorprendida Billy, asiéndola por la muñeca—, tenemos que correr.

Él había corrido y ella había corrido, considerándolo muy divertido, pero preguntándose por qué tenían que ir corriendo; y después, cuando todos se reunieron otra vez, su padre se la había llevado de vuelta al hotel, los Monckton se habían ido de pícnic ellos solos y nunca les habían vuelto a ver, ni había vuelto a oír nada más de las excursiones prometidas.

Pero sí que había oído una cosa de los labios de su padre, con gran asombro, y era que *Mr*. Monckton era el marido de *Mrs*. Monckton.

—¡No! —exclamó Billy, con los ojos como platos, añadiendo, tras un silencio—: Buen Dios.

—Pues sí —dijo su padre.

Pasaron unos días más y la luna de miel tocaba a su fin. Christopher no había vuelto a intentar dejar a Catherine, porque no parecía encontrarse bien, aunque le aseguraba que sí —se lo aseguraba con vehemencia, con una vehemencia casi dolorosa, y le decía que era sólo la primavera—. Él no conseguía terminar de creérselo y se quedaba con ella para mimarla. Le encantaba estar tumbada tranquilamente en sus brazos, al aire libre o donde fuera, mientras él le leía o ambos dormitaban. Él suprimió sus inquietudes porque sabía que, si decía que quería ir a andar, ella querría ir a andar con él, con lo que se agotaría, y él, después de todo, no haría ningún ejercicio. En una ocasión pensó sorprendido en lo extraño que era lo poco que hablaban. Antes de casarse hablaban sin parar. Ahora apenas decían nada, excepto cuando se ponían a susurrar, y aquello no era una conversación, sino las emociones que se cubrían ligeramente con palabras. De todas maneras, habían sido unos días celestiales, totalmente celestiales; algo que recordaría con gozo todos los días de su vida.

—Ya verás cómo pensaremos en todo esto cuando seamos viejos —le dijo él la última noche.

Como si cuando él hubiese alcanzado la época de la vejez no fuera a hacer ya mucho que ella estaría más allá de cualquier pensamiento, pensó, apretándose contra él, para esconderse de aquella idea.

Él debía regresar a la oficina al final de la segunda semana y en su última noche en su morada de felicidad no durmieron apenas nada, tan poco dispuestos estaban a perder ni un minuto de lo que les quedaba de luna de miel en la inconsciencia; y el resultado de esto fue que, por la mañana, mientras Christopher estaba tan alegre como una alondra, desayunó jovialmente y preparó las maletas con entusiasmo, Catherine apenas podía moverse del cansancio y se quedó realmente asustada de su rostro plomizo cuando lo vio en el espejo.

Afortunadamente, en esta ocasión él no notó nada; estaba demasiado ocupado haciendo las maletas, demasiado complacido por estar haciendo algo diferente a primera hora de la mañana, por salir de viaje. Además, ¿no iba a trabajar ahora como un condenado? ¿No tenía algo por lo que trabajar? —responsabilidades, las más dulces, las más maravillosas del mundo—. Deseaba con gran vehemencia enfrentarse con su trabajo, que le fuera bien, hacer que estuviera orgullosa de él, ganar dinero para ella como lo había ganado el bueno de George.

Recogió a toda velocidad las cosas que tenía desparramadas y las metió en el maletín con entusiasmo, silbando la canción de amor de *La hora*

inmortal mientras hacía el equipaje. Pagó los recibos y le dio propina a la mujer con entusiasmo, y con entusiasmo recorrió por última vez del brazo de Catherine el caminillo que llevaba a la puerta del jardín, y le dijo adiós con la mano al campo de ranúnculos en el que no tendría que volver a tumbarse. Estaba de muy buen humor. Era magnífico volver al trabajo, empezarlo otra vez en estas nuevas y deliciosas condiciones, con Catherine para despedirle por la mañana y darle la bienvenida por la noche. Ahora tendría variedad; ahora tendría amor y trabajo, ausencia y presencia en sus proporciones adecuadas.

Se sentía muy feliz. Le parecía increíble, al mirarla cariñosamente cuando estaban en el *ferry*, bajo el sol cálido y brillante, que hubiera alcanzado el deseo de su corazón y tuviera a Catherine. La vida era espléndida, llena de posibilidades, algo de la mayor magnificencia. Las aguas del Solent bailaban y brillaban; blancas alas surgían como un relámpago del profundo azul del cielo; el sol le calentaba la parte de atrás del cuello; el viento fresco y salado le daba en la cara; el mundo tenía el aspecto que debió de tener la mañana de su primer día. El viejo Lewes: iría a desenterrar al viejo Lewes mañana y le haría ir a almorzar a uno de esos restaurancitos encantadores donde la comida era buena y las señoras no iban, y se hartaría de contarle historias. Y el sábado se llevaría a Catherine y se la presentaría a su tío, que con toda seguridad la adoraría, y se pasearía por el jardín y su querida personita disfrutaría mientras él jugaba con el bueno del viejo la partida de golf que sabía que estaba deseando. También la estaba deseando él. La luna de miel había sido maravillosa, pero quince días son suficientes. Por supuesto, no serían suficiente y uno nunca desearía que terminaran si al acabar fueran a separarle de su amada. Pero allí estaban, ella y él, penetrando en las alegrías, en las variadas alegrías de la vida de casados, con él, el varón, aprestándose para la lucha por la mañana y continuando el trabajo hasta la tarde, como han hecho los hombres desde tiempos inmemoriales, y volviendo por la noche al nido con su compañera. Y después de todo, a la larga aquello era mejor que una luna de miel, igual que el auténtico pan con mantequilla es mejor que un pastel eterno.

—Soy muy feliz —dijo él, rodeándola con un brazo y dándole un rápido apretón cuando nadie miraba. No le veía la cara: estaba sentada demasiado cerca de él, aparte de haberse puesto un velo de gasa de los de viajar.

—Querido Chris —murmuró, sonriéndole a través del velo.

Pero le hubiera gustado más que él no se hubiera sentido tan exuberantemente feliz aquella mañana en especial. Después de todo, era el

final de su luna de miel y nunca volverían a tener otra, aunque quizá estuviera bien que se hubiera terminado. Una vez en casa, con él en el trabajo, al menos podría dormir durante todo el día…

En Londres, *Mrs*. Mitcham, deseosa de hacer lo adecuado, había llenado de flores blancas las distintas piezas de porcelana de George y el cuarto de estar, con sus pesados muebles negros, parecía ahora más que nunca un mausoleo bien cuidado. Ella también estaba muy limpia y aseada con su mejor delantal, y su cara estaba envuelta en las adecuadas sonrisas de bienvenida, aunque lo cierto era que se encontraba tremendamente nerviosa y cohibida. Siempre le había caído bien Christopher, con la indulgente simpatía de las sirvientas de edad por los jóvenes caballeros incontrolables, y era plenamente consciente de que el matrimonio era el matrimonio, aunque no pudo evitar ponerse un poco colorada cuando él se metió en el dormitorio de su señora como si fuera suyo. Y suyo era; pero durante años y años no lo había sido y durante otros muchos años antes no sólo no era suyo sino que había sido del pobre *Mr*. Cumfrit. Era el vivo recuerdo que tenía del pobre *Mr*. Cumfrit —las veces que les había entrado el té de la mañana a él y a *Mrs*. Cumfrit a aquella misma habitación, y ellos siempre tan contentos y agradables juntos en su cama de matrimonio—, lo que le hizo sentirse sobresaltada cuando vio entrar a Christopher. *Mrs*. Mitcham, que estaba tan bien adiestrada que hasta sus pensamientos eran respetuosos, ni siquiera habría soñado en comparar a Christopher con un cuco, pero había oído hablar de las costumbres de ese pájaro con respecto a los nidos que originalmente no son suyos y, muy en el fondo de las vastas y oscuras regiones de su subconsciente, que ningún adiestramiento había hollado jamás y donde el sencillo candor prevalecía, estaba el reconocimiento del hecho de que su señora era la presa natural de los cucos —primero Stephen, sacándola de su nido original, y ahora Christopher, tomando posesión de este otro.

Sólo podía esperar que todo fuera bien. Quien no estaba bien, cosa que era muy fácil de ver para cualquiera, era su señora. *Mrs*. Mitcham no hubiera creído posible semejante cambio en tan poco tiempo. «Son esas lunas de miel», se dijo, agitando la cabeza ante sus cacerolas. No le iban nada bien a una mujer, pensó, después de cierta edad. Había que ser muy fuerte para soportarlas en cualquier momento. Sin descanso. Sin horas regulares. Una no sabía nunca dónde estaba. Él sí que tenía buen aspecto, el joven caballero sí, y no era precisamente por no ser feliz por lo que no lo tenía su señora, porque en el cuarto de hora que había pasado desde que

llegaron, *Mrs*. Micham ya había visto circular más amor por el piso del que podía recordar que hubiera habido durante toda la época del pobre *Mr*. Cumfrit. No podía por menos que preguntarse qué diría aquel pobre caballero si viera lo que estaba pasando en su piso. Se temía que no le gustaría mucho, pero quizá a casi nadie que estuviera muerto le gustaría mucho lo que viera, suponiendo que pudieran volver a mirarlo.

Ni siquiera a Mitcham le gustaría. Si no tenía otra cosa de qué quejarse, a Mitcham no le gustaría ver lo bien que se las había arreglado sin él.

Llevó los espárragos al comedor. Una vez más, se sintió incómoda al abrir la puerta. ¿Cómo iba a haber pensado en llamar antes? Nunca había tenido que llamar a ninguna puerta que no fuera la del dormitorio desde que estaba sirviendo. Siempre que se le ocurría entrar en una habitación todo era en ella de lo más agradable y exactamente como cabía esperar: *Mr*. Cumfrit a la cabecera de la mesa, tomando un sorbo de clarete, *Mrs*. Cumfrit a su derecha, comiéndose tranquilamente la tostada. «He hecho un buen negocio hoy», estaría diciendo *Mr*. Cumfrit; «Me alegro mucho, querido George», le estaría contestando *Mrs*. Cumfrit. Ésas eran las cosas que ocurrían en aquella habitación, cosas que una se espera; o, en la sala, *Mr*. Cumfrit estaría a un lado del fuego y *Mrs*. Cumfrit al otro, leyéndose en voz alta párrafos del periódico de la tarde. «Me parece a mí que este desdichado gobierno no sabe lo que quiere», estaría diciendo *Mr*. Cumfrit. «Sí, sí, eso parece, querido George», contestaría *Mrs*. Cumfrit, tranquila y elegante.

Pero esto…

A *Mrs*. Mitcham le fue imposible no sobresaltarse y retroceder cuando abrió la puerta. Le faltó poco para tirar los deliciosos espárragos por la alfombra. No estaba acostumbrada, nunca hubiera creído…

—Pase, pase, *Mrs*. Mitcham —gritó alegremente el joven caballero, recogiendo la servilleta que se le había caído al suelo—. Ya sabe que estamos casados. No pasa nada. Usted misma firmó el certificado.

Mrs. Mitcham sonrió nerviosamente. La salsera se agitó en el plato cuando se la entregó a su señora. No estaba acostumbrada a este tipo de cosas.

IV

Aquella noche, por sentimentalismo, fueron a ver *La hora inmortal*. En este mismo sitio, sólo dos meses antes, se habían sentado separados, sin ser apenas conscientes de la existencia del otro, sin hacer apenas otra cosa que mirarse con el rabillo del ojo.

—¿Recuerdas la primera noche que me acerqué a ti? —susurró Christopher.

—Claro que sí —murmuró ella.

—¡Oh, Catherine…! ¡Qué maravilloso es pensar que estamos casados!

—Chist, chist —siseó la audiencia, que seguía siendo escasa y feroz.

Ella volvía a sentir una gran felicidad. Él la quería mucho. Había estado absolutamente encantador en Hertford Street, mostrando un deleite juvenil ante todo lo que veía, llenando el pequeño piso monótono de juventud y de todas las nubes de gloria que la juventud lleva consigo. Risa, felicidad, radiante confianza. Era asombroso tener todo aquello allí después de George, después de los tranquilos años que le habían seguido.

Por la tarde estaba cansada, horriblemente cansada, y sabía que parecía un fantasma; pero no le importaba, siempre que estuviera oscuro y él no viera su estúpida cara blanca y sus ojos, ennegrecidos y con ojeras. Sólo había un descanso y en esos momentos su sombrero la escondería. *La hora inmortal* era una ópera deliciosamente oscura; la oscuridad duraba muchísimo en el primer acto, tan descansado, tan calmante.

Se quedó profundamente dormida con la cabeza contra el brazo de él. Él no sabía que estaba dormida y estuvo todo el rato pensando que los dos sentían y pensaban exactamente las mismas cosas, ella y él, que por haberse conocido en *La hora inmortal*, habrían de adorarla para siempre.

—Cariño, cariño —murmuró él, inclinándose y tratando de besarla en el momento más oscuro. Esta felicidad de la unidad con el amor perfecto, este fin de la soledad, esta alegría envolvente…

Ella dormía profundamente.

Sin embargo, se despertó cuando bajó el telón antes de la segunda parte del acto, y los miembros de la audiencia que venían por primera vez aplaudieron a pesar de que continuaba la música, y los que no eran nuevos les chistaron indignados, al tiempo que ella se incorporó y se colocó derecho el sombrero. Era el mismo sombrerito curioso y eclipsador que se ponía al principio; él le había pedido especialmente que se lo pusiera.

—Sí, debemos actuar con corrección ahora —dijo Christopher, sonriente.

—Chist, chist —siseó la audiencia enfurecida.

Qué familiar era todo aquello; qué felices eran. Se alegraba de que él no supiera que se había dormido. Era horrible haberse quedado dormida en una ocasión semejante, pero es que estaba espantosamente cansada. Nunca en su vida se había sentido así de cansada. ¡Ah!, ahora empezaba la escena de amor… Ahora no se quedaría dormida…

Deslizó su mano en la de él y él se la apretó fuertemente; estaban juntos, muy juntos, emocionados por los recuerdos, por todo lo que la música significaba para ellos; y en la parte más hermosa, Catherine sintió que sus emociones se debilitaban, se difuminaban y desaparecían, y de nuevo su cabeza se apoyó en el hombro de él y de nuevo se quedó profundamente dormida.

—¡Oh, te quiero, te quiero! —susurró Christopher, rodeándola con su brazo, seguro de que su cabeza inclinada era un gesto de abandono ante la irresistible emoción.

—Chist, chist —siseó la audiencia.

Después quiso llevarla a algún sitio a cenar.

—¿A cenar? —repitió débilmente Catherine, que se estaba muriendo de fatiga.

—Sí. Tenemos que celebrarlo, beber a la salud de nuestra llegada a casa —dijo Christopher, colocando la mano de ella en su brazo y llevándola orgullosamente hacia un taxi. Su esposa. Maravilloso. Nada de volver a escabullirse entre la multitud y huir de él, gracias—. Vamos a algún sitio donde podamos bailar. Estallaré si no suelto vapor de alguna forma.

—¿Bailar? —volvió a repetir Catherine más débilmente aún, mientras la hacía subir velozmente al taxi.

—¿Te das cuenta de que todavía no hemos ido ni una vez a bailar juntos?

—Pero no podemos ir a ningún sitio así, con estas ropas.

Era cierto. No había pensado en ello. Bueno, pues entonces la noche siguiente se vestirían del modo adecuado e irían a bailar y bailar.

Catherine se reclinó en el asiento. ¿Bailar? Llevaba años sin bailar, desde antes de casarse con George, nunca había vuelto a hacerlo desde entonces.

Se lo dijo a Christopher y él se limitó a reírse y a decirle que ya iba siendo hora de que bailara; le encantaba el baile; deseaba bailar con ella; irían a menudo.

—¡Oh, Christopher! —dijo Catherine, deslizándose muy cerca de él—. Lo mejor de todo será estar solos los dos juntos en casa, tú y yo, en tus preciosas veladas. ¿Por qué no vamos para allá ahora? ¿De verdad queremos cenar?

—¿Cansada, cariño? —preguntó él instantáneamente preocupado, inclinándose para mirar bajo su sombrero.

—¡Oh, no! Nada de eso. En absoluto. De verdad que no —dijo Catherine rápidamente—. Pero… nuestra primera velada… se está tan bien en casa…

Él sacó la cabeza por la ventanilla y le dio nuevas indicaciones al conductor.

—Sí, por supuesto —dijo, tomándola en sus brazos—. Eso es con mucho lo mejor de todo.

Y empezaron a susurrar.

Al día siguiente, él volvió al trabajo. Cuando se marchó a las diez, Catherine aún estaba en la cama.

—¿Te importa que no te acompañe a desayunar? —le había preguntado cuando *Mrs*. Mitcham golpeó con mucho tiento o, para ser más exactos, dio unas palmaditas delicadas en el gong.

Mrs. Mitcham había experimentado unos momentos de dolorosa indecisión antes de hacer nada con el gong. En conjunto, aquélla era una mañana de lo más difícil para ella. Nunca se había visto colocada en semejante posición. Marido y mujer, por supuesto, y todo eso, ya sabía todo eso, pero aun así le resultaba violento y sentía una extraña renuencia a despertarles —casi como si fuera peligroso, además de embarazoso, que anduviesen sueltos por el piso—. Pero era la hora de desayunar. Le habían ordenado que estuviera preparado a las nueve en punto. Finalmente, se decidió por el gong y le dio unos golpecitos con timidez, dividida entre el deber y su extraña reticencia a ver a su señora y al joven caballero salir de aquella habitación, a tener que enfrentarse con ellos…

—Quédate aquí, amor mío —dijo Christopher, ahuecando las almohadas y arropando a Catherine tan tiernamente como si fuera un bebé —. Yo te traeré el desayuno.

—Yo… en realidad nunca me levanto a desayunar —dijo ella después de un momento de duda, sonriéndole mientras se inclinaba sobre ella. Ella, que en toda la época de George no había dejado de estar en pie ni una sola vez cuando daban las ocho y media para servirle el café y darle un beso de despedida en el felpudo de la puerta. «Adiós, mujercita», le decía George haciéndole un gesto de despedida, antes de que el ascensor se lo tragara. En aquellos días, los buenos maridos de las buenas esposas las llamaban con frecuencia mujercitas.

Ésta era su oportunidad. Implantaría una costumbre que podría salvarla. Y, si nunca se había levantado a desayunar, a Christopher no le preocuparía que nunca lo hiciera y no le haría preguntas inquisitivas sobre si no se encontraba bien, frunciendo el entrecejo con perplejidad.

Así, durmiendo por las mañanas después de que él se fuera a trabajar, podría conseguir el suficiente descanso y evitar aquellos horribles surcos que el cansancio estaba labrando en su cara.

De modo que quedó establecido aquel hábito y *Mrs*. Mitcham se acostumbró a no esperar verla hasta la hora del almuerzo. A veces incluso dormía hasta más tarde, y en una o dos ocasiones se quedó en la cama todo el día, sin levantarse hasta el momento justo de vestirse para la cena. Sin embargo, esto sólo sucedió durante las primeras dos o tres semanas. Con el paso del tiempo, *Mrs*. Mitcham empezó a poder contar con que su señora se bañaría a las doce y estaría lista hacia la una.

Mrs. Mitcham estaba totalmente de acuerdo con que descansara y se cuidara, porque le tenía un gran cariño a Catherine, pero no podía por menos que sentir —no se permitía pensarlo, pero no podía evitar sentirlo— que había algo inconveniente en aquel convertir el día en noche. *Mrs*. Mitcham pensaba que había mucha noche para quienes la eligieran, pero, por supuesto, si…

Mrs. Mitcham, doblando las prendas de su señora, agitó la cabeza. Y las prendas también. Agitaba la cabeza cuando las veía. Semejantes cosas no habían formado parte hasta entonces del ajuar de *Mrs*. Cumfrit. Había tenido buenas cosas, todo lo buenas en su género que una podría desear ver —hilo, seda, bordados finos— pero nunca lo que *Mrs*. Mitcham llamaba *claridades*. Éstas se clareaban y no sólo eso, sino que eran transparentes. Cada vez que *Mrs*. Mitcham las veía se sobresaltaba de nuevo. No podía

acostumbrarse a ellas. *Mrs*. Cumfrit —se corrigió y dijo *Mrs*. Monckton— había salido a comprárselas la misma tarde de su regreso de la isla de Wight; ella, que tenía tanto cuidado con el carbón y que andaba siempre apagando las luces. Había seis camisones que se podían meter en un anillo, de tal modo se quedaban en nada. Camisones de gasa. De diferentes colores. Rosa, amarillo limón y así; y a través de todos ellos se veía con tanta claridad como con la luz del día. *Mrs*. Mitcham pensó que era una bendición que estuviera oscuro por la noche.

Ella, que se enorgullecía de Catherine y que siempre la había considerado como el ideal de lo que debe ser una señora, se sentía muy perturbada por aquellos camisones. Y el cuarto de baño también, lleno ahora de toda aquella basura de polvos perfumados, cristales perfumados y botellas con líquidos de colores que olían bien, pero de un modo indecente, pensaba *Mrs*. Mitcham olisqueando furtivamente. ¿Qué diría el pobre *Mr*. Cumfrit si viera su baño ahora, él, que nunca había tenido otra cosa allí que no fuera una gran esponja y una pastilla de jabón Pears? Fue después de la visita de los Fanshawe cuando *Mrs*. Mitcham se encontró por primera vez una barra de labios en el tocador de Catherine. Se quedó tremendamente preocupada. Nunca había tratado con ninguna señora que hubiera tenido nunca semejante cosa en su tocador. Lo de los polvos era diferente, porque a veces se necesitan polvos para otras cosas aparte de la cara y también se les ponían polvos a los bebés, y ellos, pobres corderitos, no eran sospechosos de querer parecer diferentes de como Dios les había hecho. ¡Pero una barra de labios! Una cosa roja.

Lo que se ponían las actrices y aquellas que no eran mejores de lo que debían ser. Su señora y una barra de labios… ¿Qué diría *Miss* Virginia?

Los Fanshawe, que fueron la causa inmediata de la adquisición del lápiz de labios, vinieron a tomar el té el segundo domingo después del final de la luna de miel. Ned, su madre y su hermana se habían quedado extraordinariamente desconcertados por el aspecto de Catherine. El piso resonaba con sus exclamaciones y lamentos. Catherine, que parecía tener dieciséis años la última vez que la vieron, la Catherine de ojos brillantes, de movimientos rápidos, aquella Catherine de piel encantadora y entrecejo terso. No se recobraban de su sorpresa.

Christopher se había ido a dar un paseo por el parque después del almuerzo, haciendo un enorme esfuerzo, enfadado por tener que quedarse en Londres aquella tarde tan hermosa, porque los Fanshawe insistían en venir a meter sus inquisitivas narices donde nadie les llamaba, y no había

vuelto cuando llegaron, de modo que Catherine había estado sola al principio.

—Malditas sean las mujeres esas —había observado cuando, tras persistentes llamadas telefónicas y cartas e interrogatorios apasionados sobre qué le había pasado y cuándo podrían ir a verla, Catherine había creído que sería mejor afrontarlo y les escribió para decirles que se había casado e invitarles a tomar el té aquel domingo para que conocieran a su marido. Y cuando se enteró de que se trataba no sólo de las mujeres, sino también de Ned, le maldijo a él especialmente, achacándolo a que tenía una nariz estúpida y a que llevaba encima una manta de viaje de piel que le tapaba hasta la barbilla, y expresando un extremado fastidio por tenerse que quedar sin salir la única tarde que él y Catherine tenían realmente para ellos por culpa de un sujeto semejante, se fue a dar una vuelta rápida por el parque, tras prometer solemnemente que volvería a tiempo.

No llegó; los Fanshawe llegaron primero y sus exclamaciones resonaban en el piso cuando él abrió la puerta.

Catherine estaba sentada en el sofá, inmovilizada entre las dos Fanshawe, cuyos brazos la rodeaban y cuyas manos libres la acariciaban, y el gusano de Ned las observaba desde el sillón favorito de Christopher.

—Ha tenido gripe; ésa es la razón —estaba mintiendo Catherine cuando entró.

—¡Pero mira que no decirnos que te habías casado! ¡Mira que no decirnos ni una palabra!

—Por supuesto que es lo que estábamos deseando que ocurriera desde hace mucho tiempo, ¿verdad, Ned?

—Nuestra dulce criatura, estamos tan encantados, ¿verdad, Ned?

—Por favor, cuéntanoslo todo. ¡Él debe estar loco de felicidad! ¡Qué contenta debe estar Virginia!

—Será muy agradable para ella volver a tener un padre…

—¿Se quieren mucho?

—¿Has estado ya en Chickover con él?

—Nos estamos muriendo de ganas de verle…

Y allí, en el umbral de la puerta, estaba él.

—Aquí está Christopher —dijo Catherine, sonrojándose e incorporándose a medias.

Todos volvieron la cabeza. Durante un momento, nadie habló. Él avanzó hacia ellos con la mano tendida, esforzándose por sonreír abiertamente, por resultar un anfitrión acogedor.

Aquel *joven*. Aquel *chico*. El chico que se habían encontrado con Catherine un día, que había salido disparado en el momento en que entraron y del que Catherine se había reído cuando le preguntaron quién demonios era, diciendo que lo único que sabía de él era que estaba completamente loco. *Aquel* individuo. El joven que había echado una mirada feroz por la ventanilla del coche, al que le había faltado poco para agitar los puños…

Los Fanshawe no podían hablar. Tampoco podían moverse. Estaban pasmados.

V

En Chickover habían tenido lugar las más dolorosas consultas entre Stephen y *Mrs*. Colquhoun en cuanto a lo que sería mejor hacer bajo tan deplorables circunstancias. ¿Debían o no debían decírselo a Virginia? ¿Pero podrían evitar decírselo? No todo, por supuesto; nunca deberían contárselo todo. La noche que pasaron en alguna parte entre Chickover y Londres —a los dos les parecía que toda la extensión de terreno entre aquellos dos puntos había quedado manchada desde entonces—, la noche que había convertido aquel escandaloso matrimonio en necesidad, se le debía ocultar a Virginia para siempre. Pero cuando pasó una semana quedó claro que habría que decirle algo, aunque sólo fuera para justificar el que no tuviera noticias de su madre.

Stephen no se resignaba a entregarle las cartas. Al principio, como había esperado, llegaron una tras otra y todas muy abultadas. Se preguntaba, manoseándolas, si no sería su deber abrirlas, pero resistió la fuerte inclinación al deber que la práctica de toda la vida en cumplirlo le había creado y eligió la opción más digna de reexpedirlas sin abrir. También era mucho más punitivo, pensaba, dejar a la malvada mujer totalmente a oscuras en cuanto a lo que ocurría en Chickover y a lo que Virginia sentía.

Luego, cuando por fin dejaron de llegar cartas, vigiló por si llegaban telegramas; le parecía esperable que llegasen telegramas.

No llegó ninguno.

Luego esperó que se produjese una llegada inesperada; estaba bastante convencido de que se produciría.

No ocurrió nada. Sólo silencio.

Al final de la semana, Virginia dijo:

—No entiendo por qué no escribe mi madre —y empezó a parecer preocupada y a escribir cartas ella.

Stephen las sacaba del buzón del *hall* y las quemaba.

—Dolorosas necesidades, muy dolorosas —le decía a *Mrs*. Colquhoun, porque aquel asunto de las cartas se le hacía muy cuesta arriba, iba en contra de sus principios de caballero, según le dijo a su madre, que casi nunca le dejaba solo, reconfortándole y aconsejándole lo mejor que podía.

Al cabo de otra semana, Virginia mandó un telegrama, o más bien iba a mandarlo, pero Stephen la detuvo. Estaba claro que habría que contarle algo. Había dicho, mientras lo escribía:

—Si no obtengo respuesta esta vez, iré yo misma a Londres a ver si pasa algo malo.

—Pobre niña, pobre niña —murmuró *Mrs*. Colquhoun, porque estaba claro que había llegado el momento de las explicaciones—. ¿Quieres que me quede contigo? —le susurró a Stephen al oído.

—Creo que será mejor que no —susurró él a su vez.

Cuando estuvo a solas con Virginia, la sentó sobre sus rodillas. Ella tenía en la mano el telegrama que acababa de escribir y tenía prisa por ir a mandarlo:

—¿Sí, Stephen? ¿Qué ocurre? —preguntó ella, irritada al verse retenida y preocupada por aquel extraño silencio de su madre hasta un punto que parecía impropio de ella.

—No soy más que una torpe criatura —empezó él, abrumado al pensar en el golpe que estaba a punto de asestar, y lo iba a asestar de su mano, para colmo, su propia mano, tan amorosa.

Apoyó la cabeza en el pecho de ella, rodeándola con los brazos mientras la tenía sentada en las rodillas.

Aquel modo de empezar hizo que Virginia se sintiera aún más incómoda; era la primera vez que Stephen se autocalificaba de criatura torpe.

—¿Qué pasa, cariño? —preguntó muy inquieta.

—¿Qué es lo que no pasa? —gimió Stephen, estrechándola fuertemente. Y pensar que era él, él, que la amaba tan profundamente…

—¡Oh, Stephen…! —Virginia ya estaba asustada del todo—. ¿Madre?

—Sí, sí. La tuya. Y Virginia, amada esposa mía —dijo, levantando la cabeza para mirarla—, créeme que, por ahorrarte esto, preferiría que se tratara de la mía.

Virginia estaba petrificada. Su rostro estaba rígido e inexpresivo. Entonces, había ocurrido lo peor. Su mamaíta, su mamaíta dulce y querida, con la que había sido tan poco amable y tan poco cariñosa y que jamás había dejado de ser amable con ella ni de quererla, había muerto.

—Ha muerto —dijo Virginia, con una voz tan carente de entonación que parecía indiferente.

«Cuánto mejor sería para todos, ella incluida, si así fuera», pensó Stephen.

Y en voz alta dijo, con el rostro enterrado en el pecho de Virginia:

—No. No ha muerto. Todo lo contrario. Va a casarse.

Y como Virginia no decía nada, porque se había quedado sin respiración por aquellos golpes y contragolpes, continuó:

—Cariño, te lo habría ahorrado si hubiera podido. He tratado de evitártelo. Todos estos días he intentado encontrar alguna forma de evitártelo. Créeme, créeme, he intentado…

—Pero Stephen, ¿por qué? ¿Por qué no iba madre a casarse otra vez? —preguntó Virginia, con la irritabilidad natural en las personas que se ven asustadas sin motivo, pero tan poco habitual en ella que a Stephen sólo se le ocurrió achacarlo a su estado físico—. Creo que es muy extraño que no me lo haya dicho pero ¿por qué no iba a volver a casarse? Ahora tendrá a alguien que cuide de ella. Me alegro.

—Cariño…

Él apretó aún más la cara contra el pecho de ella. Le hubiera gustado poder esconderla allí para siempre.

—Pero lo que sí creo —dijo Virginia, en la que ahora que sabía que no estaba muerta se producía una reacción contra su madre, como había ocurrido el día en que la vio trotando sana y salva por la avenida, cuando se había sentido atormentada por el temor de que hubiera sufrido un accidente —, lo que sí creo es que podía habérmelo dicho. Eso sí lo creo.

Las lágrimas se asomaban a su voz. Las ahogó y se irguió muy derecha sin ofrecerle auténtica hospitalidad a la cabeza de Stephen. Se sentía profundamente herida.

—¡Ah! Pero es que hay algunas cosas que uno no cuenta —dijo Stephen.

Se sentía muy desgraciado. Habría dado al menos medio Chickover por evitarle aquello.

—Volver a casarse no es una de ellas —dijo ella y, por primera vez, Stephen vislumbró una Virginia diferente, una Virginia que tal vez, dentro de diez años, discutiría con él.

Levantó la cabeza de su pecho y volvió a mirarla.

—Sé de lo que estoy hablando, mi niña. Esta forma de volver a casarse sí lo es. Se casa con el joven con el que se fue en moto a Londres. Tú

misma le viste. Tal vez ahora estarás de acuerdo en que hay algunas cosas que no se le dicen de buena gana a una hija.

Virginia le miró fijamente un momento, con los ojos muy abiertos. Luego, sin decir una palabra, abandonó sus rodillas, se acercó a una ventana y se quedó allí, dándole la espalda.

Qué extraño era aquello en ella, pensó él. Qué forma tan extraña de enfrentarse con el problema, alejarse así de él, darle la espalda al amor que anhelaba ayudarla.

No sabía qué hacer ni qué decir. Se quedó sentado observándola en medio de la mayor perplejidad. Su Virginia, abandonando sus rodillas, apartándose de sus brazos amorosos…

—Sí —dijo ella tras un largo silencio—. Me imagino que puede haber algunas cosas de ese tipo. Pero no creo —se volvió, mirándole de frente— que ésta sea una de ellas.

Él se puso en pie y fue hacia ella con los brazos extendidos.

—Mi amor, mi amor herido —exclamó, todo comprensión y lástima—, eres generosa y joven…

—*Mr*. Monckton también —fue su inesperada respuesta.

Realmente fue como una bofetada. Le paró en seco. *Debía* ser su estado. Pero durante todo aquel día aquella actitud continuó, aquella actitud extraña y casi desafiante, y Stephen tuvo que limitarse a meterse en su estudio y rezar para que se le ablandase el corazón, se le abrieran los ojos y viera las cosas como eran realmente.

¡Un infortunio tan grave —por supuesto, ella no sabía lo grave y lo terrible que era—, el primero en su vida de casados, y que se lo tomase de aquel modo, endureciendo su corazón contra la simpatía y la comprensión que su madre y él le ofrecían en tan ilimitada medida, y persistiendo, con una obstinación de la que jamás la hubiera creído capaz, en defender lo que su madre había hecho! Cierto que decía muy poco, pero lo poco que decía era pura obstinación. Se estaba comportando de un modo totalmente inhabitual también con la madre de él, que sólo deseaba consolarla, no quería admitir que hubiera ningún motivo por el que se la debiera consolar. Y cuando aquella noche se metió en la cama y la estrechó contra su corazón con el exquisito contacto del cuerpo que, hasta entonces, siempre había calmado cualquier aflicción del espíritu, ella se le acercó de aparente buena gana y se apretó contra él. Stephen pensó que era su querida esposa y, con esta feliz seguridad, le susurró que esperaba que se hubiera acordado de rezar por su pobre madre: constituyó un golpe muy doloroso notar que

Virginia se apartaba de él y oírle decir que no lo había hecho, no más de lo habitual, nada más que aquel «que Dios bendiga a mi mamá» de su infancia, y aún le resultó más doloroso que le preguntase, como si no estuviesen en el lugar sagrado y en el sagrado momento que hasta entonces nunca habían profanado hablando de otra cosa que no fuera el amor, por qué le parecía realmente tan terrible que su madre se casara de nuevo.

—¿No ves que es terrible casarse con alguien lo bastante joven como para ser su hijo? —le había preguntado con dureza. Nunca hubiera creído que tuviera que llegar a ser duro con su amada en semejante sitio y en un momento semejante.

Y ella le había contestado:

—Pero ¿es más terrible que casarte con alguien lo bastante joven como para ser tu hija?

Virginia le había contestado eso. Su Virginia. En la cama. En sus propios brazos.

VI

Stephen se quedó completamente destrozado con aquello. Era como las cosas que dicen los niños, que resultan incontestables por lo sencillamente ciertas y, sin embargo, resultan equivocadas, por ser cómo es el mundo de los adultos.

Virginia estaba más cerca que él del manantial de la verdad. Donde él estaba, a treinta años más de distancia, naturalmente sus aguas llegaban más turbias; pero allí las tenía y debía enfrentarse con ellas, con su barro incluido, y no como si permanecieran siempre claras como el cristal, como ella creía al estar tan cerca de la fuente.

Por otra parte, no podía pasarse sin su mujer. Se lo debía todo y, por encima de todas las cosas, le debía su retorno a la juventud. Había venido a liberarle de la oscura prisión de la mediana edad que avanzaba inexorable. La idolatraba más de lo que él mismo sospechaba.

Por ejemplo, hasta entonces no se había dado cuenta de que era como la cera en sus manos: se había imaginado que era él quien mandaba y conducía, que tenía absoluta autoridad; ahora se daba cuenta de repente de que era de cera. Cuando su suegra se había atrevido a comparar su matrimonio con el de ella, había cometido el más terrible desafuero. Virginia había puesto el dedo en la llaga y, en vez de sentirse ultrajado, se sentía destrozado por la verdad, tal y como ella la veía, destrozado al saber que, a sus agudos y jóvenes ojos, él no tenía razón alguna para condenar la acción de su madre.

Aunque Stephen no sabía en realidad cuántas razones podría tener, ni cuántas personas podrían apoyarle. Todo el mundo, excepto criaturas como Virginia, jóvenes e inexpertas, estaría de acuerdo en que la diferencia entre los dos casos era tanta que uno se aceptaba como algo natural y el otro entre burlas. Pero Virginia decía que no había diferencia —tenía la molesta sensación de que tal vez Cristo habría dicho lo mismo— y aseguraba que si

el que su madre se casase con alguien mucho más joven era terrible, entonces también era terrible que ella se hubiera casado con Stephen; más terrible aún, porque la verdad era que había ocho años más de diferencia en su caso.

Todo eso se lo había dicho aquella primera noche trágica en la cama y, al acabar, le había preguntado qué era lo que tenían que hacer.

Era cera. No inmediatamente; no durante algunas negras semanas de agónica separación, de días que pasaron evitándose, de noches que transcurrieron dándose la espalda, pero fue inevitable que se derritiera ante la tozudez de ella. Demasiadas necesidades en su vida estaban en sus manos. No estar en armonía con Virginia era peor, mucho peor, que no estar en armonía con Dios. Se estremeció por tener que admitirlo, pero así era.

Y Virginia, aunque conservaba su resuelto aspecto exterior y aguantó tenazmente aquellos días dolorosos de abril y mayo —el distanciamiento duró todo ese tiempo—, se sentía horrorosamente infeliz. ¿Cómo iba a solucionar todo aquello? En el fondo estaba tan asustada como Stephen. Pero ¿cómo no iba a apoyar y defender a su madre? ¿Cómo iba a negar a su propia sangre? Lamentaba profundamente tener que defenderla; aquello destrozaba las raíces de todas las creencias de su infancia. Se preguntaba si habría algo más triste que querer a alguien y sentirse horrorizado por lo que ese alguien hacía al mismo tiempo. Ella, que debía haber estado echándose y descansando con más aplicación que nunca —«El quinto mes, querida niña», le recordaba ansiosamente *Mrs*. Colquhoun, «sabes que estamos ya en el quinto mes y debemos tener mucho cuidado»—, se dedicaba sin embargo a caminar incesantemente por el jardín, de un lado para otro, por todos los caminos por los que era menos probable que su suegra la encontrase, esforzándose tremendamente por ver claro, por pensar en algo adecuado, buscando a tientas alguna forma de volver con Stephen sin darle la espalda a su madre al mismo tiempo, de volver a sus brazos, a su corazón, a aquel amor sin nubes sin el que sentía que no podía vivir.

—Ya sabes, querida Virginia, que no tienes nada de qué avergonzarte —dijo por fin *Mrs*. Colquhoun, cuyo único deseo era servir de consuelo y de confidente, y que se sentía muy molesta porque la evitase de aquella forma tan marcada y enfermiza.

—¿Lo tiene alguien? —preguntó Virginia, parándose en seco en medio del camino en el que le había salido al paso, mirando a su suegra directamente a los ojos.

—Esa despreciable madre que tiene —se quejó *Mrs*. Colquhoun ante Stephen, contándole la escenita y lo muy incómoda y herida que se había sentido ante la falta de tacto de la pobre niña—. Qué desdicha tan grande nos ha traído a todos.

—Sin embargo —dijo Stephen, levantando cansadamente la vista del sermón que estaba tratando de escribir (parecía dolerle la cabeza, el corazón y todas y cada una de las partes de su cuerpo)—, tendremos que tolerarla.

—¿Tolerarla? ¿Tolerarla? ¿Quieres decir que nos comportemos como si la aprobáramos?

—Sí, madre. He estado pensando en ello muy seriamente. La salud de Virginia y con ella la del niño están en juego. Es que… —La voz le desfalleció porque se sentía muy desgraciado— llora por la noche. Ella… llora cuando cree que estoy dormido. Si trato de consolarla, re… resulta desgarrador.

Volvió la cara y se inclinó sobre el manuscrito. Habían brotado lágrimas de sus ojos, que le estaban empapando la cara. Era imposible que nadie pudiera concebir los tormentos de sus noches en la cama con su amada estando distanciado de ella. Aquellas espaldas vueltas, aquel frío espacio entre sus dos cuerpos desdichados…

—Despreciable, despreciable mujer —dijo *Mrs*. Colquhoun de nuevo, más amargamente que nunca porque había visto las lágrimas de su hijo.

—Sí. Pero debemos pensar en Virginia.

—¿Le ha estado escribiendo a su madre?

—Estoy seguro de que no lo ha hecho. No haría nada sin mi conocimiento.

Clavó la plumilla de su pluma en el papel secante.

—Mi esposa es la lealtad y la franqueza personificadas —empezó a decir pero, como la voz le temblaba al mencionar sus preciosas cualidades, se detuvo.

—Ya lo sé, Stephen, claro que sí. Es una criatura encantadora. Sólo que, en estos casos, una mujer no es del todo ella misma y Virginia, por lo que veo, ha caído en un estado curiosamente enfermizo…

—Yo la dejaría en paz, madre —interrumpió Stephen, con la cabeza inclinada para que no se le viera la cara.

Mrs. Colquhoun se sintió herida. Por así decirlo, le estaban tirando a la cara todo su afecto y su simpatía y se lo estaba diciendo a las claras su hijo, a cuyo bienestar había dedicado su vida entera, que estaba actuando de un modo equivocado con Virginia. ¡Como si no supiera mejor que él cuál era el

modo adecuado de comportarse con alguien que se encontrara en el estado de Virginia!

—Creo que me equivoqué con lo de esas cartas —dijo él, mientras seguía pinchando la pluma en el secante—. Debería haber permitido que las leyera.

—No estoy de acuerdo contigo en absoluto. Hicimos lo que consideramos correcto y más de lo que pueda esperarse de cualquier mortal.

—Sin duda. Pero tal vez nos equivocamos en cuanto a qué era lo correcto.

—Tonterías, Stephen. La chica sólo tiene diecinueve años. Hay que protegerla contra la influencia de esa mujer. Tú mismo la sorprendiste cometiendo la más escandalosa, la más deshonrosa de las inmoralidades, y ahora propones que la toleremos a ella y a su… bueno, realmente sólo se le puede llamar de una forma, a su querido.

—Están casados. Han expiado su pecado.

—A su antiguo querido, entonces.

—Debemos tolerarlos por el bien de Virginia.

—¿Cómo? —preguntó *Mrs*. Colquhoun, en el colmo de la desesperación. Ahora resultaba que su hijo se comportaba de un modo igual de enfermizo que su nuera, y sin tener la excusa de estar en ningún mes en especial.

—Voy a decirle a Virginia que les escriba para invitarles a que nos hagan una visita.

—¿Aquí?

—¿Adónde si no?

—Me marcharé.

—Como te parezca.

—Stephen…

—¿Sí, madre?

Pero, sin esperar a oír lo que ella iba a decirle, continuó:

—He llevado mal todo este asunto. He adoptado una actitud con Virginia que no puede continuar, porque la hace sentirse desgraciada y enferma. Excepto por aquella noche que pasaron juntos y que ahora han expiado, después de todo, ¿qué diferencia hay entre su matrimonio y el de Virginia y mío?

—¡Stephen!

—Los sexos están invertidos; las edades son las mismas o, más bien, el equilibrio está de su parte. Ella está ocho años más cerca de la edad de él

que yo de la de Virginia.

—¡Stephen!

—Mi querida Virginia, que está mucho más próxima a la sencilla verdad, que en realidad está mucho más próxima a Dios, no ve diferencia alguna.

—Eso te dice, ¿no? Pero apuesto a que, en el fondo, sí que ve diferencia. Sólo está defendiendo a esa mujer por alguna deformada noción del deber, defendiéndola contra su propio marido, contra el padre de su hijo.

Él hizo un gesto de cansancio. Había sufrido mucho. Sólo él sabía lo que habían sido sus noches.

—Quiero a Virginia —dijo, como hablando consigo mismo.

Mrs. Colquhoun se le quedó mirando. Él no la miraba, estaba sentado a su mesa con la cabeza inclinada. Nunca le había visto así, deshecho, con el norte perdido, cediendo, haciendo la vista gorda ante el pecado, dispuesto a tolerarlo, como él mismo decía.

—Stephen… —empezó a decirle.

Él se levantó.

—Creo que iré a ver a Virginia para aclarar las cosas —dijo.

—¿Realmente te propones recibir aquí a esas escandalosas personas y blanquearlas?

Él la miró un momento en silencio, volviendo a prestar atención a lo que decía.

—Hablas como si fueran edificios, madre —dijo con una débil y tristísima sonrisa.

—¡Edificios, no, sepulcros! —dijo *Mrs*. Colquhoun—. Moradas de corrupción. Y, por mucho que puedas blanquearlas, no esconderás… no esconderás.

Se estaba poniendo histérica; en la vida se había puesto así. Le faltaban las palabras; en la vida le había ocurrido. Tenía que dominarse, tenía que cerrar bien la boca. Le asustaba aquel comportamiento de su persona, hasta entonces había sido absolutamente fiable.

Su hijo salió de la habitación y la dejó allí.

VII

Precisamente la mañana después de aquella conversación, Stephen llegó tarde a desayunar por primera vez en muchos años y Virginia, que había bajado antes que él, encontró una postal con letra de su madre entre las cartas, con una imagen de alguna parte de la isla de Wight y las siguientes palabras: «Me has ayudado a encontrar la felicidad. Catherine Monckton».

Se la quedó mirando, perpleja. Y se quedó más perpleja aún cuando, al darle otra vez la vuelta para mirar la dirección, vio que era para Stephen, no para ella.

¿Que Stephen había ayudado a su madre a encontrar la felicidad? Desde luego, sería algo propio de él —su reconciliación de aquella noche había sido completa y maravillosa— pero ¿cómo? ¿Qué tenía él que ver en esto? Él, que hasta ahora, que hasta ayer mismo, no había logrado dejar de desaprobar aquel matrimonio.

Aún estaba con la postal en la mano, tratando inútilmente de encontrarle algún sentido, cuando él entró.

—Me parece que aún no conozco toda tu bondad, mi querido esposo —dijo, yendo a su encuentro con el paso rápido y la sonrisa radiante del amor que está muy orgulloso.

—¿De qué me hablas, mi querida esposa? —preguntó, contemplando el rostro que le miraba con la alegre satisfacción de quien ha sido admitido de nuevo en el paraíso.

—Pues mira —y le entregó la postal.

Él se puso muy colorado. Ella lo tomó por modestia y se echó a reír de puro orgullosa que se sentía de él. No sabía qué habría hecho ni por qué, pero le quería con una fe verdaderamente ardiente.

Stephen, al leer el texto de la postal, dedujo que el matrimonio, que él creía que había tenido lugar un mes o seis semanas antes, en realidad se acababa de celebrar, porque creía que a la ex *Mrs*. Cumfrit no podía

corresponderle ninguna felicidad duradera, y les concedía a ella y a su desafortunada víctima dos o tres días de aquélla antes de que el remordimiento y la desilusión la reemplazasen. Está claro que se encontraban al principio mismo de aquello —dos o tres días— cuando escribió la postal. Él bien sabía que no había tenido deseo alguno de ayudar a su suegra a encontrar la felicidad. Lo único que había tenido en mente era la expiación. No se le había ocurrido que fuera posible que la expiación fuera un proceso productor de felicidad. Y allí tenía a Virginia, alabándole y bendiciéndole; allí tenía a aquel espíritu joven y sin mancha, haciéndole sentirse una vez más avergonzado de sí mismo, con su fe y su orgullo por su bondad. Además, aquello resultaba muy desagradable. ¿Por qué no podría haber anunciado *Mrs*. Cumfrit que ahora se llamaba Monckton de una manera normal, sin implicarle a él en el asunto?

—Vamos, cariño —dijo, sin saber qué decir, y deseando fervientemente haber hecho de verdad algo para merecer la mirada de orgullosa adoración que había en el rostro de Virginia—, vamos a desayunar. De lo contrario se quedará frío, y tengo más hambre que un… —Iba a decir lobo, pero le pareció anticlerical y dijo rector; y los dos se rieron, porque aquella feliz mañana estaban de ese talante con el que se ríe uno de cualquier cosa.

Ella le sirvió el café y se quedó detrás de su silla, apoyando la mejilla en su cabeza.

—Tendrás que confesar —le dijo—, por mucho que quieras ocultar tus cualidades. ¿Qué hiciste, querido Stephen, y por qué nos hemos sentido tan desdichados todo este tiempo con lo del matrimonio de mi madre, cuando realmente has sido tú quien…?

—Te confesaré, amor mío, que yo ordené ese matrimonio.

—¿Lo hiciste? Entonces, ¿por qué…?

—Virginia, mi amor, ¿confías en tu marido?

—¡Oh Stephen, del modo más *absoluto*! —exclamó ella, rodeándole el cuello con los brazos.

—Entonces, ¿qué pasa si te pido que no me hagas más preguntas sobre este asunto? —dijo él, acariciando la mano que le rodeaba el cuello y contemplando aquel rostro tan cercano al suyo.

—¡Oh! Stephen… pídeme algo incluso más difícil. Anhelo mostrarte lo que sería capaz de hacer por ti. Anhelo tanto parecerme más a ti…

—Cariño, que Dios no lo permita —dijo Stephen, con la mayor seriedad.

—¡Oh, Stephen…! —Virginia no pudo decir más ante tanta modestia,

ante una humildad tan profunda. No sólo se había casado con un enamorado, sino con un santo.

Se sentía colmada de felicidad. Que Stephen le pidiera que no le preguntase. Se quedó más callada que un muerto. Que Stephen le pidiera que creyera en él… Se quedó henchida de fe. Y estaba tan contenta de haber vuelto con su marido tras la negra separación que ya ni siquiera le importaba la idea de que Christopher fuera su padrastro; y su felicidad se derramó en la carta que le escribió a su madre invitándoles a los dos a Chickover. Fue una carta tan cálida que Catherine, acostumbrada a poner ella todo el cariño en sus relaciones con Virginia, se quedó igual de perpleja que se había quedado su hija al leer la postal dirigida a Stephen.

Realmente resultaba incomprensible que Virginia, que rara vez se mostraba afectuosa, lo hiciera ahora. Pero como estaba en los primeros momentos de asombro ante la alegría de haberse enamorado, Catherine no tenía tiempo para nada ni para nadie que no fuera Christopher, y no se preocupó durante mucho tiempo de la carta de Virginia. Garabateó una notita: «Gracias, cariño, por tu carta. Nos encantará ir algún día». Y se olvidó de ella y no volvió a acordarse más, ni a pensar en Chickover ni en Stephen, ni en toda aquella vida extrañamente sombría hasta la visita de los Fanshawe.

Durante aquella visita, casi todo lo que los Fanshawe dijeron pareció producir un clímax. Todas sus inocentes preguntas, excepto una, eran muy difíciles de contestar y a la mayoría de sus comentarios sólo se podía responder con silencio. La única pregunta que no era difícil era: «¿Has estado ya con él en Chickover?», pero la cálida y olvidada invitación volvió a la mente de Catherine al oír esas palabras y, aunque en aquel momento los Fanshawe no le habían dado tiempo de contestar, más tarde, antes de que se fueran, cuando toda la naturalidad y la efervescencia habían desaparecido de su visita y todos se daban conversación muy elaboradamente, anunció que Virginia les había escrito, animándoles a que fueran lo antes posible para quedarse una buena temporada, y que pensaban ir pronto.

Al oír aquello, Christopher había hecho una mueca, indicativa de su asombro, porque era la primera vez que oía hablar de tal invitación o de tal visita; y *Mrs*. Fanshawe dijo:

—¿Se conocen ya Virginia y *Mr*. Monckton? —preguntando algo tímidamente porque, a aquellas alturas, a ella también le parecía que cualquier pregunta podía resultar una bomba.

—¡Oh, sí! —dijo Catherine, enrojeciendo de nuevo, porque la visión de

aquel encuentro se había presentado como un relámpago ante sus ojos.

La sala de Chickover, ella que entraba dispuesta a salir para Londres y se encontraba allá con tres figuras, rígidas y silenciosas como tres atizadores hostiles.

Ante aquello, los Fanshawe decidieron que había cosas y personas en la vida que ellos eran incapaces de entender y desistieron de intentarlo. Pero sus corazones eran benevolentes y la única crítica que se permitieron fue que Virginia, a quien no conocían, debía ser un poquito rara.

VIII

¿Pero qué iba a hacer con lo de Chickover?

Cuando se miraba en el espejo por las mañanas antes de vestirse, a Catherine le parecía que sería mejor no ir. Las exclamaciones de las Fanshawe habían confirmado sus peores miedos y estaba segura de que parecía agotada. ¿Cómo iba a ir allí con Christopher, con aquel aspecto agotado? Virginia lo notaría enseguida, pensaría que no era feliz y le echaría la culpa a Christopher. Stephen también lo notaría, se sentiría seguro de que no era feliz y pensaría que había triunfado. En cuanto a *Mrs*. Colquhoun…

Dejó de pensar en Chickover y se fue a comprar una barra de labios. Los Fanshawe daban un baile aquella noche y les habían invitado, y Christopher insistió en ir. Fue inútil que le dijera que no sabía bailar, él dijo que no podía negarse a ir con él. Al parecer le encantaba bailar, pero no lo había hecho mucho antes de la boda porque, según le explicó, no podía aguantar a las niñas bobas que uno conocía en los bailes. Al fin y al cabo, no era posible bailar guardando absoluto silencio y no tenía ni idea de lo que podía decirles a esas chicas. Si hubiera podido galantearlas al menos —Catherine se estremeció—, pero ni siquiera podía hacer eso, porque entonces se hubiera visto comprometido y habría tenido que casarse con ellas. ¡Casarse con ellas! Dios mío.

Llegó la invitación, él se apresuró a aceptarla y ella se tuvo que limitar a arreglarse lo mejor posible. De modo que, como primer paso, salió a comprarse una barra de labios y, tal había sido la inocencia de su vida en aquellas cuestiones, que se sonrojó al pedirla. Pero no se sintió complacida con el efecto y, examinándose con preocupación antes de que Christopher llegara a cenar, se sintió inclinada a pensar que sólo la hacía parecer mayor y, desde luego, le daba peor aspecto.

Él, sin embargo, no notó nada porque a esas alturas las luces eléctricas

de George se habían difuminado enormemente, y la besó con su habitual deleite por volver a verla; todo el carmín se le fue y ella se preguntó qué harían las otras mujeres para conservarlo, o si sería que se podía tener un lápiz de labios o un amante, pero nunca las dos cosas.

No lo pasó bien en el baile. Él no pudo hacerla bailar, por mucho que los dos lo intentaron; y tras luchar con ella por todo el salón y machacarse mutuamente los dedos de los pies de forma lamentable, se rindió y dejó que se sentara. Pero a él le era imposible no bailar oyendo aquella música vibrante y Catherine, que observaba cómo daba vueltas con una chica tras otra, todas las cuales parecían milagros de juventud y belleza, no se divirtió.

Las chicas parecían languidecer por él. No le extrañaba. Era con mucho el joven más atractivo que se encontraba allí, pensaba ella con una punzada de dolor y orgullo a la vez. No se divirtió en absoluto.

Las Fanshawe eran muy amables —casi demasiado amables, como si estuvieran esforzándose por esconderle la realidad de su propia situación— y no paraban de traerle hombres de edad que no bailaban y de presentárselos. Pero los hombres de edad encontraban bastante aburrida a la menuda señora de ojos errantes, oídos poco atentos y labios enrojecidos y pronto se esfumaban; además, preferían a las chicas jóvenes. Por eso, siempre que las Fanshawe dirigían la mirada a donde ella estaba veían que estaba sola, pese a sus esfuerzos.

Por fin, después de que Ned Fanshawe se pasara un buen rato sentado con ella, su madre se acercó con una señora de edad y no con un hombre, se la presentó y ésta sí que se quedó. Como Catherine, parecía no conocer a nadie allí. Se quedaron sentadas juntas el resto de la velada.

—Aquélla es mi hija —dijo la señora de edad, señalando a una muchacha muy guapa que en aquel momento bailaba con Christopher—. ¿Cuál es la suya?

No, Catherine no se divirtió.

Pese a todos sus esfuerzos, no pudo evitar estar bastante callada en el taxi que les llevaba a casa. Christopher parecía haberse divertido mucho. Todas aquellas chicas…

—Me ha encantado —dijo, encendiendo un cigarrillo y atrayéndola hacia él.

—Creo que habías dicho que te aburrían las chicas.

—No, si tú también estás allí. Ésa es la diferencia.

—Pero yo no te he servido de mucho.

—Es que saber que estabas allí conmigo, en la misma habitación, me

hacía feliz.

—¿Sirvo bien de fondo? —preguntó ella, tratando de parecer divertida.

Él tiró el cigarrillo y la cogió entre sus brazos.

—Cariño, estarías horriblemente harta, allí sentada. Te diré lo que vamos a hacer: compraremos un gramófono y te enseñaré a bailar. Aprenderás enseguida y entonces podremos bailar juntos en bañes de éstos todas las noches.

—Creo que *me cansaría* —dijo Catherine, haciendo un esfuerzo por reírse, y llorando en vez de reír.

Estaba llorando. Era lo peor que podía haber para sus ojos. Por la mañana toda ella sería una auténtica e inconfundible ojera.

—Pero ¿qué es todo esto, mi preciosa criatura? —exclamó Christopher, sintiendo que de pronto se le humedecía la cara, enormemente sorprendido y angustiado.

—No es nada… sólo estoy cansada —dijo ella, limpiándose a toda prisa los ojos y decidida a que no hubiera más lágrimas que pudieran separarles.

—He sido un idiota egoísta al no pensar en lo aburrida que debías estar —dijo él, besándola y acariciándola con ansiedad—. Te vi charlar con Fanshawe y creí que estabas bastante a gusto.

—¡Oh!, sí… sí que lo estaba.

—Catherine… chiquitina…

La besó una y otra vez, ella le besó también y consiguió reírse.

—Querido Chris —dijo, acurrucándose en sus brazos—. No creo que se me den muy bien los bailes.

—Se te darán cuando te enseñe. Bañarás como un ángel. Compraremos un gramófono mañana.

—¡Oh, no! No compres un gramófono, por favor, querido Chris. No puedo aprender a bailar. No quiero. Estoy segura de que nunca podría aprender. Debes ir a bañes sin mí.

—¡Sin ti! Eso no me gusta. Como si yo pudiera ir a algún sitio o moverme un centímetro sin ti.

Por entonces llevaban cinco semanas casados.

Llegó otra carta de Virginia; no tan cálida como la anterior, porque nadie puede mantenerse ininterrumpidamente a la misma temperatura durante semanas, pero reiterando la invitación.

Esperamos que Mr. Monckton y tú vengáis pronto, queridísima madre —escribía con su letra redondeada e infantil—. *Ahora tengo que estar echada casi siempre, porque he entrado en el séptimo mes y madre dice que es en el que*

hay que tener más cuidado, así que si vienes ahora podríamos charlar tranquilas y sería agradable. Stephen está haciendo visitas por la parroquia, pero creo que si estuviera aquí me pediría que te mandara su afecto.

Qué lejano sonaba. Otra vida, débil y brumosa. Evidentemente, Stephen no le había dicho nada de sus monstruosas sospechas. Virginia, tan obediente como siempre, estaba dispuesta a aceptar al nuevo marido de su madre. Estaba muy claro que le había desagradado aquel día en Chickover, pero ahora iba a cumplir su deber para con él, lo mismo que cumplía sus deberes con todos los que tenían derecho a ello.

Catherine suspiró, con la carta en la mano. Parecía una rociada de agua fresca, una frescura tranquila y distante comparada con su enfebrecida, extraña y extática —pero ¿era realmente extática?— vida de ahora.

Una punzada de ganas de ver a Virginia se le metió en el corazón. Los hijos y los nuevos maridos, qué difícil era mezclarlos cómodamente. Para que las madres resulten totalmente satisfactorias, deben estar dispuestas al sacrificio, sacrificio y nada más que el sacrificio. No deben desear otra felicidad que la que venga a través de, por y con sus hijos. No deben hacer intento alguno de ser individualidades, de ser seres humanos separados, sino simplemente madres.

Se sentó mirándose al espejo y pensando. Cuando llegó la carta estaba ante el tocador, en el proceso que ahora era largo y difícil de arreglarse la cara. *Mrs*. Mitcham había entrado el correo de puntillas —ahora siempre se acercaba a Catherine de puntillas—, lo había dejado en la mesa y se había escabullido de nuevo rápidamente, sin mirar a su derecha ni a su izquierda, porque a estas alturas la experiencia le había enseñado que, si lo hacía, era posible que lo que viera le resultara desconcertante.

Catherine dejó lo que estaba haciendo para abrir la carta y luego se quedó sentada dándole vueltas distraídamente entre sus dedos.

Kitty Fanshawe le había dicho que había una mujer en Sackville Street que «hacía» caras, y había ido enseguida a que le hiciera la suya, quedando encantada por el resultado. Ya no tendría que utilizar más barras de labios ni polvos elementales. En este elegante refugio al fondo de un edificio, lejos de todo ruido, en el que sólo entrar ya calmaba los nervios, se había recostado en un sillón mullido y delicioso, y una joven exquisita, cuya cara era una prueba convincente de las excelencias del tratamiento, le hizo una serie de cosas con cremas, aceites y dedos suaves. Y cuando al terminar —aquello resultaba tan calmante que Catherine se quedó dormida— le dejó un espejo y le dijo que se mirase, no pudo por menos que lanzar una

exclamación de placer.

Bueno; aquello era un milagro. No sólo parecía diez o quince años más joven y muy, muy guapa, sino que además resultaba muy elegante. Un poco atrevida quizá, y los últimos vestigios de la tranquila señora del campo que aún habían sobrevivido a los restregones de Christopher habían desaparecido, pero qué… bueno, qué guapa estaba.

Lo único que le faltaba por hacer era ir enseguida a comprarse un sombrero digno de tan distinguido aspecto. Se fue derecha a Bond Street y, durante el corto trayecto, descubrió que la gente la miraba, la veía, en lugar de ser, como le ocurría antes, tan completamente carente de interés que resultaba prácticamente invisible.

Tanto el sombrero como el tratamiento le salieron caros —el tratamiento más, aunque no duraba, y el sombrero al menos sí que duraba algún tiempo—. Imposible hacerse el tratamiento más que de un modo muy ocasional, por lo caro que salía, por lo que se compró una caja que contenía todo lo necesario para hacerlo excepto los dedos de la joven, y trató de aplicárselo ella misma en casa.

Los resultados fueron bastante desafortunados. No tenía ningún buen aspecto. *Mrs*. Mitcham se sentía secretamente muy preocupada. Pero persistió, con la esperanza de llegar a dominar la técnica con la práctica. La segunda carta de Virginia llegó precisamente una mañana, cuando estaba enfrascada en sus luchas diarias.

¿Qué iba a hacer con lo de Chickover? ¿Cómo iba a ir con Christopher? Aunque había jurado que nunca volvería a acercarse a aquel maldito lugar, sabía que iría si ella se lo pedía. Pero qué doloroso, qué imposible resultaría. Stephen agitaba en son de paz ramas de olivo, porque, por supuesto, Virginia nunca les hubiera invitado sin su aprobación; pero las ramas de olivo de Stephen eran desagradables, pensaba, recordándole cómo le había visto por última vez, el día de sus horribles acusaciones. ¡Haberle visto así por última vez y encontrárselo luego a la puerta de su casa, haciendo de agradable anfitrión con Christopher! Y Virginia, ignorante de todo lo que no fuera lo del matrimonio, tratando valientemente de cumplir a la perfección con su deber, y *Mrs*. Colquhoun profundamente hostil y crítica; ¿por qué tenía que verse expuesto su amado Chris a semejante prueba?

No, no se sometería. Pero ¿cómo iba a ir sin él? Tales eran sus sentimientos por Christopher que la idea de verse separada de él, incluso para hacer una visita lo más corta posible, le resultaba insoportable. Pero ¿cómo no iba a ir? Aunque estaba inmersa en su obsesión, el natural deseo

de ver a Virginia volvió a tirar de su corazón. ¡Si pudiera ver a Virginia sin ver a los otros! Pero sabía que eso era imposible.

Enseguida, en cuanto acabó de vestirse, se fue al cuarto de estar y consultó los horarios de los trenes. ¿Y si se iba el lunes y volvía el miércoles a la hora de cenar? No; no soportaría estar tanto tiempo separada de Christopher. Bastaría pasar una noche en Chickover; tendrían la tarde entera para charlar. No; tampoco podría soportarlo. ¿Qué le pasaría a él mientras estaba fuera? Estaría todo el tiempo en vilo. ¿Y si lo hacía todo en el día? ¿Y si se iba en el primer tren y se volvía en el último?

Consultó otra vez los horarios. Chickover estaba muy lejos; se tardaba horas en llegar. Pero si salía de Waterloo poco después de las ocho de la mañana, podría llegar a eso de las doce y con el último tren, que salía de allí a las siete y veinte, estaría de vuelta a medianoche.

Sí; eso haría. No, mejor no. Había otro tren a las once y algo, que llegaba allí a las tres. Era de la mayor importancia que apareciera feliz y con buen aspecto, para demostrarles a aquellos que tanto dudaban y desaprobaban que su matrimonio era un gran éxito. Ella, que tan bien y tan feliz se sentía —estaba segura de que no podía haber nadie en el mundo que se sintiera mejor ni más feliz, excepto porque a veces se sentía bastante cansada—, también debía parecerlo; y si tenía arrugas y zonas hundidas en la cara, aquellos tres se precipitarían a sacar toda clase de conclusiones. El tren de las once le dejaría tiempo para ir a María Roma, la señora de Sackville Street, para que le hiciera antes un tratamiento facial. Todavía le quedarían cuatro sólidas horas en Chickover. Por supuesto, todo aquello le saldría muy caro en conjunto, pero bien valía la pena; porque cuando la vieran tan fresca y radiante no podrían sino pensar que había sido sencillamente una necedad considerar que su matrimonio había sido un error, o insistir en medir la edad y el comportamiento por años y no por su aspecto. ¡Qué intensamente deseaba demostrar su felicidad, triunfar con Christopher!

Le escribió a Virginia diciéndole que iría sola a pasar la tarde del lunes siguiente, simplemente por estar a solas con ella un rato; Virginia no desearía ver a nadie que aún no conociera muy bien en su estado actual, y Christopher y ella —se refirió a él como Christopher, porque le pareció absurda cualquier otra forma de hacerlo— irían los dos juntos más adelante cuando naciera el niño y Virginia estuviera de nuevo en plena forma.

Luego, durante la cena, le dijo a Christopher lo que iba a hacer.

A él no le pareció bien. Detestaba la idea de que no regresara hasta tan

tarde. Era demasiado diminuta y preciosa para andar metiéndose en jaleos ella sola. Podía pasarle cualquier cosa. No podría dar ni golpe en el trabajo el lunes por pensar en ella. La verdad fue que se tomó la noticia exactamente como Catherine había deseado y, si eso era posible, le quiso más que nunca. Naturalmente, hizo al mismo tiempo algunos comentarios respetuosos sobre el aspecto personal de Stephen y sobre su carácter en general aunque, como el bueno del predicador había puesto los medios para que Catherine se casara con él, observó que no podía evitar que le cayera bien a pesar de sus muchos y flagrantes defectos; y en cuanto a Virginia, su opinión era exactamente la misma de antes, pero admitía que tal vez su madre viera algo en ella, y que si Catherine se sentía irresistiblemente impulsada a ir a visitarla, imaginaba que sería mejor que fuera y quedara zanjado el asunto.

—Va a tener u… —empezó a decir Catherine, pero se detuvo. Realmente, no tenía ganas de hacerlo. No tendría más remedio algún día pero ¿por qué iba a hacerlo antes de que fuera absolutamente necesario? El niño de Virginia la convertiría en abuela. Christopher estaría casado con una abuela. Si hasta ahora no había notado la diferencia de edad, sería inevitable que aquello le abriera los ojos. Al pensarlo se sintió irritada, como si le hubieran arrancado la piel, y débil, acobardada en medio de una sensación agónica de aprensión y sensibilidad… Amor, amor… ojalá no le quisiera tanto…

—¿Qué va a tener? —preguntó él, al ver que se paraba en seco, levantando la vista de las fresas que se estaba comiendo.

—Espero que una tarde muy feliz —dijo Catherine con rapidez, poniéndose colorada y con una sonrisa nerviosa.

—Yo creo que la tendrá, estando tú allí —dijo Christopher. Y añadió entre dientes, para que Catherine no le oyera y no se sintiera herida en sus afectos maternales—. Joven canalla.

IX

Por lo tanto, el lunes, una linda damita de unos treinta o treinta y cinco años, con una belleza del tipo que más se desaprueba en el campo, se bajó del tren en Chickover y la recibió un clérigo cohibido.

Las comisuras de su boca se curvaban en una sonrisa complacida —era emocionante y delicioso saber que volvía a tener auténtico buen aspecto— mientras corría por el andén hacia donde él la esperaba dudando. Además de estar muy contenta del buen aspecto que tenía, se alegraba mucho de ir a ver a Virginia y de volver con Christopher aquella misma noche. Además, animada por la consciencia de su atractivo, el viaje no la había cansado; al contrario, había resultado divertido, con un hombre desconocido afanosamente cordial en su mismo compartimento, que se preocupaba todo lo posible por su comodidad. Por otra parte, como hacía calor, tenía un rubor que sobresalía por encima del otro rubor más débil que le habían colocado en Sackville Street, cosa que siempre le sentaba muy bien. Y, por último, le brillaban los ojos con la alegría que se apodera de cualquier mujer después de un triunfo, por pequeño que sea. Por lo tanto, por todas aquellas razones, era natural que sonriera.

Stephen estaba preparado para cualquier cosa que no fuera aquello. Se había infundido ánimos para enfrentarse con un encuentro muy diferente —no con sonrisas, desde luego—. Lo pasado, pasado estaba; sus recientes y sagradas experiencias con Virginia habían hecho que se sintiera ardientemente decidido a luchar por la bondad que ella pensaba que ya tenía, e iba a recibir a su suegra con todo el antiguo respeto que consiguiera reunir. La tendría en su mente tal y como era antes y no se preocuparía de cómo había cambiado desde entonces. Además, aunque tal vez se sintiera feliz cuando escribió la postal que de manera tan inesperada había intensificado su propia felicidad, opinaba que no era posible que fuera feliz ahora. Habían pasado ocho semanas desde que escribió la postal. En un

matrimonio podían pasar muchas cosas en ocho semanas. A veces bastaban ocho días, por lo que él tenía entendido, para abrirlos ojos de los casados. Y allí estaba ella, sonriendo.

—¿Cómo estás? —dijo, estrujando su sombrero flexible con una mano y estrechando débilmente la mano de ella con la otra.

—Has sido muy amable al venir a buscarme —dijo ella alegremente. Qué divertido era el viejo Stephen. Resultaba imposible enfadarse con él. Y, en realidad, era muy bueno, aunque parecía extremadamente viejo después de haber tenido a Christopher ante los ojos.

—No tiene importancia —dijo Stephen.

—¿Cómo está Virginia?

—Bien.

—Me alegro mucho. Estoy deseando verla. ¡Oh! ¿Cómo está, Smithers? ¿Cómo están los niños? Me alegro mucho.

La gente la miraba con sorpresa. Hasta ahora no se le había dado el caso de encontrarse en compañía de una dama a la que la gente mirase con sorpresa. La hizo meterse en el coche a toda prisa. Se esforzó por respetarla.

Entre la estación y la casa no tenía mucho tiempo para mostrarle respeto, pero lo intentó. Había pensado preparar el terreno, tranquilizándola durante el breve trayecto en cuanto a la ignorancia de Virginia sobre las razones que habían conducido a su matrimonio. Tenía intención de expresarlo diciendo «conducido a», rechazando la expresión más dura y exacta de «obligado a», porque deseaba ser lo más misericordioso y delicado posible, ahora que todos los implicados habían dado la vuelta a aquella lamentable página. Además, ¿quién era él para juzgar? Cristo no había juzgado a aquella otra mujer sorprendida en adulterio.

Sin embargo, la delicadeza resultaba igual de difícil que el respeto. Ella misma parecía no tener ninguna. También le resultaba difícil pensar que se trataba de su suegra. Estaba curiosamente alterada. No sabía decir en qué consistía la alteración. Estaba claro que remedaba la juventud, pero admitió que la remedaba tan hábilmente que de no haberlo sabido, si le hubiera lanzado una mirada al azar, la habría tomado más por una hija que por una madre, aunque no por la clase de hija que a uno le gustaría tener.

En cuanto estuvieron sentados en el coche, ella misma mandó la delicadeza a paseo.

—¿Sabes, Stephen? —dijo, cogiéndole la mano, y él no sabía si retirarla o hacer como si no se hubiera dado cuenta—. A veces el bien procede del

mal, del modo más extraño.

—No me siento dispuesto a admitir eso —se sintió obligado a contestar Stephen.

—¡Oh! Vamos a ser amigos de verdad, si te parece —dijo ella, mientras seguía sonriéndole con el aspecto de ser la hija de alguien, una hija ligeramente indeseable—. Así podremos hablar *de verdad*. Quería darte las gracias por mi inmensa felicidad…

Él intentó retirar la mano.

—Creo que quizá… —empezó a decir.

—No, no, escúchame —continuó ella, estrechándosela más fuerte—. De no haber sido por ti, yo nunca me habría casado con Christopher y no habría tenido ni idea de lo que es la felicidad. Así que ya ves, el que pensaras aquellas cosas malvadas de nosotros ha sido la causa de todo. Igual que las rosas, que brotan y florecen divinamente en el barro.

Él había tomado las resoluciones más serias de que lo pasado, pasado estaba, y cerró la boca formando con ella una línea estrecha y apretada por si le era imposible no decir algo que Virginia pudiera lamentar. Que su suegra, que antes era semejante a una paloma, de tan cuidado lenguaje y tan discreto comportamiento, se desprendiera así de la decencia y aludiera con imágenes tremendamente desagradables a unos hechos que él se estaba esforzando por olvidar y perdonar, que usara la palabra *malvadas* en relación con sus ideas, cuando ella misma había sido malvada, resultaba absolutamente indignante.

Pero, incluso con la boca cerrada, recordaba que había sido la postal de su suegra la que había renovado la fe que Virginia tenía en él y la había hecho más radiante. El servicio que le había prestado tan lamentable suegra era enorme e innegable. En el pasado, sabiéndolo, le había prestado también otro gran servicio, y él se lo había agradecido.

Ocho semanas antes le había prestado otro. ¿Debía dejar de recompensarla porque su último servicio hubiera sido accidental e inconsciente? Hasta ahora le había ayudado dos veces a acercarse a su mujer. La parte de él que juzgaba, desaprobaba y sospechaba, como había aprendido desde muy joven y durante todos los largos años anteriores a Virginia, le hacía incapaz de abrir la boca. La parte que no era así, ni hacía nada de eso, la que deseaba justificar la fe que Virginia tenía en él, le hacía esforzarse extraordinariamente por abrirla. Ahora deseaba muy sinceramente dejar que la misericordia prevaleciera sobre la justicia; pero, cuando miraba a Catherine, le resultaba muy difícil. Aquella alegría

floreciente —usó aquel adjetivo de un modo correcto y no como Catherine lo habría usado— trastornaba sus planes. No estaba preparado para aquello. Ella no parecía la misma persona.

Continuó en silencio, luchando interiormente, y llegaron a la casa estrechándose las manos por la sencilla razón de que él no podía retirar la suya.

En las escaleras estaba Virginia, como si no se hubiera movido de allí desde que Catherine la dejó el día que partió en el sidecar de Christopher hacia el viaje decisivo que había cambiado su vida; sólo que esta vez *Mrs*. Colquhoun no estaba con ella y Virginia había engordado considerablemente.

—Has sido muy amable al venir, madre —dijo, tímida y arrebolada, cuando Catherine llegó corriendo hasta ella y estrechó en sus brazos toda la parte de su cuerpo que le fue posible.

A Virginia no se le había escapado que su madre y Stephen llegaban de la mano. Le dirigió una mirada de profunda y tierna gratitud cuando le vio subir también los escalones. Él se enjugó la frente. Parecía tener siempre la virtud de suscitar el agradecimiento de Virginia por cosas que no había hecho. Realmente era un gusano, pensó, mientras las seguía a las dos hacia la casa; era un gusano engalanado con los brillantes ornamentos de un santo por la fe de su querida esposa.

Virginia se quedó muy impresionada por el aspecto de su madre. No recordaba que fuera tan bonita. Se sintió extrañamente mayor, con su desagradable y pesado cuerpo y, desde luego, se sintió también absolutamente fea a su lado. Quizá su madre resultaba excesivamente elegante para el tranquilo Chickover, pero Virginia no sabía muy bien por qué, porque llevaba puestas las mismas ropas de campo que vestía en su última visita y en la visita anterior. Tenía un cutis muy hermoso. Virginia se alegraba mucho de que *Mrs*. Colquhoun hubiera tenido que irse a pasar el día fuera para hacer unas gestiones y no estuviera allí para verla. Le parecía —no lo sabía, porque *Mrs*. Colquhoun nunca había mencionado esas cosas, pero se lo parecía— que su suegra pensaba que las mujeres no debían tener cutis una vez que eran… bueno, mayores. El almuerzo transcurrió bien; y la charla de después, con Stephen incluido, porque, deseoso de ser bueno y amable, se quedó con ellas y conversó, esforzándose todo lo posible, transcurrió bien; el té transcurrió bien; y después del té, él se retiró a propósito de la terraza, donde estaban sentados, para dejarles libertad a la madre y a la hija para tocar temas de interés íntimamente femenino.

Entonces Virginia, tras hacer que su madre se echara en un largo asiento de caña, junto al suyo, para que descansara antes del viaje de vuelta, se obligó a mencionar el matrimonio —al que no habían aludido hasta entonces en ningún momento— y dijo tímidamente, poniéndose colorada al hablar:

—Mira, madre, de verdad que me alegro de lo de *Mr*., *Mr*…

—No, no es *Mr*. nada, cariño. Llámale Christopher.

—¡Qué amable eres, madre! —dijo Virginia, con tal expresión de alivio que Catherine preguntó:

—¿Qué te pasa, querida mía?

Virginia se puso aún más colorada.

—Temía que pudieras querer que le llamara padre.

—¡Oh, no, cariño! —dijo Catherine, riendo nerviosamente—. Te resultaría imposible.

Y, cogiéndole la mano a Virginia y acariciándosela, con la mirada baja mientras lo hacía, dijo:

—No… no te parecerá que es demasiado… demasiado joven, ¿verdad, querida mía?

—No —dijo Virginia resueltamente.

—¡Cariño! —exclamó Catherine, alzando la mano que acariciaba y besándola repentinamente.

—¿Cómo iba a pensar eso, cuando Stephen y yo…?

Su pequeña, su querida Virginia. A Catherine le gustó tanto y se quedó tan conmovida que besó la mano de Virginia una y otra vez.

—Mi querida hijita —dijo—, mi queridísima hijita —y añadió, creyéndoselo de verdad en aquel momento, olvidando lo absorta que había estado, pendiente sólo de Christopher—, te he echado mucho de menos.

Virginia se metió enseguida en su caparazón. Notaba instintivamente que no era toda la verdad.

—Eres muy amable, madre —dijo con su habitual tono desmañado.

Retiró la mano. Resultaba extraño y, de algún modo, no del todo correcto que su madre se la estuviese besando así. La hacía sentirse incómoda.

—¿No te gustaría lavarte la cara, madre? —sugirió, para desviar la conversación a cuestiones prácticas.

—¿Lavarme la cara? —repitió Catherine mirándola con sorpresa, sobresaltada—. ¿Por qué?

—A mí me parece que el agua fría siempre ayuda mucho si una está

muy cansada.

Catherine volvió a reclinarse en sus almohadones.

—Querida niña… —murmuró, cerrando un momento los ojos. Agua fría… encima de la delicada estructura de Sackville Street…

No, no quería lavarse la cara; se encontraba muy cómoda, no se sentía nada cansada y estaba muy, muy contenta de estar con su pequeña Virginia.

Virginia se encerró más en su caparazón. Había algo en su madre a lo que no estaba acostumbrada. Siempre había sido una madre amorosa, pero no tan… no así de exuberante. Algo había desaparecido. ¿Sería —Virginia buscaba laboriosamente en su cerebro escrupuloso—, sería la dignidad?

—No debo perder el tren —dijo Catherine cuando el reloj de la iglesia dio las seis y media.

—Todavía queda media hora —dijo Virginia—. Bastará con que te marches a las siete.

—Es el último tren —dijo Catherine—. ¿No sería mejor que el coche me recogiera un poco antes de las siete?

—Si lo perdieras, madre, no importaría. Yo podría prestarte lo que necesites, y Stephen y yo estaríamos encantados.

—Cariño… —murmuró Catherine de nuevo, escondiendo un estremecimiento. Se imaginaba lo que sería bajar a desayunar a la mañana siguiente, después del inevitable lavado.

A las siete menos cuarto Stephen consideró adecuado volver a aparecer para conversar durante los pocos momentos que quedaban de la visita de su suegra. Había decidido coger un ramo de rosas y ofrecérselo para que se lo llevara a casa; si le era imposible responder si le cogía la mano, si a pesar de todo no podía respetarla, por lo menos podía ofrecerle unas rosas. A Virginia le gustaría, y su conciencia se tranquilizaría un poco.

Catherine empezó a ponerse los guantes.

—Tienes tiempo de sobra —dijo Stephen al ver que lo hacía—. Se me ha ocurrido —continuó— que tal vez te gustaría llevarte unas rosas.

—Eres muy amable, Stephen —dijo Catherine, que había plantado todas y cada una de aquellas rosas con sus propias manos—, pero ¿no será demasiado tarde?

—Tienes tiempo de sobra. Smithers es de lo más fiable en lo de los trenes. Te las cogeré yo mismo.

Y entró a buscar una navaja y una cesta.

—Estoy segura de que debería irme —le dijo Catherine a Virginia con nerviosismo.

—El coche aún no ha llegado, madre. Smithers nunca llega tarde.

—Creo —dijo Stephen, volviendo a salir, navaja y cesta en mano, parándose en la terraza para observar el cielo— que vas a tener un viaje de vuelta bastante fresco. Me da la impresión de que ha habido tormenta cerca de Salisbury y habrá limpiado el aire cuando llegues allí.

Bajó los escalones hasta el césped y empezó a escoger rosas con cuidado y deliberación.

—Aún no son las siete, madre —dijo Virginia pacientemente, algo herida por aquella enorme ansiedad de no verse obligada a pasar la noche con ellos. En el césped, Stephen quitaba cuidadosamente las espinas de las rosas que había cortado.

El reloj de la iglesia empezó a dar las siete. Catherine se sobresaltó.

—Mira —exclamó, levantándose rápidamente—, *tengo* que irme. Adiós, cariño. No te preocupes por las rosas, Stephen —gritó.

—Aún te quedan por lo menos otros cinco minutos para que tengas que irte —gritó él con su voz sonora y potente, mientras seguía seleccionando las flores más grandes.

Kate vino a decir que el coche esperaba.

Catherine se inclinó a toda prisa y besó a Virginia.

—Adiós, cariño, me voy ya. Estoy segura de que debo irme. No te levantes, así estás muy cómoda. Ha sido una alegría muy grande verte otra vez. Stephen, me voy. Voy a perder el tren.

—Claro que voy a levantarme, madre, voy a despedirte —dijo Virginia, deshaciéndose con dificultad de las mantas y almohadones en las que todo el mundo se empeñaba últimamente en enterrarla—. Stephen, madre no puede esperar —gritó.

Stephen cortó apresuradamente una rosa más, que era especialmente bonita, y corrió hacia la terraza, contagiado de la prisa de Catherine, arrancando violentamente las espinas mientras tanto. Como tenía los ojos fijos en las espinas que estaba arrancando, no se dio cuenta de que había llegado a los escalones de la terraza, tropezó y se cayó encima de ellos, esparciendo las rosas a los pies de Virginia.

No se hizo el menor daño y volvió a ponerse en pie inmediatamente; pero Virginia, que había mirado asustada su cuerpo postrado en silencio durante un momento, poniéndose una mano en el corazón, emitió un ruidito extraño y se desmayó.

Catherine y Stephen corrieron hacia ella. Para cuando pidieron ayuda, la levantaron del suelo, la entraron en casa y la echaron en un sofá,

Catherine había perdido el tren.

X

Por eso, al final, resultó que tuvo que quedarse a pasar allí la noche y cuando bajó, a la mañana siguiente, tenía un aspecto muy distinto. Había desayunado en su habitación, se había retrasado quedándose en ella hasta el último momento, pero finalmente se vio obligada a enfrentarse con sus familiares: éstos se quedaron sobresaltados.

Ahora ya no había lozanía ni felicidad. La una se había desvanecido con la otra. Virginia pensó que su madre se debía haber llevado la tarde anterior un susto mucho más grande de lo que había creído. El desmayo no había sido nada —cuando una iba a tener un niño, a veces le pasaban cosas como ésas y no tenían la menor consecuencia—. Se había recuperado pronto y los tres habían pasado, según pensaba, una velada muy agradable y tranquila después. El propio Stephen había ido a dar las órdenes oportunas para que prepararan la habitación de su madre, y había expresado una satisfacción más que hospitalaria ante una estancia más prolongada. Su madre había estado un poco callada, eso había sido todo; y a Virginia no se le había ocurrido, puesto que se había recuperado tan pronto, que su madre se hubiera dado tal susto.

—Pero madre… —exclamó, cuando Catherine bajó al *hall*, dispuesta a marcharse.

—No he dormido —dijo Catherine, volviendo la cabeza, mientras fingía buscar un paraguas que no había traído.

La miraron asustados. Vaya diferencia. Virginia estaba preocupada. Su pobre madrecita debía haberse preocupado muchísimo por su desmayo.

—Pero, madre… —empezó a decir, dando un paso hacia ella, porque quería decirle algo que la tranquilizara y la consolara.

—¡Oh!, no es nada —dijo Catherine, inclinándose sobre el paragüero.

Estaba hecha un manojo de nervios y de hipersensibilidad. Le parecía que no podría soportar que la tocasen. ¿Y por qué no se darían cuenta de

que quedarse allí mirándola…?

Revolvió los paraguas del paragüero con los dedos temblones, retrasando el momento de volverse para decirles adiós.

No era sólo que hubiera tenido que lavarse el trabajo de María Roma y que no hubiera dormido —y, por cierto, no había pegado ojo—, era también que durante aquella noche en vela, aquella primera noche sola desde su matrimonio, de nuevo en aquella casa de largos recuerdos tranquilos, había visto, mientras permanecía con los ojos abiertos en la oscuridad y pensaba en la inevitable mañana siguiente y en las humillaciones que traería, que estaba a punto de convertirse en una imbécil. Sí, en una imbécil, en una estúpida imbécil; en la clase de imbécil que siempre le había hecho sonreírse de joven, en la peor clase de imbécil, en la imbécil mayor.

Pero ¿cómo iba a detenerse? Se hacía aquella pregunta sentada en la cama. De alguna manera tenía que estar a la altura de la juventud de Christopher. No podía dejarse destruir por la edad ante sus ojos.

¡Ojalá no hubiera empezado por admirarla tanto físicamente! ¡Ojalá su amor no se hubiera basado en lo que, en medio de la mayor adoración, llamaba su *exquisitez*! Totalmente despierta hora tras hora, Catherine pensaba en lo difícil que es continuar siendo exquisita cuando una no ha dormido bastante y está atormentada por el temor de que su amante, del que depende toda su felicidad, se dé cuenta de pronto de que no es exquisita en absoluto, sino vieja, muy vieja. Era como verse forzada a participar en una carrera que superaba sus fuerzas y encontrarse desde el principio sin aliento. Y a la mañana siguiente sabía que, separada de Sackville Street y fuera del alcance de la caja de María Roma, no sólo representaba su edad, sino que ahora parecía mucho, mucho mayor, y Stephen y Virginia se quedarían convencidos de que su matrimonio era un amargo fracaso y un castigo, y de que Christopher no era amable con ella. ¡Que Christopher no era amable con ella! Christopher…

Pasó una noche muy desagradable. La casa, sus recuerdos, la perspectiva de la mañana siguiente la obligaban a pensar. ¡Oh! Era injusto, injusto y muy cruel que por fin se le diera amor cuando ya era demasiado vieja. Por supuesto, nunca tendría que haberle escuchado, debía haber hecho oídos sordos y duros. Pero era vanidosa; aquello había empezado por vanidad, por lo irresistible de lo deliciosamente halagador que resultaba que la tomasen por joven y, sin darse cuenta siquiera, se había enamorado —se había enamorado perdidamente, como una colegiala idiota—. Y Christopher que

no se daba cuenta, que aún no había notado nada, que la quería como si fuera una chica joven y que había consumido con el mismo exceso de su amor la juventud que aún le quedaba…

Sí, era una imbécil; pero ¿cómo parar? Era horrible estar avergonzada y no tener más remedio que seguir repitiendo la conducta que la hacía avergonzarse. El amor… ¡Ojalá, ojalá no le amara!

Pasó una noche muy desagradable. No era de extrañar que bajara con diferente aspecto. No era sólo haber tenido que lavarse lo de María Roma.

Entonces, mientras revolvía torpemente los paraguas, Virginia la observaba con atónita preocupación y Stephen se esforzaba por identificar a la suegra que había subido con la suegra que había bajado. *Mrs*. Colquhoun entró por la ventana del salón, porque había cruzado muy pronto el parque y el jardín para enterarse de cómo estaba Virginia después de la visita de su madre del día anterior y a informarse por Stephen de todo lo que pudiera sobre el estado de ánimo de éste tras una experiencia tan intensa.

La situación resultó tan molesta como inesperada. Stephen y Virginia no habían pensado que pudiera presentarse tan temprano porque, en tal caso, la habrían mandado avisar. Ahora lo único que podían hacer era mirar y esperar que todo fuera bien. Stephen era consciente de que su madre había decidido que al menos ella no estaba obligada a continuar tratando a la antigua *Mrs*. Cumfrit. Si *Mrs*. Cumfrit venía a Chickover, le había informado su madre, ella siempre tendría cosas importantes que hacer en otro sitio. No había duda alguna de que la moral era la moral, le había dicho, y si Stephen era capaz de conciliar sus principios con la falta de severidad al aplicarlos, ella ni quería, ni podía.

Por lo tanto, resultó de lo más desagradable para todos que entrara directamente donde se encontraba Catherine. Virginia y Stephen contuvieron la respiración. *Mrs*. Colquhoun pegó un respingo visible al ver la figura que se inclinaba sobre el paragüero e hizo un gesto como si fuera a volverse otra vez a la sala de la que había salido. Pero cuando, al darse la vuelta Catherine, vio su cara, se sintió aplacada al instante. Vaya cambio. El castigo había sido rápido. No vio más que una ruina. «La pega», fue el comentario mental de *Mrs*. Colquhoun. Después de todo, pensó, aquellas cuestiones se podían dejar tranquilamente en manos de Dios.

No había tenido intención de volver a hablarle a Catherine, pero a una ruina era diferente; no podía sino sentir benevolencia hacia una ruina. Con que la gente se convirtiera en una ruina y se quedara así, habría bastado para que *Mrs*. Colquhoun fuera siempre benevolente. Le tendió la mano. Dijo,

muy educadamente:

—¿Cómo está usted?

Stephen pensó: «Mi madre es una buena mujer»; Virginia exhaló un suspiro de alivio, y bastaría con que Catherine contestara con igual educación: «¿Cómo está usted?».

Pero estaba en un estado mental totalmente anormal. Era un manojo de nervios y de intuiciones palpitantes. Cogida en falta, desprotegida a la luz de la mañana, se encontraba al descubierto ante tres parientes que la miraban sorprendidos, sin posibilidad de esconderse, obligada a exhibirse; y, con la sensación de que nada importaba ya, la dominó la simplicidad imprudente de los acorralados. Se dio cuenta de la verdad por el saludo de *Mrs*. Colquhoun: la madre de Stephen estaba siendo amable porque pensaba que Catherine estaba derrotada, y *Mrs*. Colquhoun era como era: severa, crítica, poco generosa con la felicidad, amable con los fracasados siempre que siguieran siéndolo, sencillamente porque no había nadie en el mundo que realmente la quisiera. Un marido devoto habría hecho mucho por sacar a la luz su bondad original; un marido muy devoto lo habría hecho todo.

Por eso, ante su propio asombro, y ante la gélida sorpresa de los otros, en vez de murmurar a su vez, amablemente, «¿Cómo está usted?», sonreír y salir hacia el coche, lo que vio en los ojos de *Mrs*. Colquhoun mientras estrechaba la mano que le tendía la impulsó a decir:

—Usted necesita amor.

¿Qué le hizo decir aquello? Era lo último que le hubiera dicho en voz alta a *Mrs*. Colquhoun, si hubiera estado en sus cabales, conque no podía estar en sus cabales. Nadie entendió en absoluto lo que quería decir. Sonaba indecente; era de lo más asombroso.

Mrs. Colquhoun retiró la mano que nunca debió haberle tendido y Stephen dijo con voz tensa:

—Todos lo necesitamos —y añadió enfático que ya era hora de salir si no quería perder el tren otra vez.

Virginia se limitó a darle un beso a su madre y a decirle adiós preocupada y perpleja. ¡Mira que decirle eso a su suegra! ¿Qué habría querido decir su madre? Claro que era cierto que todos necesitaban amor, pero nadie lo decía de ese modo.

Pensó que *Mrs*. Colquhoun se lo había tomado muy bien. Dándose media vuelta, salió del *hall* y esperó en el salón hasta que se marchó el coche y, al entrar Virginia, le rogó que no le diera la menor importancia.

—¿Que no le dé importancia? —preguntó Virginia, erizándose enseguida, como le ocurría últimamente tan a menudo cuando estaba con *Mrs*. Colquhoun, ante la menor insinuación de que la conducta de su madre podía necesitar explicaciones o excusas.

Bueno, bueno. Pobrecita Virginia. Había que tener mucha paciencia con ella en aquellos momentos.

XI

Christopher cenó con Lewes la noche en que Catherine estuvo en Chickover y se quedó con él hasta la hora de ir a Waterloo a esperar el tren. Disfrutó mucho de estar con el bueno de Lucy otra vez, escuchando sus historias sobre el inminente colapso económico de Europa.

Había olvidado lo interesantes que resultaban la economía y Europa.

Había otras cosas importantes en el mundo además del amor, y era refrescante recordarlas un poco.

Cenaron en el restaurante al que solían ir con más frecuencia cuando vivían juntos, y luego volvieron al piso de Lewes y se sentaron con gran satisfacción ante las dos ventanas abiertas de par en par a la noche de verano, cada uno en su cómodo sillón de siempre y los dos con los pies en el alféizar de la ventana, fumando y charlando, mientras los agradables sonidos callejeros de la noche de verano londinense penetraban en la habitación y la oscuridad aumentaba en cada esquina.

Al lado estaba la habitación por la que Christopher solía pasear desesperado. Se rió al pensar lo tranquilo y feliz que se sentía ahora. Ya no daba paseos desesperados. El matrimonio le liberaba a uno de todo ese tipo de tormentos. El viejo Lucy debería casarse. No es que pareciera atormentado en ningún sentido, pero a Christopher le habría gustado que conociera por sí mismo lo deliciosa que podía ser esa vida. El pobre chaval no tenía ni la más remota idea de lo que era.

Lewes se alegraba mucho de ver el buen aspecto que tenía su amigo y lo contento que parecía. Era evidente que su matrimonio aún iba bien. Le parecía imposible creer que tuviera un éxito tan duradero. Era cierto que, el día de su boda, la dama parecía mucho más joven de los años que tenía; pero esos años estaban ahí —él mismo los había visto en blanco y negro en el certificado—, y más tarde o más temprano tendrían que empezar a galopar cada vez más deprisa, tomándoles la delantera a los de Christopher.

Sin embargo, tenía entendido que había pocos matrimonios que gozasen de un éxito duradero, así que tal vez, después de todo, eso no importase mucho.

Por lo tanto, los dos estaban en gran armonía, muy complacidos de estar de nuevo con el otro.

—Se ha ido a pasar el día con su hija —dijo Christopher, cuando Lewes, por observar las normas de la cortesía, le preguntó por Catherine.

—¿Tiene una hija? —preguntó Lewes sorprendido, porque nunca había oído hablar de ella.

—Desde luego —dijo Christopher, como quien dice «¿No la tiene todo el mundo?».

Lewes no hizo comentario alguno. Consideraba en silencio aquella nueva desventaja del matrimonio. Y Christopher, contento y expansivo, continuó:

—Está casada con un hombre muchos años mayor que ella.

—¿Quién? —preguntó Lewes, que no se estaba enterando muy bien.

—Bueno, Catherine no, desde luego.

—No. Estoy obtuso, perdóname. Creo que me ha sorprendido que tu mujer tenga una hija lo bastante mayor para estar casada.

—Es absurdo, ¿verdad? —dijo Christopher, muy complacido de que Lewes dijera aquello—. Es demasiado joven, ¿no? Él es cura, y lo bastante mayor para ser su padre.

—¿El padre de quién? —preguntó Lewes, que volvía a no enterarse.

—De su mujer, por supuesto. La chica no es más que una cría y él es un viejo gallo de pico encallecido.

—¿Ah, sí? —preguntó Lewes, pensando en todo aquello. No era que él, ni nadie, lo admitía, pudiera haber aplicado esos epítetos a la mujer de Chris, pero de todos modos… ¿Y habría considerado su amigo que ahora era el padrastro político de una persona a la que describía como viejo gallo de pico encallecido?

—Pues es lo bastante viejo como para ser también el padre de Catherine —dijo Christopher.

—¿Ah, sí? —preguntó Lewes, pensando en cómo era posible semejante cosa. ¿Entonces, eso quería decir que era lo bastante viejo para ser el abuelo de su esposa? Bueno, lo mejor era dejarlo estar. Resultaba un embrollo confuso.

—A mí me parece repugnante —dijo Christopher.

Lewes no dijo nada. Hacía tiempo que había observado que la gente

critica mucho en los demás cosas que ellos mismos hacen y son. Cuando habló otra vez fue para volver a la exposición e ilustración de las doctrinas de *Mr*. Keynes, de las que se había apartado su conversación tan imprudentemente.

—Vente conmigo a la estación —dijo Christopher, levantándose a las once y media y disponiéndose a ir a Waterloo para recoger a Catherine.

—Creo que no —dijo Lewes.

—Vamos. Te vendrá bien. Verás otra vez a Catherine. Ya es hora de que la veas y quedaremos con ella en que vengas un día a cenar.

Lewes no tenía la menor gana de ver otra vez a Catherine, ni de que le viniera bien, ni de ir a cenar, pero Christopher estaba muy decidido, así que cedió y fue, cosa que estuvo bien, porque cuando todo el mundo se bajó del tren, el andén se vació y quedó claro que ella no venía, pudo al menos razonar con Christopher e impedir que fuera a buscar la moto para salir disparado hacia Chickover en mitad de la noche.

—Es ese maldito yerno suyo —no paraba de repetir Christopher, mostrando lo que Lewes consideraba una lamentable falta de equilibrio—. Es *él* quien está detrás de todo esto.

Lewes, haciendo un cálculo de probabilidades, no tardó en dar con la verdad, y señaló que el telegrama que con toda seguridad le habría mandado habría llegado a Londres demasiado tarde para que lo repartieran esa noche, y que lo recibiría a primera hora de la mañana.

—Pero ¿y si está enferma? ¿Y si…?

—Vamos, mi querido Chris, no seas idiota. Sencillamente, ha perdido el último tren. Te enterarás de todo por la mañana —le cogió del brazo y le acompañó andando a Hertford Street.

Cuando llegaron, Christopher insistió en que subiera a tomar una copa. Lewes se esforzó por no hacerlo, porque no tenía ninguna gana de contemplar el entorno de casado de su amigo, pero Christopher estaba muy decidido, así que cedió y entró.

Sintió un leve disgusto al ver cómo su amigo abría una puerta que sólo era suya por matrimonio, con una llave que en realidad le pertenecía a una mujer, pero le pareció que era una tontería. Afortunadamente, el piso no era la cosa llena de cintajos que se había imaginado, y se sintió muy aliviado cuando le condujo al cuarto de estar y lo encontró tan sólido y sombrío.

—George —le explicó Christopher, al ver que su amigo lo recorría todo con la vista.

—¿George? —repitió Lewes, que nunca había oído hablar de él.

—Todos estos chismes negros.

Lewes no dijo nada.

—El primer marido de Catherine —dijo Christopher—. También era lo bastante mayor como para ser su padre.

—¿Ah, sí? —dijo Lewes, que andaba perdido entre tantas personas distintas lo bastante mayores como para ser padres de otras.

Se retrepó en un sillón. Bebió *whisky*. De vez en cuando intentaba irse, pero Christopher no le dejaba. Durante dos horas tuvo que escuchar una charla que le hacía sentirse cada vez más confuso mentalmente, como si sus ideas se estuvieran marchitando más y más; porque Christopher se veía impulsado por la inesperada imposibilidad de Catherine de volver a casa, su infelicidad ante la perspectiva de pasar la primera noche solo en la habitación de los dos y sus esfuerzos por no sentirse ansioso y preocupado, a pensar y a hablar solamente de ella.

—Sí, mi querido amigo; hombre, estoy seguro de ello —apostillaba Lewes de vez en cuando, con toda la comprensión posible. Pero la cabeza se le inclinaba; los ánimos le abandonaban. Mujeres. ¿Qué no le hacían a un hombre sensato e inteligente? Le hacían convertirse en un sensiblero, en un ser lamentable; le convertían en algo no mucho mejor que un burro farfullante. Lewes reconocía que en gran parte se debía al *whisky*, porque Christopher ahogaba su desilusión y su secreto miedo en más y más líquido, pero la mayor parte se debía a la mujer.

—Mira, me tengo que ir —dijo, levantándose firmemente porque Christopher mostraba cierta tendencia a ponerse demasiado íntimo en la charla que mantenía para consolarse, después de haber bebido mucho *whisky*.

—Esta habitación es puro George —le había estado diciendo—, pero la habitación de Catherine… tendrías que ver la habitación de Catherine… —¿Le iría a ofrecer enseñársela?

Lewes se levantó a toda prisa y dijo que tenía que irse.

—¿No irás a arrastrarte otra vez hasta tu caparazón? —gritó Christopher, muy colorado y con todo el pelo revuelto, porque se había estado pasando la mano por él con mucha frecuencia mientras hablaba—. Te diré lo que eres, Lucy, no eres más que un miserable caracol —y se echó a reír inmoderadamente.

—Tengo trabajo que terminar esta noche —dijo Lewes, sin hacerle ningún caso.

—¿A las dos de la mañana? —exclamó Christopher, riéndose más

fuerte que nunca—. Eso es lo único que se te ocurre hacer a las dos de la mañana. Cásate, querido caracol, cásate —le dio unas palmaditas en la espalda—. Así no se te ocurriría…

—Buenas noches —le interrumpió abruptamente Lewes.

Pero cuando se fue, Christopher no tardó en recuperarse de la exuberancia del *whisky* y se fue muy triste a la cama. Echaba muchísimo de menos a Catherine. El piso era un lugar muy solitario sin ella. ¿Y si le hubiera ocurrido algo después de todo, a pesar de las afirmaciones que Lewes le había hecho con tanta sangre fría de que casi nunca le pasa nada a nadie? No durmió mucho. Detestaba estar solo en aquella querida habitación de su felicidad; y cuando durante el desayuno recibió un telegrama, tal como Lewes había previsto, diciendo que venía en el primer tren, decidió saltarse la oficina para ir a recibirla.

Sin embargo, Catherine, sopesando angustiada todas las posibilidades, había pensado que tal vez lo hiciera, y en la estación de Chickover, escabullándose de Stephen, que estaba charlando con un feligrés, envió un segundo telegrama diciendo que no volvería hasta la hora de cenar. Su único deseo era quitarse de la vista de Christopher hasta después de ir a ver a María Roma. Imposible dejar que la viera en el estado en que se encontraba. Bien sabía que aquello era una esclavitud, una esclavitud estúpida, y que era cruel dejarle todo el día preguntándose qué pasaba, pero *era* una esclava, y esta crueldad no era nada comparada con la crueldad que significaría para ambos permitir quela fuera a buscar y viera el aspecto que tenía ahora realmente. Así que mandó el segundo telegrama.

Por supuesto, Christopher se quedó tremendamente perturbado al recibirlo. ¿Qué demonios habría pasado en aquel horrible Chickover? Nunca más debería ir sin él. No debería volver a dar un solo paso sin él. Y no había llevado equipaje, y se encontraría rendida. Condenado Stephen. Condenada chica. Y probablemente la suegra de cara de pájaro también habría tomado parte en todo aquello. Si era así, la maldecía especial y totalmente.

Christopher consultó los horarios de los trenes y encontró uno que llegaba a las cinco y media: no llegaba otro hasta después de las diez. Entonces tenía que ser el de las cinco y media. Le dijo a *Mrs*. Mitcham, que había mostrado todos los síntomas de asombro y malestar al llegar al piso y encontrarse con que su señora no había regresado, que tuviera la cena lista antes que de costumbre, porque *Mrs*. Monckton tendría una gran necesidad de comer. Luego acabó yendo a la oficina, pensaba ir a Waterloo a esperar

el tren de las cinco y media.

Vaya día pasó. No pudo dar golpe en el trabajo. No tenía ganas de nada después del *whisky*. Su jefe estaba sarcástico. Todo iba mal. A las cinco iba a salir para Waterloo, cuando *Mrs*. Mitcham le telefoneó para decir que su señora había vuelto sin novedad y estaba descansando.

¿Había vuelto sin novedad? ¿Cómo lo habría conseguido si, que él supiera, no había ningún tren a aquellas horas?

Se fue volando a casa. Catherine, con la cara bellamente compuesta, estaba tumbada en el cuarto de estar en penumbra.

—Pero, cariño, ¿cómo?, ¿cuándo? —gritó, corriendo hacia ella.

No esperó la respuesta. No había tiempo que perder para cogerla y estrecharla en sus brazos.

¡Oh, qué maravilloso era aquello! ¡Oh, oh, qué maravilloso era aquello!, suspiraba Catherine, con la mejilla contra la de él y los ojos cerrados, de nuevo a salvo en el cielo.

La gran ventaja del tratamiento de María Roma era que resultaba a prueba de maridos. No se quitaba.

XII

Catherine le sacó mucho partido al desmayo de Virginia.

—¿Para qué necesitaba desmayarse? —preguntó Christopher escéptico —. Una chicarrona como ella.

—Bueno, pues se desmayó. Así que, por supuesto, no pude dejarla antes.

Pero cuando estaba diciendo este tipo de cosas se sentía incómoda. Aquellas fatigosas medias mentiras, aquellas medias verdades nimias. Era como si no pudiera dar un paso sin meterse en un amasijo de pequeñas telarañas repulsivas. Realmente no era nada de importancia, no tenía más dificultades de las que suponía que tendrían que soportar la mayoría de las mujeres, en las que empezaba a pensar como en criaturas necesariamente a la defensiva; pero aquello era muy diferente del impecable camino por el que había ido toda su vida hasta entonces. ¿Toda su vida? Toda su muerte. Aquello no había sido vida. Hasta su matrimonio con Christopher, se había limitado a estar muerta; y, ¿no debería aceptar con alegría las heridas y las penas, e incluso las pequeñeces de la vida, a cambio de sus bienaventuranzas?

Pero le preocupaban las heridas, las penas y las pequeñeces. Y las bienaventuranzas eran caras. La obligaban a ir más a menudo a María Roma y, cuanto más a menudo iba, más la necesitaba. Era como tomar drogas. ¿Y si llegaba un momento —en su interior sabía que tendría que llegar— en que los servicios de María se limitasen a acentuar lo que trataban de esconder? Últimamente, ya le había parecido en un par de ocasiones que habían tenido menos éxito; ¿o sería que arreglarla iba costando más trabajo cuanto más se iba metiendo en aquel asunto de ser joven y feliz? Llevaba una vida atormentada, una incómoda mezcla de miedos y alegrías. El gris de su pelo pareció multiplicarse; también tuvo que tratárselo María Roma, y empezó a tener cada vez más aspecto de mujer

atrevida —ella, que en realidad era la menos atrevida de las palomas del palomar.

Pensar en la vida de Virginia —Virginia, tan joven, que no necesitaba hacerse nada, que se sentía tan cómoda con su marido mayor— la hacía suspirar como suspiran los que se sienten demasiado cansados y acalorados al pensar en sombras frescas y aguas claras. Había una diferencia entre sus dos casos, sencillamente toda la diferencia del mundo.

Había estado horriblemente acertada cuando al principio se había ofendido con Christopher por decir que no había diferencia. Stephen no necesitaba observar a Virginia como ella observaba a Christopher, angustiosamente alerta a la menor señal de cambio en ella, en lo que hacía, en lo que decía, e incluso en el tono en que lo decía. Stephen estaba a salvo, podía relajarse. Virginia nunca, nunca haría otra cosa que amarle. Era el padre de su hijo, la autoridad que respetaba, la inteligencia que adoraba. Pero Catherine no iba a ser madre de ningún hijo de Christopher, no poseía inteligencia alguna que él pudiera adorar y no le gustaría tener autoridad que él pudiera respetar, aunque hubiera podido tenerla. Para ella no había más que penalidades y esfuerzo, con la consciencia atormentada de que sus mismas penalidades y esfuerzos iban a acarrearle lo que temía.

Era un trabajo terrible aquel de la felicidad. Ella se aferraba a él, se aferraba a él cada vez más fuerte, como si su juventud fuera a traspasarla y a hacerla joven también.

Pero no se puede aferrar a nadie tan fuerte durante cualquier periodo de tiempo sin que empiece a sentir enseguida que le gustaría moverse un poco; y poco después de su vuelta de Chickover, ya recobrado de la ansiedad de la ausencia y de la alegría del regreso, Christopher empezó a experimentar esa sensación. Era delicioso amar y ser amado como les ocurría a él y a Catherine, pero era un hecho patente y reconocido y, gradualmente, le empezaba a apetecer hablar de alguna otra cosa. Parecía que Catherine nunca deseaba hacerlo. Él no podía por menos que notar que le quería de un modo angustioso. Parecía tener muy poco de la tranquilidad que da la verdadera confianza, y necesitaba que la tranquilizase una cantidad increíble de veces. Cuando acababa de tranquilizarla y suponía que habría conseguido que estuviera relajada y plácida, volvía a necesitar lo mismo una y otra vez.

Como el matrimonio es principalmente repetición y Christopher era ahora un marido, pronto empezó a echarle menos discursos delirantes. Era algo totalmente inconsciente pero, según iban pasando las semanas,

comenzó a parecerle natural amar con menos arrullos preliminares, por así decirlo, besarla sin acordarse de arrullarla primero.

No lo habría notado si Catherine no lo hubiera hecho y le hubiera dicho algo. A partir de entonces empezó a meditar sobre lo que reconocía como hecho indudable, y llegó a las siguientes conclusiones:

Un marido no puede seguir arrullando cuando ha dejado de sentirse apasionado, pero puede continuar besando muy felizmente. Sólo el misterio apasiona y sólo lo desconocido es misterioso. No era razonable que la persona querida y explorada quisiera seguir siendo misteriosa, que la persona a la que se conoce tan felizmente quiera seguir siendo desconocida. Catherine era la persona más encantadora del mundo y, cada noche, cuando se quedaba dormido con ella en los brazos, le daba gracias a Dios por tenerla, pero ya no era misteriosa; el corazón no volvería a darle enormes saltos otra vez cuando se acercara a ella. Aunque, al parecer, era eso lo que ella quería y esperaba. Tenía una memoria amorosa realmente notable y nunca se olvidaba de una sola de las miradas amorosas, de las palabras amorosas, de las promesas amorosas o de las acciones amorosas de él, y había empezado a compararle consigo mismo, lo cual era desagradable, porque parecía ser que al principio había creado precedentes y establecido patrones; y, al parecer, esos patrones de conducta eran muy exigentes, y los precedentes eran muy difíciles de seguir con el ánimo más calmado.

Lo que él quería ahora, se decía Christopher, pensando en todo aquello, era llevar una vida feliz, sana y sexualmente activa, en la que todos los discursos se dieran por hechos. ¿Estaba aquello fuera de lugar? ¿No era inevitable que las personas casadas alcanzasen esta condición después de cierto tiempo? Suponía que la diferencia entre Catherine y él —detestaba admitir que pudiera darse semejante cosa— era su distinta actitud en cuanto a los besos y los arrullos. Él —como imaginaba que les ocurría a la mayor parte de los maridos— quería besar sin arrullar, y ella no estaba contenta con ningún beso que no fuera precedido de arrullos. Y, además, arrullos en voz alta; arrullos largos y en voz alta.

Bueno, no hay hombre capaz de seguir arrullando para siempre.

Christopher estaba convencido. Al menos, no era posible hacerlo con espontaneidad. Lo intentó un par de veces para complacerla, pero ella se dio cuenta instantáneamente de su juego y se sintió tremendamente molesta. Entonces, él trató de hacerle una broma; pero ella no quería reírse ni que le tomaran el pelo. Se tomaba muy en serio todo lo que tuviera que ver con el amor. Opinaba que el amor era como Dios y no se podía tomar a

broma sin blasfemar.

Le dijo que antes él también opinaba así. ¿Sería cierto? No se acordaba, pero no se lo dijo a ella, porque en las cosas que decía empezaba a infiltrarse cierto grado de precaución, muy poco natural en él.

La expresión «antes era» parecía repetirse mucho, pensaba él. Lo había oído decir cuando un pasado de maldad le sigue a uno los pasos, pero ¡mira que verse perseguido por el supuesto pasado satisfactorio de uno y tener que aguantar que le amenacen con él!

Se lo dijo una mañana en que se despertó de un humor alegre y despreocupado, en que no le hubiera importado hacerle cosquillas a un tigre; pero ella se sintió profundamente alarmada y le dijo que antes nunca hablaba así.

Qué criaturita tan asustada y nerviosa era. ¿De qué estaba asustada? No se lo podía imaginar; pero con mirarle a los ojos se daba cuenta de que *estaba* asustada. Se sentía de lo más feliz y satisfecha cuando no iban a ningún sitio ni hacían nada que no fuera estar sentados juntos en el piso, ella acurrucada muy cerca de él en el sofá y él leyendo en voz alta. Se pasaban así una velada detrás de otra. Cada tres veladas más o menos a ella le entraba un pánico repentino de que él pudiera encontrar aburrido aquello y empezaba a hacer animosos planes de cosas que harían la semana siguiente: irían a ver la obra y después a cenar, o irían en moto al campo, se dejarían llevar por la corriente del río y volverían a casa bajo la luz de la luna.

Cuando llegaba el momento de salir se abrazaba a él y le suplicaba que la perdonase. ¡Que la perdonase! Qué manera más divertida de expresarlo, le decía él, riéndose y besándola. Empezó a preguntarse si iría a tener un niño. Y se lo preguntó una tarde, cuando se estaba escabullendo hábilmente de un plan que habían hecho y que implicaba actividad.

Se quedó estupefacta.

—¡Chris! —exclamó, mirándole sorprendida.

Él preguntó que por qué no. A la gente le pasaba. Especialmente a las mujeres, le dijo, tratando de hacerla reír, porque se le había puesto una expresión muy trágica. Por lo menos, tenían niños con mucha más frecuencia que maridos. Debía haberlo notado.

—Pero no si… no si… —tartamudeó, con los ojos llenos de lágrimas.

¡Oh, Señor! Se le había olvidado aquel complejo de vieja que tenía. Él nunca pensaba en su edad. Para él, tenía la edad que aparentaba, y aparentaba su misma edad. Nunca recordaba que estaba convencida de ser

una pequeña Matusalén.

—Al fin y al cabo —dijo alegremente, tratando aún de hacerla reír—, ahí tienes a Sara. No sé por qué tú…

—¡Sara!

Se le quedó mirando un momento y salió corriendo de la habitación.

Corrió tras ella horrorizado, pero estaba encerrada en el dormitorio, en el dormitorio de los dos; se había encerrado y le había dejado fuera.

Aquélla fue su primera pelea. Y resultó especialmente penosa porque ninguno estaba enfadado, sino triste.

XIII

Poco después, los Fanshawe dieron una cena e invitaron a los Monckton. En realidad, se trataba de una cena para Catherine, porque les parecía que no había disfrutado mucho en el baile que ofrecieron. Pensaron que quizá ahora le resultaran más agradables las cenas. Ned había observado que no sería muy divertido quedarse sentada viendo cómo aquel gamberrazo suyo de cabeza roja bailaba con un montón de chicas, como si estuviera sirviéndole de carabina a su debutante hi…

—¡Oh, *cállate*, Ned! —gritó Kitty Fanshawe, dando una patada.

Por alguna razón que Catherine consideraba imposible de explicar, excepto como una de las muchas manifestaciones de sus naturalezas cariñosas y benévolas, toda la familia Fanshawe la quería como un solo hombre. La habían conocido superficialmente en la época de George y desde entonces habían ido intimando. En aquellos tiempos, habían deplorado que estuviese atada a alguien tan mayor; ahora estaban muy ocupados en lamentar que estuviera atada a alguien tan joven. Era propio de los Fanshawe no juzgar ni siquiera de pensamiento a quien amaban, y poner al mal tiempo buena cara, tratando de averiguar qué podían hacer por divertirla y entretenerla.

Llegaron a la conclusión de que una pequeña cena en un restaurante resultaría más divertida que una cena en casa, y eligieron el Berkeley; reservaron una de aquellas mesas junto a los ventanales que tenían sofás en tres de sus lados.

Era un grupo de ocho: ellos, los Monckton, *Sir* Musgrove y *Lady* Merriman —grandes amigos suyos y ambos deliciosos, lo cual les hacía destacarse entre los matrimonios, que a veces resultaban de desigual atractivo, como los Fanshawe admitían muy a pesar suyo, de modo que, mientras uno de ellos hacía que un grupo fuera bien, el otro impedía su buena marcha— y Duncan Amory, un prometedor abogado. Pero en el

último momento Kitty Fanshawe se acatarró y no pudo ir, y *Mrs*. Fanshawe invitó a Emily Wickford, una soltera muy agradable, para que ocupase su lugar.

Cinco se sentaron en el sofá y tres en sillas en la parte exterior de la mesa. *Mrs*. Fanshawe colocó a Catherine en el centro del sofá que daba al salón, entre Ned y *Sir* Musgrove. Ned se había inventado un cumpleaños para ella, para que fuera la invitada de honor y poder regalarle flores, porque Ned era bondadoso pero falto de tacto y no se le había ocurrido que los cumpleaños eran la última cosa a la que Catherine desearía que se le prestara atención. A la izquierda de Ned estaba *Lady* Merriman con Christopher a su izquierda, y a la izquierda de éste *Miss* Wickford, a cuya izquierda se encontraba Duncan Amory, con *Mrs*. Fanshawe a su otro lado, entre él y *Sir* Musgrove.

Todo habría ido bien de no haber sido por *Miss* Wickford. Aquella exquisita soltera, que había rechazado tantas ofertas que apenas se la podía llamar así, sólo tenía aún veintiocho años, y los ojos más bonitos de Londres. La habían invitado sólo para ocupar el lugar de Kitty, y los Fanshawe habían pensado en ella simplemente porque era gran amiga de Duncan Amory y él, por lo menos, disfrutaría si venía.

Desgraciadamente, *Sir* Musgrove y Christopher también disfrutaron porque vino —al menos, el primero disfrutó al principio—. Aprovechando que la mesa era redonda, *Sir* Musgrove se inclinaba siempre que podía para hablar con *Miss* Wickford y, mientras lo hacía, naturalmente no hablaba con Catherine, para cuyo entretenimiento había sido invitado especialmente. Y Christopher, cuya obligación era empezar charlando con *Lady* Merriman, estropeó enseguida el equilibrio del grupo poniéndose a hablar con *Miss* Wickford.

Esto dejó a Ned solo para divertir a dos damas desatendidas y, como no era divertido, no las divertía. También separó a Duncan Amory de su querida Emily, porque a ella le gustaban más los principios que los finales, y por lo tanto prefería a Christopher, a quien no había visto nunca, que a Duncan, a quien había visto casi demasiado; y como le consideraba muchos años más joven que ella, probablemente aún estudiante de Oxford o de algún otro sitio, procedió a hacer que el chico lo pasara bien y a encargarse de que disfrutara a fondo de la velada.

Lo consiguió. Christopher se divirtió. Había encontrado a una chica que era lista además de bonita, con la que era delicioso charlar y a la que era delicioso mirar. Al cabo de diez minutos, se sentía como si fueran viejos

amigos. Ella le preguntó si tenía sangre escandinava, porque se lo parecía —se correspondía bastante con su idea de un joven dios nórdico besado por el sol—; y él le preguntó a su vez si no tenía sangre griega, porque se lo parecía —se correspondía bastante con su idea de una joven diosa griega besada por el sol—; se rieron y se sintieron muy complacidos el uno con la otra. Preferentemente Afrodita, añadió Christopher, entusiasmado con sus propias palabras, mirando primero el cabello de Emily y después sus celebrados ojos. Afrodita también era rubia y también tenía los ojos como el mar, le dijo; añadió que todas las mujeres más hermosas eran rubias y tenían los ojos del color del mar.

Emily se sintió muy complacida.

Al oír la palabra Afrodita, *Sir* Musgrove trató de meterse en la conversación, porque no sólo era un conocido helenista que en aquellos momentos se ocupaba en escribir un estudio sobre mitologías, sino que le hubiera interesado hablar de la encantadora diosa con *Miss* Wickford. Duncan Amory también trató de meter baza con una historia sobre cierta señora americana a la que, por alguna confusión en su bautismo, habían llamado Afrodita, y el efecto que esto había tenido en ella después. La historia no estaba mal, por lo menos era adecuada, y le ofendió que nadie la escuchara, excepto los Fanshawe. Los demás estaban absortos contemplando a Emily. Amory pensó que Emily no era persona adecuada para estar en un grupo. Absorbía toda la atención. Su sitio estaba en los *tête-à-tête*. Así era como él cultivaba su amistad más a menudo. Se encogió de hombros, volviéndose decidido hacia *Mrs*. Fanshawe.

Lady Merriman estaba aburrida. Siendo capaz y estando deseosa de hablar de cualquier tema —libros, teatro, pintura o política—, por culpa de *Miss* Wickford se encontraba con que sólo le habían dejado medio hombre; y, para colmo, medio Ned Fanshawe, que incluso cuando estaba entero tenía más de bienintencionado que de conversador. Y le apetecía mucho charlar con el joven *Mr*. Monckton y averiguar personalmente qué podía haber inducido a aquella mujer de mediana edad a cometer la imprudencia de casarse con él. Pero éste estaba completamente dedicado a *Miss* Wickford. Imaginaba que era natural a su edad. Lo que no era tan natural era que a Musgrove le pasara lo mismo. No hablaba con ninguno de sus vecinos y sólo tenía ojos y oídos para ella.

Lady Merriman, que le tenía cariño a Musgrove y le había soportado fiel y pacientemente a las duras y a las maduras durante veinticinco años, se sentía un poco irritada; no por sí misma, porque sabía que no había nada

que pudiera alterar lo mucho que dependía de ella en privado, sino por él. No le gustaba que su marido, que era cualquier cosa menos tonto, lo pareciera. Además, le agradaría mucho que entretuviese a la pobre *Mrs*. Monckton, para distraer su atención de lo que aquel muchacho suyo le estaba diciendo a *Miss* Wickford. El matrimonio, pensaba *Lady* Merriman, observando la expresión de Musgrove y la de Catherine, era rico en humillaciones. Es decir, si uno lo permitía; si no se las alejaba con la única defensa efectiva: la risa.

La orquesta empezó a tocar un *fox*. Algunos jóvenes activos se levantaron de las mesas vecinas y se pusieron a bailar.

—¿Quiere bailar? —le preguntó Christopher a *Miss* Wickford.

—Me encantaría —respondió ella, levantándose en el preciso momento en que el camarero colocaba en su plato una rica codorniz caliente—. ¿Podemos? —preguntó, sonriéndole a *Mrs*. Fanshawe y alejándose sin esperar respuesta.

—Ah, juventud, juventud —dijo *Sir* Musgrove, agitando la cabeza con indulgencia—. Y nosotros los ancianos consolándonos con codornices.

Mrs. Fanshawe consideró que aquello era una falta de tacto de Musgrove y protestó:

—Aquí no hay ningún anciano —objetó con gran vigor.

—Ah, bueno, hablaba en sentido figurado —dijo *Sir* Musgrove, siguiendo los movimientos de *Miss* Wickford que giraba exquisitamente en brazos de Christopher.

—Yo me comería la codorniz antes de que se te enfríe, Musgrove —dijo su mujer. La culpa de todo la tenía Martha por no haber puesto a aquellos invitados tan efervescentes en el sofá, a buen recaudo detrás de la mesa, para que no hubieran podido salir. Pero alguien debería decirle a *Mrs*. Monckton que no pusiera esa cara tan…

—Personalmente, me parece una tontería interrumpir una buena cena y dejar que se enfríe —dijo Duncan Amory, a quien no le gustaba en absoluto la forma en que se estaba comportando Emily.

—Mi querido amigo, están en esa edad dorada en que la cena no tiene importancia —dijo *Sir* Musgrove—. Una pareja atractiva, una pareja muy atractiva —añadió soñador, observando a Emily.

Pero bueno ¿no se habría enterado Musgrove de que el joven era el marido de *Mrs*. Monckton?, pensó *Lady* Merriman, tratando de captar su atención, que mantenía fija en *Miss* Wickford con tanta persistencia.

Los Fanshawe se habían dado cuenta de su error y se arrepentían

amargamente. Por supuesto, debían haber colocado a Emily Wickford en el sofá, o mejor aún, no haberla invitado. Estaba estropeando la reunión para todos, excepto para el marido de Catherine. Duncan Amory, que habitualmente era una compañía agradable, estaba mohíno. Musgrove… nunca hubieran podido creerlo de él; *Lady* Merriman… naturalmente, se sentía fastidiada; y Catherine… bueno, no querían ni mirarla.

La orquesta dejó de tocar y todas las parejas regresaron excepto Christopher y *Miss* Wickford. Desaparecieron bajo el arco que daba al salón de al lado, Emily sonriéndoles a sus anfitriones por encima del hombro y Christopher sacando una pitillera a modo de explicación.

Fue Emily quien se lo propuso. Le dijo que no quería cenar más y que aquello le parecía mucho más divertido que estar enjaulada en aquella mesa, con lo que Christopher estaba sinceramente de acuerdo.

—Parecen todos muy viejos —dijo Emily, inclinándose hacia delante para que él le encendiera el cigarrillo—. ¿No le parece?

—Fósiles —dijo Christopher, olvidando, en su admiración por la cara que estaba iluminando con la cerilla que tenía en la mano, que Catherine estaba entre ellos, pero un momento después le preguntó si no pensaba que a los Fanshawe les podía importar que no volvieran.

—¡Oh! Nunca les importa nada —dijo tranquilamente Emily—. Son un encanto.

Pero a los Fanshawe sí que les importaba. Estaban furiosos. En la mesa había quedado un grupo maltrecho. *Mrs*. Fanshawe estaba tratando de recordar si Emily sabía que Christopher era el marido de Catherine, y no se acordaba de si lo había dejado claro cuando les presentó. Pero, al fin y al cabo, ¿cómo iba a dejar clara una cosa semejante, a menos que se llevara aparte a la otra persona y se lo explicara en un susurro? Se temía que, en este caso, no bastaba limitarse a decir: «Y éste es *Mr*. Monckton», después de haberle presentado a alguien a *Mrs*. Monckton. Por otra parte, no se le podía presentar como el marido de *Mrs*. Monckton. Emily debería haberlo sabido por instinto. *Mrs*. Fanshawe, que nunca era injusta, lo estaba siendo ahora. Estaba enfadada.

Sería la última persona en el mundo en sentir rencor porque unos jóvenes se divirtieran, y tenía una manga ancha que rayaba en la laxitud; pero aquello le resultaba muy molesto, aquello de que arramblase con Christopher. Además, consideraba que Christopher no debía haber permitido que arramblasen con él. Por lo menos, él sí sabía que era el marido de Catherine.

Era un grupo maltrecho. Ned estaba furioso, *Sir* Musgrove se removía inquieto, Duncan Amory estaba mohíno y Catherine parecía estar encogiendo ante sus propios ojos. Sólo *Lady* Merriman y *Mrs*. Fanshawe hablaban la una con la otra, por encima de la mesa, cortésmente, como hacen las mujeres, tratando de guardar las apariencias.

La música volvió a empezar y todos miraron hacia el arco. Pasó algún tiempo hasta que los dos aparecieron y, cuando esto ocurrió, venían charlando y riéndose tan alegremente como antes.

—Vengan aquí, son ustedes muy poco amables, abandonándonos de este modo —les dijo en voz alta *Mrs*. Fanshawe cuando pasaron bailando por delante de ellos; pero no la oyeron y siguieron con el baile.

Al final, cuando el grupo se despedía, *Miss* Wickford, que había disfrutado enormemente de la velada, le dijo a Christopher:

—Venga a verme el domingo.

—No; venga usted a vernos a nosotros —respondió él.

Ella le miró sorprendida.

—Pero ¿no se aburriría muchísimo su madre?

—¿Que se aburriría mi madre? —repitió Christopher, mirándola asombrado—. ¿Qué madre?

—Pero ¿no es…?

Miss Wickford se detuvo, dándose cuenta instintivamente de que se estaba metiendo en un lío, pero… aquella *Mrs*. Monckton menuda y maquillada que estaba en el sofá ¿no era la madre del chico?

—Mi madre murió cuando yo tenía tres años —dijo Christopher.

—Pobrecito —murmuró *Miss* Wickford, evasiva; algo le advertía que tuviera cuidado.

—Pero mi mujer estará encantada de que venga usted.

Se produjo un silencio brevísimo. Luego, Emily consiguió decir, confiando en no mostrar su asombro:

—Es amabilísimo por su parte. Telefonearé primero.

XIV

Pero no lo hizo. Y Christopher pensó que más valía así, porque a Catherine, por increíble que resultara, se le había metido en la cabeza sentirse celosa de ella. No quería admitir que lo estaba y declaraba sentir gran admiración por la belleza de *Miss* Wickford, pero si la emoción que había mostrado después de la cena no eran celos, maldito si sabía qué eran los celos.

Aquello le asombraba. Ella podía haber oído cada palabra que había pronunciado. *Miss* Wickford era extremadamente guapa y bastante lista y, ¿por qué no iba a gustarle hablar con ella? Pero sentía mucho haber hecho desgraciada a Catherine, e hizo todo lo que se le ocurrió para que lo olvidara; pero era un trabajo muy sofocante cuando el tiempo era tan caluroso y le parecía que estaba sujeto a algo muy dulce y pegajoso, que no se acababa nunca. Algo parecido a la melaza. Era como estar fajado con tiras de melaza.

Llegó a la conclusión de que Catherine le amaba demasiado. Sí, era eso. Si le amara de un modo más razonable, ella sería mucho más feliz y él también. Era malo para los dos. El piso parecía excesivamente cargado de amor. Uno se movía con dificultad. Se sorprendió levantando la mano para desabrocharse el cuello de la camisa.

Tal vez el tiempo sofocante tuviera algo que ver. Julio estaba terminando, y en Hertford Street no había aire. Londres era un sitio fatal en julio. Siempre iba y volvía andando de la oficina para hacer todo el ejercicio posible y todos los sábados iban a ver a su tío para jugar al golf. Pero aquello no era nada. Se moría de ganas de desentumecerse, de dar grandes paseos, de darle golpes a las cosas durante una infinidad de días y empezó a hablar casi exclusivamente de las vacaciones y de adonde irían en agosto cuando le tocaran las suyas.

Lewes se iba a Escocia a jugar al golf. Había ido con él el año anterior y

lo había pasado de maravilla. ¡Qué ejercicio! ¡Qué conversaciones! ¡Qué libertad! Deseaba ir otra vez, y le preguntó a Catherine si no le gustaría hacerlo, y ella le contestó, con aquella mirada escondida suya —había una cierta mirada, muy frecuente en su rostro, que él llamaba para sus adentros la mirada *escondida*—, que estaba demasiado lejos de Virginia.

¿Virginia? Christopher se quedó muy sorprendido. ¿Qué quería de Virginia? A menos que estuviera en Chickover, no vería a Virginia de todos modos, le dijo él; y ella, con los brazos en torno a su cuello, le dijo que era cierto, pero que no quería estar fuera de su alcance.

Esta inesperada reaparición de Virginia en escena, esta repentina añoranza después de una larga temporada sin mencionar a la chica, le extrañó y le irritó. Al parecer, habrían ido a Escocia de no haber sido por Virginia. Entonces, ¿él también tendría que quedarse allí, sin saber qué hacer, al alcance de Virginia? Por supuesto, tendría que hacerlo, puesto que no podía ni quería irse sin Catherine. Era el primer objeto a cuyo alcance deseaba estar.

Se sintió molesto y lo demostró.

—¿A qué viene este recrudecimiento del amor maternal? —preguntó.

—No es ningún recrudecimiento, siempre es igual, querido Chris —dijo ella, mirándole bastante avergonzada, pensó él, o por lo menos de un modo raro—. ¿No creerás que se deja de amar alguna vez a quien realmente se ama?

No, no lo creía. Estaba seguro de que ella no lo hacía. Pero no iba a entrar en eso ahora. A las diez de la mañana, no iba a ponerse a hablar de amor.

—Ya es hora de que me vaya —dijo, inclinándose y besándola rápidamente—. Ya llego tarde.

Salió corriendo, aunque no llegaba tarde. Sabía que no llegaba tarde, pero quería tomar todo el aire que pudiera, salir por lo menos a la luz del sol, fuera de aquel dormitorio oscurecido.

Ella también sabía que no llegaba tarde, pero por una vez quería que se fuera, porque tenía una cita secreta a las diez y media y ya eran las diez; era una cita muy importante, vital, ante cuyo mero recuerdo se sentía llena de miedo y esperanza a la vez.

No sabía si saldría algo de ella, pero lo iba a intentar. Le había escrito al gran hombre diciéndole su edad y preguntándole si pensaba que podría hacer algo por ella, y él le había mandado una tarjeta indicándole escuetamente que fuera a las diez y media de aquel día. Nada más: sólo a las

diez y media. ¡Qué discreto! ¡Qué emocionante!

Se había enterado de su existencia por los periódicos. Era un médico español que había venido a Londres a pasar unas semanas y que se dedicaba a devolver la juventud. Maravilloso, una bendición, si de verdad era capaz de hacerlo. Los periódicos decían que con una pequeña operación bastaba. Afirmaban que los resultados eran muy satisfactorios y, en algunos casos, milagrosos. ¿Y si su caso resultara ser uno de los milagrosos? No tenía la menor idea de cómo podría someterse a una operación sin que Christopher lo supiera, pero todo eso podía pensarlo después. Lo primero que tenía que hacer era ir a ver al médico y oír lo que tuviera que decirle. ¿Quién no haría cualquier cosa, se tomaría cualquier molestia, sufriría cualquier operación con tal de que le ayudasen a recobrar la juventud? Ella, desde luego, no se acobardaría ante nada. Y lo que el médico hacía, según los periódicos, parecía muy genuino y muy científico.

En cuanto Christopher se fue se vistió corriendo, rechazó el desayuno, no tuvo ni tiempo para arreglarse la cara —más valía que aquel día no lo hiciera, más valía que la viese como era en realidad— y veinte minutos después de que él se marchara, ella estaba en un taxi de camino a la consulta temporal que el gran hombre tenía en Portland Place.

¡Cómo le latía el corazón cuando llamó al timbre! Sus esperanzas, sus miedos, su determinación, su timidez, todos mezclados, además de la vergüenza que sentía, hicieron que apenas pudiera hablar cuando la enfermera —parecía una enfermera— abrió la puerta. ¿Y si alguien la oía cuando dijese quién era? ¿Y si alguien que la conociese la hubiera visto pasar? Si en algún momento de su vida hubo una ocasión discreta y privada era ésta; por eso, en el momento en que se abrió la puerta, se dio tanta prisa en entrar para desaparecer de la calle que casi cayó en brazos de la enfermera.

Se llevó un susto desagradable al ver que la colocaban en una sala con varias personas más. No se le había ocurrido que tuviera que enfrentarse con otros buscadores de juventud. Deberían haber puesto cubículos, lugares con biombos. No parecía decente exponer a los buscadores a la mutua presencia de aquel modo; se hundió en un sillón de espaldas a la luz y enterró la cabeza en un periódico.

Los otros también tenían las cabezas enterradas en periódicos, pero de todas formas se veían. Notó que todos eran hombres y tan viejos que debían de estar por encima de cualquier esperanza y de cualquier deseo. ¿Para qué podían necesitar la juventud? Resultaba una visión triste, pensó Catherine,

mirando a hurtadillas desde detrás de su periódico, y se sintió asustada. Cuando al poco tiempo entraron dos mujeres y, después de echar una mirada furtiva a su alrededor, se hundieron en sendos sillones igual que había hecho ella, de espaldas a la luz, también las consideró tristes visiones, y volvió a asustarse; mientras por su parte, las otras pensaban exactamente lo mismo de ella, y todos los hombres, detrás de sus periódicos, se decían: «¡Qué tontas son las mujeres!».

La enfermera —tenía exactamente el aspecto de una enfermera— entró después de bastante rato y le hizo una seña sin llamarla por su nombre, cosa que agradeció, la acompañó a la consulta y se encontró frente a dos hombres en vez de uno, porque el Dr. Sangüesa, el especialista, sólo sabía decir dos palabras en inglés: «Ya veremos» eran sus palabras, así que había otro hombre allí, también moreno y de aspecto extranjero, pero que hablaba inglés con soltura, para servirle de intérprete.

Se encargaba también de la parte comercial.

—Le costará cincuenta libras —dijo casi de inmediato.

Catherine sólo tenía diez veces esa cantidad para todos sus gastos durante el año entero, pero si el tratamiento fuera a costar esas diez veces más, lo habría aceptado, y habría vivido de cualquier manera, en una buhardilla, con un mendrugo, teniendo a Christopher y la juventud. Desde luego, pensó que era muy barato. ¿No era barato pagar cincuenta libras por la juventud?

—Veinticinco libras ahora —dijo el socio, porque había decidido que se trataba más bien de un socio que de un intérprete— y otras veinticinco a la mitad del tratamiento.

—Desde luego —murmuró ella.

El Dr. Sangüesa la estaba observando mientras el socio hablaba.

De vez en cuando decía algo en español y el otro le hacía una pregunta. Las preguntas eran íntimas y embarazosas, del tipo que resulta más cómodo contestar ante una sola persona y no ante dos. Pero estaba dispuesta; no debía importarle, estaba decidida a que no le importase nada.

Hizo algunas preguntas a su vez, obligándose a ser valiente porque, a pesar de su decisión y sus esperanzas, estaba asustada. Preguntó tímidamente si dolería, si llevaría mucho tiempo y cuándo empezarían a verse los resultados.

—Ya veremos —dijo el Dr. Sangüesa, que no había entendido ni una palabra, afirmando gravemente con la cabeza.

El socio le dijo que no dolería porque en el caso de las mujeres era

peligroso operar y el tratamiento era puramente externo; llevaría seis semanas, con dos sesiones de tratamiento a la semana; empezaría a apreciar una notable diferencia en su aspecto después de la cuarta sesión.

¿La cuarta sesión? Eso sería quince días después. ¿Y sin operación? Qué maravilla. Contuvo el aliento muy emocionada. Al cabo de quince días empezaría a parecer más joven. Después, cada día que pasara lo sería más. No habría más María Roma, ni más cuidados dolorosos en su forma de vestir, no más miedo de cansarse por lo horrible que el cansancio la hacía resultar, sino la verdad, lo auténtico y lo glorioso en sí mismo.

—¿Me *sentiré* joven? —preguntó ilusionada.

—Por supuesto. Todo va unido. Como comprenderá, la juventud de una mujer y por lo tanto su aspecto dependen enteramente de…

El socio se lanzó a una rápida explicación a la que sólo la terminología técnica salvaba de resultar indecente en exceso. El Dr. Sangüesa estaba silencioso, con los codos apoyados en los brazos de su sillón giratorio y las puntas de los dedos juntas. Parecía un hombre lejano, poco amigable y melancólico, bastante parecido a un retrato de Napoleón III que había visto, con sombras oscuras bajo los pesados ojos y la piel cerúlea. De vez en cuando, su triste boca se abría, decía de un modo totalmente automático: «Ya veremos», y la cerraba de nuevo.

Ella quería empezar enseguida. Al parecer, tenían que examinarla primero, para averiguar si podría soportar el tratamiento. Esto volvió a asustarla bastante. ¿Por qué? ¿Cómo? ¿Tan severo era el tratamiento? ¿En qué consistía?

—Ya veremos —dijo el Dr. Sangüesa, moviendo la cabeza.

El socio se puso a parlotear, accionando con las manos. En absoluto, nada severo, una simple cuestión de Rayos X; pero a veces, si el corazón de la mujer era débil…

El corazón de la mujer era débil…

Catherine le dijo que estaba segura de que su corazón no era débil.

—Ya veremos —dijo el Dr. Sangüesa, moviendo la cabeza mecánicamente.

—El reconocimiento cuesta tres guineas —dijo el socio.

—¿Tres más, o incluidas en el precio? —preguntó Catherine, bastante estúpidamente.

—Ya ve…

El socio le interrumpió esta vez, levantando la mano rápidamente. Parecía pensar que la pregunta de Catherine estaba por debajo de la

dignidad e inteligencia de ambos, porque daba la impresión de sentirse algo avergonzado de ella cuando le dijo con rigidez:

—… Tres más.

Ella asintió con la cabeza. Habría asentido a cualquier cosa, si a cambio aquellos hombres le daban la juventud.

El reconocimiento se podía hacer enseguida, según dijo el socio, si estaba dispuesta.

Sí, estaba totalmente dispuesta.

Se levantó al instante. Estaban acostumbrados a la impaciencia, en especial por parte de las pacientes, pero aquélla era una impaciencia mayor de lo habitual. Los ojos sombríos y hundidos del Dr. Sangüesa la observaron pensativos. Le dijo algo en español a su socio, que negó con la cabeza. Catherine tuvo la impresión de que había algo que deseaba que le tradujeran y miró interrogante al socio, pero éste no dijo nada, se acercó a la puerta y se la abrió.

La llevaron al piso de arriba, a una especie de salita *Rose du Barry*, dispuesta con un tocador y espejos, donde otra enfermera —al menos, ésta también parecía serlo— la ayudó a desvestirse. Entonces la envolvieron en una bata —no le gustaba sentir aquella bata pública contra la piel— y la condujeron a una sala equipada con muchas máquinas extrañas y una mesa de operaciones. ¿Qué no haría una mujer —pensó, mirando aquellos objetos con recelo y con el corazón por algún sitio muy cercano a sus pies— por el hombre que ama?

Entró el Dr. Sangüesa todo vestido de blanco, como un ángel. Se sintió muy agradecida al notar que el socio no aparecía. La examinó con gran cuidado, mientras la enfermera sonreía para darle ánimos. Resultó un alivio que la enfermera, que servía de intérprete, le dijera que tenía el corazón fuerte y los pulmones perfectos, aunque nunca hubiera imaginado lo contrario. Al final, la enfermera le dijo que el médico estaba convencido de que podría soportar el tratamiento y le preguntó cuándo le gustaría empezar.

Catherine dijo que empezaría de inmediato.

Imposible. ¿Al día siguiente?

¡Oh! Sí, sí, al día siguiente. ¿Y de verdad…? Iba a preguntar si de verdad volvería a tener buen aspecto, pero se limitó a decir si de verdad se sentiría menos cansada.

—Resulta maravilloso lo distintas que se sienten las personas —la tranquilizó la enfermera. Y el Dr. Sangüesa asintió gravemente, sin haber

entendido una palabra:

—Ya veremos.

—¿Él no lo ha probado en sí mismo, verdad? —observó Catherine cuando se encontraba de nuevo en la salita *Rose du Barry*, vistiéndose.

La enfermera se echó a reír. Era una joven de aspecto jovial, aunque quizá se tratase de una anciana que había seguido el tratamiento.

—¿A usted se lo han hecho? —preguntó Catherine.

La enfermera volvió a reírse.

—Me lo harán si veo que estoy envejeciendo —dijo.

—¿De verdad es tan maravilloso? —preguntó Catherine, a la que le temblaban las manos de emoción mientras se abrochaba los corchetes.

—No se lo creería —dijo la enfermera con seriedad—. He visto a hombres de setenta años con el aspecto y el comportamiento de una persona de cuarenta recién cumplidos.

—Eso es quitarse treinta años —dijo Catherine—. Y, suponiendo que tuvieran cuarenta al empezar, ¿habrían aparentado y se habrían comportado como si tuvieran diez?

—¡Ah! Bueno, me parece que eso es esperar demasiado, ¿no? —dijo la enfermera, riéndose de nuevo.

—Tengo cuarenta y siete años. No me gustaría nada acabar teniendo siete.

—Su marido la mandaría a un jardín de infancia, ¿verdad? —dijo la enfermera, riéndose más que nunca.

Catherine también se rió. Estaba tan llena de esperanza que ya se sentía más joven. Pero al ponerse el sombrero ante el espejo, vio que no lo parecía en absoluto.

—Tengo un aspecto demasiado horrible —dijo, volviéndose con franqueza a la amigable enfermera que, al fin y al cabo, iba a ser testigo de su triunfante marcha atrás a través de los años.

—Pronto nos libraremos de todo eso —le contestó alegremente.

A Catherine le resultó muy simpática la enfermera.

XV

Durante la semana siguiente, la vida le resultó de lo más emocionante —tantas cosas que planear, tantas cosas que preparar, y ella tan optimista, llena de esperanzas y alegría—. Por supuesto, no podía abandonar Londres durante el tratamiento, así que, ante el asombro de Christopher, le conminó a que se fuera a Escocia sin ella.

—Pero, Catherine…

No daba crédito a sus oídos.

—Vete y pásatelo bien, querido Chris.

—¿Sin ti?

—Tengo que quedarme en Londres.

—¿En Londres?

—Sí. Puede que Virginia me necesite.

—Vamos a ver, por Dios, Catherine, ¿qué pasa ahora con Virginia? El otro día…

Entonces, tranquila al saber que muy pronto volvería a ser joven —no le importaba lo más mínimo ser abuela si no iba a parecerlo; al contrario, tener aspecto de chica joven y sin embargo ser abuela le parecía el colmo de la elegancia—, le dijo que Virginia esperaba un niño para septiembre y que, como los niños se presentaban a veces antes de lo previsto, ella debía estar a su alcance.

Bueno, eso era lógico; lo entendía. Lo que no entendía era el alejamiento de Catherine. No parecía importarle que la dejara sola. No podía creerlo. Y cuando acabó por resultarle evidente que aquella actitud era auténtica, que no estaba fingiendo en absoluto, se sintió profundamente dolido. Por increíble que resultase, de verdad quería que se fuera.

—Quieres a Virginia más que a mí —dijo, con el corazón repentinamente encendido por los celos.

—Vamos, Chris, no seas tonto —dijo Catherine con impaciencia.

Desde que se casaron, nunca le había dicho que no fuera tonto de aquella forma sensata y práctica. ¿Qué le había pasado? Él, que había sentido que no podía respirar rodeado de tanto amor, se encontraba ahora dando boqueadas porque le faltaba. La atmósfera se había vuelto repentinamente limpia y enrarecida. Catherine parecía estar pensando en algo que no era él y, en un par de ocasiones, se le olvidó besarle. ¡Se le olvidó besarle! Se sentía profundamente herido. Y además, se la veía inexplicablemente alegre. No sólo parecía estar pensando en otra cosa, sino que lo que fuera parecía divertirle y se aferraba a aquello con deleite. Estaba entusiasmada. ¿Por qué lo estaría? Desde luego, no sería porque iba a ser abuela pues, sin duda, aquello la haría obsesionarse más que nunca con su diferencia de edad.

—Quiere que me vaya a Escocia sin ella —dijo, desahogándose un día con Lewes—. Quiere que me vaya sin ella. Le importa un pito. Cuatro sólidas semanas. Agosto entero.

—¡Qué prudente! —dijo Lewes, sin levantar la vista de su trabajo.

—Es por ese condenado niño.

—¿Niño? —Esta vez Lewes sí que levantó la vista.

—Tiene que venir en septiembre.

—¿Qué? Pero si…

—¡Oh, no seas idiota! El niño de Virginia. No quiere irse de Londres. No sé por qué no puede ir a algún sitio cerca de Chickover, donde yo pueda ir también, estar con ella y jugar al golf además. Lewes, amigo, creo que está harta de mí.

Y se le quedó mirando con expresión vehemente.

Lewes, a su vez, le dijo que no fuera idiota; pero la sola idea de que Catherine, su Catherine, estuviera harta de él, según sus propias palabras, le obligó a irse corriendo a casa a ver si aquello podía ser verdad.

Estaba muy satisfecha, muy independiente.

—Venga, Chris, no seas absurdo. Claro que debes pasar unas buenas vacaciones y salir de Londres. Es una suerte que tengas a tu amigo para que vaya contigo.

Ése era el tipo de cosas que le decía.

—Pero, Catherine, ¿cómo puedes desear que me vaya? ¿Es que ya no me quieres?

—Por supuesto que te quiero. Por eso deseo que vayas a Escocia.

Eso era cierto. Iba a someterse al tratamiento por amor a él, y él debía irse a Escocia debido al tratamiento. Tenía que estar lo más tranquila

posible mientras durase. «Nada de maridos», había dicho el Dr. Sangüesa. «Tendrá que hacer de viuda una temporadita», tradujo la enfermera. «Debes irte a Escocia», había acabado de traducir Catherine.

Pero no podía irse enseguida. Aún estaban en julio. Las dos primeras sesiones tuvieron lugar mientras Christopher todavía estaba en Londres, y le resultaba imposible mantenerle totalmente apartado sin despertar sus sospechas, así que no le sorprendió que el efecto de aquéllas fuera hacerla sentirse más cansada que nunca.

—Es frecuente que ocurra eso al principio —la animaba la enfermera—. Especialmente si no se aísla del todo de las preocupaciones domésticas.

Catherine se preguntó si con lo de las preocupaciones se referiría a los maridos. Desde luego, no estaba completamente aislada de ese tipo de preocupación en aquellos momentos, porque Christopher, cuanto más parecía enfriarse Catherine, iba volviendo a ser cada vez más como antes y, atenazado por el miedo de estarla perdiendo de algún modo, volvió a descubrir lo mucho que la quería.

Por supuesto, siempre la había querido intensamente, pero había experimentado cierta necesidad de pausas. No habían existido pausas en el amor de ella y, poco a poco, una sensación de ahogo se había apoderado de él. Ahora, de forma tan repentina como inesperada, todo eran pausas en ella. Intentaba evitarle; incluso sugirió, con el pretexto de que las noches eran calurosas, que durmiera en el vestidor.

Aunque se hubiera cansado de muchas cosas, aún no se había cansado de la dulzura, del curioso consuelo y de la tranquilidad de quedarse dormido rodeándola con sus brazos. Desde que se casaron, no se había interrumpido jamás en él aquel deseo de aferrarse a ella por la noche; lo que no había deseado es que ella se aferrara a él por la mañana. Uno se sentía muy diferente por las mañanas. Al menos, a él le ocurría, pero a Catherine, no; y aquello le había hecho tener la impresión de estar sumergido en melaza. Ahora, no sólo no mostraba deseo alguno de aferrarse a él por las mañanas, sino que intentaba —no quería ni podía creerlo, pero no le quedaba otro remedio— evitar con toda clase de mañas que la abrazase por la noche.

—Catherine, ¿qué ocurre? ¿Qué nos ha pasado? —preguntaba con expresión herida e indignada. (Cuando Catherine le había hecho este tipo de preguntas al empezar a notar cierto cambio en su trato amoroso, él se había sentido impaciente y aburrido y se había dicho para sus adentros: «Igual que todas las mujeres», pero, por supuesto, ya no se acordaba).

—¡Oh, Chris! ¿Por qué eres tan tonto? —le contestaba ella, riéndose y

apartándole—. ¿No te das cuenta del calor que hace y de lo mucho más agradable que resulta no estar demasiado pegados? Seamos higiénicos.

¿Higiénicos? Qué modo más bonito de expresarlo. Estaba volviendo a ser como era al principio, cuando tenía tantas dificultades para conseguirla; estaba volviendo a convertirse en aquella criaturita inteligente y reservada, independiente y decidida a no tener nada que ver con él. Cómo la había adorado en aquellos días en los que resultaba inalcanzable. El que ahora hubiera vuelto a dar en lo que amenazaba con ser la inasequibilidad de nuevo no le hizo adorarla, porque aquél había sido el tipo de adoración que nunca regresa, pero sí que volvió a encender su amor y, al mismo tiempo, le llenó de furia posesiva. Sin embargo era una posesividad frustrada, porque ella le evitaba cada vez más.

—No puedo irme a Escocia dejándote aquí. Al cuerno el golf. Sencillamente no puedo —le dijo por fin.

Y ella, más fresca que un pepino y más brillante que un alegre botoncito —eran comparaciones inventadas por él—, le dijo que sencillamente tenía que hacerlo, y que, cuando volviera, se encontraría con que iban a ser más felices de lo que jamás habían sido.

—Me querrás más que nunca —le dijo riéndose, porque aunque el tratamiento resultaba extraordinariamente agotador, en aquellos días su fe le hacía tener la moral alta.

—Tonterías… Nadie podría quererte más de lo que yo te quiero ahora, conque, ¿de qué sirve hablar así? Catherine, ¿qué te ha ocurrido? Dímelo.

Allí estaba, como antes, sentado en el suelo a sus pies, con los brazos en torno a las rodillas de ella y la cabeza apoyada en su regazo.

Todo eso hacía muy feliz a Catherine. Empezaba a encontrarle al tratamiento beneficios distintos de los que el Dr. Sangüesa había garantizado.

XVI

Él se fue a Escocia y ella se quedó en Londres. Fue inexorable.

Era como si su almohada suave y envolvente se hubiera convertido en una roca. Al final, mintió —¿cómo evitar mentir, más tarde o más temprano, cuando se estaba casada?— para librarse de él, porque insistía en alquilar unas habitaciones para los dos junto al mar en las proximidades de Chickover, donde pudiera estar cerca de Virginia sin tener que verse separada de él. Viéndose acorralada de aquel modo, ¿qué podía hacer sino mentir? Es lo que se hace cuando está una acorralada, pensaba ella, excusándose. Le dijo que era probable que Virginia viniera a Londres para tener el niño en una maternidad y que, por esa razón, no podían marcharse.

Él se marchó sintiéndose atónito e infeliz, y su infelicidad la llenaba a ella de una secreta alegría. Era un gran bálsamo para su espíritu —que tan angustiado se había sentido últimamente—, ver todos aquellos inconfundibles síntomas de devoto amor por ella. Imaginaba su regreso en septiembre y se imaginaba a sí misma recibiéndole en la estación, cambiada, joven, capaz de hacerlo todo con él, resultando al fin una compañera adecuada.

—Nunca, nunca sabrás lo mucho que te quiero —dijo, rodeándole el cuello con los brazos, al despedirse.

—Sí, eso parece —dijo él, sombrío.

—Eso parece, exactamente —dijo ella, riendo. Ahora siempre estaba riéndose, como solía hacer en sus primeros encuentros.

—No puedo entenderlo —dijo él, contemplando el rostro que se levantaba hacia el suyo—. Me estás echando. Suponte que me encuentro a la chica ésa por allí, a *Miss* Wickford, o a esa otra que parecía un tiburón. Podría consolarme.

Ni siquiera aquello logró otra cosa que hacerla reír.

—Hazlo, querido Chris —dijo, dándole unos cachetitos en la cara—. Y

luego vuelve y cuéntamelo todo.

Estaba muy cambiada. Se marchó sintiéndose enormemente desgraciado y la conversación con Lewes —aquella conversación de la que tan sediento había estado cuando creyó que no iba a poder escucharla— le parecía tediosa y tonta.

Sola en Londres, Catherine se entregó de lleno al tratamiento.

Dos veces por semana iba a Portland Place y sufría —porque aquello dolía, aunque el Dr. Sangüesa le había dicho que no por mediación de la enfermera—. La tumbaban en una mesa y le colocaban una gran máquina a una distancia mínima de su piel desnuda, le vendaban los ojos y unas cosas chisporroteantes —no veía lo que eran, pero sonaban como chispas y le resultaban como pequeños cuchillos dolorosos y brillantes— se dejaban actuar sobre su piel durante media hora seguida, primero por un lado y luego por el otro. Cuando aquello terminaba, la inyectaban con un fluido misterioso y luego se iba completamente exhausta.

Después, se quedaba todo el día tumbada en el sofá y *Mrs*. Mitcham le traía bandejas de comida nutritiva. Leía y dormía. Se iba a dormir a las nueve. No se hacía nada en la cara desde que se había ido Christopher y *Mrs*. Mitcham, al verla tan persistentemente amarilla, le preguntaba con una preocupación que iba en aumento si se sentía bien.

Después del cuarto tratamiento tenía que empezar a notar diferencia. Se examinó en el espejo con enorme ansiedad. Nada. Y su cuerpo se sentía exactamente como el aspecto que su cara reflejaba: asombrosamente fatigado.

—Con algunas personas tarda más —dijo la enfermera, cuando Catherine se lo comentó el día de su quinta visita—. Hubo una señora de las que han venido aquí que no notó nada en absoluto hasta el final y, después, habría tenido usted que verla. Salió dando brincos por esa puerta y tenía sesenta años, por lo menos.

—Quizá yo no sea lo bastante vieja —dijo Catherine—. Todas las personas de las que me habla tienen sesenta o setenta años.

Estaba sentada en el sofá de la salita *Rose du Barry* vistiéndose. Se sentía demasiado cansada para estar de pie. Aquellos chisporroteos durante media hora eran una gran prueba para su resistencia. No dolían lo suficiente para hacerla gritar, pero sí para que necesitara toda su decisión para conseguir no hacerlo.

La enfermera se echó a reír.

—Vaya, *estamos* deprimidas hoy, ¿eh? —dijo alegremente—. La gente

se pone así hacia la mitad, quiero decir, la gente que va despacio, quien no reacciona enseguida como les pasa a otros. Ya verá. Roma no se construyó en un día.

La siguiente vez que fue, la enfermera levantó las manos con asombro al verla.

—¡Pero qué buen aspecto tiene esta mañana! —exclamó.

Catherine corrió al espejo.

—¿De verdad? —preguntó, mirándose con asombro.

—¡Vaya cambio! —dijo la enfermera, dando toda clase de muestras de alegría—. Estaba segura de que pronto empezaría. Ya verá como a partir de ahora irá cada día más rápido.

—¿De verdad? —preguntó Catherine, observándose la cara en el espejo.

Por mucho que miraba, no apreciaba ninguna diferencia. Se lo dijo. La enfermera se rió de ella.

—¡Oh, incrédulo Tomás! —dijo la enfermera, cuya actitud cordial se había convertido en una gran familiaridad—. Mírese ahora. ¿No lo ve? —Y, cogiéndola por los hombros, le hizo volverse de nuevo hacia el espejo.

No, Catherine no lo veía. Veía la cara riente y sonrosada de la enfermera junto a la suya, y la suya amarillenta y con los labios descoloridos, igual que estaba siempre ahora cuando no llevaba encima ningún producto del estuche de María Roma. María Roma le había hecho un efecto terrible. Tenía el pelo cada vez más gris, ahora que el tinte había tenido tiempo de desaparecer, más gris de lo que estaba antes de echarse nada.

—La mirada experta lo puede apreciar —dijo alegremente la enfermera —. Noto un *gran* cambio.

—¿De verdad? —se limitó a preguntar Catherine.

Aquel día parecía estar mucho más inmóvil y cansada de lo habitual, tendida en el sofá del piso sin leer siquiera, y *Mrs*. Mitcham, que no estaba nada contenta con su estado desde que se marchó Christopher, le preguntó si no sería bueno que fuera a ver a un médico.

Catherine no pudo evitar sonreír al oírlo. Pero si era exactamente eso lo que le pasaba, que *estaba* yendo al médico.

—Pronto me encontraré bien —le aseguró a *Mrs*. Mitcham, porque aún tenía esperanza.

Hasta el noveno tratamiento no empezaron a palidecer definitivamente sus esperanzas. No había pasado nada. Estaba igual de vieja que siempre; si acaso, más vieja porque aquellas chispas dolorosas ponían a prueba su resistencia hasta dejarla exhausta. Cierto que la enfermera continuaba

expresando tenazmente gran deleite y sorpresa cada vez que la veía, pero con esto sólo lograba que Catherine desconfiara de su sinceridad o de su vista. Se volvió más callada y decreció su interés por las historias sobre señoras mayores. Los supuestos brincos que daban empezaban a dejarla fría. Naturalmente, era posible que hubieran dado brincos, pero lo cierto era que no conseguía creérselo.

—Esas otras señoras mayores… —dijo en su undécima visita.

La enfermera la interrumpió con una alegre carcajada.

—¿No irá usted a contarse entre las señoras mayores? —exclamó—. Vamos, *Mrs*. Monckton, está usted siendo muy mala. No lo permitiré. Ya verá como dentro de poco tendré que regañarla.

—Ya, pero es que ésta es mi undécima sesión, y usted dijo que todas daban brincos en la undécima sesión…

—Todas no. Vamos, vamos. A cada uno le hace un efecto diferente, ¿sabe usted?

—No es que quiera dar saltos —dijo Catherine, recogiéndose con cansancio un mechón de pelo que la venda de los ojos le había despeinado —. Es que no siento ni la más mínima traza, ni el más remoto deseo de hacerlo.

—Todo llegará. Todo llegará a su tiempo.

—¿A qué tiempo? Sólo me queda una sesión más.

—Es frecuente que se noten los beneficios después. Tal vez, semanas más tarde. Las personas se despiertan una mañana y se encuentran muy jóvenes de repente.

Catherine no respondió nada. Sus esperanzas eran ya entonces muy débiles y pequeñas.

La enfermera, tan alegre como siempre, la animó y se rió de ella por ser tan desagradecida, cuando no tenía más que mirarse para ver…

—Siempre me estoy mirando y nunca veo —dijo Catherine.

—¡Oh, pero qué criaturita más mala es usted! —exclamó la enfermera —. No sé qué sería del pobre Dr. Sangüesa si todos sus pacientes fueran tan obstinadamente ciegos como usted. Bueno, todavía nos queda el jueves. A veces, es el último tratamiento precisamente el que convence al paciente, y nos escribirá usted maravillosos testimonios…

No hubo ninguna respuesta a su alegría. Catherine se marchó con andar cansino. Tenía cincuenta libras menos, Christopher volvía dentro de una semana y aquel hermoso sueño de ir a buscarle a la estación parecía casi imposible que lo pudiera realizar. Era inútil que la enfermera fingiera que se

había producido alguna diferencia en ella, no había ninguna. Tal vez si no hubiera fingido, Catherine se habría sentido más capaz de creerlo. Pero la enfermera la trataba como a una idiota —pero bueno, ¿no era eso precisamente lo que era? ¿No era una idiota cualquier mujer capaz de suponer que le iban a devolver la juventud con duchas de chisporroteos dolorosos?—. Se fue a casa cansina y avergonzada. De todo aquello sólo había sacado preocupaciones, gastos, desilusión y una separación insoportablemente larga de Christopher. ¡Ah, sí!: también había sacado la útil consciencia de que era una idiota; pero eso ya lo sabía antes.

De todas formas, no abandonaría del todo la esperanza. Le quedaba un tratamiento más, y podría ser que diera un cambio repentino…

Pero nunca recibió el último tratamiento, ni volvió a ver más al Dr. Sangüesa ni a la enfermera porque, al llegar a casa aquel día, se encontró con un telegrama de *Mrs*. Colquhoun, pidiéndole que fuera enseguida a Chickover.

XVII

Había un tono de urgencia en el telegrama que asustó a Catherine. Mientras iba en el lento tren de la tarde, el primero que pudo tomar, que se detenía tanto y tan a menudo, tuvo mucho tiempo para pensar, y le pareció que todo lo que había hecho desde su matrimonio resultaba curiosamente falto de honradez y vergonzoso. Qué desperdicio de emociones, qué temores tan mezquinos. Ahora aparecía el auténtico miedo y, ante él, aquellos otros se marchitaban. Virginia allí, enfrentándose al peligro, siendo torturada. ¡Oh!, ella sabía de qué tortura se trataba. Sólo aquel hecho espantoso le devolvió de pronto la vista.

Iba mirando por la ventanilla cómo se sucedían monótonamente los campos y muchos pensamientos afilados atravesaban su mente; uno de ellos era el de la última vez que había ido a Chickover y su alegría porque un desconocido, engañado por la habilidad con que María Roma la había disfrazado, la consideró a todas luces más joven de lo que era. Qué lamentable, qué lamentable; el que una cosa así pudiera emocionarla y hacerla sentirse complacida era una señal muy clara de que una era realmente vieja.

Se detuvo asombrada ante aquel recuerdo un momento, antes de que se viera desplazado por otros pensamientos. ¡Con qué estupideces llenaba una la vida! Y a la más leve agitación de las alas de la Muerte, al más pequeño movimiento hacia delante de aquella gran figura desde el más oscuro y alejado rincón de esa pequeña habitación llamada vida, con qué rapidez se le abrían a una los ojos llenos de sufrimiento. Se volvía una real. ¿Se era real en algún momento hasta entonces? ¿Sería necesario que existiera aquel movimiento de avance, aquel recordatorio, aquel «ya sabes que estoy aquí», para que pudiera despertarse una de sus extraños y minúsculos sueños?

Tuvo que esperar una hora en el empalme. Eso la animó porque, de ser muy grave la situación, habrían mandado el coche a que la recogiera allí.

Eran más de las nueve cuando llegó a Chickover. El chófer que la recogió parecía triste, pero no pudo decirle nada, salvo que su señora llevaba enferma desde aquella mañana. La avenida estaba oscura, con los grandes árboles que formaban una hilera solemne ocultando lo que aún quedaba de luz crepuscular, y al fondo, también la casa estaba oscura y muy silenciosa. Todo aquel lugar parecía contener la respiración, como si se diera cuenta de la batalla que se estaba librando al otro lado, en las habitaciones que daban al jardín.

Silencio por todas partes, completo y extraño silencio, excepto…

Sí… ¿Qué era aquello?

Se detuvo conteniendo la respiración porque, mientras cruzaba el *hall* ante la pálida doncella, un lento gemido bajó las escaleras arrastrándose como un hilillo de sangre, un extraño y lento gemido que no era humano en absoluto, como el de algún pobre animal muriéndose desesperado, poco a poco, en un cepo.

Virginia…

Catherine se detuvo sobrecogida de horror. ¿Aquel ruido? ¿Virginia? ¿Cómo un animal?

Volvió la vista hacia Kate. Sus pálidos rostros se miraron. Los labios de Kate se movieron:

—Desde esta mañana —profirieron—. Desde esta mañana temprano. El señor…

Se detuvo, con los pálidos labios aún abiertos.

Catherine se dio la vuelta y corrió escaleras arriba. Corrió como una demente hacia el gemido. Había que detenerlo, había que detenerlo. Había que salvar a Virginia, no se la podía, no se la debía dejar sufrir así, no se podía permitir que nadie sufriera así, horas y horas…

Corrió por el pasillo hacia la habitación de Virginia, la misma habitación donde la propia Virginia había nacido diecinueve años antes, pero en lugar de acercarse al gemido, parecía estar alejándose de él.

¿Dónde estaba Virginia, entonces? ¿Adónde la habían llevado?

Se detuvo a escuchar y el corazón le latía tan fuerte que apenas oía nada. Allí, a la izquierda, donde estaban las habitaciones que no se utilizaban. Pero ¿por qué? ¿Por qué la habían llevado allí?

Corrió por el pasillo hacia la izquierda. Sí, allí era; detrás de aquella puerta cerrada…

Las rodillas de Catherine parecían ir a doblarse. El sonido estaba terriblemente cerca —tan desesperado, tan incesante—. ¿Qué le estaban

haciendo allí a su hija? ¿Qué estaba haciendo Dios, que se lo permitía?

Su mano temblorosa asió torpemente el picaporte. Puso la otra encima para sujetarla. Sabía que no debía comportarse así; no debía entrar sólo para sumarse al terror que ya había allí dentro.

Sujetando el picaporte con las dos manos, lo movió lentamente y entró.

Stephen.

Stephen, medio sentado, medio tumbado en el suelo, apoyado en un sofá. Su madre en pie, mirándole. Y nadie más. Toda la habitación amortajada con guardapolvos. La cama cubierta de pilas de mantas y almohadas de reserva. Stephen gimiendo.

—¡Stephen! —exclamó Catherine, tan asombrada que no podía dejar de mirarle. Stephen, precisamente Stephen, en aquel estado…

Su madre se volvió y se acercó a ella.

—Pero… ¿y Virginia? —preguntó Catherine, con los labios temblorosos porque, si Stephen estaba reducido a aquel estado, ¿qué cosa tan horrible le estaría ocurriendo a Virginia?

Mrs. Colquhoun le cogió la cara entre sus manos y la besó, la besó de verdad. Tenía los ojos muy brillantes, con los bordes enrojecidos. Era evidente que había estado llorando y tenía el aspecto de quienes no pueden más.

—Creo que ahora todo va bien con Virginia —dijo—. Se lo digo y no me escucha. ¿Cree usted que podría hacerle escuchar? Hubo unos momentos terribles hasta que llegó el segundo médico y la anestesió, y se trastornó tanto que… bueno, ya le ve.

Hizo un gesto, medio de vergüenza, medio de indignación y tremendamente triste hacia la figura que se apoyaba en el sofá.

Luego añadió, con los ojos brillantes y llenos de lágrimas fijos en Catherine:

—Y pensar que mi hijo, ministro del Señor, se ha desmoronado así, que sea incapaz de cumplir con su deber en una situación crítica… que haya perdido… que haya perdido…

Se detuvo, sin dejar de mirar fijamente a Catherine con aquellos ojos brillantes e incrédulos.

Catherine se limitaba a contemplar a Stephen consternada. No le extrañaba que en el piso de abajo Kate no hubiera logrado expresar lo que trataba de decir de su señor. Stephen, el de labios firmes, el fuerte crítico de la debilidad, el tranquilo cristiano que exhortaba… era horrible que ocurriera aquello. No sabía que los maridos se desmoronasen así nunca.

George no lo había hecho. Se había sentido angustiado y lleno de preocupación, pero no había gemido. Recordaba que los gemidos habían corrido exclusivamente a cargo de ella. George había sido su consuelo, su roca. ¿Qué consuelo podía haber conseguido Virginia de Stephen aquel día? Y, después de todo, era Virginia quien iba a tener el niño.

—¿No podrían darle algo los médicos? —preguntó, pensando que, desde luego, al pobre Stephen deberían darle un poco de cloroformo para ayudarle a sobrellevar sus horas de desesperación— cualquier cosa antes que dejarle allí tumbado sufriendo de aquel modo.

—Les pedí que le dieran una dosis de calmante —dijo *Mrs*. Colquhoun — y se limitaron a contestarme que me lo llevara. Por supuesto que me lo llevé, porque estaba matando a Virginia, y aquí estoy encerrada con él desde entonces. Catherine —era la primera vez que la llamaba así—, yo no recuerdo que en nuestros tiempos… yo no recuerdo que mi marido… —Se quedó callada, mirándola fijamente con sus ojos brillantes y exhaustos.

—George no lo hizo —dijo Catherine, dudando—. Pero creo… creo que Stephen quizá ame más a Virginia…

—Bonita forma de amar —observó *Mrs*. Colquhoun, que había pasado un día terrible encerrada con Stephen y cuya pena por él se había convertido ahora en indignación.

—¡Oh! Pero no puede evitarlo. Querida *Mrs*. Colquhoun…

—Llámame Milly.

¿Milly? Aquellas barreras que se tambaleaban a su alrededor ante el estallido de una crisis desconcertaban a Catherine. Stephen, que se había atrincherado tan firmemente tras el ejemplo y los preceptos, allí tendido, al descubierto, tan desesperado y totalmente desprotegido que apenas deseaba mirarle, que no deseaba que él ni su madre se dieran cuenta de que estaba allí, porque cuando más tarde volviera a su estado normal, ambos podrían sentirse humillados por el recuerdo, y *Mrs*. Colquhoun, que no sólo le daba la espalda a su adorado hijo, sino que abandonaba sus insinceridades, la besaba con un afecto casi vehemente y le pedía que la llamara Milly. Extraños subproductos del sufrimiento de Virginia, pensó Catherine.

—Debo ir con ella —dijo, dirigiéndose a la puerta.

—Mi querida Catherine —dijo *Mrs*. Colquhoun, reteniéndola—, no te dejarán entrar. Pronto terminará todo. Y, ¿qué dirá? —añadió, volviéndose hacia Stephen y levantando la voz—, ¿qué dirá cuando pregunte por su marido y él sea incapaz de acudir a su lado?

Pero Stephen estaba muy lejos de reaccionar ante cualquier reprensión.

—¡Oh! Pero sí que lo será, ¿verdad, Stephen? —dijo Catherine—. Os vais a sentir muy felices, Virginia y tú, muy, muy felices, y os olvidaréis de todo esto.

Corrió hacia él, se inclinó y le besó.

Pero Stephen se limitó a gemir.

—Debería acostarse y que le viera un médico —dijo Catherine, dirigiéndose a *Mrs*. Colquhoun.

—No es *él* quien va a tener el niño —fue la respuesta de *Mrs*. Colquhoun.

—No, pero la agonía mental es peor que la física —dijo Catherine.

—Tratándose de niños, no —replicó *Mrs*. Colquhoun con firmeza.

¡Qué extraña fue aquella noche! Qué noche de emociones entremezcladas —un enorme miedo, una profunda pena, una inmensa sorpresa— y qué limpieza se produjo en la mente de Catherine de todas las tonterías, de todas sus estupideces privadas. Ninguno de los tres que estaban en aquella habitación se había encontrado antes en sus vidas frente a este tipo de realidad, esta realidad desnuda y despiadada. Tuvieron horas y horas para pensar, horas y horas para sentir. A unos metros de distancia estaba Virginia, suspendida entre la vida y la muerte. De su habitación no salían gemidos. La envolvía un augusto silencio. Como si las cosas que se estuvieran resolviendo en su interior fueran demasiado grandes y solemnes para permitirse cualquier tipo de queja. Era el más lento, el más difícil de los alumbramientos. Ella misma estaba lejos, profundamente despreocupada, envuelta en la misericordia de la inconsciencia; pero ¿cuánto tiempo podría resistir someterse a aquel terrible esfuerzo aun el más joven y fuerte de los cuerpos?

Las dos mujeres recluidas en aquella habitación libre al otro extremo de la casa no se atrevían siquiera a plantearse aquella pregunta. Permanecía fría y pesada en el corazón de ambas y ellas desviaban los ojos de su mente y se mantenían ocupadas lo mejor que podían: Catherine acariciando a Stephen y murmurando a su oído palabras de consuelo a las que él no hacía el menor caso, y *Mrs*. Colquhoun preparando el té.

Durante toda la noche, la pobre *Mrs*. Colquhoun, que también estaba a punto de derrumbarse, preparaba té una y otra vez cada muy poco tiempo, encontrando en el traqueteo de las tazas y platitos una manera de ahogar al menos una parte de los gemidos de su desgraciado hijo que le crispaban los nervios y de sus propios pensamientos. No podía ni quería contemplar la posibilidad de que le pasara algo a Virginia; se repetía que a ese respecto

todo iba bien. Dos médicos y una experta enfermera, dos médicos y una experta enfermera, repetía incesantemente para sus adentros, mientras sus manos temblorosas derramaban las tazas. Desde luego, era un parto difícil y largo, pero eso no era nada raro tratándose del primer hijo. Tonterías, tonterías, no debía dejar que se colase en su mente ni la menor sombra de imaginación de un posible desastre. Ya había bastantes cosas en qué pensar sin eso, con Stephen allí tirado deshonrándose y deshonrándola, negando en realidad a su Dios y abandonando a todas luces su hombría. Los gritos de Virginia antes de que llegara el anestesista, aquellos chillidos tan horrorosos procedentes de su dulce esposa habían sacado de quicio al desdichado Stephen, después de tener que escucharlos durante dos horas. La había matado, era su asesino, la había matado, la había matado con su amor…

«Tonterías», le había dicho su madre de la forma más práctica posible al oírle gritar cosas así para que las pudiera oír todo el mundo; eran cosas que realmente resultaban excesivamente escandalosas cuando una se acordaba de todas las jóvenes doncellas que había en la casa. Entonces, con las manos temblorosas le había llevado hasta aquella habitación distante y él se había echado en el mismo sitio en el que había estado tendido desde entonces, sin volver a decir una sola palabra, limitándose a gemir incesantemente.

Y *Mrs*. Colquhoun, que nunca en su vida había amado abrumadoramente y que hasta aquel día no había sabido lo que era tener nervios, le contemplaba impotente al principio, indignada después y sin comprenderle en absoluto en ningún momento. Todo aquello estaba muy bien y, por supuesto, un marido se sentía ansioso en tales ocasiones, debía mostrar sus sentimientos y se esperaba que lo hiciera, pero dentro de unos límites decentes. Aquellos límites no eran decentes. En absoluto. ¿Qué diría la gente de la parroquia si le viera? ¿Qué dirían los criados que pudieran oírle?

Le puso una aspirina en aquella boca desatenta y le preguntó severamente si se había olvidado de Dios. Trató de regañarle para que volviera a su condición de hombre de sacerdocio. Incluso le agitó en una ocasión, creyendo que las sacudidas eran buenas para los nervios. Inútil, todo inútil; y cuando Catherine llegó, ya se sentía prácticamente vencida.

Pero el té, las cosas domésticas —las actividades pequeñas, naturales y tranquilizadoras— eran, a su parecer, los únicos apoyos auténticos, y no las oraciones. Era raro, pero no deseó rezar ni una sola vez. Hubiera estado bien que Stephen rezara, pero para ella no hubiera sido bueno. Nada de

emociones, por favor, se advirtió a sí misma varias veces en voz alta —a Catherine se le helaba la sangre al oírle *el deber, el deber, el deber*; preparar el té para sostener el cuerpo, templarse los nervios con aquella rutina—, aquélla era la verdadera ancla. Le hubiera gustado darse una vuelta por allí con un plumero, quitando el polvo a los adornos que se van guardando en las habitaciones libres, pero quitar el polvo por la noche parecía algo demasiado poco natural como para ofrecerle alguna esperanza de olvido.

De modo que no paraba de tocar la campanilla para pedir más agua caliente y más tazas, y simplemente ver a la criada a la puerta, con su cofia y su delantal —no se le permitía entrar, debido a Stephen— parecía mantenerle a *Mrs*. Colquhoun la cordura. Había otras cosas en el mundo además del sufrimiento; existían las mañanas siguientes y la preciosa rutina de la vida con sus baños, sus desayunos y sus órdenes a la cocinera —cuánto deseaba aquello, cuánto deseaba volver de nuevo a su seguro caparazón protector, rodeada de normalidad, con Stephen en su sano juicio cuando aquella repugnante carga de miedo que pesaba sobre su corazón se hubiera alejado y se olvidara.

Había una taza desportillada. La observó a la luz. Kate, claro, que era de lo más descuidada con la porcelana. Al paso que llevaba, a Virginia pronto no le quedaría ninguna.

Tocó la campanilla y mandó a la criada a buscar a Kate y, al llegar ésta, con la cofia algo torcida y el pelo algo alborotado, *Mrs*. Colquhoun sacó la taza al pasillo para que la viera y la regañó a conciencia, lo que les hizo bien a ambas, y Kate se sintió tan restablecida ante aquel soplo de normalidad que logró preguntar en un susurro cómo se encontraba el señor, y *Mrs*. Colquhoun, recurriendo de manera inconsciente al lenguaje propio de la ocasión, replicó que se iba encontrando bastante mejor.

Y, desde luego, los gemidos de Stephen parecían ser menores desde que Catherine le había colocado la cabeza en su regazo y le acariciaba y le daba palmaditas. Le acariciaba y le daba palmaditas sin parar y, de vez en cuando, se inclinaba y le murmuraba palabras de ánimo al oído o, cuando no encontraba palabras porque su propia coraza estaba llena de miedo, simplemente se inclinaba y le besaba. ¿La oía? ¿Sentía? No estaba segura, pero le pareció que sus gemidos se volvían algo más sosegados y que parecía tener una débil consciencia de aquel consuelo cuando la mano de ella acariciaba suavemente su rostro hundido.

—Te vas a agotar —dijo *Mrs*. Colquhoun, frunciendo los labios para evitar que le temblasen.

—Me sirve de consuelo —dijo Catherine.

—Sería mucho mejor que tomaras otra taza de té.

—Qué apasionadamente la quiere. No me daba cuenta…

—Amar apasionadamente parece meter a la gente en buenos líos —dijo severamente *Mrs*. Colquhoun.

—Me imagino que realmente no deberíamos amar demasiado —dijo Catherine.

—Considero que Stephen se convenció de esto con la predicación. Aquella serie de sermones de la Cuaresma pasada, ¿te acuerdas? A mí me pareció entonces que resultaba casi demasiado elocuente. A veces casi llegaba a no ser lo que resultaría deseable que oiga una congregación. El amor del que hablaba… bueno, empezaba con las ideas de San Juan, pero pronto las abandonaba para abordar otros terrenos. La gente, y en especial los criados, le escuchaban con la boca abierta. No lo habrían hecho si se hubiera limitado estrictamente a la Biblia. Y tú sabes, Catherine, que uno puede convencerse de cualquier cosa hablando de ella y, en mi opinión, eso es lo que le pasaba a Stephen. Llegó a pensar tanto y tan a menudo en ese aspecto de la vida que olvidó la moderación y ahí le tienes. Éste es su castigo y mi vergüenza.

—No, no —dijo Catherine con dulzura.

—Es así, es así —y *Mrs*. Colquhoun, que había conservado el valor hasta aquel momento, inclinó la cabeza sobre la bandeja del té y se echó a llorar.

A Catherine le pareció que resultaría inútil discutir sobre el amor con la pobre *Mrs*. Colquhoun, así que, colocando suavemente la cabeza de Stephen en un almohadón, se acercó a ella, se sentó a su lado, colocó un brazo en torno suyo y empezó a acariciarla también y a murmurar palabras consoladoras.

Qué extraña era aquella noche de miedo dedicándose a acariciar a los Colquhoun. Ese misterioso duende que está sentado en algún lejano rincón de nuestra mente, que se niega a comportarse con seriedad en los precisos instantes en que más necesario resulta, la obligó en aquel momento, cuando más débil era la esperanza, a reírse interiormente ante el extraño giro que habían dado sus relaciones con Stephen y su madre. Los hundidos Colquhoun; las derrumbadas torres de firmeza; y ella, la desaprobada, la pecadora a los ojos de Stephen, que quizá se lo habría contado a su madre y ella también lo pensaría, era ahora su único apoyo y consuelo. Los Colquhoun destrozados. Era realmente divertido, muy divertido, muy

div…

Pero ¿qué era aquello? ¿Ella también lloraba?

Horrorizada, se levantó de un salto, corrió hasta la ventana, la abrió de par en par y se quedó ante ella con el rostro expuesto al húmedo aire de la noche, luchando consigo misma, tratando de reprimir aquellas lágrimas inoportunas; y, mientras permanecía allí, el aire perezoso dio paso de pronto a una corriente y, al volverse con rapidez, se encontró con que habían abierto la puerta y un hombre desconocido estaba en el umbral, con Kate al fondo, sirviéndole de escolta.

Uno de los médicos. Corrió hacia él. Estaba muy colorado, con la frente cubierta de gotas de sudor.

—¿Dónde está ese marido? —preguntó, recorriendo con la vista la habitación y hablando alegremente, aunque sus ojos estaban serios—. ¡Oh…! Ya veo. Sigue sin valernos para nada. Nunca he visto a un individuo semejante. Parece que fuera él el parturiento. Bueno, pues entonces su madre. Pero caramba ¿qué es esto? ¿Lágrimas? Vamos, vamos —dijo, posando muy amablemente la mano en el hombro de *Mrs*. Colquhoun, y mirando a Catherine—. ¿Es usted la otra abuela? —preguntó sonriente.

—¿Abuela?

—Un niño enorme. El más grande que he traído al mundo en mucho tiempo.

XVIII

Cuando Virginia recobró la consciencia, siguió durante algún tiempo tendida con los ojos cerrados, frunciendo el entrecejo. Parecía haber vuelto de algún lugar muy lejano y había resultado difícil, muy difícil conseguir volver: estaba agotada por el esfuerzo. ¿Dónde había estado? Seguía tendida tratando de recordar, con los brazos a ambos lados del cuerpo y las palmas de las manos hacia arriba, como si alguien se las hubiera colocado así y ella se hubiera sentido demasiado indiferente para moverlas. Tenía el pelo muy cuidadosamente colocado formando gruesas trenzas, cada una de las cuales caía sobre uno de los hombros, y su cama estaba limpia e inmaculada.

No tardó en abrir sus pesados ojos y vio a su madre sentada junto a la almohada.

Su madre. Volvió a cerrar los ojos para pensar, pero le cansaba mucho pensar y no se molestó demasiado en hacerlo. Su madre estaba sentada muy quieta, sosteniendo contra los labios una trenza de pelo oscuro que debía ser de alguien y besándola. Había otra persona en la habitación, que se movía sin hacer ruido, vestida de blanco. ¿Quién sería?

El tenue destello de un recuerdo cruzó la mente de Virginia. Sin molestarse en abrir los ojos, porque le costaba un esfuerzo enorme hacerlo, consiguió murmurar:

—¿He… tenido el niño?

Su madre le cogió la mano, se la besó y le dijo que sí, y que era un chico. Un chico precioso, le dijo su madre.

También pensó en aquello, frunciendo el entrecejo debido al esfuerzo. Un chico precioso. Eso era lo contrario de una chica preciosa. Y la enfermera —por supuesto, aquella cosa blanca era la enfermera— se acercó, le puso una taza junto a la boca y le hizo beber algo.

Luego volvió a quedarse quieta, con los ojos cerrados. Había tenido el bebé. Un chico precioso; la noticia no la animó lo más mínimo, la cansó.

Al poco tiempo parpadeó en su mente otro recuerdo. Stephen. Era su marido. ¿Dónde estaba?

Con gran esfuerzo, abrió los ojos y miró lánguidamente a su madre. Resultaba muy difícil pronunciar aquella *St*. Qué esfuerzo. Pero lo consiguió y articuló:

—¿Stephen…?

Su madre, besándole otra vez la mano, le dijo que tenía un poco de catarro y que estaba guardando cama.

Stephen tenía un poco de catarro y estaba guardando cama. Aquella noticia tampoco la conmovió lo más mínimo. Siguió tendida, completamente apática, con los brazos a los costados y las palmas de las manos hacia arriba sobre la colcha. Stephen, el niño, su madre; una profunda indiferencia hacia todos ellos invadía su mente, que aún estaba oscurecida por las sombras de aquel enorme lugar oscuro del que había logrado salir trepando, había trepado sin parar hasta que su cuerpo había quedado magullado y dolorido de los pies a la cabeza, y estaba muerta de cansancio, muerta, muerta de cansancio.

Entró otra persona en la habitación. Un hombre. Quizá fuera un médico, porque le cogió la mano y la sostuvo unos momentos entre las suyas, y luego le dijo algo a la enfermera, que se acercó, le levantó la cabeza y le dio otra bebida, bastante parecida a lo que ella recordaba que era el *brandy*.

Brandy en la cama. ¿No resultaba… —Cuál era la palabra—? Sí, extraño. Era extraño beber *brandy* en la cama.

Pero no importaba. Nada importaba. Resultaba agradable que nada importara. Muy apacible y tranquilo; muy, muy apacible y tranquilo.

Como flotar boca arriba en un agua tranquila una tarde de verano, contemplando el cielo azul, dejando que de vez en cuando Ja cabeza se hundiera un poco —sólo un poco, para que el agua fresca le murmurara en los oídos—; o dejando que se hundiera un poco más —sólo un poco más, para que el agua fresca le murmurara sobre el rostro—; se hundía más y más; se iba hundiendo suavemente, suavemente, hasta que por fin sólo quedaba el sueño.

XIX

Cuando Christopher llegó a Hertford Street desde Escocia una semana más tarde, *Mrs*. Mitcham le recibió en el *hall* del piso. No sabía nada de lo que había ocurrido en Chickover. Catherine le había enviado una breve nota el día en que se marchó, diciéndole que se iba con Virginia, y como no había recibido ni una letra más desde entonces y sus vacaciones, que de todas maneras detestaba, empezaron a resultarle completamente insoportables en cuanto ella cortó toda comunicación con él mediante aquel silencio, decidió que no podía soportarlo más. Guardando a toda prisa sus cosas, tras manifestarle a Lewes que estaba harto, salió para Londres, adonde llegó pisándole los talones al telegrama que le había mandado a *Mrs*. Mitcham.

Ella acudió al *hall* en cuanto le oyó meter la llave en la cerradura. Tenía la cara más larga que nunca y sus ropas parecían más negras.

—¡Oh, señor! —le dijo enseguida, mientras recogía su chaqueta—. Espantoso.

—¿El qué? —preguntó Christopher, volviéndose para mirarla con un vivo temor en el corazón.

—*Miss* Virginia…

Él volvió a respirar. Por un terrible momento había creído…

—¿Qué ha estado haciendo? —preguntó, con repentina indiferencia, porque tener niños no le parecía nada peligroso; si lo fuera, el mundo entero no estaría repleto de ellos.

Mrs. Mitcham se le quedó mirando desde sus ojos enrojecidos.

—¿Haciendo, señor? —repitió, herida por su forma indiferente de hablar. Y, siendo sarcástica por primera y última vez en su vida, le dijo en tono de digno reproche—. Sólo muriéndose, señor.

Esta vez le tocó a él quedársela mirando con los ojos muy abiertos, mientras la consternación se reflejaba en ellos al darse cuenta de todo lo que

aquella muerte significaba.

—¿Muriéndose? ¿Esa chica? ¿Quiere usted decir…?

—Que ha muerto, señor —dijo *Mrs*. Mitcham con la cabeza muy alta y una mirada llena de reproche y dignidad fija en la de él.

Era demasiado tarde para ir aquella noche. Aquella noche ya no había trenes. Pero tenía su moto. Catherine, Catherine llena de dolor… tenía que llegar hasta ella de algún modo…

Y una vez más, Christopher corrió hacia el oeste a buscar a Catherine. Durante toda la noche corrió en lo que parecían grandes sacudidas de velocidad interrumpidas por cosas que iban mal, todo lo imaginable iba mal, como si el infierno y todos sus demonios se hubieran coligado para viajar con él y obligarle a pararse cada pocos kilómetros y observar con impotencia cómo las horas, y no él, pasaban volando.

Ella no había mandado a buscarle. Sufría y estaba lejos, y no había mandado a buscarle. Pero sabía la razón. Era porque no podía soportar, después de todo lo que había dicho de Virginia, afligirle con el hecho de su muerte. También era posible que ella misma hubiera sufrido un golpe tan violento que se hubiera quedado aturdida, reducida a aquel extraño estado en que la gente se sumía cuando ocurría una muerte, sin pensar ya en lo que quedaba, en todo el calor y la felicidad que aún continuaban llenando la vida, sino sólo en lo que habían perdido.

Pero sintiera lo que sintiera o dejara de sentir, era suya, su esposa, a la que debía ayudar y consolar; y si estaba tan entumecida que su ayuda y su consuelo no le servían, esperaría a su lado hasta que despertara de nuevo. Se preguntaba cómo estarían allí las cosas, mientras veía pasar los negros árboles y matorrales uno tras otro, cómo le irían las cosas a Catherine, encerrada en aquella casa triste con la joven Virginia muerta. Aquella chica muerta. Varios años más joven que él. Y su marido… «¡Oh, Señor! Mi Catherine», pensaba, acelerando más y más, «Debo sacarla de esto, llevarla a casa, devolverla a la vida con mi amor».

Su mente se la representaba con nitidez, pequeños retratos encantadores que le habían asaltado cada vez con más frecuencia al transcurrir lentamente sus vacaciones sin ella; y en aquellas imágenes la veía con los ojos de la pasión insatisfecha, una pequeña Catherine de lo más adorable, mucho, mucho más bonita de lo que había sido incluso en los días de mayor belleza, tan dulce con su suave piel blanca, tan dulce con su suave pelo negro, tan dulce con sus tiernos ojos grises y con su rostro iluminado por el amor, todo su amor, sola y exclusivamente para él. ¡Y él, que había pensado en aquellos

últimos días antes de ir a Escocia que estaba demasiado rodeado de amor! Le faltó poco para caer en la cuneta, al recordar aquella increíble estupidez.

Bueno, ahora sabía cómo era su vida lejos de ella; era como estar perdido en la gélida oscuridad.

Llegó a Chickover a eso de las cinco de la mañana, cuando una luz grisácea empezaba a arrastrarse entre los árboles. No podía ir a despertar aquella triste casa tan temprano, por lo que se detuvo en el pueblo y consiguió con muchas dificultades convencer a los de la fonda de que le abrieran y le dejaran pasar, le dieran agua y una toalla y le prometieran hacerle un té cuando la hora fuera un poco más decente; luego se tumbó en el sofá de crin de la sala y trató de dormir.

Pero ¿cómo iba a dormir, cuando por fin estaba tan cerca de Catherine? La simple idea de volver a verla, de mirar sus ojos después de aquella separación de cuatro semanas bastaba para desterrar el sueño; y además estaba la preocupación por ella, el saber que debía estar destrozada de dolor, el esfuerzo por imaginar su vida allí con aquel pobre diablo de marido…

A las siete y media empezó a meter prisa para que le dieran el desayuno, tocando la campanilla y dando voces por el pasillo que olía a cerveza. Sin embargo, pese a todos sus esfuerzos, no pudo conseguir que empezaran siquiera a servirle hasta después de las ocho, cuando una chica adormilada bajó a ponerle en la mesa un mantel sucio y un par de cuchillos.

Salió a la carretera y paseó de un lado para otro mientras le ponían la mesa. No le preguntaría a nadie de allí, aunque por supuesto todos le habrían podido hablar de la muerte de Virginia y de lo que estaba ocurriendo en la casa. Y ellos, creyéndole un extraño, cosa que desde luego era y esperaba seguir siendo para siempre en cuanto respectaba a Chickover, no empezaron a hablar espontáneamente.

No sabía nada; ni cuándo murió, ni cuándo había sido enterrada. Quizá no la hubieran enterrado todavía y en ese caso no podría llevarse a Catherine aquel mismo día, como había esperado. Se sorprendió intentando no pensar en Virginia, a la que tantas disculpas debía, pero sólo porque estaba muerta. ¿Quién iba a imaginarse que moriría y que al hacerlo le haría quedar mal? Uno tenía que hablar de lo que sentía en un momento dado, y no era posible acomodar las observaciones que se hicieran contemplando la posibilidad de que la persona de quien se hablaba muriera. Aunque Christopher lo sentía mucho y estaba ofendido a un tiempo. Le parecía que había sido un bruto, pero también le parecía que ella se había aprovechado de él de un modo injusto.

Apartó sus pensamientos de ella todo lo posible. Pobrecita. Con el buen tiempo que hacía, con lo bueno que estaba el día para vivirlo; porque a esas horas el sol de septiembre inundaba el pueblo de Virginia y las ásteres empapadas de rocío de los jardines de la casita brillaban a la luz. Pobrecita. Y el pobre diablo de su marido. Qué bien podía entender su desdicha. Señor, ¡si fuera a ocurrirle algo a Catherine!

Bebió un poco de té tibio y tomó un pan con mantequilla bastante desagradable —por lo menos, estaba claro que Stephen no había logrado volver bueno al posadero del pueblo— y luego, sintiéndose extraordinariamente agitado, con una mezcla de emoción y amor palpitante y de renuencia y miedo, todo ello atravesado por la pena que le daba Virginia, se puso de nuevo en marcha a través del parque, buscando atajos por la hierba, dando la vuelta por la parte de atrás del muro del huerto en dirección a las puertas que estaban junto a la casa del guarda y recorriendo a pie la avenida como cualquier otro visitante respetuoso y compasivo que llegara temprano. Cuando volvió la curva y llegó al punto desde donde se veía la casa por primera vez, lanzó un gran suspiro de agradecimiento porque las persianas estaban levantadas. El entierro de la pobre chica se había terminado y, por lo menos, no iba a caer en medio de todo aquello, como había temido secretamente.

Pero, sí había terminado, ¿por qué no le había mandado a buscar Catherine? ¿Por qué no había vuelto a casa? ¿O por qué no le había escrito al menos? Sin embargo, recordó que ella le creía en Escocia y que por supuesto le habría escrito allí y, consolado con aquella idea, continuó recorriendo la avenida en la que hasta los mismos árboles parecían tristes, con sus hojas amarillentas que caían al suelo balanceándose lentamente cada vez que soplaba una pequeña ráfaga de viento.

La puerta principal estaba abierta y también lo estaba la del salón que había al otro lado del *hall*, así que mientras esperaba después de haber tocado el timbre, veía perfectamente desde allí la soleada terraza y el jardín. La casa estaba muy silenciosa. No se oía sonido alguno excepto el graznido de algún pato lejano en algún lugar apartado, detrás de los establos. ¿No había nadie desayunando? ¿Estaban durmiendo aún? Si Catherine estaba durmiendo aún podría subir a verla, no como la última vez en que vino a este sitio a recogerla y tuvo que esperar en la sala cuando aún era un extraño, un ser suplicante sin ningún derecho.

Kate, la doncella, apareció. Por supuesto, en cuanto le vio, supo que aquél era el joven caballero con el que se había casado *Mrs*. Cumfrit —se

había hablado bastante de ello en su momento en el comedor de la servidumbre— y el fantasma de una sonrisa alegró la solemnidad de su rostro, porque un joven caballero normal y saludable era refrescante para sus ojos, que durante la última semana sólo habían presenciado aflicción.

—Las señoras no han bajado todavía, señor —le dijo con voz queda, mientras le conducía, o más bien trataba de hacerlo, porque él no quería entrar, al salón.

—¿Las señoras? —repitió Christopher, sin bajar la voz, y la casa, que durante tantos días había estado silenciosa, se estremeció volviendo a la vida ante su vigor.

—La madre de *Mr*. Colquhoun está aquí, señor —dijo Kate, convirtiendo su voz en un susurro para hacer que él bajara la suya a un tono adecuadamente suave—. *Mr*. Colquhoun aún está muy enfermo, pero el médico cree que volverá a su ser de nuevo cuando se dé cuenta de que existe el niño. Si quiere esperar, señor —continuó, intentando de nuevo meterle en el salón—, iré a decírselo a las señoras.

—No voy a esperar en ningún sitio —dijo Christopher—. Voy a subir a ver a mi mujer. Indíqueme el camino.

Sí, era refrescante ver a un caballero vivo de nuevo, y resultaba un cambio muy agradable en comparación con su pobre señor; aunque el señor, por supuesto, se estaba comportando de un modo muy adecuado, tomándose la pérdida que había sufrido como debía hacerlo un auténtico viudo, y tomándosela tan a pecho que tuvo que verle un médico y guardar cama. Todo el pueblo estaba orgulloso de él; pero con todo, resultaba agradable oír de nuevo la voz de un caballero saludable, que hablaba alto y con autoridad, y Kate, contenta de tener que obedecer, subió las escaleras casi con su habitual paso vivo, en vez de ir de puntillas como había adquirido la costumbre de hacer.

Christopher la siguió, con el corazón latiéndole con fuerza. Le condujo por un ancho pasillo hasta lo que parecía ser el extremo más alejado de la casa y, mientras avanzaban por él, un ruido que había empezado a oír al volver la esquina del rellano se hizo cada vez más fuerte, pareciendo aumentar ante él hasta que acabó por convertirse en algo prodigioso.

El bebé que lloraba, esperaba que arrepintiéndose del daño que ya había tenido tiempo de hacer en su corta existencia. Pero en aquel momento no podía dedicarles sus pensamientos a los bebés y, cuando Kate se detuvo ante la mismísima puerta de donde procedían los llantos, le hizo un gesto de impaciencia para que continuara.

—Santo Dios —dijo—, ¿no creerá que quiero ver al niño?

Ella se limitó a sonreírle y llamó a la puerta.

—Es un niño precioso —dijo, con aquel extraño aspecto de orgullo y hambre satisfechos que había notado que parecían tener las mujeres cuando se acercaban a niños muy pequeños.

—¡Déjeme de niño! Lléveme con mi mujer —le ordenó.

—Está aquí, señor —contestó Kate, abriendo la puerta cuando alguien le gritó por encima del ruido que podía pasar.

Era la voz de *Mrs*. Colquhoun. La reconoció y se apartó rápidamente.

No… que le mataran si entraba allí a reunirse con Catherine, en el cuarto del niño bajo las miradas de la niñera, del niño y de *Mrs*. Colquhoun. Pero no se apartó tan rápido como para no poder ver algo de la habitación, en la que había un baño sobre dos sillas ante un alegre fuego y tres mujeres que se inclinaban sobre él, una de blanco y dos de negro, todas hablándole a la vez al que estaba en el baño, mientras sus llantos se volvían cada vez más fuertes y penetrantes.

Las mujeres estaban absortas, absortas hasta el punto de haber excluido cualquier deseo, pena, añoranza u otro amor distinto, pensó, mientras unos ardientes celos irrumpían en su corazón. Le parecía que Catherine debería haber sabido de algún modo que estaba allí, haber sido consciente de su presencia en el mismo instante en que puso los pies en la casa. Él habría notado su presencia en el preciso instante en que hubiera estado bajo el mismo techo, estaba absolutamente seguro. En cambio, sólo veía su espalda absorta, como si nunca se hubiera casado, como si nunca le hubiera amado apasionadamente —exactamente igual de absorta que la espalda de la otra, la de *Mrs*. Colquhoun, que era una anciana a la que no le quedaba más amor en su vida que el que pudiera extraer de un bebé—. Y no sabía si era porque las dos estaban en la misma actitud y con las mismas ropas, pero había sacado la misma impresión de ambas —la impresión rápida, antes de que le diera tiempo a pensar—, de que aquello era un grupo de mujeres canosas.

¿Canosas? Qué palabra tan extraordinariamente horrible se le había venido a la cabeza, pensó. ¿Cómo se le habría ocurrido?

—¡Cierre esa puerta! —gritó la voz de *Mrs*. Colquhoun por encima de los lloros del niño—. ¿No ve que está usted formando corriente?

Kate se volvió hacia Christopher vacilante.

—¡Pase y cierre esa puerta! —gritó aún más fuerte *Mrs*. Colquhoun.

Kate entró, cerrando la puerta tras ella, y Christopher esperó,

rígidamente apoyado contra la pared.

No se esperaba esto. No, era lo último que podía esperarse. Y ahora, cuando Catherine saliera a verle, Kate también estaría presente, pisándole los talones; entonces, ¿tendría que estrecharle la mano, o darle un ligero beso marital en presencia de una criada? ¿Sería ése su sagrado y bendito instante de reunión?

Alguien salió y Kate venía con ella, alguien menudo que exclamó: «¡Oh, Chris!», y que parecía creer que era Catherine, no era Catherine, no, no…, no lo era ni lo podía ser. Lo que salió era un fantasma, un pequeño fantasma pálido y encanecido, que extendía las manos y que parecía levantar la cara para que se la besase; y cuando él no se la besó, cuando se limitó a retroceder mirándola asustado, se retiró a su vez enseguida y se quedó mirándole sin decir palabra.

XX

Se quedaron inmóviles mirándose. Kate se alejó por el pasillo. Les rodeaba el vacío, atravesado por los lloros del bebé que salían por la puerta cerrada de su habitación. Catherine no retrocedió en absoluto y dejó que Christopher la mirase cuanto quisiera, porque ahora había dejado atrás todo lo que no fuera la verdad.

—Catherine… —empezó él, con la voz asustada y perpleja de un niño moviéndose torpemente en la oscuridad.

—¿Sí, Chris?

No intentó acercarse a él, ni él intentó acercarse a ella; y resultaba extraño para Catherine, que aún no podía recordar en todo momento la diferencia que se había producido en ella, estar a solas con Christopher después de una separación y no verse estrechada instantáneamente contra su corazón.

Pero la cara de él se lo recordó; en ella podía ver la suya con la misma claridad que si estuviera ante un espejo.

—No tenía ni idea… ni idea… —tartamudeó él.

—¿De que pudiera tener este aspecto?

—De que hubieras sufrido tan horriblemente, de que la quisieras tantísimo…

Y sabía que debería cogerla entre sus brazos y consolarla, pero no podía, sencillamente porque aquélla no era Catherine.

—Pero no es eso sólo —dijo ella, y dudó por un instante.

Momentáneamente perdió el valor. ¿Por qué decírselo? Al fin y al cabo, todo lo que había hecho fue por amor a él; cierto que había sido por un amor ávido, de presa, compuesto principalmente de vanidad, posesividad y miedo, pero amor al fin y al cabo. ¿Por qué no olvidarlo todo y dejarle creer que el dolor la había hecho envejecer en una semana? Una explicación creíble y conmovedora. Y además, casi cierta, porque si la pasión había

empezado la ruina, el dolor la había completado, y la noche y el día de aquel nacimiento y de aquella muerte, de la agonía de Stephen y de su propio y prolongado tormento habían dado los últimos toques de una edad mayor que la propia en un rostro y un pelo que habían quedado indefensos ante las arrugas y las canas sin los masajes y los tintes cuidadosos de María Roma. Y, de todas maneras, doblemente fatigados y grises de lo que habían estado antes de que empezaran los agotadores procesos del Dr. Sangüesa.

Pero descartó todo aquello. Estaba harta de medías verdades y de aquella cuestión ruin de engañarle. ¿Cómo iba a poder seguir siendo tan injusta con él? Ya le había hecho el mayor de los daños casándose, de eso estaba segura, pero por lo menos dejaría de burlarse de ambos. Qué despreciable, qué despreciable modo de vivir. Que la viera como era y, si su amor se terminaba —cosa que sería muy natural e inevitable a su edad—, le dejaría libre.

Porque en aquellas horas notables que siguieron a la muerte de Virginia, cuando a Catherine le parecía haber abierto la puerta de un pasillo oscuro para entrar en una gran habitación iluminada, vio muy claro por primera vez; y lo que vio en aquella extraña y nueva claridad despiadada, aunque, en cierto sentido, curiosamente consoladora, fue que el amor tiene que aprender a desasirse, que si el amor es real siempre se aparta, no plantea exigencias, libera, se conforma con amar sin ser amado, y que nada merecía la pena en el minúsculo instante llamado vida, nada en absoluto, excepto ser buenos. Sencillamente ser buenos. Y, aunque la gente pudiera discutir en cuanto a lo que significaba exactamente ser buenos, lo sabían en el fondo de sus corazones como ella lo sabía en el suyo; y aunque los jóvenes pudieran reírse ante esta convicción porque les pareciera excesivamente saturada de sentimentalismo, todos los que valieran algo de entre ellos acabarían pensando exactamente así. Era imposible vivir tan cerca de la muerte como había vivido ella la última semana y no darse cuenta de aquello. Durante cuatro días extraordinarios había permanecido en su presencia, observando de cerca su paz. Ahora lo sabía. La vida era un parpadeo; era lo más breve, algo que se apagaba antes de que nos pudiéramos dar cuenta. En ella no había tiempo, no había tiempo en aquel instante infinitamente precioso, para nada que no fuera simplemente la bondad.

Por eso dijo, resuelta a decir siempre la verdad:

—Sí que quería mucho a Virginia y he sufrido, pero antes ya tenía un aspecto muy semejante a éste.

Y Christopher, que durante aquellos días no había vivido tan cercano a

la muerte y no había visto ni reconocido con tanta claridad las mismas cosas que ella y que no sentía nada de eso, salió asustado de su perplejidad ante semejante blasfemia y dio un paso adelante, rápido y casi amenazador, como si quisiera silenciar al fantasma que se atrevía a profanar sus encantadores recuerdos.

—¡No tenías este aspecto, no lo tenías! —gritó—. Eras mi Catherine. No eras este… este…

Se detuvo y examinó muy de cerca su cara.

—¿Qué te ha ocurrido? —preguntó otra vez atónito, con una horrible y fría sensación de pérdida en el corazón—. ¡Oh, Catherine! ¿Qué te has hecho?

—Pero si es eso exactamente —dijo ella, con la más débil sombra de sonrisa temblándole un momento en los ojos—. Que no me he hecho nada.

—Pero tu pelo, tu precioso pelo…

Hacía unos movimientos agónicos con las manos.

—Se te ha puesto todo gris por, por… lo que has pasado, pobre, pobrecita…

Y una vez más supo que debería cogerla entre sus brazos y consolarla, y una vez más no pudo.

—No, no fue eso lo que lo volvió gris —dijo ella—. Ya era gris antes, sólo que me lo teñía.

Él se la quedó mirando, completamente perplejo. Catherine con aquel aspecto y diciendo aquellas cosas. ¿Por qué las decía? ¿Por qué estaba tan deseosa de señalar que todo aquello no tenía nada que ver con la muerte de Virginia? ¿Sería alguna extraña intención de ahorrarle el dolor de sentir pena por ella? ¿O estaba tan terriblemente afligida que ya no era responsable de lo que decía? Si era así, tendría que acercarla más aún a su corazón, protegerla y confortarla, y era un maldito canalla por no hacerlo. Pero no podía. Todavía no. No en aquel momento. Quizá dentro de poco, cuando se hubiera acostumbrado más…

—¿Que te lo teñías? —repitió estúpidamente.

—Sí. O más bien lo hacía María Roma.

—¿María Roma?

—¡Oh! Pero ¿qué importa? Me pone enferma pensar en esa vieja estupidez. Es un sitio que hay en Londres donde arreglan a las mujeres que han empezado a ajarse. Me arreglaba maravillosamente y al principio casi parecía real. Pero era un trabajo tremendo y yo estaba siempre asustada, viviendo así, con el temor de que no resultara un éxito y de que tú me vieras

de repente. Me pone enferma, sólo recordarlo me pone enferma… ahora.

Y le puso la mano en el brazo, mirándole con los ojos de Catherine, con los hermosos y fatigados ojos de Catherine.

Eran los mismos —tan hermosos como siempre los había conocido y tan fatigados como siempre los había conocido—; pero resultaba muy extraño verlos en aquella carita amarillenta. Sus ojos; eso era todo lo que quedaba de su Catherine. Y, sí, la voz, la misma voz suave, excepto que ahora tenía una nueva nota de… ¿sería prudencia? ¿Prudencia? ¿Catherine prudente? Lo había sido todo en el mundo menos eso —obstinada, débil, imprevisible, irrelevante, decidida, impulsiva, pegajosa, apasionada, adorable, su dulce amor, pero nunca prudente.

—¿No te parece que resulta increíblemente pequeño y ruin ese tipo de mentiras, cualquier tipo de mentiras cuando *esto* ha ocurrido? —preguntó, con la mano aún sobre el brazo de él y los ojos mirando muy seriamente a los suyos—. Resulta extraordinariamente baladí. Y no debes pensar que estoy fuera de mí por el disgusto, Chris —continuó, porque en la expresión de él se translucía que era eso precisamente lo que pensaba—, porque no lo estoy. Al contrario, por primera vez estoy en mi sano juicio.

Y mientras la miraba asombrado, pensando que si ella era así cuando estaba en su juicio, hubiera sido mucho mejor para la felicidad de los dos que hubiera seguido sin estarlo, sacaron del baño al bebé que estaba al otro lado de la puerta y lo que habían sido llantos se convirtieron en aullidos.

—Por el amor de Dios, vamos a otro sitio donde no se oigan esos berridos infernales —exclamó Christopher, haciendo un movimiento tan brusco y exasperado que hizo que ella le quitara la mano del brazo.

—Sí, vamos —dijo ella, recorriendo el pasillo delante de él; y Christopher vio con más claridad que nunca, cuando llegaron a las grandes ventanas de las escaleras y ella dobló delante de él el recodo que formaban, lo amarilla que estaba y la cantidad de gris que había en su pelo, que le daba aquel terrible aspecto encanecido.

Amarillenta, canosa; ¿qué había hecho, qué le habían hecho para estropearla así, para separar a su Catherine de él y entregarle *aquello* a cambio? Era espantoso. Le habían robado. Su mundo de felicidad se estaba destrozando en pedacitos. Y él se sentía como un bruto, el más miserable de los más miserables brutos, por no ser capaz de quererla igual que antes, ahora que tanto debía necesitar amor, cuando había estado pasando por lo que él imaginaba que habría sido un trance sencillamente infernal.

Otra vez Virginia, pensó, con una amargura que le sorprendió. Esa

chica, estropeando las cosas hasta muerta. Porque incluso si era cierto lo que Catherine insistía en contarle sobre tintes y maquillajes, nunca hubiera considerado necesario decírselo, confesárselo todo, de no haber sido por la muerte de Virginia. No; de no haber sido por eso habría continuado como antes, haciéndose lo que se hiciera, cuyos resultados eran que por lo menos los dos eran felices. Señor, cuánto odiaba las confesiones y aquello de volver una nueva página imaginaria. Siempre que ocurría algo fuera de lo corriente, algo que hacía a las mujeres pararse en seco y las obligaba a hacer lo que llamaban pensar, empezaban a destruir, a destruirlo todo para ellas mismas y para las personas que habían estado amándolas felices y contentas, por su necesidad de convocar a los dos archidestructores del amor, aquellas malditas confesiones y aquellas nuevas páginas más malditas todavía.

La seguía como un niño furioso y asustado. ¿Cómo iba a saber él lo que sabía ella? ¿Cómo iba a ver él lo que ella veía? Él estaba donde siempre, mientras que ella había entrado claramente en algo distinto. Y no había palabras con las que explicárselo. De haberlo intentado, lo único que le habría podido decir con expresión perpleja habría sido «Pero yo lo sé».

Le llevó al jardín. Por el camino, pasaron ante la puerta del dormitorio de ella, y él supo que era el suyo porque estaba medio abierta y vio que no habían hecho la habitación todavía y las zapatillas que él había besado cien veces estaban tiradas de cualquier manera sobre la alfombra, las zapatillas que habían pertenecido a la auténtica Catherine o más bien, a la Catherine artificial, como le insistía la de ahora; pero, en cualquier caso, a su Catherine.

Por un momento temió que le llevara allí. Ante la sola idea, sentía como si le resbalara hielo por el espinazo. Pero pasó de largo como si no tuviera nada que ver con ninguno de los dos y entonces él se sintió ofendido.

En el jardín resultaba más fácil respirar. En aquel lugar público, con la posibilidad de que apareciera un jardinero en cualquier momento, no podía cogerla entre sus brazos, así que no se sentía tan canalla por no hacerlo. Y caminando a su lado sin mirarla, sólo escuchando su voz, se sentía menos perdido, porque aquella voz era la de Catherine y, si no la miraba, podía seguir creyendo que estaba allí. Era como escuchar por la noche la voz de una madre, con la bendita tranquilidad que ofrece cuando uno es pequeño y está asustado y solo.

Atravesando el jardín y saliendo por el portillo le condujo al parque, donde los conejos corrían a toda prisa por la hierba húmeda de rocío, dejando líneas oscuras sobre el campo plateado, y donde los helechos,

entretejidos con hilos matinales de telaraña, ya se iban volviendo marrones. Y durante todo el recorrido ella habló y él escuchó en silencio con la mirada al frente.

Se lo contó todo, desde aquel momento de su luna de miel en el que de quererle simplemente había pasado a enamorarse, e instantáneamente empezó a aterrorizarle parecer vieja, y sus desesperados y grotescos esfuerzos por seguir joven para él. Al oír la voz de ella hablándole de aquellos tiempos, el corazón de él se convirtió en cera y tuvo que mirar fijamente el paisaje que tenía delante porque temía volverse para rodear con sus brazos a Catherine, a su amada, a su amor angelical y darse cuenta de que no estaba, de que sólo había un fantasma que tenía su voz y sus ojos, porque quizá entonces no lograra evitar estallar en llanto.

—¿Estamos ya bastante lejos del pobre niño? —preguntó ella, deteniéndose junto a un roble cuyas enormes raíces visibles se habían desgastado por la cantidad de ocasiones en que Catherine se había sentado en ellas en años anteriores durante las largas y tranquilas tardes de verano de su plácido primer matrimonio—. Verás —añadió, mientras se sentaba sobre las raíces nudosas—, es un bebé precioso y va a consolar al pobre Stephen en su desesperación.

—Pero no me va a consolar a mí en la mía —dijo Christopher, que se había quedado de pie con los ojos fijos en el lejano paisaje.

Ella guardó silencio.

—¿Tan horrible resulta, Chris? —preguntó luego.

—No, no —replicó él rápidamente, dándole la espalda—, no quería decir eso. Te pondrás bien, y entonces…

—No sé cómo me voy a poner bien si no estoy enferma —dijo ella con dulzura.

—¿Por qué quieres quitarme la esperanza?

—Sencillamente, es que no quiero más mentiras. No voy a tener un aspecto diferente del que tengo ahora. Quiero decir que no voy a volver a ser como era. Pero quizá pronto, cuando hayas tenido tiempo de superar…

Dudó, y continuó humildemente, porque se sentía claramente consciente del daño que le había hecho, vívidamente consciente de que debió salvarle de sí mismo por mucha presión que hubiera tenido que soportar, por muy desgraciado que se hubiera sentido en aquellos momentos.

—He pensado que tal vez pronto pueda reparar de alguna forma lo que he hecho, que tal vez pueda consolarte de algún modo…

Volvió a dudar.

—Aunque ahora mismo no sé muy bien cómo —dijo, con un tono de voz cada vez más humilde—, pero puedo intentarlo —y luego añadió, casi en un susurro—: Es decir, si me lo permites.

—¡Que te lo permita! —exclamó él, traspasado por su humildad.

—Sí. Y si no vale de nada, Chris, y prefieres que no lo haga, por supuesto te… dejaré ir.

Él se volvió con rapidez.

—En nombre de Dios, ¿qué quieres decir con eso? —preguntó.

—Te dejaré libre —dijo Catherine, esforzándose por mirarle con decisión.

Él la contempló con asombro.

—¿Cómo? —preguntó—. No te entiendo. Dejarme libre, ¿en qué sentido?

—Bueno, me parece que sólo hay un sentido, sólo uno, la verdad. Me refería a divorciarme de ti.

La miraba inmóvil y asombrado. Catherine hablando de divorciarse de él. *Catherine*.

—A tu edad, ¿cómo vas a poder estar atado, continuar casado con alguien como yo? —preguntó ella—. Ni siquiera es decente. Y además, juntos en aquel piso, podrías creer que yo… que yo esperaba…

Se detuvo con un gesto de desamparo, mientras él seguía mirándola.

—No tengo ni idea de cómo podríamos solucionar todos los… los detalles —continuó ella, inclinando la cabeza, porque sentía que era incapaz de soportar aquella mirada fija—. *Dolería* mucho —concluyó en un susurro.

—Entonces, crees que la solución es divorciarte —dijo Christopher.

—¿Qué otra cosa se puede hacer? No tienes más que mirarme…

—¿Divorciarte de mí, cuando nos hemos querido tanto? —preguntó él.

Y de pronto se puso a gritarle, dando patadas en el suelo, mientras las lágrimas empezaban a abrasarle los ojos.

—¡Pequeña imbécil, pequeña imbécil! —gritó—. Siempre has sido una pequeña imbécil…

—Pero mírame —dijo ella con desesperación, echando atrás la cabeza y extendiendo los brazos.

—¡Oh, por el amor de Dios, no sigas con lo mismo! —gritó él, dejándose caer al suelo junto a ella y enterrando la cara en su regazo.

Divorciarse de él… condenarle de nuevo a aquella horrible soledad… a un lugar donde no oyera su voz.

—¿Por qué no has podido dejar que siguiera creyendo? —preguntó, con los brazos abrazando estrechamente las rodillas de ella y con el rostro aún enterrado—. ¿Por qué no has podido? ¡Como si a mí me importara lo que hacías antes! Por lo menos nos hacía felices y por Dios que desearía que siguieras haciéndolo. Pero bastará con que salgas de este sitio infernal para que vuelvas a ser como antes, porque no siempre ibas a ver a esa mujer y yo me enamoré de ti tal y como eras; ¿por qué no iba a amarte tal como eres?

—Porque yo soy vieja y tú no. Porque he envejecido desde que nos casamos. Porque era demasiado vieja para casarme con alguien tan joven. Y tú sabes que soy vieja. Ahora lo ves. Lo ves con tanta claridad que no puedes soportar mirarme.

—¡Oh!, Dios mío, ya estamos con las tonterías. Soy tu marido y voy a cuidarte. Sí, lo soy, Catherine, para siempre. No vale de nada discutir. No puedo vivir sin el sonido de tu voz. No puedo. ¿Y cómo podrás tú vivir sin mí? No podrías. Eres la criaturita más desvalida…

—No lo soy. Soy muy prudente. Antes no lo era, pero ahora sí.

—¡Vamos, al cuerno la prudencia! Sé cómo eras antes. Por Dios, Catherine —continuó, mientras escondía la cara y le apretaba las rodillas—. ¿Crees que algún hombre desea que su mujer se frote con jabón de fregar como si fuera la mesa de la cocina para acercarse a él toda reluciente y decirle «Mira, soy la Verdad»? Porque no es la verdad. No será más verdad reluciente que empolvada, sólo es apariencia, sólo es un símbolo; el símbolo de su espíritu, que realmente es lo que siempre se ama…

—Lo que ha ocurrido es mucho más que eso —le interrumpió ella.

—¡Oh! Sí, sí; ya lo sé. La muerte. Vas a decirme que todo esto te parece una bobada ahora que has estado en contacto con la muerte…

—Así es. Y he acabado con todo eso.

—¡Oh, Señor, las mujeres! —gimió, hundiendo aún más la cara, como si de aquel modo pudiera esconderse de su infelicidad—. ¿Te crees que yo no he estado también con la muerte, que no la he visto decenas de veces? ¿Qué te crees que hacía en la guerra? Pero las mujeres no os podéis tomar las cosas más sencillas con naturalidad, ni las cosas naturales con sencillez, tampoco. ¿Qué puede haber más sencillo y natural que la muerte? Yo no tiré mis pañuelos de seda ni dejé de afeitarme porque murieran mis amigos…

—Chris —volvió a interrumpirle—, sencillamente no lo entiendes. No lo… sabes.

—Sí. Sí que lo sé y lo entiendo todo. ¿Por qué tienen que comportarse

los que no están muertos como si lo estuvieran? ¿Por qué tenías que mandar a paseo nuestra feliz vida en común porque Virginia haya muerto? ¿No es eso razón de más para que nosotros, que aún estamos vivos, nos aferremos con más fuerza que nunca el uno al otro? Y, sin embargo, tú hablas de divorcio. ¿Divorcio? ¿Es que porque haya ocurrido una tragedia tiene que ocurrir otra? Catherine, ¿no lo ves, no quieres verlo, no puedes?

Levantó la cabeza de su regazo y la miró, con los ojos ardiéndole por las lágrimas de rabia, de miedo y de amor que volvía sobre sus pasos; y se dio cuenta de que ella estaba llorando.

¿Cuánto tiempo llevaba llorando? Su rostro resultaba lastimoso, empapado de lágrimas, enmarcado en cabello gris. ¿Cuánto tiempo llevaba llorando en silencio, mientras él desvariaba, y ella le decía cosas tranquilas y sensatas de vez en cuando?

Al ver su rostro empapado, la rabia y el miedo de él desaparecieron, y sólo quedó el amor. No podía vivir sin él: era una pobre criaturita deshecha, a pesar de todas sus grandes palabras sobre el divorcio y la libertad. Era su esposa, que no podía vivir sin él, una pobre criaturita deshecha…

—He llorado tanto —dijo, enjugándose con rapidez los ojos— que creo que me he acostumbrado a hacerlo. Me siento avergonzada. Detesto quejarme, pero Virginia…

Él se incorporó, poniéndose de rodillas, y la abrazó por fin.

—¡Oh, mi Catherine! —murmuró, acercándole la cabeza a su pecho y estrechándola—. ¡Oh, mi Catherine…!

Christopher se sintió invadido por un inmenso deseo de autosacrificio, de poner su vida a los pies de ella, de una gran pasión en la que anhelaba dar, darlo todo sin pedir nada a cambio, protegerla, apartar de su camino para siempre todo lo que pudiera dañarla.

—No llores —susurró—. No llores. Todo irá bien. Vamos a ser felices y, si tú no ves que lo somos, yo lo veré por ti hasta que se te abran los ojos de nuevo.

—Pero si lo veo… siempre que me miro al espejo —respondió ella, comprendiendo instintivamente el sentimiento que le invadía y no deseando aprovecharse de aquella parte de la pronta e incontable generosidad de la juventud que estaba poniendo a sus pies. ¿Cómo podría compensarle? Sólo podría hacerlo amándole con total desinterés y, cuando él mismo comprendiera lo imposible que resultaba la situación, dejándole en libertad. Era lo único que podía hacer. Algún día, él mismo se daría cuenta de que era lo único.

—¡Qué obstinada eres! —murmuró él, apretándole el rostro contra el pecho, porque mientras lo hacía lo mantenía oculto y le dolía demasiado mirarla, aún le producía unas ganas desesperadas de llorar. Por supuesto, pronto… cuando se hubiera acostumbrado más…

—Tendrás que dejar de serlo —continuó—, porque no podemos ser los dos igual de obstinados y no encontrar salida.

—No, no. No nos quedamos sin encontrar salida —dijo Catherine.

Sencillamente…

Iba a decir: «Nos querremos mucho», pero pensó que aquello podría parecer una exigencia y se detuvo.

Se quedaron silenciosos un rato, tan inmóviles que los conejos empezaron a pensar que no estaban allí y se les acercaron mucho con sus movimientos desgarbados.

Entonces, él dijo muy dulcemente:

—Voy a cuidar de ti, Catherine.

Y ella respondió, con la voz algo temblorosa:

—¿Sí, Chris? Estaba pensando que eso es lo que voy a hacer yo contigo.

—Muy bien. Entonces, nos cuidaremos mutuamente.

Los dos trataron de reírse, pero fue una risa trémula e insegura, porque los dos tenían miedo.

ELIZABETH VON ARNIM (31 de agosto de 1866, Sídney, Australia - 9 de febrero de 1941, Charleston, Carolina del Sur, Estados Unidos). De soltera Mary Annette Beauchamp creció en Inglaterra. Prima de la escritora Katherine Mansfield, al terminar sus estudios en Inglaterra, conoció a un viudo barón alemán, Henning August von Arnim-Schlagenthin, en un viaje a Italia que hizo junto con su padre. Dos años después, cuando tenía veinticuatro, se casó con el barón Von Arnim y se estableció en sus propiedades en Pomerania. Aunque el matrimonio nunca funcionó por culpa de las constantes infidelidades del barón, no se separaron y tuvieron cinco hijos. Elizabeth se refugió de la infelicidad de su matrimonio entregándose a la escritura. Su primera novela, *Elizabeth y su jardín alemán* (1898), fue un éxito inmediato. En 1910, el barón Von Arnim murió y Elizabeth se mudó con sus hijos a Suiza, donde empezó una relación amorosa con H.G. Wells. Sin embargo, al descubrir que éste le era infiel con la escritora Rebecca West, Elizabeth volvió a Londres. Allí se casó con John Francis Russell, hermano del filósofo Bertrand Russell; no tardaron en separarse, aunque nunca se divorciaron. De este desastroso matrimonio, nació *Vera*, cuya salida a la luz (publicado anónimamente) suscitó mucha polémica. Era el año 1921. A partir de entonces, Elizabeth von Arnim pasó temporadas viviendo en Estados Unidos y Suiza, hasta que murió víctima de una gripe en 1941, en Carolina del Sur.

Notas

[1] Juego de palabras intraducible con fernshaw, en inglés «helechal». *(N. de la T.)*. <<

[2] *¡Oh!, cuán dulces son los zapatos / En humilde serenidad… (N. de la T.).* <<